DOSTOYUSKY

EL CRIMEN Y EL CASTIGO

1

23465

Biblioteca Universitaria España

1
23,465

ALCAIDE
EXAMINADOR
PED.

F. DOSTOYUSKY

El Crimen y el Castigo

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA)

TOMO I

MADRID

Librería de Fernando Fé.

Carrera de San Jerónimo, 2.

1901

III - 1ª 72

Digitized by Google

EL CRIMEN Y EL CASTIGO

F. DOSTOYUSKY

El Crimen y el Castigo

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA)

TOMO PRIMERO





MADRID
LIBRERÍA INTERNACIONAL
DE
F. de VILLEGAS Y C.ª
16, Carmen, 16.

Hemeroteca Nacional de España

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas, 12.

EL

CRIMEN Y EL CASTIGO

PRIMERA PARTE

Una tarde muy calurosa de principios de Julio, salió del cuartito amueblado que ocupaba, junto al techo de una gran casa de cinco pisos, en la manzana *S...* un joven que, lentamente y con aire irresoluto, se dirigió hacia el puente de *K...*

Tuvo la suerte, al bajar la escalera, de no encontrarse á su patrona. Habitaba ésta en el piso cuarto, y su cocina, cuya puerta estaba casi constantemente sin cerrar, daba á la escalera. Cuando salía el joven, tenía, por fuerza, que pasar bajo el fuego del enemigo, y siempre que acontecía tal cosa, experimentaba aquél una molesta sensación de temor que, humillándole, le hacía fruncir el entrecejo. Debía dinero á su patrona y le daba vergüenza al encontrarla.

No quiere esto decir que la desgracia le intimidase ó quebrantase: nada de eso; pero la verdad era que de algún tiempo atrás se encontraba en cierto estado de irritación nerviosa, rayano con la hipocondría. A fuerza de aislarse y de encerrarse en sí mismo, acabó por huir, no

Biblioteca Nacional de España

solamente de su patrona, sino de toda relación con sus semejantes. Era extremadamente pobre, y, sin embargo, al cabo dejó de ser sensible á los efectos de la miseria. Había renunciado completamente á sus ocupaciones diarias, y, en rigor, se burlaba de su patrona y de las medidas que ésta pudiera tomar en contra suya. Pero el verse detenido por ella en la escalera, el oir toda especie de tonterías, de las cuales él, por otra parte, no hacía caso, el sufrir reclamaciones, amenazas, quejas, y responder con pretextos, excusas y mentiras, eran para él cosas insoportables. No; más valía procurar no ser visto de nadie, y deslizarse como un gato á lo largo de la escalera.

Esta vez, él mismo se asombró, cuando estuvo en la calle, del temor de encontrar á su acreedora.

«¿Es posible—pensaba mientras sonreía de un modo extraño—que proyectando un golpe tan atrevido me asusten semejantes tonterías?... Sí... el hombre lo tiene todo entre las manos y lo deja pasar delante de sus narices, tan sólo á causa de su holgazanería... Es un axioma... Me gustaría saber qué es lo que le da más miedo á la gente; tengo para mí que temen, sobre todo, lo que les saca de sus costumbres habituales... La verdad es que yo charlo demasiado. Sin duda se me va la fuerza por la boca. Y el caso es, que con la misma razón podría decir que es á causa de no hacer nada por lo que hablo. Un mes completo hace que he tomado la costumbre de monologuear, echado, durante días enteros, en un rincón, con el espíritu ocupado en mil necedades. Veamos, ¿por qué me doy yo esta carrera? ¿Soy capaz de *eso?* ¿Es serio *eso?* No, de ningún modo; patrañas que entretienen mi imaginación, puras quimeras.»

Hacía en la calle un calor sofocante. La multitud, la vista de la cal, de los ladrillos, de los andamios, y esa fe-

Archivo Histórico de Arquitectura

tidez especial, tan conocida de los habitantes de San Petersburgo que no pueden alquilar una casa de campo durante el verano, todo contribuía á irritar cada vez más los nervios, ya excitados, del joven. El insoportable olor de las tabernas, muy numerosas en aquella parte de la ciudad, y los borrachos que á cada paso se encontraba, aunque aquel era día laborable, acabaron por dar al cuadro un repugnante colorido.

Hubo un momento en que los finos rasgos de la fisonomía de nuestro héroe expresaron amargo disgusto. Digamos con este motivo que no carecía de ventajas físicas; era alto, enjuto y bien formado; tenía el cabello castaño y hermosos ojos de color azul obscuro. Poco después cayó en profunda abstracción, ó más bien en una especie de abatimiento intelectual. Andaba sin reparar en los objetos que encontraba al paso y sin querer fijarse en ellos. De cuando en cuando murmuraba algunas palabras; porque, como él reconocía poco ha, tenía por costumbre el monólogo. En aquel momento echó de ver que se embrollaban sus ideas, y que estaba muy débil. Puede decirse que había pasado dos días sin probar bocado.

Tan miserablemente vestido iba, que otro que no hubiera sido él habría tenido escrúpulos para salir en pleno día con semejantes andrajos. A decir verdad, en aquel barrio se podía ir de cualquier modo. En los alrededores del Mercado del Heno, en esas calles del centro de San Petersburgo, habitadas por multitud de obreros, á nadie asombraban los más raros trajes. Pero tan arrogante desdén existía en el alma del joven, que, á pesar de su vergüenza, algunas veces cándida, no le daba ninguna de exhibir en la calle sus harapos.

Otra cosa hubiera sido de encontrar á alguno de sus antiguos camaradas, de cuyo encuentro huía siempre... Sin

Biblioteca Nacional de España

embargo, se detuvo de pronto al oir que se fijaba en él la atención de los paseantes, merced á estas palabras pronunciadas con voz burlona: —¡Eh, eh! un sombrerero alemán. El que acababa de lanzar esta exclamación era un borracho á quien se conducía, no sabemos dónde ni por qué, en una gran carreta.

Con un movimiento convulsivo se quitó el interpelado el sombrero y se puso á examinarlo. Era el tal sombrero de copa alta, comprado en casa de Zimmerman, pero ya muy estropeado, raído, agujereado, cubierto de abolladuras y de manchas, sin ribete; en una palabra, horrible. A pesar de todo, lejos de mostrarse herido en su amor propio, el poseedor de tal tocado experimentó, más que humillación-inquietud.

«¡Ya me lo figuraba yo!, murmuró en su turbación; ¡lo había presentido! Pero lo peor es que en una miseria como la mía, cualquier cosa insignificante puede echar á perder todo el negocio. Sí; este sombrero produce demasiado efecto, y el efecto nace precisamente de que es ridículo. Para mis harapos conviene una gorra. Mejor que este mamarracho será una boina vieja. No hay quien lleve semejantes sombreros; de seguro que éste llama la atención en una versta á la redonda. Después lo recordarían y podría ser un indicio; lo importante es pasar inadvertido... Las cosas pequeñas tienen siempre importancia; por ellas suele ser por las que uno se pierde.»

No tenía que ir muy lejos; sabía la distancia exacta que separaba su casa del sitio adonde se dirigía: setecientos treinta pasos justos. Los había contado cuando su proyecto no era más que un vago sueño. En aquella época no creía que pudiera convertirse lo imaginado en acción; se limitaba á acariciar en su mente una idea espantosa y seductora á la vez; pero desde aquel tiempo, un mes hacía,

Biblioteca Nacional de España

comenzaba á considerar las cosas de otro modo. Aunque en todos sus soliloquios se echase en cara su falta de energía y su irresolución, habíase ido, sin embargo, habituando poco á poco, y á pesar suyo, en cierto modo, á mirar como posible la realización de su sueño, no obstante continuar dudando de sí mismo. En aquel momento acababa de «hacer mentalmente el ensayo de su empresa», y á cada paso su agitación iba en aumento.

Con el corazón desfallecido y los miembros agitados por nervioso temblor, se aproximó á una inmensa casa que daba de un lado al canal y de otro á la calle... Este edificio, dividido en multitud de cuartitos de alquiler, tenía por inquilinos, industriales de todas clases, sastres, cerrajeros, cocineras, alemanes de diferentes categorías, mujeres públicas y empleados de poco pelo, etc. Un continuo hormiguero entraba y salía por las dos puertas. Tres ó cuatro dvrniks prestaban sus servicios en esta casa. Con gran satisfacción suya, el joven no encontró á nadie; después de haber pasado el umbral sin ser notado, tomó por la escalera de la derecha.

Conocía ya esta escalera sombría y angosta, cuya obscuridad no le desagradaba; tan tenebrosa era que no había que temer las miradas curiosas. «Si ahora tiemblo, ¡qué será cuando venga al *negocio!*» —no pudo menos de pensar cuando llegaba al cuarto piso. Allí le cerraron el paso antiguos soldados convertidos en mozos de cuerda; mudaban los muebles de uno de los cuartos, ocupado, el joven lo sabía, por un funcionario alemán y su familia. «Gracias á la marcha del alemán, no habrá durante algún tiempo en este piso otro inquilino que la vieja. Conviene, en todo caso, tenerlo encuenta.» Así pensó, y tiró del llamador de la casa de esta vieja. Débilmente sonó a campanilla, como si fuese de hierro blanco y no de co-

bre. Tales son en estas casas las campanillas de los cuartos pequeños.

Sin duda había olvidado este detalle; aquel sonido particular debió de traerle repentinamente á la memoria algún recuerdo, porque el joven se estremeció y se le alteraron los nervios. A poco se entreabrió la puerta, y, por la estrecha abertura, la dueña de la casa examinó al recién venido con manifiesta desconfianza; brillaban sus ojillos como dos puntos luminosos en la obscuridad; pero al advertir que había gente en el descansillo, se tranquilizó y abrió por completo la puerta. El joven entró en un sombrío recibimiento, dividido en dos por un tabique, tras del cual estaba la cocina. En pie, delante del recién llegado, la vieja callaba, interrogándole con la vista. Era una mujer de sesenta años, pequeñuela y delgada, de nariz puntiaguda y de ojos llenos de malicia.

Tenía la cabeza descubierta, y los cabellos, que comenzaban á encanecer, relucían untados de aceite. Llevaba puesto al cuello, que era largo y delgado como una pata de gallina, un andrajo de franela, y, á pesar del calor, se abrigaba los hombros con una piel apolillada y amarillenta. La vieja tosía á menudo. Debió de mirarla el joven de un modo singular, porque los ojos de la anciana recobraron bruscamente su expresión de desconfianza.

—Raskolnikoff, estudiante. Estuve aquí en esta casa hace un mes—se apresuró á decir el joven, medio inclinándose.

—Sí, lo recuerdo, batuchka, lo recuerdo—respondió la vieja, que no cesaba de mirarle con ojos desconfiados.

—Pues bien... Vengo otra vez para un asuntillo del mismo género—continuó Raskolnikoff algo desconcertado y sorprendido de la desconfianza que inspiraba.

«Quizá esta mujer ha sido siempre lo mismo; pero la

otra vez no me enteré»—pensó el joven desagradablemente impresionado.

La vieja permaneció algún tiempo silenciosa como si reflexionase. Luego señaló la puerta de la sala á su visitante, y le dijo, encogiéndose para dejarle pasar delante de ella:

—Entre usted, batuchka.

La salita, en la cual fué introducido el joven, tenía forradas las paredes de papel amarillo; en las ventanas, con cortinas de muselina, había tiestos de geránios; el sol poniente arrojaba sobre todo aquello viva claridad. «¡Sin duda, *entonces*, brillará el sol de la misma manera!»—dijo para sus adentros Raskolnikoff, y dirigió rápidamente una mirada en torno suyo, para darse cuenta de todos los objetos y grabarlos en la memoria. En la habitación no había nada de particular. Los muebles, de madera amarilla, eran muy viejos: un sofá con gran respaldo vuelto, una mesa de forma oval frente á frente del sofá, un lavabo y un espejo adheridos al entrepaño, sillas á lo largo de las paredes, dos ó tres grabados, sin valor, que representaban señoritas alemanas con pájaros en las manos; á esto se reducía el mobiliario.

En un rincón, delante de una imagen chiquita, ardía una lámpara; tanto los muebles como el suelo relucían de puro limpios. «¿Es Isabel la que arregla todo esto?—pensó el joven».— En toda la habitación no se veía un grano de polvo. «Es preciso venir á las casas de estas malas viejas viudas para ver tanta limpieza»—continuó diciendo para sí Raskolnikoff, y miró con curiosidad la cortina de indiana que ocultaba la puerta correspondiente á otra salita; en esta última, en que jamás había puesto el pie, estaban la cama y la cómoda de la vieja.

—¿Qué quiere usted?—preguntó secamente la dueña de

la casa, que, habiendo seguido á su visitante, se colocó frente á él para examinarle cara á cara.

—He venido á empeñar una cosa. Véala usted. Y sacó del bolsillo un reloj de plata viejo y aplastado, que tenía en el guardapolvo grabado un globo. La cadena era de acero.

—Aún no me ha devuelto usted la cantidad que le tengo prestada: anteayer cumplió el plazo.

—Le pagaré el interés de un mes; tenga usted un poco de paciencia.

—Conste, batuchka, que puedo esperar, si quiero, ó vender el objeto empeñado, si así se me antoja...

—¿Qué me da usted por este reloj, Alena Ivanovna?

—Lo que trae aquí es una miseria; esto no vale nada. La otra vez le di á usted dos billetes pequeños por un anillo, cuando por rublo y medio se puede comprar uno nuevo en la joyería.

—Deme usted cuatro rublos y lo desempeñaré. Perteneció á mi padre. Pronto recibiré dinero.

—Rublo y medio, y he de cobrar el interés por adelantado.

—¡Rublo y medio!—exclamó el joven.

—Lo toma usted ó lo deja.

Y dicho esto, la mujer alargó el reloj al visitante. Éste lo tomó, é iba á retirarse, irritado, cuando reflexionó que la prestamista sobre alhajas era su último recurso; además, había venido allí para otra cosa.

—Deme usted lo que quiera—dijo con tono brutal.

La vieja buscó las llaves en el bolsillo y entró en la habitación inmediata. Cuando el joven se quedó solo en medio de la sala se puso á escuchar, entregándose á diversos cálculos. A poco oyó cómo la usurera abría la cómoda. «Debe ser el cajón de arriba»—supuso el joven.—

Ahora sé que lleva las llaves en el bolsillo derecho, y que están todas reunidas en un anillo de acero... Una de ellas es tres veces más gruesa que las otras, y tiene las guardas dentelladas; esta llave de seguro no es de la cómoda. Por consiguiente, debe haber alguna caja ó alguna arca de hierro... Es curioso. Las llaves de las arcas de hierro son generalmente de esa forma... ¡Pero qué innoble es todo esto!...

Volvió á entrar la vieja.

—Mire usted, batuchka, quedándome una grivna (1) correspondiente á un mes por cada rublo, como empeña usted el reloj en rublo y medio, le desquito 15 kopeks, y queda satisfecho el rédito por adelantado. Además, como usted me suplica que le espere un mes para devolverme los dos rublos que le tengo prestados, me debe usted por este concepto 20 kopeks, que, unidos á los 15 que le desquito, componen 35. Tengo, pues, que darle á usted un rublo y 15 kopeks. Aquí están.

—¡Cómo! ¿De modo que no me da usted ahora más que un rublo y 15 kopeks?

—Nada más tengo que darle á usted.

Tomó el joven el dinero sin discutir, y se quedó mirando a la vieja sin darse prisa á marcharse. Parecía tener intención de hacer algo; pero sin darse cuenta con precisión de lo que deseaba...

—Es posible, Alena Ivanovna, que venga pronto con otra cosa... Una petaca... de plata... muy bonita... en cuanto me la devuelva un amigo á quien se la he prestado.

Dijo estas palabras de una manera entrecortada.

—Pues bien; entonces hablaremos, batuchka.

—Adiós... ¿Sigue usted viviendo sola, sin que su herma-

(1) Moneda de diez kopeks.

na le haga compañía?—preguntó con el tono más indiferente que le fué posible.

—¿Y qué le importa á usted de mi hermana, batuchka?

—Es verdad, se lo preguntaba á usted por preguntar... Adiós, Alena Ivanovna.

Rakolnikoff salió muy alterado; al bajar la escalera se detuvo muchas veces, como rendido por la violencia de sus emociones. Cuando llegó á la calle exclamó: «¡Dios mío, cómo subleva el corazón todo esto! ¡Es posible, es posible que yo!... ¡No, es una tontería, un absurdo—añadió resueltamente.— ¿Y ha podido ocurrírseme tan espantosa idea? ¿He de ser yo capaz de tal infamia? ¡Esto es odioso, innoble, repugnante... ¿Y por espacio de un mes yo?...»

Para expresar la agitación que sentía, eran impotentes exclamaciones y palabras. La sensación de inmenso disgusto que comenzó á oprimirle en lo que estaba en casa de la vieja, alcanzaba ahora intensidad tan grande que el joven no sabía cómo librarse de semejante suplicio. Caminaba por la acera como un borracho, sin reparar en los transeuntes y tropezándose con ellos. En la calle siguiente volvió á cobrar ánimos; mirando en torno suyo, advirtió que estaba cerca de una taberna; una escalera que descendía desde la acera, daba entrada á la cueva del establecimiento. Raskolnikoff vió salir en aquel instante á dos borrachos que se apoyaban el uno en el otro, diciéndose injurias.

Vaciló el joven un minuto, y después bajó la escalera. Nunca había entrado en una taberna; pero en aquel momento se le iba la cabeza y le atormentaba ardiente sed. Tenía ganas de beber cerveza fresca, y atribuía su debilidad á lo vacío del estómago. Después de sentarse en un rincón, sombrío y sucio, ante una mesita pringosa, pidió cerveza y se bebió el primer vaso ávidamente.

Biblioteca Nacional de España

Al punto sintió un gran alivio y se exclarecieron sus ideas. «Todo esto es absurdo—se dijo ya confortado.—No hay motivo para alterarse. ¡Es sencillamente efecto de un mal físico! Con un vaso de cerveza y un bizcocho habría recobrado la fuerza de mi inteligencia, la precisión de mi pensamiento, el vigor de mis resoluciones! ¡Oh, qué insignificante es todo ello!» A pesar de tan desdeñosa conclusión, estaba contento, como si se viese libre de un peso enorme, y dirigía miradas amistosas á las personas presentes. Pero al mismo tiempo advertía de una manera vaga que era ficticio aquel retorno á la energía.

Quedaba muy poca gente en la taberna; después de los dos borrachos, de los cuales hemos hablado, salió una banda de cinco músicos. Cuando hubieron salido, el establecimiento quedó silencioso; no había en él más que tres personas: un individuo á medios pelos, cuyo exterior indicaba un hombre de modesta clase media, estaba sentado delante de una botella de cerveza. Cerca de él dormitaba un sujeto alto y grueso, de barba blanca, vestido con un largo levitón, y en estado completo de embriaguez.

De cuando en cuando parecía despertarse bruscamente; se ponía á hacer sonar los dedos, apartando los brazos y moviendo rápidamente el busto, sin levantarse del banco sobre el cual estaba echado. Tales gestos y ademanes servían de acompañamiento á una canción necia. El hombre hacía esfuerzos por recordar los versos de ella.

Durante un año entero
yo he acariciado.
Du-ran-te un a ño en-te-ro
yo he a-ca-ri-cia-do
á mi mujer.

Ó esta otra.

Biblioteca Nacional de España

En la Podiatcheskaia
he encontrado á mi antigua...

Nadie hacía caso de la alegría de aquel melómano. Su mismo compañero escuchaba todos aquellos trinos en silencio y con cara de disgusto. El tercer consumidor parecía un antiguo funcionario. Sentado aparte, se llevaba de tiempo en tiempo el vaso á los labios, y, mirando en derredor suyo, parecía que también él era presa de cierta agitación.

II

Raskolnikoff no estaba habituado á la multitud, y, conforme hemos dicho, desde hacía algún tiempo huía de todo comercio con sus semejantes; pero en este momento se sentía atraído de repente hacia los hombres. Cualquiera hubiera dicho que se operaba en él una especie de revolución; el instinto de sociabilidad recobraba sus derechos. Entregado durante un mes completo á los sueños enfermizos que la soledad engendra, tan fatigado estaba nuestro héroe de su aislamiento, que deseaba encontrarse, aunque no fuese más que un minuto, en un medio humano. Así, pues, por innoble que fuese aquella taberna, se encontraba en ella con verdadero placer.

El dueño del establecimiento estaba en otro cuarto; pero salía y entraba frecuentemente en la sala. Desde el umbral, sus hermosas botas de altas y rojas vueltas atraían al punto las miradas; llevaba una *paddiovka*, chaleco de raso negro horriblemente manchado de grasa, y no tenía corbata; la cara parecía untada de aceite. Un mozo de catorce años y otro más joven servían á los parroquianos. Expuestas en el aparador había varias vituallas, trozos de cohombro, galleta negra y bacalao cortado en pedazos; todo exhalaba un olor infecto. El calor era tan insoportable y la atmósfera estaba tan cargada de vapores alcohó-

licos, que parecía imposible pasar en tal sitio cinco minutos sin emborracharse.

Ocurre á veces encontrar desconocidos que nos interesan por completo y á primera vista, antes de haber cruzado una palabra con ellos. Tal fué exactamente el efecto que produjo sobre Raskolnikoff el individuo que tenía el aspecto de un antiguo funcionario. Más tarde, al acordarse de esta primera impresión, el joven la atribuyó á un presentimiento. No quitaba los ojos del desconocido, sin duda porque este último tampoco dejaba de mirarle, muy deseoso de trabar conversación con él. A los demás consumidores, y aun al mismo tabernero, los miraba con aire impertinente y un tanto orgulloso; eran evidentemente personas que estaban por debajo de él en condición social y en educación, para que se dignase dirigirles la palabra.

Aquel hombre, que había pasado ya de los cincuenta años, era de mediana estatura y de complexión robusta. La cabeza, en gran parte calva, no conservaba más que algunos cabellos canos. El rostro como hinchado, amarillo ó casi verde, denunciaba costumbres intemperantes; bajo los gruesos párpados brillaban unos ojillos rojizos, muy vivaces. Lo que más llamaba la atención en su fisonomía era cierta especie de llama de inteligencia y de entusiasmo, que alternaba con no sé qué expresión de locura. Este personaje llevaba frac negro, viejo, todo desgarrado, y no gustándole, sin duda, llevarle abierto, lo abrochaba correctamente con el único botón que el frac tenía. El chaleco, de *nanquín*, dejaba ver un *plastrón* ajado y lleno de manchas. La ausencia de barba denunciaba en él al funcionario; pero debía haberse afeitado en una época bastante remota, porque le azuleaban las mejillas con un vello muy espeso. Notábase en sus maneras cierta gravedad burocrática; sin embargo, en aquel momento pa-

recía emocionado. Se revolvía los cabellos, y, de tiempo en tiempo, apoyaba los codos en la mesa pringosa, sin temor á mancharse las mangas agujereadas, y apoyaba la cabeza en las dos manos. Por último, comenzó en voz alta y firme á decir, mirando á Raskolnikoff:

—¿Será una indiscreción, por mi parte, señor, hablar con usted? Porque es lo cierto que, á pesar de la simplicidad de su traje, mi experiencia distingue en usted un hombre muy bien educado y no un *'punto* de taberna. Siempre he dado mucha importancia á la educación; unida, por supuesto, á las cualidades del corazón. Pertenezco al *Tchin* (1). Permítame usted que me presente: Marmeladoff, consejero titular. ¿Puedo preguntar á usted si ha pertenecido á la Administración?

—No, yo estudió—respondió el joven un tanto asombrado de aquel cortés lenguaje, y, sin embargo, molesto al ver que un desconocido le dirigía la palabra á quemarropa. Aunque se encontraba entonces en vena de sociabilidad, sintió en aquel momento que se le despertaba el mal humor que solía experimentar de ordinario cuando un extraño trataba de ponerse en relaciones con él.

—¿De modo que usted es estudiante, ó lo ha sido?—repuso vivamente el funcionario—; es precisamente lo que yo pensaba. ¡Tengo olfato, señor, un olfato debido á mi larga experiencia!

Se llevó el dedo á la frente, indicando con este gesto la opinión que tenía de su capacidad cerebral.

—Dispense usted... ¿Ha terminado usted sus estudios?

Se levantó, pagó lo que había tomado y fué á sentarse al lado del joven. Aunque estaba ebrio hablaba distintamente y sin gran incoherencia. Al verle arrojarse sobre

(1) Administración pública.

Raskolnikoff como sobre una presa, se hubiera podido suponer que él también, desde hacía un mes, no había abierto la boca.

—Señor—declaró con cierta solemnidad —, la pobreza no es un vicio. Asimismo me consta que la embriaguez no es una virtud. Tanto peor; pero la indigencia, señor, la indigencia es un vicio. En la pobreza conserva uno el orgullo nativo de sus sentimientos; en la indigencia no se conserva nada, ni siquiera se le echa á uno á palos de la sociedad humana; se le echa á escobazos que son más humillantes. Y hacen bien, porque el indigente está dispuesto á envilecerse. Y esto es lo que explica la taberna. ¡Un mes hace que el Sr. Lebeziatnikoff pegó á mi mujer! Pegar á mi mujer, ¿no es herirme á mí en el punto más sensible? ¿Me comprende usted? Permítame que le haga otra pregunta, ¡oh! por simple curiosidad: ¿Ha pasado usted alguna noche en el Neva en los barcos de heno?...

—No; jamás me ha ocurrido dormir en ellos—respondió Raskolnikoff.— ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Yo llevo durmiendo allí cinco noches.

Llenó el vaso, lo vació y se quedó pensativo. En efecto, en su traje y en sus cabellos se veían algunas briznas de heno. Según todas las apariencias, lo menos hacía cinco días que no se había ni desnudado ni lavado. Sus gruesas y rojas manos, con las uñas de luto, estaban extremadamente sucias.

La sala entera le escuchaba, aunque, á decir verdad, con bastante displicencia. Los mozos se reían detrás del mostrador. El tabernero había descendido ex profeso, sin duda para oir á aquel «chusco». Sentado á cierta distancia, bostezaba con aire importante.

Por lo visto, Marmeladoff era conocido desde hacía algún tiempo en la casa. Según todas las probabilidades,

esta especie de charlatanería tenía su origen de la costumbre de hablar en la taberna con diversos interlocutores. Tal costumbre se convierte en una necesidad para ciertos borrachos, principalmente para aquellos que son tratados duramente por esposas poco tolerantes; tratan de adquirir en la taberna con sus compañeros de orgía la consideración que no encuentran en sus hogares.

—¡Chusco de hombre—dijo en voz fuerte el tabernero.— ¿Por qué no trabajas, por qué no vas á la oficina, puesto que eres empleado?

—¿Por qué no voy á la oficina?, señor—siguió diciendo Marmeladoff, encarándose exclusivamente con Raskolnikoff, como si éste le hubiera dirigido la pregunta.— ¿Por qué no trabajo? ¿Cree usted que mi inutilidad no me disgusta? Cuando hace un mes el Sr. Lebeziatnikoff maltrató á mi mujer con sus propias manos, mientras yo asistía, ebrio y medio muerto, á tal escena, ¿cree usted que yo no sufría? Permítame usted, joven; ¿le ha ocurrido á usted... ¡hum!... le ha ocurrido solicitar un prestamo sin esperanza?

—Sí... Es decir, ¿qué entiende usted por eso de sin esperanza?

—Quiero decir, sabiendo perfectamente de antemano que no le darán á usted nada. Por ejemplo, usted tiene la certidumbre de que tal hombre, tal ciudadano bien intencionado, no le prestaría á usted un céntimo; porque, dígame usted, ¿á qué santo había de prestárselo cuando ese hombre sabe que usted no ha de devolvérselo? ¿Por piedad? El Sr. Lebeziatnikoff, partidario de las nuevas ideas, aseguraba el otro día que la piedad en nuestra época está prohibida hasta por la ciencia, y que tal es la doctrina reinante en Inglaterra, en donde florece la Economía política. ¿Cómo, repito, ese hombre habrá de prestarle á us-

ted dinero? Está usted seguro de que no se lo prestará, y, sin embargo, se dirige usted á...

—¿Para qué ir en ese caso?—interrumpió Raskolnikoff.

—Pues porque es preciso ir á alguna parte; porque se está al cabo del camino y llega un tiempo en que el hombre se decide, de buena ó mala gana, á tomar cualquier senda. Cuando mi hija única se fué á inscribir en la policía, tuve que ir también con ella (porque mi hija tiene cartilla)—añadió entre paréntesis, mirando al joven con expresión de inquietud.— Le advierto á usted que esto me es igual, completamente igual—se apresuró á decir con aparente flema, en tanto que los mozos, detrás del mostrador, disimulaban mal su deseo de reir, y hasta el mismo tabernero sonreía.— ¡Poco me importa! No me inquietan los movimientos de cabeza, porque estas cosas son conocidas de todo el mundo y no hay secreto que no se descubra; no es con desdén, sino con resignación, como yo acepto mi suerte. ¡Sea! *¡Ecce Homo!* Permítame usted, joven: ¿Puede usted, ó más bien, se atreve usted, fijando los ojos en mí, á afirmar que no soy un cerdo?

El joven no respondió.

El orador esperó con aire digno á que terminasen las risas provocadas por sus últimas palabras. Después añadió:

—Es verdad; yo soy un cerdo; pero ella es una señora. ¡Tengo sobre mí el sello de la bestia! Pero Catalina Ivanovna, mi esposa, es una persona bien educada, hija de un oficial superior. Concedo que soy un perdido; pero mi mujer tiene un gran corazón, sentimientos elevados, instrucción.... y, sin embargo... ¡Oh! ¡Si tuviese piedad de mí! ¡Señores, señores, todos los hombres tienen necesidad de encontrar piedad en alguna parte! Pero Catalina Ivanovna, á pesar de su grandeza de alma, es injusta... Yo bien comprendo que cuando me tira de los cabellos es, en ri-

gor, por interés hacia mí. (No vacilo en repetirlo.) Me tira de los cabellos; joven—insistió, creciendo en dignidad al oir nuevas carcajadas.— Sin embargo, Dios mío, aunque no fuese más que una vez...; pero no, no; dejemos esto; es inútil hablar de ello... Ni una sola vez he obtenido lo que deseaba; ni una sola vez se me ha tenido piedad... pero tal es mi carácter; soy un verdadero bruto.

—¡Es verdad!—dijo bostezando el tabernero.

Marmeladoff dió un puñetazo en la mesa.

—Tal es mi carácter; ¿querrá usted creer, querrá usted creer, señor, que me he bebido hasta sus medias? No digo sus zapatos, porque esto se comprendería, hasta cierto punto; pero son sus medias, sus medias, las que yo me he bebido. Me he bebido también su pañoleta de pelo de cabra, un regalo que le habían hecho; un objeto que poseía antes de casarse conmigo y que era de su propiedad y no de la mía! Habitamos en un cuarto muy frío; este invierno mi mujer ha cogido un catarro y tose y escupe sangre. Tenemos tres hijos pequeños, y Catalina Ivanovna trabaja de la noche á la mañana. Hace la legía, limpia la casa, porque desde muy joven está acostumbrada á la limpieza. Por desgracia tiene el pecho delicado, cierta predisposición á la tisis que me preocupa. ¿No lo siento por ventura? Cuanto más bebo, más lo siento. Es para sentir y sufrir más para lo que yo me entrego á la bebida; ¡bebo porque quiero sufrir doblemente!—é inclinó la cabeza sobre la mesa con aire de desesperación.

Joven—continuó en seguida incorporándose.— Me parece leer en el semblante de usted cierto disgusto. Desde que entró usted me ha parecido advertirlo. Esa es la razón por la cual le he dirigido al punto la palabra. Si le cuento la historia de mi vida no es para ofrecerme á la burla de esos ociosos, que, por otra parte, están enterados

de todo, no; es porque busco la simpatía de un hombre bien educado. Sepa usted, pues, que mi mujer se educó en una pensión aristocrática de provincia, y que á su salida del establecimiento bailó en chal delante del gobernador y de los otros personajes oficiales; tan contenta estaba por haber obtenido una medalla de oro y un diploma. La medalla... la hemos vendido hace ya mucho... ¡hum!... En cuanto al diploma, lo conserva mi esposa en un cofre y últimamente aún lo mostraba á nuestra casera. Aunque esté á matar con ella, á mi mujer le complace ostentar ante los ojos de cualquiera sus éxitos pasados. No se lo echo en cara, porque su única alegría, su único placer ahora es acordarse de los hermosos días de otro tiempo. ¡Todo lo demás se ha desvanecido! Sí, sí; tiene un alma ardiente, orgullosa, intratable. Ella friega el suelo, come pan negro; pero no permite que se le falte. Así es que no ha tolerado la grosería del Sr. Lebeziatnikoff, y cuando, para vengarse de haber sido despedido, este último le puso la mano encima, mi mujer tuvo que guardar cama, sintiendo más el insulto hecho á su dignidad que el dolor de los golpes recibidos.

Cuando me casé con ella era viuda, con tres niños pequeños. Había estado casada en primeras nupcias con un oficial de infantería, con quien huyó de casa de su padres; amaba extremadamente á su marido; pero éste se dió al juego, tuvo que entendérselas con la justicia, y murió. En los últimos tiempos pegaba á su mujer. Sé de buena tinta que no era cariñosa con él, lo que no le impide ahora llorar por el difunto y establecer sin cesar comparaciones entre él y mi persona, comparaciones poco lisonjeras para mi amor propio. Á mí esto no me disgusta, más bien me complace que se imagine haber sido feliz en otro tiempo.

Después de la muerte de su marido se encontró sola

con tres hijos pequeños, en un distrito lejano y salvaje. Allí es donde la conocí. Su miseria era tal, que yo, que de eso he visto tanto, no me siento con fuerzas para describirla. Todas las personas allegadas la habían abandonado; por otra parte su orgullo le hubiera impedido siempre implorar la piedad de aquellas personas. Entonces, señor, entonces, yo, que era viudo también, y que tenía de mi primer matrimonio una hija de catorce años, ofrecí mi mano á aquella pobre mujer; tanta pena me daba verla sufrir. Instruída, bien educada, de buena familia, consintió, sin embargo, en casarse conmigo; con esto puede usted hacerse cargo de la miseria en que la pobre viviría. Acogió mi proposición llorando, sollozando y retorciéndose las manos, porque no tenía donde ir. ¿Comprende usted, comprende usted lo que significan estas palabras: «¡No tener ya á donde ir!» ¿No? ¡Usted no lo comprende todavía!

Durante un año entero cumplí mi deber honradamente, santamente, sin probar una gota de esto (señaló con el dedo la media botella que tenía delante); porque ha de saber usted que yo tengo un corazón sensible. Pero no fuí ganando nada con mi conducta. Á poco perdía mi plaza, y no por falta mía; reformas administrativas determinaron la supresión de mi empleo, y entonces fué cuando me dí á la bebida.

Dieciocho meses va á hacer que, después de muchos disgustos y peregrinaciones, nos establecimos en esta capital, magnífica y poblada de innumerables monumentos. Aquí logré que me repusieran; pero perdí de nuevo el empleo. Aquella vez fué por mi causa; mi desgracia fué motivada por mi afición á la bebida... Ahora ocupamos una habitación en casa de Amalia Fedorovna Lippevechzel; pero ignoro con qué la pagamos y de qué vivimos. Hay

allí multitud de inquilinos además de nosotros; es una Babel aquella casa... ¡hum!... Sí... Durante este tiempo, ha crecido la hija que yo tenía de mi primera mujer. No quiero hablar de lo que su madrastra la ha hecho sufrir.

Aunque de sentimientos nobilísimos, Catalina Ivanovna es una señora irascible é incapaz de detenerse en los arrebatos de su cólera... Sí, ¡vamos, es inútil hablar de esto! Como usted puede comprender, Sonia no ha recibido una gran instrucción. Hace cuatro años traté de enseñarle Geografía é Historia Universal; pero como yo nunca he estado muy fuerte en estas materias, y como además no tenía á mi disposición un buen manual, sus estudios no pasaron muy adelante: nos detuvimos en Ciro, rey de Persia. Más tarde, cuando llegó á la edad adulta, leyó algunas novelas. El Sr. Lebeziatnikoff le prestó hace poco la *Fisiología de Ludwig*. ¿Conoce usted esa obra? Mi hija la ha encontrado muy interesante y aun nos ha leído muchos pasajes en alta voz. A esto se limita su cultura intelectual.

Ahora, señor, apelo á la sinceridad de usted. ¿Cree en conciencia que una joven pobre, pero honrada, pueda vivir de su trabajo? Como no tenga alguna habilidad especial, ganará 15 kopeks al día, y para llegar á esa cifra tendrá necesidad de no perder un solo minuto. ¡Pero qué más! Sonia hizo media docena de camisas de Holanda, para el consejero de Estado Ivan Ivanovitch Klopstok; usted habrá oído hablar de él; pues bien, aún está esperando que se las paguen, y por añadidura la pusieron á la puerta con muchas injurias, á pretexto de que no había tomado bien la medida del cuello.

En tanto los niños se mueren de hambre, Catalina Ivanovna se pasea por la habitación retorciéndose las manos, mientras en sus mejillas se muestran las manchas ro-

jas, propias de su enfermedad. —Perezosa—dice á mi hija—, ¿no te da vergüenza de vivir sin hacer nada? Bebes, comes, tienes lumbre. —Y yo pregunto ahora: ¿qué es lo que la pobre muchacha podría beber y comer, cuando en tres días los mismos niños no habían visto siquiera un mendrugo de pan? Yo estaba acostado, vamos, hay que decirlo todo, borracho; pero oí que mi Sonia respondía tímidamente con su voz dulce (es rubia, con una carita siempre pálida y resignada): —Pero, Catalina Ivanovna, ¿por qué me dice usted esas cosas?

Tengo que añadir, que ya por tres veces Darta Frantzovna, una mala mujer muy conocida de la policía, le había hecho insinuaciones en nombre del propietario. —Vaya—dijo irónicamente Catalina Ivanovna—, vaya un tesoro para guardarlo con tanto cuidado. Pero no la acuse usted, señor; no la acuse usted. ¡No tenía conciencia del alcance de sus palabras; estaba agitada, enferma, veía llorar á sus hijos hambrientos, y lo que decía era más bien para molestar á Sonia, que para excitarla á su perdición... Catalina Ivanovna es así; cuando oye llorar á sus hijos les pega, aunque sabe que lloran de hambre. Eran entonces las cinco y oí que Sonetchka se levantaba, se ponía el abrigo y salía de nuestra habitación.

A las ocho volvió. Al llegar, se fué derecha á Catalina Ivanovna, y, silenciosamente, sin proferir palabra, depositó treinta rublos de plata delante de mi mujer. Hecho esto, tomó nuestro gran pañuelo verde (un pañuelo que sirve para toda la familia), se envolvió la cabeza y se echó en la cama con la cara vuelta á la pared; un continuo temblor agitaba sus hombros y su cuerpo...; yo continuaba en el mismo estado...; y en aquel momento, joven, vi á Catalina Ivanovna, que también silenciosamente, se arrodillaba junto al lecho de Sonetchka.

Toda la noche la pasó de rodillas, besando los pies de mi hija, y rehusando levantarse. Después las dos se durmieron juntas en los brazos uña de la otra... ¡las dos!... ¡las dos!... sí; y yo continuaba lo mismo, sumido en la embriaguez.

Se calló Marmeladoff, como si la voz le hubiera faltado; luego llenó la copa, la vació y siguió después de una pausa:

—Desde entonces, señor, á consecuencia de una circunstancia desgraciada, y con motivo de cierta denuncia de personas perversas (Daría Frantzovna tuvo parte principal en este negocio, porque quería vengarse de una supuesta falta de respeto), desde entonces, mi hija ha tenido que sacar cartilla, lo que ha sido causa de que nos deje. Nuestra casera, Amalia Federovna se ha mostrado inflexible en este punto; sin tener en cuenta que ella misma había en cierto modo favorecido las intrigas de Daría Frantzovna.

El señor Labeziatnikoff se ha unido á ella... ¡hum! y con motivo de lo de Sonia fué la cuestión que Catalina Ivanovna tuvo con él. En un principio estaba muy solícito con Sonetchka; pero de repente se despertó su amor propio. —¿Cómo un hombre de corazon—dijo—ha de habitar en la misma casa que semejante criatura?— Catalina Ivanovna se puso á defender á Sonia, y la cuestión acabó á golpes... Actualmente mi hija viene á menudo á vernos á la caída de la tarde, y ayuda de muy buena gana á Catalina Ivanovna. Vive en casa de Kapernumoff, un sastre cojo y tartamudo. Sus hijos, que son muchos, tartamudean como él. También su mujer tiene no sé qué defecto en la lengua... Todos comen y duermen en la misma sala; pero á Sonia le han cedido una habitación, separada de la de sus huéspedes por un tabique... ¡hum!

sí... Son personas muy pobres y tartamudas. Bueno... Una mañana me levanté, me puse mis harapos, elevé las manos al cielo y me fuí á ver á su excelencia Ivan Afanasievitch. ¿Conoce usted á su excelencia Ivan Afanasievitch? ¿No? ¡Pues entonces no conoce usted á un santo varón! Es un cirio...; pero un cirio que arde delante del Señor.

Mi relato, que su excelencia se dignó oir hasta el fin, le hizo saltar las lágrimas. —Vamos, Marmeladoff—me dijo—, has defraudado una vez mis esperanzas; pero vuelvo á tomarte, bajo mi responsabilidad personal. Así se expresó. —Acuérdate—añadió—; puedes retirarte. Besé el polvo de sus botas, mentalmente, por supuesto, porque su excelencia no hubiera sufrido que se las besase de veras; es un hombre muy penetrado de las ideas modernas para aceptar semejantes homenajes. ¡Pero, Dios mío, cómo se me festejó cuando anuncié en casa que entraba en el servicio nuevamente, y que se me iba á dar un sueldo!...

De nuevo la emoción obligó á Marmeladoff á detenerse. En aquel momento invadió la taberna un grupo de individuos ya medio chispos. Sonaba á la puerta del establecimiento un organillo, y la chillona voz de un chiquelo de siete años cantaba la *Petite Ferme*.

Había gran movimiento en la taberna. El tabernero y los mozos se apresuraban á servir á los recién venidos. Sin fijarse en este incidente, Marmeladoff continuó su relato; cada vez era más expansivo el funcionario, á causa de los progresos de la borrachera. El recuerdo de su reciente reposición iluminaba como un rayo de alegría su rostro. Raskolnikoff no perdía ni una sola de sus palabras.

—Hace cinco semanas, señor, sí... Cuando Catalina Ivanovna y Sonetchka supieron la noticia, le digo á usted que me encontré como transportado al paraíso. Antes no

oía más que injurias: —¡Acuéstate, bruto! Después andaban de puntillas y hacían callar á los pequeños: —¡Chits, Simón Zakharitch, viene cansado del trabajo! Antes de ir á la oficina me daban cafe con crema, ¡verdadera crema!, ¿eh? No he podido comprender cómo se arreglaron para encontrar 11 rublos y 50 kopeks, á fin de arreglarme la ropa. Lo cierto es que ellas me pulieron de pies á cabeza; tuve botas, *plastrons* de magnífica indiana y uniforme. Todo en buen uso, les costó 11 rublos y medio. Seis días hace cuando entregué íntegros mis honorarios: 23 rublos y 40 kopeks. Mi mujer me dió un pellizco en la mejilla, diciéndome: —¡Vaya un pez que estás hecho! Dígame usted si esto no es verdaderamente encantador.

Marmeladoff se interrumpió, trató de sonreir; pero súbito temblor agitó su barba. Al cabo pudo dominar su emoción. Raskolnikoff no sabía qué pensar á la vista de aquel borracho que había pasado cinco días haciendo locuras, durmiendo en los barcos de pesca, y, á pesar de todo, sintiendo por su familia una afección intensa. El joven escuchaba con toda su alma, pero experimentando cierta sensación de malestar. Se echaba en cara haber entrado en la taberna.

—¡Señor, señor!—dijo Marmeladoff disculpándose—, quizá encuentre usted, como los demás, risibles las cosas que le cuento; acaso le estoy á usted fastidiando refiriéndole estos tontos y miserables pormenores de mi existencia doméstica; mas para mí no crea usted que son divertidos, porque le aseguro á usted que siento todas estas cosas... Durante aquel día bendito hice proyectos encantadores; pensé en el medio de organizar nuestra vida, de vestir á los niños, de procurar reposo á mi mujer, de sacar del fango á mi hija única. ¡Oh, qué de planes formaba! Pues bien, señor (Marmeladoff empezó á temblar de re-

pente; levantó la cabeza y miró á la cara á su interlocutor), el mismo día—cinco hace hoy—, después de haber acariciado todos estos sueños, he robado, como un ladrón nocturno, la llave á Catalina Ivanovna, y he cogido del cofre lo que quedaba del dinero llevado por mí. ¿Cuánto había? No lo recuerdo. Miradme todos. Desde hace cinco días he abandonado mi casa; no se sabe en ella lo que es de mí; he perdido mi empleo, he dejado mi uniforme en una taberna cerca del puente Egipetsky, y me han dado este traje en su lugar... Todo, todo ha acabado...

Marmeladoff se dió un puñetazo en la frente, apretó los dientes, y cerrando los ojos, se puso de codos en la mesa... Al cabo de un momento cambió bruscamente la expresión de su rostro. Miró á Raskolnikoff con afectado cinismo y dijo riéndose:

—¡He estado hoy en casa de Sonia; he ido á pedirle dinero para beber! ¡Ji, ji, ji!

—¿Y te lo ha dado?—gritó riéndose uno de los bebedores que formaba parte del grupo recién llegado á la taberna.

—Con su dinero ha sido pagada esta media botella—añadió Marmeladoff dirigiéndose exclusivamente á Raskolnikoff.— Sonia fué á buscar 30 kopeks; era cuanto tenía; lo he visto con mis propios ojos... Nada ha dicho; se ha limitado á mirarme en silencio, una mirada que no pertenece á la tierra, una mirada como deben tenerla los ángeles que lloran sobre las faltas humanas, pero no las condenan. ¡Qué triste es que no le riñan á uno! Treinta kopeks, sí, que de seguro necesitaba. ¿Qué me dice usted, querido señor? Ahora le es menester ir bien arreglada. La limpieza, indispensable en su oficio, cuesta dinero; lo comprenderá usted; hay que tener pomada, enaguas almidonadas, lindas botitas que hagan bonito pie, para lucirlo

al saltar los charcos. ¿Comprende usted, comprende usted la importancia de esta limpieza? Pues bien, heme aquí; su padre, según la Naturaleza, ha ido á pedirle esos treinta kopeks para bebérselos. ¡Y yo me los bebo! ¡Y ya están bebidos!... Vamos, ¿quién ha de tener piedad de un hombre como yo? Ahora, señor, ¿puede usted compadecerme? Hable usted, señor; ¿tiene usted piedad de mí, sí, ó no? ¡Ji, ji, ji!

Iba á servirse nuevamente, pero echó de ver que la media botella estaba vacía.

—¿Por qué se ha de tener lástima de ti?—gritó el tabernero.

Estallaron risas mezcladas con injurias. Los que no habían oído las palabras del ex funcionario, formaban corro con los otros, solamente al ver su catadura.

Marmeladoff, como si no hubiese esperado otra cosa que la interpelación del tabernero para soltar la brida á su elocuencia, se levantó súbitamente, y con el brazo extendido hacia delante, replicó con exaltación:

—¡Por qué tener piedad de mí! ¡Por qué tener piedad de mí! ¡Es verdad, no debe compadecérseme! ¡Hay que crucificarme, ponerme en la cruz, no tenerme lástima! ¡Crucifícame, juez; pero al crucificarme ten piedad de mí! ¡Marcharé al encuentro del suplicio, porque no tengo sed de alegría, sino de dolor y de lágrimas! ¿Piensas tú, tendero, que tu media botella me ha proporcionado placer? Tristeza, tristeza y lágrimas buscaba en el fondo de este frasco, y las he encontrado y saboreado. Pero aquél que ha tenido piedad de todos los hombres, aquél que todo lo comprende, tendrá piedad de nosotros; Él es el único juez, Él vendrá el último día y preguntará: —¿Dónde está la hija que se ha sacrificado por una madrastra odiosa y tísica y por niños que no eran sus hermanos? ¿Dónde está

la joven que ha tenido piedad de su padre terrestre y no ha vuelto con horror las espaldas á este crapuloso borracho? Y Él dirá entonces: «Ven, yo te he perdonado una vez... Yo te he perdonado ya una vez... Ahora, todos tus pecados te son perdonados, porque has amado mucho... Y Él perdonará á mi Sonia, Él la perdonará, yo lo sé, lo he sentido en mi corazón cuando estaba en su casa... Todos serán juzgados por Él y Él perdonará á todos, á los buenos y á los malos, á los sabios y á los pacíficos... Y cuando haya acabado con ellos, nos tocará la vez á nosotros. Aproximáos también, nos dirá Él; aproximáos vosotros los borrachos, aproximáos los cobardes, aproximáos los impúdicos, «¡y nos acercaremos todos sin temor, y Él nos dirá: sois unos indecentes! ¡Tenéis sobre vosotros la marca de la bestia; pero venid también!» Y los sabios, los inteligentes, dirán: —Señor, ¿por qué recibes tú á éstos? Y Él responderá: —Yo los recibo sabios, yo los recibo inteligentes, porque ninguno de ellos se ha creído digno de este favor... Y Él nos abrirá los brazos, y nosotros nos precipitaremos en ellos... Y nos desharemos en lagrimas... Y comprenderemos... Sí... Entonces todo será comprendido por todo el mundo, y Catalina Ivanovna también comprenderá... Señor, vénganos el tu reino.

Falto de fuerzas se dejó caer en el banco sin mirar á nadie, como si hubiese olvidado cuanto le rodeaba, y se quedo absorto, en distracción profunda. Sus palabras produjeron cierta impresión; durante un momento cesó el barullo; pero bien pronto volvieron á estallar las risas, mezcladas con invectivas:

—¡Bien parlado!

—¡Vejete!

—¡Burócrata!, etc., etc.

—Vámonos, señor—dijo bruscamente Marmeladoff, levantando la cabeza y dirigiéndose á Raskolnikoff.— Condúzcame usted á la casa Kozel, en el patio... Ya es tiempo de volver al lado de Catalina Ivanovna. Hacía mucho que el joven deseaba irse, y ya se le había ocurrido ofrecer sus servicios á Marmeladoff. Este último tenía las piernas aun menos firmes que la voz; de modo que se apoyaba pesadamente en su compañero. La distancia que tenían que recorrer era de doscientos á trescientos pasos. A medida que el borracho se aproximaba á su domicilio, parecía más inquieto y preocupado.

—No es precisamente de Catalina Ivanovna de quien tengo yo ahora miedo—balbuceaba tembloroso.— Ya sé que empezará por tirarme de los cabellos; pero que tire cuanto quiera. Me alegro de que me tire de ellos. No, no es eso lo que me espanta; lo que yo temo son sus ojos, sí, sus ojos... Temo también las manchas rojas de sus mejillas, y me da miedo además su respiración. ¿Has notado cómo respiran los que padecen esa enfermedad... cuando experimentan una emoción fuerte? Temo las lágrimas de los chicos.., porque si Sonia no los ha mantenido, no sé si habrán podido comer...; no lo sé. A los golpes no les tengo miedo... Sabe, en efecto, que lejos de hacerme sufrir, esos golpes son un gozo para mí... Casi no puedo pasar sin ellos... Sí, es mejor que me pegue, que alivie de ese modo su corazón... más vale así; pero he ahí la casa Kozel. El propietario es un cerrajero alemán, un hombre rico... ¡Acompáñame!...

Después de haber atravesado el patio se pusieron á subir al cuarto piso. Eran cerca de las once, y, aunque propiamente hablando no había aún anochecido, cuanto más subían más obscura estaba la escalera; en lo alto la obscuridad era completa.

Hemeroteca Nacional de España

La puertecilla ahumada que daba al descansillo estaba abierta; un cabo de vela alumbraba una pobrísima habitación, de diez pasos de largo. Esta habitación, que desde el umbral se veía por completo, estaba manga por hombro. Había por todos lados ropas de niños. Un paño agujereado, colocado de manera conveniente, ocultaba uno de los rincones, el más distante de la puerta; detrás de este biombo improvisado debía de haber una cama. Todo el mobiliario consistía en dos sillas y un mal sofá de gutapercha, que tenía delante una mesa vieja de pino de cocina, sin barnizar y sin tapete. Encima de la mesa, en un candelero de hierro, se consumía un cabo de vela. Marmeladoff dormía en el pasillo. La puerta que comunicaba con los otros cuartos alquilados de Amalia Lippevechzel estaba entreabierta. Raskolnikoff vió en ellos personas ruidosas; sin duda, en aquel momento jugaban á las cartas y tomaban te. Se oían sus gritos, sus carcajadas y sus palabras, por extremo libres y atrevidas.

El joven reconoció inmediatamente á Catalina Ivanovna. Era una mujer flaca, bastante alta y bien formada, pero de aspecto enfermizo. Conservaba aún hermosos cabellos de color castaño, y, como había dicho Marmeladoff, sus mejillas tenían color rojizo. Con los labios secos, las manos apretadas sobre el pecho, se paseaba de un lado á otro de su cuarto. Su respiración era corta y desigual; le brillaban los ojos con el resplandor de la fiebre; y tenía la mirada dura é inmóvil. Iluminada por la luz moribunda del cabo de vela, su rostro de tísica producía penosa impresión. A Raskolnikoff le pareció que Catalina Ivanovna no debía tener arriba de treinta años; era, en efecto, mucho más joven que su marido... No advirtió la llegada de los dos hombres; parecía que no conservaba la facultad de ver ni la de oir.

Hacía en la habitación un calor sofocante, y subían de la escalera emanaciones infectas. Sin embargo, á Catalina no se le había ocurrido abrir la ventana, ni cerrar la puerta del descansillo. La puerta interior, solamente entornada, dejaba paso á una espesa humareda de tabaco, que hacía toser á la enferma; pero ella no se cuidaba de tal cosa.

La niña más pequeña, de seis años, dormía en el suelo con la cabeza apoyada en el sofá. El chico, un año mayor que la niña, temblaba, llorando en un rincón; probablemente acababan de pegarle. La mayor, una muchachilla de nueve años, delgada y grandullona, llevaba una camisa toda rota, y echado sobre los hombros, desnudos, un abrigo viejo de paño, que se le debía haber hecho dos años antes, porque al presente no le llegaba más que hasta las rodillas.

En pie, en un rincón al lado de su hermanito, había pasado el brazo, largo y delgado como una cerilla, alrededor del cuello del niño y le hablaba muy bajo, sin duda para hacerle callar; al mismo tiempo, dirigía á su madre tímidas miradas. Sus grandes ojos, obscuros, abiertos por el terror, parecían aún mayores en aquella carita descarnada. Marmeladoff, en vez de entrar en la habitación, se arrodilló á la puerta; pero invitó á pasar á Raskolnikoff. La mujer, al ver un desconocido, se detuvo distraídamente ante él, tratando de explicarse su presencia. «¿Qué viene á hacer aquí este hombre?»—se preguntaba. Pero en seguida supuso que el desconocido se dirigiría á casa de algún otro inquilino, puesto que el cuarto de los Marmeladoff era un sitio de paso. Así, pues, sin fijarse ya en aquel extraño, se preparaba á abrir la puerta de comunicación, cuando de repente lanzó un grito: acababa de ver á su marido de rodillas en el umbral.

—¡Ah! ¿Al fin vuelves?—dijo con voz en que vibraba al cólera—. ¡Criminal! ¡Monstruo! A ver, qué dinero llevas en los bolsillos. ¿Qué traje es este? ¿qué has hecho del tuyo? ¿Qué es del dinero? ¡Habla!

Se apresuró á registrarle. Lejos de oponer resistencia, Marmeladoff apartó ambos brazos para facilitar el registro de los bolsillos. No llevaba encima ni un solo kopek.

—¿Dónde está el dinero?—gritaba Catalina—¡Oh, Dios mío! ¿Es posible que se lo haya bebido todo? ¡Doce rublos que había en el cofre!...

Acometida de un acceso de rabia agarró á su marido por los cabellos y lo llevó violentamente á la sala. No se desmintió la paciencia de Marmeladoff: el hombre siguió dócilmente á su mujer, arrastrándose de rodillas tras ella.

—¡Si me da gusto, si no es un dolor para mí!—gritaba dirigiéndose á Raskolnikoff—, mientras Catalina Ivanovna le zarandeaba con fuerza la cabeza; una de las veces le hizo dar con la frente un porrazo en el suelo. La niña, que dormía, se despertó y se echó á llorar. El muchacho, de pie en uno de los ángulos de la habitación, no pudo soportar este espectáculo, empezó á temblar y á dar gritos y se lanzó hacia su hermana. Tan aterrado estaba, que parecía próximo á sufrir una convulsión. La niña mayor temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Se lo ha bebido todo; se lo ha bebido todo!—Vociferaba Catalina Ivanovna en el colmo de la desesperación. —¡Ni siquiera conserva el traje!... ¡Y tienen hambre, tienen hambre!—(Repetía retorciéndose las manos y señalando á los niños.) —¡Oh vida, tres veces maldita! ¿Y á usted cómo no le da vergüenza de venir aquí al salir de la taberna?—Añadió, dirigiéndose bruscamente á Raskolnikoff. —¿Has estado allí bebiendo con él; no es eso? Has estado bebiendo con él?... ¡Vete, vete!...

Biblioteca Nacional de España

El joven no esperó á que se lo repitiesen, y se retiró sin decir una palabra. La puerta interior se abrió todo lo grande que era y aparecieron en el umbral muchos curiosos de mirada desvergónzada y burlona. Llevaban todos gorro y fumaban unos en pipa y otros cigarrillos. Vestían los unos traje de dormir, é iban los otros de ropa que rayaba en la indecencia; algunos tenían naipes en las manos. Lo que más les divertía era oir á Marmeladoff, arrastrado por los cabellos, gritar que aquello le daba gusto.

Empezaban ya los inquilinos á invadir la habitación, cuando de repente se oyó una voz irritada; era Amalia Lippvechzel en persona, que, abriéndose paso al través del grupo, venía para restablecer el orden á su manera. Por centésima vez manifestó á la pobre mujer que tenía que dejar el cuarto al día siguiente. Como es de suponer, esta despedida fué *decretada* en términos insultantes. Raskolnikoff llevaba encima la moneda de un rublo que había cambiado en la taberna. Antes de salir cogió del bolsillo un puñado de calderilla y, sin ser visto, puso las monedas en la repisa de la ventana. Antes de bajar la escalera se arrepintió de su generosidad. Poco faltó para que subiese de nuevo á casa de Marmeladoff. «¡Valiente tontería he hecho! pensaba. Ellos cuentan con Sonia, pero yo no cuento con nadie.» Reflexionó, sin embargo, que no podía recobrar su dinero, y que, aunque pudiese, no lo haría. Después de este pensamiento, se decidió á seguir su camino. «Le hace falta pomada á Sonia, prosiguió con burlona sonrisa, andando ya por la calle. La limpieza le cuesta dinero... ¡Hum! Según se ve, Sonia no ha sido muy afortunada hoy. La caza del hombre es como la caza de los animales silvestres; se corre el peligro de volverse uno á casa de vacío. De seguro que mañana lo pasarían mal

sin mi dinero... ¡Ah! ¡Sí, Sonia! ¡La verdad es que han encontrado en ella buena vaca de leche... y se aprovechan bien. Esto no les preocupa nada; se han hecho ya á ello. Al principio lloriquearon un poco; después se han acostumbrado. ¡El hombre es cobarde y se acostumbra á todo!»

Raskolnikoff se quedó pensativo.

—Pues bien; si he mentido—exclamó—; si el hombre no es necesariamente un cobarde, debe atropellar todos los temores y todos los prejuicios que le detienen.

Hemeroteca Digital de España

Biblioteca Nacional de España

III

Tarde era cuando al día siguiente abrió los ojos, después de un sueño agitado que no le devolvió las fuerzas. Despertó de muy mal humor y miró su habitación con ojos irritados. Aquel cuartito, de seis pies de largo, ofrecía un aspecto muy lastimoso, con su forro amarillento lleno de polvo y destrozado; además era tan bajo, que un hombre alto corría peligro de tropezar en el techo. El mobiliario estaba en armonía con el local: tres sillas viejas, más ó menos cojas; en un rincón, una mesa de madera pintada, en la cual había libros y cuadernos cubiertos de polvo, prueba evidente de que no se había puesto mano en ellos durante mucho tiempo, y en fin, un grande y feísimo sofá, cuya tela estaba hecha pedazos.

Este sofá, que ocupaba casi la mitad de la habitación, servía de lecho á Raskolnikoff. El joven se acostaba á menudo allí y sin mantas; se echaba encima, á guisa de colcha, su viejo capote de estudiante, y convertía en almohada un cojín pequeño, bajo el cual ponía, para levantarlo un poco, toda su ropa, limpia ó sucia. Delante del sofá había una mesita.

La misantropía de Raskolnikoff se compaginaba muy bien con el desaseo de su chiribitil. Sentía tal aversión á todo rostro humano, que solamente el ver á la criada encargada de arreglar el cuarto le causaba una especie

Biblioteca Nacional de España

de exasperación. Suele ocurrir esto á algunos monómanos preocupados por una idea fija.

Quince días hacía la patrona había cortado los víveres á su pupilo, y á éste no se le había ocurrido ir á pedirle explicaciones.

En cuanto á Anastasia, cocinera y única sirviente de la casa, no le molestaba ver al pupilo en aquella actitud, puesto que así éste daba menos que hacer; había cesado por completo de arreglar el cuarto de Raskolnikoff y de sacudir el polvo. A lo sumo, venía una vez cada ocho días á dar una escobada. En el momento de entrar la criada, el joven despertó.

—Levántate; ¿qué te pasa para dormir así? Son las nueve; te traigo te, ¿quieres una taza? ¡Vaya una cara de desenterrado que tienes.

El inquilino abrió los ojos, se desperezó y, haciendo un esfuerzo para incorporarse, preguntó á Anastasia:

—¿Me lo envía la patrona?

—Lo que es ella no se ocupa de eso.

La sirviente colocó delante del joven su propia tetera y puso en la mesa dos terroncitos de azúcar morena.

—Anastasia, toma este dinero—dijo Raskolnikoff sacando del bolsillo algo de calderilla (también se había acostado vestido) y haz el favor de ir á buscarme un panecillo blanco. Pásate además por la salchichería y tráete un poco de salchichón barato.

—En seguida te traeré el panecillo; pero en lugar de salchichón, ¿no sería mejor que tomases algo de *chatchi*? Se hizo ayer y está muy rico. Te guardé un poco... pero como te retiraste tan tarde... Está muy bueno.

Fué á buscar el *chatchi*, y cuando Raskolnikoff se puso á comer, la sirviente se sentó á su lado, en el sofá, y empezó á charlar como lo que era, como una campesina.

Biblioteca Nacional de España

—Prasconia Pavlona quiere dar parte á la policía.

El rostro del joven se alteró.

—¡A la policía! ¿Por qué?

—Como no le pagas y no quieres irte. Ahí tienes el por qué.

—¡Demonio, no me faltaba más que esto!—dijo entre dientes.— En buena ocasión se le ocurre... Esa mujer es tonta—añadió en alta voz—. Iré á verla y la hablaré.

—Como tonta, lo es ella y lo soy yo. Pero tú, que eres inteligente, ¿por qué te estás ahí acostado, lo mismo que un holgazán? ¿Cómo es que no tienes nunca dinero? Según he oído, antes dabas lecciones. ¿Por qué ahora no haces nada?

—Sí que hago—respondió secamente, y como á pesar suyo, Raskolnikoff.

—¿Qué es lo que haces?

—Cierto trabajo...

—¿Qué trabajo?

—Medito—respondió seriamente después de una pausa.

Anastasia se echó á reir.

Tenía carácter alegre; pero cuando se reía, era con risa silenciosa que conmovía todo su cuerpo y acababa por hacerle daño.

—¿Y el pensar te proporciona mucho dinero?—preguntó cuando pudo hablar.

—No se puede ir á dar lecciones cuando no tiene uno botas que ponerse. Además, desprecio ese trabajo.

—Quizás algún día te pese.

—Para lo que se gana dando lecciones... ¿De qué sirven unos cuantos kopeks?—siguió diciendo con tono agrio, y dirigiéndose más bien á sí mismo que á su interlocutora.

—¿De modo que deseas adquirir de golpe la fortuna?

Raskolnikoff la miró con aire extraño, y quedó callado durante algunos momentos.

—Sí, una fortuna—dijo luego con energía.

—¿Sabes que me das miedo? ¡Eres terrible! ¿Voy á buscarte el panecillo?

—Como quieras.

—¡Calle, pues se me había olvidado! Han traído una carta para tí.

—¡Una carta para mí! ¿De quién?

—No sé de quién; le he dado al cartero tres kopeks de mi bolsillo. He hecho bien, ¿no es cierto?

—¡Tráela, por amor de Dios, tráela!—exclamó Raskolnikoff muy agitado—. ¡Señor!

Un minuto después la carta estaba en sus manos.

No se había engañado; era de su madre, y traía el sello del gobierno de R... Al recibirla, no pudo menos de palidecer; hacía largo tiempo que no tenía noticias de los suyos; otra cosa además le oprimía el corazón en aquel momento.

—Anastasia, haz el favor de irte; ahí tienes tus tres kopeks; pero, ¡por amor de Dios!, vete en seguida.

La carta temblaba en sus manos; no quería abrirla en presencia de Anastasia, y esperó, para comenzar la lectura, á que la sirviente se marchase. Cuando se quedó solo, llevó vivamente el papel á sus labios y lo besó. Después se puso á contemplar atentamente la dirección, reconociendo los caracteres trazados por una mano querida: era la letra fina y un poco inclinada de su madre, la cual, cuando niño, le había enseñado á leer y á escribir. Vacilaba como si experimentase cierto temor. Al fin rompió el sobre; la carta era muy larga: dos hojas de papel comercial llenas por uno y otro lado.

«Mi querido Raskolnikoff, escribía la madre. Dos me-

Biblioteca Nacional de España

ses ha que no te escribo, y esto me hace sufrir hasta el punto de quitarme el sueño. ¿Pero verdad que tú me perdonas mi silencio involuntario? Tú sabes cuánto te quiero. Dunia y yo no tenemos á nadie más que á ti en el mundo; tú lo eres todo para nosotras, nuestra esperanza, nuestra felicidad en el porvenir. No puedes formarte idea de lo que he sentido al saber que, al cabo de muchos meses, has tenido que dejar la Universidad, por carecer de medios de existencia, y que no tenías ni lecciones, ni recursos de ninguna especie.

»¡Cómo ayudarte con mis ciento veinte rublos de pensión al año! Los quince rublos que te mandé hace cuatro meses, se los pedí prestados, como sabes, á un comerciante de nuestra ciudad, á Atanasio Ivanovitch Vakruchin. Es un hombre excelente y un amigo de tu padre. Pero habiéndole dado poderes para cobrar mi pensión á mi nombre, no podía mandarte nada antes de pagarle, como al fin he conseguido.

»Al presente, gracias á Dios, creo que podré enviarte algún dinero; por lo demás me apresuro á decirte que estamos ahora en el caso de felicitarnos por nuestra fortuna. En primer lugar, una cosa que de seguro no sospechas: tu hermana vive conmigo desde hace seis semanas, y ya no se apartará de mí. Quiero que sepas cómo ha pasado todo y lo que hasta aquí te habíamos ocultado.

»Hace dos meses me escribías que habías oído hablar de la triste situación en que se hallaba Dunia respecto á la familia Svidrigailoff, y me pedías noticias sobre este asunto. ¿Qué podia responderte yo? Si te hubiese puesto al corriente de los hechos, lo habrías dejado todo para venir aquí, aunque hubiera sido á pie, porque con tu carácter y tus sentimientos no habrías dejado que insulta-

Biblioteca Nacional de España

sen á tu hermana. Yo estaba desesperada; ¿pero qué hacer? Y eso que no conocía entonces toda la verdad. Lo malo era que Dunetchka, que entró el año último como institutriz en esa casa, había recibido adelantados doscientos rublos, que tenía que pagar por medio de un descuento mensual sobre sus honorarios. Por esta razón ha tenido que desempeñar su cargo hasta la extinción de la deuda.

»Esta cantidad (ahora puedo ya decírtelo) se había pedido para enviarte los sesenta rublos que tanto necesitabas, y que recibiste el año pasado. Te engañamos entonces escribiéndote que aquel dinero provenía de antiguas economías reunidas por Dunetchka. No era verdad; ahora te lo confieso, porque Dios ha permitido que las cosas tomen repentinamente mejor rumbo, y también porque sabes lo mucho que te quiere Dunia y el hermoso corazón que tiene.

»El hecho es que el señor Svidrigailoff comenzó por mostrarse grosero con ella; no cesaba de molestarla con descortesías y sarcasmos... mas ¿para qué extenderme en penosos pormenores, que no servirían más que para irritarte inútilmente, puesto que todo ello ha pasado ya? En suma, aunque tratada con muchos miramientos y bondad por María Petrovna, la mujer de Svidrigailoff, y por las otras personas de la casa, Dunetchka sufría mucho, sobre todo cuando Svidrigailoff, que ha adquirido en el regimiento la costumbre de beber, estaba bajo la influencia del vino ¡Y si hubieran sido sus groserías efecto de su intemperancia!... Pero figúrate tú que, bajo apariencias de desprecio hacia tu hermana, este insensato ocultaba una verdadera pasión por Dunia.

»Al fin se quitó la máscara; quiero decir, que hizo á Dunetchka proposiciones deshonrosas; trató de seducirla

Biblioteca Nacional de España

con diversas promesas, ofreciéndola ponerle casa é irse á vivir con ella en otra ciudad ó en el extranjero. Figúrate los sufrimientos de Dunia. No solamente la cuestión pecuniaria, de la cual te he hablado, le impedía dejar inmediatamente sus funciones, sino que además temía, procediendo de este modo, despertar las sospechas de María Petrovna é introducir la discordia en la familia.

»El desenlace llegó de improviso. María Petrovna sorprendió inopinadamente en el jardín á su marido, en el momento en que éste, con sus instancias, asediaba á Dunia, y sin enterarse bien, atribuyó todo lo que sucedía á la pobre muchacha. Hubo entre ellos una escena terrible. La señora Svidrigailoff no quiso oir nada; estuvo gritando durante una hora contra su supuesta rival; se olvidó de sí misma, hasta pegarla, y finalmente la envió á mi casa en un carro del campo, sin dejarle tiempo ni aun para hacer la maleta.

»Todos los objetos de Dunia, ropa blanca, vestidos, etc., fueron metidos revueltos en un talego. Llovía á cántaros, y, después de haber sufrido aquellos insultos, tuvo Dunia que caminar diecisiete verstas en compañía de un mujik en un carro sin toldo. Considera ahora qué había de escribirte, en contestación á la carta tuya de hace dos meses. Estaba desesperada; no me atrevía á decirte la verdad, por temor á disgustarte. Además, Dunia me lo había prohibido. Escribirte para llenar mi carta de palabrería, te aseguro que era cosa que no me sentía capaz de hacer, teniendo, como tenía, el corazón angustiado. A continuación de esta historia fuimos, durante un mes largo, la fábula del pueblo, hasta el extremo de que Dunia y yo no podíamos ir á la iglesia sin oir lo que, al pasar nosotras, murmuraba la gente con aire despreciativo.

»Todo ello por culpa de María Petrovna, la cual había

Biblioteca Nacional de España

ido difamando á Dunia por todas partes. Conocía á todo el mundo en el pueblo, y durante ese mes de que te he hablado, venía aquí diariamente. Como además es un poco charlatana y le gusta tanto quejarse de su marido, pronto propaló la historia, no sólo por el pueblo, sino por todo el distrito. Mi salud no resistió; Dunetchka se mostró más fuerte. Lejos de abatirse ante la calumnia, ella era quien me consolaba, esforzándose en darme valor. ¡Si la hubieses visto!

»La misericordia divina ha puesto fin á nuestros infortunios. El Sr. Svidrigailoff reflexionó, sin duda, y compadecido de la joven á quien hubo antes de comprometer, puso ante los ojos de María Petrovna pruebas convincentes de la inocencia de Dunia. Svidrigailoff conservaba una carta que antes de la escena del jardín mi hija tuvo que escribirle, rechazando una cita que él le había pedido. En esta carta Dunia echaba en cara á su perseguidor la indignidad de su conducta respecto á su mujer, le recordaba sus deberes de padre y de esposo y, por último, le hacía ver la vileza de perseguir á una joven desgraciada y sin defensa.

»Con esto no le quedó duda alguna á María Petrovna de la inocencia de Dunetchka. Al día siguiente, que era domingo, vino á nuestra casa, y después de contárnoslo todo, abrazó á Dunia y le pidió perdón llorando. Después recorrió el pueblo, casa por casa, y en todas partes encareció calurosamente la honradez de Dunetchka y la nobleza de sus sentimientos y conducta. No contentándose con rehabilitarla de palabra, enseñaba á todo el mundo y leía en alta voz la carta autógrafa de Dunia al Sr. Svidrigailoff; hizo además sacar de ella muchas copias (lo que ya me parece excesivo). Como ves, ha rehabilitado por completo á Dunetchka, mientras el marido de María Petrovna sale

de esta aventura cubierto de imborrable deshonor. No puedo menos de compadecer á ese pobre loco, tan severamente castigado.

»A Dunia se le han hecho ofrecimientos de lecciones en diferentes casas; pero las ha rehusado. Todo el mundo le muestra particular consideración, y este retorno á la estimación pública ha sido la causa principal del acontecimiento inesperado que, puedo asegurártelo, va á cambiar nuestro destino.

»Has de saber, querido hijo, que se ha presentado para tu hermana un partido, y que ella ha dado su consentimiento, cosa que me apresuro á comunicarte. Tú nos perdonarás á Dunetchka y á mí el haber tomado esta resolución sin consultarte, cuando sepas que el asunto no admitía aplazamiento y que era imposible esperar, para responder, á que tú nos contestaras. Por otra parte, no estando aquí, no podías juzgar con conocimiento de causa.

»Te diré cómo ha pasado todo. El novio, Pedro Petrovitch Lujin, magistrado, pariente lejano de María Petrovna, que se ha tomado mucho interés por nosotros en esta ocasión. Ella fué quien le presentó en nuestra casa. Le recibimos convenientemente, tomó café con nosotras, y al otro día nos escribió una carta muy cortés pidiéndonos la mano de tu hermana y solicitando una respuesta pronta y categórica. Es un hombre muy atareado; está en vísperas de volverse á San Petersburgo, de manera que no puede perder tiempo.

»Como comprenderás, nos quedamos asombradas, puesto que no esperábamos una proposición tan apremiante. Un día entero la hemos estado examinando tu hermana y yo. Pedro Petrovitch está en muy buena posición; desempeña dos cargos y posee ya un capital. Tiene, es cierto, cuarenta y cinco años; pero su aspecto es agradable y

puede gustar á las mujeres. Es un hombre muy formal y muy grave; á mí me parece un poco frío y altanero. Sin embargo, estas apariencias pueden ser engañosas.

»Ya estás advertido, querido Raskolnikoff. Cuando le veas en San Petersburgo, lo que sucederá pronto, no le juzgues con demasiada ligereza, ni le condenes, sin apelación, como tienes por costumbre, si por acaso te inspira poca simpatía. Te digo esto por decírtelo, porque, en rigor, estoy persuadida de que te producirá buena impresión. Además, por regla general, para conocer á cualquiera es menester haberle tratado largo tiempo y observádole con cuidado; de lo contrario se incurre en errores que luego se rectifican dificilmente.

»Pero en lo tocante á Pedro Petrovitch, todo hace creer que es una persona muy respetable; ya en su primer visita nos ha manifestado que está por lo positivo. Sin embargo—ha añadido—, son sus propias palabras: «Participo en gran parte de las ideas de las generaciones modernas.» Habló mucho más porque, según parece, es un tanto vanidoso y declamador; pero esto, en realidad, no constituye un grave defecto.

»Yo, es claro, no he comprendido gran cosa de lo que ha hablado, por lo cual me limitaré á comunicarte la opinión de Dunia: —Aunque poco instruído—me ha dicho—, es inteligente, y parece bueno.—Conoces el carácter de tu hermana; es una joven valerosa, sensata, paciente y magnánima, aunque su corazón sea muy apasionado, como he podido comprobar. De seguro que no se trata ni por parte de él ni de ella de un matrimonio por amor; pero Dunia no es tan sólo una mujer inteligente, su alma es de nobleza angelical, y si su marido procura hacerla feliz, ella considerará como un deber el corresponderle.

«Hombre de buen entendimiento Pedro Petrovitch, debe

comprender que la felicidad de su esposa será la mejor fianza de la suya. Al pronto me ha parecido un poco seco; pero esto sin duda depende de su franqueza. En su segunda visita, cuando ya habíamos admitido su demanda, nos ha dicho que, aun antes de conocer á Dunia, estaba resuelto á no casarse más que con una joven honrada, pero sin dote, y que supiese lo que es la pobreza. Según él, el hombre no debe sentirse obligado á su esposa; vale más que ella vea en su marido un bienhechor.

»No son estas precisamente las palabras de que se ha valido; reconozco que se ha expresado en términos más delicados; pero yo sólo me acuerdo del sentido de sus frases. Ha hablado sin premeditación, y ciertamente alguna de las cosas que ha dicho se le han escapado sin intención, y aun ha tratado de atenuarlas. Sin embargo, he encontrado un poco dura esta manera de expresarse, y así se lo he dicho á Dunia. Pero ella me ha respondido, con algo de mal humor, que las palabras no son más que palabras, y que, en último término, lo que él opina es justo. Durante la noche que ha precedido á su determinación, Dunetchka no ha cerrado los ojos. Creyéndome dormida, se ha levantado de la cama para pasearse arriba y abajo de la alcoba. Por último, se puso de rodillas y, después de una larga y ferviente plegaria ante la imagen, me declaró al día siguiente por la mañana que había tomado su resolución.

»Te he dicho ya que Pedro Petrovich iba inmediatamente á marchar á San Petersburgo, donde le llamaban graves intereses y donde quiere establecerse como abogado. Desde hace tiempo se ocupa en asuntos de abogacía; acaba de ganar una causa importante, y su viaje á San Petersburgo es motivado por un negocio de interés que tiene que seguir ante el Senado. En estas condiciones,

hijo mío, está en camino de servirte de mucho, y Dunia y yo hemos pensado que podrás, bajo sus auspicios, comenzar tu futura carrera. ¡Ah, si esto se realizase! Tan ventajoso sería para tí, que habría que atribuirlo á un favor especial de la divina Providencia.

»Dunia no tiene otra cosa en la cabeza. Hemos hecho alguna indicación á Pedro Petrovich, que se ha expresado con cierta reserva: —Sin duda, ha dicho, como yo tengo necesidad de un secretario, mejor le confiaría este puesto á un pariente que á un extraño, con tal de que sea capaz de desempeñarlo.—Figúrate si serías tú capaz! A mí me ha parecido que teme que tus estudios universitarios te impidan ocuparte de su despacho. Por esta vez, la conversación no ha pasado adelante; pero á Dunia no se le quita esta idea del pensamiento; su imaginación excitada te ve ya trabajando bajo la dirección de Pedro Petrovich, y hasta asociado á sus negocios, tanto más, cuanto que tu carrera es la de Derecho; yo pienso lo mismo que ella, y sus proyectos para tu porvenir me parecen muy realizables.

»A pesar de la respuesta evasiva de Petrovitch, la cual se comprende perfectamente, puesto que no te conoce, Dunia cuenta firmemente con su legítima influencia de esposa para arreglarlo todo en armonía con nuestros comunes deseos. No tengo que decirte que hemos procurado no dar á entender á Pedro Petrovitch que tú podrías ser, andando el tiempo, su socio. Es un hombre positivo, y acaso no hubiese mirado con buenos ojos lo que hasta ahora no es más que un simple sueño.

»Quiero también decirte una cosa, hijo mío. Por ciertas razones, que nada tienen que ver con Pedro Petrovitch, y que quizá no sean más que rarezas de anciana, creo que después de la boda debo seguir en mi casa, en

vez de irme á vivir con ellos. Pedro Petrovitch será, segura estoy de ello, bastante atento y delicado para instarme á que no me separe de mi hija; si hasta ahora no me ha dicho nada es, sin duda, porque lo da por hecho; pero yo tengo intención de rehusar.

»Si es posible me estableceré cerca de vosotros, porque te advierto que he guardado lo mejor para el final. Has de saber, hijo mío, que de aquí á poco tiempo nos veremos, y podremos abrazarnos después de tres años de separación. Está ya decidido que Dunia y yo vayamos á San Petersburgo. ¿Cuándo? No lo sé á punto fijo; pero será bien pronto, quizá dentro de ocho días. Todo depende de Pedro Petrovitch, que nos enviará sus instrucciones cuando haya organizado sus asuntos en esa. Por no sé qué razones quiere apresurar la boda. A ser posible desea que el matrimonio se efectúe uno de estos días, ó, á más tardar, después de la cuaresma de la Asunción. ¡Oh, con qué alegría te estrecharé entre mis brazos!

»Dunia está emocionada ante la idea de volverte á ver; y me ha dicho una vez bromeando que, aunque no fuese más que por esto, se casaría de buena gana con Pedro Petrovitch. ¡Es un ángel! No te escribe porque tendría, según ella, demasiadas cosas que contarte, y, siendo esto así, no vale la pena de escribir unas cuantas líneas. Me encarga que te dé mil besos. Aunque estamos en vísperas de reunirnos, pienso, sin embargo, enviarte inmediatamente todo el dinero que pueda. En cuanto se ha sabido que Dunetchka iba á casarse con Pedro Petrovitch, nuestro crédito ha aumentado de un modo considerable, y sé, á ciencia cierta, que Atanasio Ivanovitch está dispuesto á adelantarme sobre mi pensión hasta 70 rublos.

»Te mandaré, pues, dentro de unos días 25 ó 30. Te enviaría de buena gana mayor cantidad si no temiese

que llegara á faltarme dinero para el viaje. Es verdad que Pedro Petrovitch tiene la bondad de encargarse de una parte de nuestros gastos de viaje; á sus expensas nos va á proporcionar un gran cajón para empaquetar nuestros efectos; pero nosotras tenemos que pagar nuestros billetes, y no es cosa de que lleguemos á esa capital sin un kopek.

»Dunia y yo lo hemos calculado todo; el viaje no nos saldrá muy caro. Desde nuestra casa al tren no hay más que noventa verstas, y hemos ajustado con un campesino, conocido nuestro, que nos lleve en un carro á la estación; en seguida nos meteremos muy satisfechas en un coche de tercera. En resumen: después de echar mis cuentas, son 30 rublos, y no 25, los que voy á tener el placer de remitirte.

»Ahora, mi querido hijo, te abrazo, esperando nuestra próxima entrevista, y te envío mi bendición maternal. Quiere mucho á tu hermana; sabe que te quiere infinitamente más que á sí misma; págala en la misma moneda. Es un ángel, y tú lo eres todo para nosotras, toda nuestra esperanza, toda nuestra futura felicidad. Con tal que tú seas dichoso lo seremos nosotras.

»Adiós, ó más bien, hasta la vista. Te beso mil veces.

»Tuya hasta la muerte.

PULQUERIA RASKOLNIKOFF.»

Durante la lectura de esta carta se le saltaron varias veces las lágrimas al joven; pero cuando la hubo terminado se dibujó en su rostro, pálido y convulso, una amarga sonrisa. Apoyando la cabeza sobre su nauseabundo cojín permaneció pensativo durante largo tiempo. Latíale el corazón con fuerza y sus ideas se confundían. Por último, se sintió como comprimido en aquel cuartucho amarillento

que parecía un armario ó un cajón. Su ser físico y moral tenía necesidad de espacio.

Cogió el sombrero y salió, sin temor esta vez á encontra á nadie en la escalera. No pensaba en la patrona. Se dirigió hacia la plaza de Basilio Ostroff por la perspectiva V. Andaba rápidamente como el que tiene mucha prisa; pero según su costumbre, no se fijaba en nadie, murmuraba para sí y aun *monologueaba* en alta voz, lo que asombraba á los paseantes. Algunos le creían borracho.

IV

La carta de su madre le había conmovido mucho; pero el asunto principal de ella no le hizo vacilar ni un momento. Desde el primer instante, aun antes de acabar de leerla, tenía tomada ya su resolución.

«En tanto que yo viva no se celebrará ese matrimonio; que se vaya al diablo el Sr. Lujín.»

«¡La cosa está bien clara!—murmuraba sonriendo, como si tuviese la clave de lo sucedido—. ¡No, madre; no, Dunia; no lograréis engañarme!... ¡Y todavía se disculpan por no haberme consultado, por no haberme pedido mi opinión, y por haber resuelto el asunto sin mí! ¡Ya lo creo, suponen que no es posible romper la unión proyectada! Veremos si hay ó no medio. ¡Y qué razón es la que alegan: «Pedro Petrovitch es un hombre tan ocupado que sólo »puede casarse al vapor».

»No, Dunetchka, no; lo adivino todo. Sé lo que querías comunicarme; sé también lo que pensabas durante toda esa noche que has pasado paseándote por tu habitación ó rezando á Nuestra señora de Kazán, cuya imagen está en la alcoba de nuestra madre. ¡Qué penosa es la subida del Gólgota!... ¡Oh!... Está bien arreglado; te casas con un hombre de negocios, muy práctico y que posee ya un capital (la advertencia es oportuna), que tiene dos empleos y que participa, según mamá, de las ideas de las

Biblioteca Nacional de España

modernas generaciones. Dunetchka misma observa que le «parece» bueno; ¡ese *parece* es de oro! Bajo la fe de su apariencia, Dunetchka va á casarse con él... ¡Admirable!... Admirable!...

Tendría gusto de saber por qué mi madre ha hablado en su carta de las «generaciones modernas». ¿Es sencillamente para caracterizar al personaje, ó ha sido con la idea de hacérmelo simpatico? ¡Vaya una estratajema! Hay una circunstancia que desearía esclarecer. ¿Hasta qué punto han sido francas, durante el día y la noche que precedieron á la resolución de Dunetchka? ¿Hubo entre ellas una explicación formal, ó se comprendieron mutuamente sin tener casi necesidad de cambiar sus ideas? Juzgando por la carta, yo me inclinaría más bien hacia esta última suposición: mi madre le ha encontrado un poco seco, y en su candidez, ha comunicado su observación á Dunia. Pero ésta, naturalmente, se ha enfadado y respondido de *mal humor*...

¡Bien lo veo; desde el momento en que la decisión estaba tomada, no había que volver sobre ella; la advertencia de mi madre era, por lo menos, inútil! ¿Y por qué me escribe diciéndome: «Quiere á Dunia, porque ella te quiere más que á sí misma»? ¿Le remordería la conciencia por haber sacrificado su hija á su hijo? «Tú eres nuestra felicidad en el porvenir, tú lo eres todo para nosotras». ¡Oh, madre mía!...

Por instantes aumentaba la indignación de Raskolnikoff, y si entonces hubiera encontrado al señor Lujin, probablemente lo habría matado.

—Es verdad—continuó, siguiendo al vuelo los pensamientos que le hervían en la cabeza—; es verdad que, para conocer á cualquiera, es preciso haberle tratado largamente y observádole con cuidado. ¡Pero el señor

Lujin no es difícil de descifrar! Ante todo, es un hombre de negocios y *parece* bueno. Lo que es verdaderamente chusco es aquello de «quiere proporcionarnos un gran cajón». ¿Cómo dudar, en vista de este rasgo tan rumboso, de su bondad? Su futura y su suegra van á ponerse en camino en un carro, sin más defensa contra la lluvia que un mal toldo. Encantado estoy de tal carreta.

¡Qué importa! El trayecto hasta la estación no es más que de noventa verstas; «en seguida entraremos, con gran satisfacción, en un coche de tercera»; para recorrer mil verstas! Tiene razón; es preciso cortar el manto según la tela; pero usted, señor Lujin, ¿en qué piensa usted? Vamos á ver, ¿no se trata de su futura esposa? ¿Y cómo puede usted ignorar que para emprender semejante viaje tiene la madre que empeñar su pensión? Sin duda, con el espíritu mercantil que usted posee, ha considerado que esta boda es un negocio á medias, y que, por consiguiente, cada asociado debe suministrar la parte que le corresponde; pero usted ha tirado demasiado de la cuerda; no hay paridad entre lo que cuesta un cajón y lo que cuesta el viaje.

¿Es que no se hacen cargo de estas cosas, ó que fingen no verlo? Lo cierto es que parecen contentas. Sin embargo, ¿qué frutos pueden esperarse de tales flores? Lo que me enciende la sangre en el proceder de ese sujeto es más el mal modo que la tacañería: el amante da señal de lo que será el marido. ¿Y mamá, que tira el dinero por la ventana, con qué llegará á San Petersburgo? Con tres rublos ó tres billetitos, como dice aquella vieja.... ¡Hum! ¿Con qué recursos cuenta para vivir aquí? Por ciertos indicios ha comprendido que después del matrimonio no podrá vivir con Dunia. Alguna palabra se le ha *escapado* á ese amable señor, que ha sido sin duda un rayo de luz

Biblioteca Nacional de España

para mi madre, aunque ella se esfuerce en cerrar los ojos á la evidencia.

«Tengo intención de rehusar»—me dice—; pero entonces, ¿con qué medios de existencia cuenta? ¿Con los 120 rublos de pensión, de los cuales será preciso descontar la suma prestada por Atanasio Ivanovitch? Allá, en nuestro pueblo, mi pobre madre se quema los ojos haciendo toquillas de punto de lana y bordando mangas. Pero este trabajo no le da más que 20 rublos por año. De suerte que, á pesar de todo, pone su esperanza en los sentimientos generosos del señor Lujin. «Me instará á que no me separe de mi hija.» ¡Sí, fíate!

Pase por mamá; ella es así; es su modo de ser; ¿pero y Dunia?

Es imposible que no comprenda á ese hombre. ¡Y consiente en casarse con él! Yo sé que ama mil veces más la libertad de su alma que el bienestar material. Antes que renunciar á ella, comería pan negro; no la daría por todo el Sleswig-Holotein, cuanto más por el señor Lujin. No, la Dunia que yo conozco no es capaz de eso, y de seguro no ha cambiado... ¿Qué decir entonces? ¡Penoso es vivir en casa de los Svidrigailoff! Andar rodando de provincia en provincia, pasar toda la vida dando lecciones pagadas en junto, por término medio, á 200 rublos por año; ciertamente que eso es duro; sin embargo, yo sé que mi hermana iría á trabajar á casa de un plantador de América, ó á la de un alemanán de Lithuania, antes que envilecerse, encadenando por puro interés personal su existencia á la de un hombre á quien no estima y con quien no tiene nada de común. ¡Ni pesado en oro puro ó en diamantes, consentiría en ser la concubina legítima del señor Lujin! Y siendo esto así, ¿por qué se ha resuelto á casarse?

Biblioteca Nacional de España

¿Cuál es la clave de este enigma? Mi hermana no se vendería para procurarse así misma una posición, ni siquiera para librarse de la muerte; pero se vende, sí, por un ser amado, adorado. He aquí cómo se explica todo el misterio; se vende por su hermano, por su madre. ¡Y lo vende todo! Eso es; hagamos violencia á nuestro sentimiento moral; pongamos en público mercado nuestra libertad, nuestro reposo, nuestra misma conciencia, todo, todo. ¡Perezca nuestra vida, con tal de que los seres queridos sean felices! ¡Plagiemos á los jesuítas su casuística sutil; transijamos con nuestros escrúpulos, y persuadámonos de que es preciso proceder de este modo, que la excelencia del objeto justifica nuestra conducta! He aquí cómo somos... Esto es claro como la luz. Es evidente que en el primer plano se encuentra Raskolnikoff. Hay que asegurarle la felicidad, suministrarle medios para terminar sus estudios universitarios, que llegue á ser el socio de Lujin, que alcance la fortuna, el renombre, la gloria, si es posible. ¿Y la madre? No ve más que á su querido hijo, á su primogénito. ¿Cómo no ha de sacrificar su hija á este hijo, objeto de sus predilecciones? ¡Corazones tiernos, pero injustos!

¡Cómo! ¡Es la suerte de Sonetchka la que aceptáis! Sonetchca, Sonetchka Marmerladoff, la eterna Sonetchka, que durará tanto como el mundo! ¿Habéis medido bien las dos la extensión de vuestro sacrificio? ¿Sabes tú, hermana mía, que vivir con el Sr. Lujin es ponerte al nivel de Sonetchka? «En este enlace no puede haber amor», escribe mi madre; pues bien, si no puede haber ni amor ni estimación, sino por el contrario repulsión y alejamiento y disgusto ¿en qué se diferencia este matrimonio de la prostitución? Aún más disculpable es Sonetchka, puesto que ella se ha vendido, no para procurarse un suplemento de

Biblioteca Nacional de España

bienestar, sino porque veía el hambre, el hambre verdadesa en su casa.

Y si llega el momento de que el peso sea superior á vuestras fuerzas, si os arrepentís de lo que habéis hecho, ¡qué de dolores, qué de maldiciones, qué de lágrimas secretamente vertidas, porque vosotras no sois como María Petrovna! Y entonces, ¿qué será de nuestra madre? Ahora está inquieta, atormentada; ¿qué será cuando vea las cosas como son? ¿Y yo? ¿Por qué no habéis pensado en mí? Yo no acepto vuestro sacrificio, Dunetchka, no lo acepto. En lo que yo viva no se celebrará esa boda.

Se detuvo, quedándose como ensimismado.

¡Que no se celebrará! ¿Qué puedes hacer tú para impedirlo? ¿Opondrás tu *veto?* ¿Con qué derecho puedes hacer uso de él? ¿qué podrás ofrecer por tu parte? ¿Te comprometerás á consagrarles toda tu vida, todo tu porvenir, *cuando hayas terminado tus estudios* y encontrado una colocación? Eso es lo futuro; pero, ¿y el presente? Es preciso hacer algo por el pronto. ¿Y qué es lo que ahora haces. Las arruinas. Obligas á la una á pedir prestado sobre su pensión, á la otra á solicitar un adelanto sobre su sueldo á los Svidrigaïloff, con el pretexto de que serás más tarde millonario; pretendes disponer soberanamente de su suerte, pero ¿puedes tú, en la actualidad, atender á sus necesidades? ¿Lo podrás antes de que pasen diez años? En espera de ello, tu madre habrá perdido los ojos á fuerza de hacer *crochet*, ó acaso á fuerza de llorar, y las privaciones habrán destruído su salud. ¿Y tu hermana? ¡Vamos, piensa un poco en los peligros que la amenazan durante estos diez años!»

Sentía cierto punzante placer al formularse estas preguntas, que, en rigor, no eran nuevas en él. Desde hacía tiempo le atormentaban sin tregua, exigiéndole imperio-

Hemeroteca Nacional de España

samente respuestas que Raskolnikoff no encontraba. La carta de su madre acababa de herirle como un rayo. Comprendía que era pasado ya el tiempo de las lamentaciones estériles, que lo urgente era no razonar, sino hacer algo en el más breve plazo, costase lo que costase; era menester tomar una resolución cualquiera ó...

«¡Ó renunciar á la vida!—exclamó bruscamente— aceptando de una vez el destino tal cual es, rechazando todas mis aspiraciones, abdicando definitivamente mi derecho á ser, á vivir, á amar!...»

Raskolnikoff se acordó de repente de las palabras dichas el día antes por Marmeladoff: «¿Comprende usted, comprende usted, señor, lo que significa esta frase: No tener ya á dónde ir?...»

De repente se extremeció: acababa de presentarse ante su espíritu un pensamiento que también se le había ocurrido la víspera. No era el retorno de este pensamiento lo que le hacía temblar. De antemano lo sabía; había presentido que ese pensamiento volvería infaliblemente y lo esperaba. Pero no era esta idea exactamente igual á la de la víspera, y consistía la diferencia en lo siguiente: lo que hace un mes y ayer todavía no era más que un sueño, surgía ahora bajo una forma nueva, terrible, desconocida. Raskolnikoff tenía conciencia de este cambio... Sentía como un zumbido en el cerebro y una nube le cubría los ojos.

Se apresuró á mirar en torno suyo, como si buscase algo. Sentía ganas de sentarse, y lo que buscaba era un banco. Se encontraba entonces en el *boulevard* de K... A cien pasos de distancia había, en efecto, un banco. Se dirigió á él con cuanta celeridad le fué posible; pero durante el camino le ocurrió un incidente que, durante algunos momentos, ocupó por completo su atención. En

tanto que miraba para el banco, el joven advirtió que una mujer marchaba á veinte pasos delante de él. Al pronto no puso más atención en ella que en los diferentes objetos que encontró al paso. Le ocurría muchas veces volver á su casa sin acordarse del camino recorrido. Andaba de ordinario sin ver nada. Pero en aquella mujer se notaba algo tan extraño á primera vista, que Raskolnikoff no pudo menos de fijarse en ella. Poco á poco, á la sorpresa sucedió una curiosidad, contra la cual trató al pronto de luchar, pero que acabó por ser más fuerte que su voluntad. Le entró de repente el deseo de saber qué era lo que había de extraño en la mujer aquella. Según todas las apariencias, debía ser joven. A pesar del calor, iba sin nada á la cabeza, sin sombrilla y sin guantes, moviendo los brazos. Llevaba al cuello un pañolito pequeño y un vestido ligero, de seda, puesto de una manera rara, mal abrochado y desgarrado por detrás, cerca de la cintura. Un pedazo flotaba á derecha é izquierda. Para colmo de rareza, la joven, muy poco firme, andaba haciendo eses. Este encuentro acabó de excitar toda la curiosidad de Raskolnikoff, el cual se reunió con la joven en el momento en que ésta llegaba al banco. La muchacha se echó más bien que se sentó, puso la cabeza en el respaldo y cerró los ojos como una persona quebrantada por la fatiga. Al examinarla, comprendió Raskolnikoff que estaba completamente ebria. La cosa le pareció tan extraña, que se preguntaba si aquello era un sueño. Tenía ante él una carita casi infantil que apenas representaba dieciséis años, quizá solamente quince. Aquella cara, rodeada de cabellos rubios, era muy linda, pero estaba como arrebatada y un poco hinchada. El espíritu de la joven se hallaba ausente. Tenía cruzadas las piernas una sobre la otra en una actitud muy poco decorosa, y todos los indicios

Biblioteca Nacional de España

hacían suponer que no se daba cuenta del lugar donde se hallaba.

Raskolnikoff no se sentaba, no quería irse, y permanecía de pie enfrente de ella, no sabiendo qué resolver. Era más de la una y hacía muchísimo calor; así es que no había casi nadie en el *boulevard*, que á otras horas suele estar muy concurrido. Sin embargo, á quince pasos de distancia se mantenía apartado, en la cuneta del paseo, un señor que evidentemente deseaba aproximarse á la joven con ciertas intenciones. También sin duda la había visto de lejos y puéstose á seguirla; pero la presencia de Raskolnikoff no le convenía. Echaba, disimuladamente, es verdad, miradas irritadas á este último, y esperaba con impaciencia el momento en que «aquel desarrapado» le cediese el puesto. Nada más claro. El tal caballero, vestido muy elegantemente, era como de unos treinta años, grueso, fuerte, de tez rojiza, de labios rosados y fino bigote. Raskolnikoff se sintió acometido de violenta cólera, y, deseoso de insultarle, se apartó un instante de la joven y se aproximó al señor.

—¡Eh!, Svidrigaïloff—exclamó el joven apretando los puños y riendo sordamente, lo que hacía que los labios se le cubriesen de espuma.

El elegante frunció las cejas, y su fisonomía tomó un aspecto de altanero asombro.

—¿Qué significa esto?—preguntó con un tono despreciativo.

—Esto significa que es preciso dejar el campo libre.

—¿Cómo te atreves tú, perdido?

Y levantó el bastón. Raskolnikoff, con los puños cerrados, se lanzó sobre el grueso señor, sin pensar que éste habría dado fácilmente cuenta de dos adversarios como el joven. Pero en aquel momento alguien cogió por detrás

á Raskolnikoff. Era un guardia que acababa de enterarse de lo que pasaba.

—¡Basta, señores; no se peguen ustedes en la vía pública. ¿Qué le pasa á usted? ¿Quién es usted?—preguntó severamente á Raskolnikoff, fijándose en su sórdido traje.

Raskolnikoff miró con atención á quien le hablaba. El vigilante, con sus bigotes blancos, tenía cara de soldado; parecía, además, inteligente.

—De usted precisamente tenía necesidad—dijo el joven, y cogió del brazo al guardia.

Soy un antiguo estudiante; me llamo Raskolnikoff. Usted puede también oirlo—añadió, dirigiéndose al caballero; venga usted conmigo, y, cogiendo del brazo al vigilante, le llevó hasta el banco.

Mire usted, esa joven se halla en estado completo de embriaguez; hace un momento se paseaba por el *boulevard;* es difícil averiguar su posición social; pero no parece una mujer de la vida airada. Lo más probable es que la hayan emborrachado, y que hayan abusado de ella después... Está en sus comienzos... ¿Comprende usted?... Luego, ebria la han echado á la calle. Vea usted los jirones que tiene en el traje; repare usted cómo lo lleva puesto; esta joven no se ha vestido por sí misma, la han vestido, y no manos experimentadas, sino manos de hombre. Fíjese usted. Este buen señor, con quien yo quería agarrarme hace un momento, á quien no conozco, á quien veo por primera vez, se ha hecho cargo de que esta muchacha estaba ebria, de que no tenía conciencia de nada, y ha querido aprovecharse de su estado para llevarla Dios sabe adónde. Lo que le digo á usted es la verdad pura; esté usted seguro de que no le engaño; he visto cómo la miraba y cómo la seguía; yo le he echado á perder la combinación, y espera á que me vaya; vea usted cómo se

Biblioteca Nacional de España

ha separado de nosotros, y con qué aire de importancia envuelve un cigarrillo... ¿De qué modo arrancarle esta joven? ¿De qué modo hacer que se vuelva á su casa? Piense usted un poco en esto...

El guardia se hizo cargo inmediatamente de la situación y se puso á reflexionar. Respecto á los designios del señor grueso, la cosa era clara, pero quedaba la muchacha. El soldado se inclinó hacia ella para examinarla de cerca, y en su semblante se dibujó verdadera compasión.

—¡Ah, qué desgracia!—dijo moviendo la cabeza.— Es todavía una niña. De seguro se le ha tendido un lazo. Escuche usted, señorita; ¿dónde vive usted?

La joven levantó los pesados párpados, miró á los dos hombres con expresión imbécil é hizo un gesto como para rechazarlos.

Raskolnikoff sacó del bolsillo veinte kopeks.

—Tome usted—dijo al vigilante—; tome usted un coche y llévela á su casa. Lo malo es que no sabemos la dirección.

—¡Señorita, eh, señorita!—dijo de nuevo el soldado, después de tomar el dinero.— Voy á buscar un coche, y yo mismo la conduciré á usted á su casa. ¿A dónde hay que llevarla? ¿Dónde vive usted?

—¡Oh, Dios mío!... ¡Me cogen!—murmuró la joven con el mismo movimiento que antes.

—¡Ah! ¡Qué ignominia! ¡Qué infamia!—dijo el soldado, sintiendo á la vez piedad é indignación.— Esa es la dificultad—añadió dirigiéndose á Raskolnikoff, á quien miró de nuevo de pies á cabeza. Aquel desarrapado, tan dispuesto á dar su dinero, le llamaba mucho la atención.

—¿La ha encontrado usted muy lejos de aquí?—preguntó.

—Ya le he dicho que iba delante de mí, tambaleán-

dose, por este mismo sitio, por el *boulevard*. Apenas llegó á este banco, se dejó caer en él.

—¡Ah! ¡Qué infamias se cometen en el mundo, señor! ¡Tan joven... y borracha! ¡La han engañado de seguro! ¡Tiene la ropa desgarrada!... ¡Oh, cuánto vicio hay en el día!... Quizás sean sus padres nobles arruinados... ¡Hay tantos ahora!... Parece una señorita de buena familia.

Acaso el guardia era padre de hijas bien educadas, á las cuales pudiera tomarse por muchachas de buena familia.

—Lo esencial—dijo Raskolnikoff—es impedir que caiga en las manos de ese pillo. De fijo que el bribón no ha desistido de su propósito. ¡Allí sigue!

Al decir estas palabras, el joven levantó la voz é indicó con un ademán al caballero. Éste, al oir lo que de él se decía, hizo como que se enfadaba; pero después, pensándolo mejor, se limitó á lanzar á su enemigo una mirada despreciativa, y luego, sin apresurarse, se alejó otros diez pasos, deteniéndose de nuevo.

—No, no hay cuidado—respondió con aire pensativo el guardia—, si dijese dónde vive, porque no sabiéndolo... Señorita, ¡eh! señorita—añadió dirigiéndose otra vez á la joven.

De repente, la muchacha abrió los ojos y miró atentamente, como si un rayo de luz iluminase su espíritu. Se levantó y echó á andar en sentido inverso del que antes traía. —¡Vaya con los sinvergüenzas!—dijo extendiendo de nuevo el brazo como para apartar á alguien.— Iba deprisa; pero con paso siempre poco seguro. El elegante se puso á seguirla, aunque por el otro lado del paseo; pero sin perderla de vista.

—Esté usted tranquilo; no se saldrá con la suya—dijo resueltamente el guardia—, y partió en seguimiento de la joven.

Hemeroteca Nacional de España

—¡Oh!, ¡cuánto vicio hay ahora!—repitió el vigilante suspirando.

En aquel momento debió operarse un cambio completo en el ánimo de Raskolnikoff, porque dirigiéndose al guardia, gritó:

—Escuche usted.

El vigilante se volvió.

—¡Déjela usted! ¡A usted qué le importa! ¡Que se divierta (y señalaba al elegante) si quiere! A usted, ¿qué más le da?

El soldado no comprendió este lenguaje, y miró asombrado á Raskolnikoff, que se echó á reir.

—¡Ea!—dijo el guardia agitando el brazo.— Después se alejó detrás del señor elegante y de la muchacha. Probablemente habría tomado á Raskolnikoff por un loco ó por algo peor.

«Se me ha llevado mis veinte kopeks—dijo éste con cólera cuando se quedó solo. Luego el otro le dará dinero y le abandonará la muchacha. Eso será de seguro lo que suceda... ¡Qué idea me ha dado á mí de echármelas de bienhechor! ¿Puedo yo acaso ayudar á nadie? ¿Tengo derecho á ello? ¿Que las gentes se devoren vivas unas á otras, que se me da á mí? ¿Y por qué me he permitido yo regalarle los veinte kopeks? ¿Acaso eran míos?»

A pesar de estas extrañas palabras, tenía el corazón angustiado. Se sentó con abandono en el banco. Sus pensamientos eran incoherentes. Le molestaba en aquel momento pensar en nada. Hubiera querido dormirse profundamente, olvidarlo todo, despertarse después y comenzar una nueva vida.

«¡Pobrecilla!—dijo contemplando el rincón del banco en que poco antes había estado sentada la joven.— Cuando vuelva en sí llorará; su madre sabrá su aventura.

Primero la zarandeará; después le dará de latigazos para añadir su humillación al dolor, y quizá la echará de casa... Y aun cuando no la eche, cualquiera Daría Frantzovna la olfateará, y la pobre chiquilla irá rodando de una parte á otra hasta que entre en el hospital, lo que no tardará en suceder (siempre pasa lo mismo á las muchachas que hacen sus correrías en secreto, porque tienen madres muy honradas). Una vez curada, volverá á las andadas; después otra vez al hospital... La bebida... las tabernas... y otra vez al hospital... Al cabo de dos ó tres años de esta vida, a los dieciocho ó diecinueve años, será un andrajo.

¡A cuántas que han comenzado como ésta, he visto acabar del mismo modo! Pero, ¡bah! Es necesario—se dice—que así suceda; es un tanto por ciento anual, una prima de seguridad pública que debe ser pagada... al diablo, sin duda!... para defender el reposo de las otras. ¡Un tanto por ciento! ¡Qué lindas son estas palabritas que dan á las cosas un aspecto científico tan tranquilizador! Cuando se dice «tanto por ciento», no hay más que hablar; ya no hay por qué inquietarse. Con otro nombre la cosa nos preocuparía más... ¿Quién sabe si Dunetchka no está comprendida en el tanto por ciento del año próximo ó quizás en el de este mismo año?

Pero, ¿á dónde me proponía ir?—pensó de repente.—Es extraño. Al salir de casa tenía un propósito. Al acabar de leer la carta, salí... ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Iba á la plaza de Basilio Ostroff, á casa de Razumikhin. Mas, ¿para qué? ¿Cómo se me ha ocurrido la idea de visitar á Razumikhin? ¡Verdaderamente es curioso!»

No se comprendía él mismo. Razumikhin era un condiscípulo suyo de Universidad. Es de advertir que cuando Raskolnikoff asistía á las clases de Derecho, vivía muy aislado; no iba á casa de ninguno de sus condiscípulos, ni

le agradaba recibir sus visitas. Estos, por su parte, no tardaron en corresponderle del mismo modo. Jamás tomaba parte ni en las reuniones ni en las bromas de los estudiantes. Se le estimaba por su ardiente aplicación; era muy pobre, muy orgulloso y muy metido en sí; parecía que había algún secreto en su vida; sus compañeros creían que Raskolnikoff los miraba con desdén, como si fuesen chiquillos, ó por lo menos, seres muy inferiores á él en conocimientos, en ideas y en desarrollo intelectual.

Sin embargo, intimó bastante con Razumikhin, ó mejor dicho, se mostró con él de carácter más abierto que con los otros. Verdad es que el genio franco é irreflexivo de Razumikhin inspiraba irresistible confianza. Era este joven extremadamente alegre, expansivo y bueno hasta la candidez, lo que no impedía que tuviese otras cualidades serias. Sus compañeros más inteligentes reconocían su mérito y todos le querían. No tenía pelo de tonto, aunque algunas veces fuese algo simple. A primera vista llamaba la atención por sus cabellos negros, su rostro siempre mal afeitado, su alta estatura y su extremada delgadez.

Calavera á ratos, se le tenía por un Hércules. Una noche que recorría las calles de San Petersburgo en compañía de algunos amigos, echó á rodar de un solo puñetazo á un guardia de Seguridad que tenía dos archines y doce verchoks (1). Podía hacer los mayores excesos de bebida, así como en ocasiones sabía observar la más estricta sobriedad. Si á veces cometía inexcusables travesuras, procedía otras con cordura ejemplar. Lo más notable del carácter de Razumikhin, era que jamás se descorazonaba ni se dejaba abatir por ninguna contrariedad. Vivió en una

(1) Aproximadamente 1,88 metros.

guardilla, soportando los horrores del frío y del hambre, sin perder ni un momento su buen humor. Muy pobre, reducido á arreglárselas él solo, encontraba medio de ganarse, bien ó mal, la vida, porque tenía mucho desparpajo y conocía una porción de sitios en que le era posible encontrar dinero, por supuesto, trabajando.

Pasó todo un invierno sin fuego; aseguraba que esto le gustaba mucho porque se duerme mejor cuando se tiene frío. Recientemente había tenido que dejar la Universidad por falta de recursos; pero confiaba en reanudar sus estudios lo más pronto posible; tampoco se descuidaba en mejorar su situación pecuniaria.

Raskolnikoff no había estado en su casa desde hacía cuatro meses, y Razumikhin no sabía siquiera las señas de su amigo. Se habían cruzado en la calle dos meses antes; pero Raskolnikoff hubo de pasarse á la otra acera para no ser visto por Razumikhin. Este reconoció á Raskolnikoff; pero no queriendo fastidiarle, fingió que no le veía.

V

«En efecto, hace poco me proponía ir á casa de Razumikhin, á fin de suplicarle que me proporcionase algunas lecciones ó cualquier otro trabajo...—se decía Raskolnikoff.— Pero ahora, ¿en qué ha de serme útil? Supongamos que, en efecto, puede proporcionarme alguna lección; hasta quiero suponer también que encontrándose con algunos kopeks, se quede sin uno siquiera para facilitarme medios con que comprar unas botas y el traje decente que es indispensable á un pasante... Bueno, ¿y después? ¿Qué hago yo con unas cuantas piataks? (1). ¿Qué resuelvo con ellos? En verdad que soy un tonto en ir á casa de Razumikhin.»

La razón de saber por qué se dirigía entonces á casa de Razumikhin le causaba tormento mayor de lo que él á sí mismo se confesaba; quería ansiosamente dar algún sentido siniestro á esta marcha, en apariencia la más sencilla del mundo.

«¿Es posible que en mi situación haya puesto mis esperanzas todas en Razumikhin? ¿Esperaba verdaderamente yo de él mi remedio?»—se preguntaba con sorpresa.

Reflexionaba, se frotaba la frente, y de pronto, después

(1) La piatak es una moneda de cinco kopeks, equivalente á unos veinte céntimos de peseta.

de haber puesto algún tiempo su espíritu en tortura, brotó de improviso en su cerebro una extraña idea:

«Sí, iré á casa de Razumikhin; pero no ahora, iré á verle al día siguiente, cuando *aquello* esté acabado y mis negocios tengan otro aspecto...»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, tuvo una brusca conmoción. «¡Cuando aquello esté terminado—exclamó con un sobresalto que le hizo levantarse del banco en que estaba sentado!—¿Sucederá *aquello?* ¿Será posible?»

Dejó el banco y se alejó con paso rápido. Su primer movimiento fué el de dirigirse á su casa; mas, ¿para qué? ¡Volver á entrar en aquel horrible cuartucho en que acababa de pasar más de un mes premeditando todo *aquello!* Al asaltarle este pensamiento, se sintió disgustado y se puso á marchar á la aventura. Su temblor nervioso tomó un carácter febril, se estremeció, y, á pesar de la elevación de la temperatura, tenía frío. Casi sin darse cuenta de ello, cediendo á una especie de necesidad interior, se esforzaba en fijar su atención en los diversos objetos que encontraba para librarse de la obsesión de una idea atormentadora. En vano trataba de distraerse; á cada instante caía en su preocupación. Cuando levantaba la cabeza dirigía sus miradas en torno suyo, y olvidaba durante un minuto lo que venía pensando y aun el lugar donde se encontraba. De este modo fué como Raskolnikoff atravesó toda la plaza de Basilio Ostroff, desembocó en el pequeño Neva, pasó el puente y llegó á las islas.

El verdor y la frescura regocijaron sus ojos, acostumbrados al polvo, á la cal, á los montones de arena. Allí nada de ahogo, de exhalaciones mefíticas, ni de tabernas. Pero pronto perdieron estas sensaciones nuevas su encanto y dieron lugar á un gran desfallecimiento. A veces el joven se detenía delante de alguna quinta lindamente,

situada en medio de una vegetación riente, miraba por la verja y veía en las terrazas y balcones mujeres elegantemente vestidas ó niños que correteaban por los jardines. Se fijaba principalmente en las flores; eran lo que atraía más sus miradas. De tiempo en tiempo pasaban al lado de él caballeros y amazonas en soberbios caballos; los seguía con ojos curiosos y los olvidaba antes de que hubiese cesado de fijarse en ellos.

Se detuvo para contar su dinero, y se encontró dueño de, aproximadamente, treinta kopeks. «He dado veinte al guardia, tres á Anastasia por la carta—pensó—; por consiguiente, son cuarenta y siete ó cincuenta kopeks los que dejé ayer en casa de los Marmeladoff.»

Había tenido motivo para comprobar el estado de su hacienda; pero un instante después ya no se acordaba de la razón por la cual sacó el dinero del bolsillo. Al poco rato se acordó, al pasar delante de un figón; su estómago le advirtió que tenía hambre.

Entró en el figón; se echó al cuerpo una copa de aguardiente y comió parte de una empanada, llevándose el resto para acabarlo de comer paseando. Hacía mucho tiempo que no tomaba bebidas espirituosas. El poco aguardiente que acababa de beber le hizo inmediatamente efecto; le pesaban las piernas y le dió sueño. Quiso volverse á su casa; pero al llegar á Petrovsky Ostroff comprendió que no podía andar más. Dejando el camino, penetró en el soto y se echó en la hierba, durmiéndose en seguida.

Cuando se está algo enfermo, los sueños suelen distinguirse por su relieve extraordinario y por su asombrosa semejanza con la realidad. El cuadro es á veces monstruoso; pero la *mise en scène* y todo lo que pertenece á la *representación*, son, sin embargo, tan verosímiles, los detalles tan finos y ofrecen por lo imprevisto, una combinación

tan ingeniosa, que el soñador, aunque sea un artista como Puchkin ó Turgueneff, sería incapaz, despierto, de inventarlos tan bien. Estos sueños dejan siempre un gran recuerdo, y afectan profundamente el organismo, ya quebrantado, del enfermo.

Raskolnikoff tuvo un sueño horrible. Tenía siete años, y un día festivo, al anochecer, se paseaba *extramuros* acompañado de su padre. El tiempo era sombrío, la atmósfera pesada; los lugares exactamente tales como su memoria los recordaba; en su sueño advirtió más de un detalle de que despierto no se acordaba. Veía todo el pueblo; en los alrededores ni un solo sauce blanco; allá, muy lejos, en el confín del horizonte, un bosquecillo formaba una mancha negra. A algunos pasos del último jardín del pueblo se encontraba una taberna, una gran taberna, delante de la cual no se paraba con su padre una sola vez Raskolnikoff, sin experimentar desagradable impresión. Siempre estaba llena de multitud de personas que charlaban, reían, se injuriaban, se pegaban ó cantaban con voz ronca cosas repugnantes; por los alrededores siempre se veían hombres borrachos. Al aproximarse Raskolnikoff se arrimaba á su padre y temblaba de pies á cabeza. El camino que conducía á la taberna estaba lleno de polvo negro. A trescientos pasos de allí, este camino formaba un recodo y daba vuelta al cementerio del lugar. En medio del cementerio se alzaba una iglesia de piedra, cubierta de una cúpula verde, á la cual iglesia iba el niño dos veces al año á oir misa con su padre y su madre cuando se celebraba el funeral por el eterno descanso de su abuela, muerta hacía mucho tiempo, y á quien no había conocido. Llevaban un pastel de arroz con una cruz encima hecha con pasas. El niño amaba esta iglesia, con sus viejas imágenes sin doseles y su anciano clérigo

Hemeroteca Nacional de España

de cabeza temblona. Al lado de la piedra que marcaba el sitio donde reposaban los restos de la anciana, había una tumba pequeña, la del hermano mayor de Raskolnikoff, muerto á los seis meses.

No le conoció; pero se le había dicho que había tenido un hermanito: así es que cada vez que visitaba el cementerio, hacía piadosamente la señal de la cruz encima de la tumba pequeña, é inclinándose con respeto la besaba.

He aquí ahora su sueño: va con su padre por el camino del camposanto; pasan delante de la taberna; él va cogido de la mano de su padre y dirige miradas temerosas á la odiosa casa, en que reina mayor animación que de costumbre.

Hay allí muchedumbre de burguesas y campesinas, vestidas con sus trajes domingueros, acompañadas de sus maridos y de la hez del pueblo. Todos están ebrios y todos cantan. Delante del umbral de la taberna hay una de esas enormes carretas, que se emplean de ordinario para el transporte de mercancías y toneles de vino. A esas carretas se suelen enganchar vigorosos caballos, de gruesas patas y largas crines. A Raskolnikoff le divertía contemplar aquellos robustos animales que arrastraban pesos enormes sin la menor fatiga. Pero ahora á esa pesada carreta estaba enganchado un caballejo de una delgadez espantosa; uno de esos escuálidos jamelgos que los mujiks suelen enganchar á grandes carros cargados de madera ó de heno y á los que muelen á palos, llegando hasta pegarles en los ojos y la boca cuando las pobres bestias hacen vanos esfuerzos para arrastrar el vehículo atascado. Este espectáculo, visto varias veces por Raskolnikoff, le llenaba los ojos de lágrimas, y su madre en tales casos le apartaba siempre de la ventana. De repente suena un gran estrépito; de la taberna salen gritando, cantando y tocando la

guitarra varios mujiks completamente ebrios; llevan blusas rojas y azules, y los capotes colgados negligentemente de los hombros. —¡Subid, subid todos!—grita un hombre todavía joven, de robusto cuello y de rostro carnoso, color de zanahoria.—¡Os llevo á todos, subid!

Estas palabras provocan risas y exclamaciones. —¡Andar el camino con semejante penco!

—Has perdido la chaveta, Mikolka; ¿á quién se le ocurre enganchar ese borriquillo á semejante carro?

—De seguro que este matalón hace veinte años que anda por el mundo.

—Subid, os llevo á todos—grita de nuevo Mikolka, subiendo el primero al carro, y poniéndose de pie en el pescante del vehículo, coge las riendas.

El caballo bayo se lo llevó Madviei y este animalucho, amigos míos, es una condenación para mí, debería matarlo: no gana lo que come. Os digo que subáis, ya veréis cómo le hago galopar. ¡Oh, sí, galopará!

Y al decir esto, toma el látigo, gozoso con la idea de apalear al pobre jaco.

—¡Ea, subamos! puesto que dice que vamos á ir al galope—, dijeron burlándose los del grupo.

—De seguro que hace diez años que no galopa.

—¡Buena marcha llevará!

—No tengáis cuidado, amigos míos, tomad cada uno una vara y ¡duro!

—¡Eso, eso, se le arreará!

Trepan todos al carro de Mikolka riendo y burlándose. Han subido ya seis hombres y quedan todavía algunos en tierra. Con los que han montado va una gruesa campesina, de rostro rubicundo.

Esta comadre, vestida con un traje de algodón rojo, lleva en la cabeza una especie de gorro adornado con

abalorios; va partiendo avellanas y se ríe de tiempo en tiempo. También se ríe la gente que rodea el carro, y en efecto, ¿cómo no reirse ante la idea de que semejante penco lleve al galope á tantas personas? Dos de los que están en el carro, cogen látigos para ayudar á Mikolka. —¡Andando!—grita este último. El caballo tira con todas sus fuerzas; pero lejos de galopar, apenas si puede avanzar un paso; patalea, gime y encoge los lomos bajo los golpes copiosos como el granizo que los tres látigos le descargan. Redoblan las risas en el carro y en el grupo; pero Mikolka se incomoda y golpea con más fuerza al jaco como si, en efecto, esperase hacerle galopar.

—Dejadme subir á mí también amigos míos—grita entre los espectadores un joven impaciente por mezclarse con la alegre pandilla.

—Sube—responde Mikolka.—Subid todos, que yo le haré correr.

Y sigue, sigue golpeando al animal furiosamente y ya no sabe con qué pegarle.

—Papá, papá—dice el niño á su padre.—¿Qué están haciendo? ¡Pegan al pobre caballejo!

—Vamos, vamos—dice el padre—; son borrachos que se divierten á su modo. ¡Imbéciles! Ven, no te fijes en ellos. Quiere llevárselo; pero Raskolnikoff se desprende de las manos paternales, y sin hacer caso de nada, se acerca corriendo al caballo. El animal no puede ya más. Resuella fatigosamente, trata de tirar, y poco falta para que no se caiga.

—¡Pegadle, pegadle hasta que este muerto corra!—aulla Mikolka.—Eso es lo que hay que hacer, ¡ya lo creo que marchará!

—¡Tú no eres cristiano, sino brujo—grita un viejo del grupo.

Hemeroteca Nacional de España

—¿A quién se le ocurre que un caballejo tan pequeño pueda arrastrar un armatoste como ese?—grita otro.

—¡Bribón!—vocifera un tercero.

—No es tuyo, es mío; hago lo que quiero. No tendrá más remedio que galopar.

De repente, la voz de Mikolka queda ahogada por las carcajadas de la gente; el animal, atormentado por los palos, acaba por perder la paciencia y empieza á tirar coces. Hasta el mismo viejo se echa á reir. Y había, en efecto, motivos de risa: ¡un caballo que no se puede sostener, y que, sin embargo, cocea!

Dos hombres se destacan del grupo, y armados de látigos la emprenden á palos con el animal. Uno por la derecha y otro por la izquierda.

—¡Dadle en los morros, en los ojos, sí, en los ojos!—vocifera Mikolka.

—¡Una canción, amigos míos—, grita uno en el corro, é inmediatamente toda la pandilla entona una canción soez al son de una pandereta. La campesina sigue partiendo avellanas y se ríe.

Raskolnikoff, se acerca al caballo y ve que le golpean en los ojos, ¡sí, en los ojos! El niño llora; se le subleva el corazón y corren sus lágrimas. Uno de los verdugos le toca el rostro con el látigo, pero él no lo siente. Se retuerce las manos y grita. Después se dirige al viejo de la barba y cabellos blancos, que mueve la cabeza y condena lo que está pasando.

Una mujer coge al niño de la mano y quiere apartarlo de esta escena; pero él se escapa y corre otra vez hacia el caballo. Este, ya casi sin fuerzas, intenta aún cocear.

—¡Ah condenado!—Mikolka deja el látigo, se baja y coge en el fondo del carro un largo y pesado garrote y

lo blande con fuerza con las dos manos sobre el pobre caballo.

—¡Lo va á matar!—gritan en derredor suyo.

—¡Lo matará!

—¡Es mío—grita Mikolka, y el garrote, manejado por dos brazos vigorosos, cae con estrépito sobre el lomo del animal.

—¡Dale, dale! ¿Por qué te detienes?—gritan varias voces en el grupo.

De nuevo el garrote se levanta y de nuevo cae sobre el espinazo del desgraciado matalón. Bajo la violencia del golpe, el pobre animal está á punto de caerse. Sin embargo, hace un supremo esfuerzo con todas las fuerzas que le quedan; tira, tira en diversos sentidos para escapar de aquel suplicio, mas por todas partes encuentra los seis látigos de sus perseguidores. Mikolka una vez y otra vez golpea á su víctima con el garrote. Está furioso por no poder matarla de un solo golpe.

—¡Está duro de morir!—gritan los del grupo.

—¡No le queda mucho de vida! Se acerca su último momento—grita un aficionado.

—Dale con un hacha; es el medio de acabar con él—apunta un tercero.

—Dejadme—dice Mikolka, y suelta el garrote; busca de nuevo en el carro, y coge una barra de hierro. ¡Fuera—grita, y asesta un violento golpe al pobre caballo. El penco vacila; quiere aún tirar, pero un segundo golpe con la barra le tiende en el suelo, como si se le hubiesen cortado instantáneamente los cuatro miembros.

—¡Acabemos!—aulla Mikolka! que fuera de sí salta del carro. Algunos mozallones rojos y avinados agarran cada cual lo que tienen más á mano, látigos, palos, el garrote, y corren al caballo expirante. Mikolka, en pie, al lado de

la bestia, la golpea sin cesar con la barra de hierro. El caballo extiende la cabeza y muere.

—¡Ha muerto!—gritan en el grupo.

—Pero, ¿por qué no quería galopar?

—¡Era mío!—grita Mikolka, teniendo siempre en la mano la barra. Tiene los ojos inyectados de sangre. Sin duda le enfurecía que la muerte le hubiese quitado su víctima.

—¡La verdad! ¡Tú no eres cristiano!—gritan indignados algunos asistentes.

El pobre niño no se da cuenta de lo que le pasa. Dando voces se abre paso por entre el grupo que rodea al caballo. Levanta la cabeza ensangrentada del cadáver, le besa en el hocico y en los ojos... Después, en un repentino arrebato de cólera, cierra los puños y se arroja sobre Mikolka. En este momento su padre, que desde hace un rato le buscaba, le encuentra al fin y lo aparta de la gente.

—¡Vámonos, vámonos, hijo mío! ¡Vámonos, vámonos! —dijo.—¡Volvamos á casa!

—¡Papá, ¡papá! ¿Por qué han matado al pobre caballo?—solloza el niño; pero le falta la respiración; de su garganta salen grandes sollozos.

—¡Son brutalidades de gente ebria! ¡Nada tenemos que ver con ello!—dice el padre. Raskolnikoff le oprime entre sus brazos; pero siente tal fatiga... quiere respirar, gritar, y se despierta.

Raskolnikoff se despertó jadeando, con el cuerpo húmedo y los cabellos empapados en sudor; se sentó bajo un árbol y respiró con ansia.

«¡Gracias á Dios no ha sido más que un sueño!—dijo—¡Cómo! ¿Iré á tener fiebre? No sería extraño que me diese después de un sueño semejante.»

Tenía quebrantados los miembros, y el alma llena de obscuridad y de confusión; apoyando los codos en las rodillas, dejó caer la cabeza entre las manos.

«¡Dios mío!—exclamó.—¿Será posible, en efecto, que yo coja un hacha y parta el cráneo de aquella mujer?... ¿Será posible que yo ande por encima de sangre tibia y pegajosa, que fuerce la cerradura, robe y me oculte, temblando, ensangrentado, con el hacha?... ¡Señor! ¿Será posible? Pero, ¿por qué pienso yo en estas cosas—continuó con profunda sorpresa.— Veamos; yo sé bien que no sería capaz de ello; ¿Por qué, pues, me atormenta esta idea? Ayer, ayer ya, cuando fuí á hacer el *ensayo*, comprendí perfectamente que *aquello* era superior á mis fuerzas. ¿De dónde procede que yo vuelva sobre esta idea ahora? Ayer, al bajar la escalera, iba diciendo que era innoble, odiosa, repugnante... solamente pensar en tal cosa me aterraba.

No, no me atreveré; esto es superior á mis fuerzas. Aunque todos mis razonamientos no dejasen lugar á duda, aunque todas las conclusiones á que he llegado durante un mes fuesen claras como el día, exactas como la Aritmética, no podría decidirme á ello. ¡No soy capaz! ¿Por qué, pues; por qué ahora?...»

Se levantó; miró con asombro en torno suyo, como si se sorprendiese de estar allí, y echó á andar hacia el puente *T*... Estaba pálido, le brillaban los ojos. Todo su ser mostroba decaimiento; pero comenzaba á respirar con más facilidad. Se sentía libre ya del horrible peso que durante largo tiempo le había oprimido, y su alma, aliviada, volvía á recobrar la paz. «¡Señor!—exclamó—; muéstrame mi camino y renunciaré á ese sueño maldito!»

Al atravesar el puente miró el río, y contempló la resplandeciente puesta del sol. A pesar de su debilidad, no sentía ninguna fatiga. Se hubiera dicho que el absceso que

se había formado en su corazón durante un mes acababa de reventar repentinamente. Ahora era libre. Estaba roto el encanto. Había cesado de influir sobre él el horrible maleficio.

Más tarde Raskolnikoff se acordó, minuto por minuto del empleo de su tiempo durante estos días de crisis; entre otras circunstancias, venía á menudo á su pensamiento una que, aun cuando en rigor no tuviese nada de extraordinario, le preocupaba con una especie de terror supersticioso, á causa de la acción decisiva que había ejercido sobre su destino.

He aquí el hecho que constituía para él siempre un enigma. ¿Por qué cuando fatigado hubiera debido, como era natural, volver á su casa por el camino más corto y más directo, se le había ocurrido pasar por el Mercado del Heno en donde nada, absolutamente nada, le llamaba? La verdad era que este rodeo no alargaba mucho su camino; pero resultaba completamente inútil. Se le había ocurrido mil veces volverse á su casa sin fijarse en el itinerario recorrido.

«¿Pero por qué, pues, se preguntaba siempre? ¿Por qué aquel encuentro tan importante, tan decisivo para mí, y al mismo tiempo tan fortuito, que tuve en el Mercado del Heno adonde no tenía para qué ir? ¿Por qué aquel encuentro se ha verificado en el momento mismo en que, dadas las disposiciones en las cuales me encontraba, había de tener para mí las más graves y terribles consecuencias? Tentado estaba de ver en esta fatal coincidencia el efecto de una predestinación.»

Cerca eran de las nueve cuando el joven llegó al Mercado. Los tenderos estaban cerrando sus tiendas. Los vendores ambulantes se preparaban, lo mismo que los chalanes, á volver á su casa. Obreros y desarrapados de toda

especie bullían en los alrededores de los bodegones y tabernas que en el Mercado del Heno ocupaban el piso bajo de la mayor parte de los edificios. Esta plaza y sus alrededores eran los lugares que Raskolnikoff frecuentaba de mejor gana cuando salía sin objeto de su casa. Allí, en efecto, sus harapos no llamaban la atención de nadie, y podía él, como cualquiera, pasearse vestido según le diera la gana. En la esquina de la manzana de *K...* una mujer y su marido vendían artículos de quincalla, colocados en dos mesas.

Aunque se disponían á volver á su casa, se habían detenido para hablar con una conocida que acababa de aproximarse á ellos. Esta persona era Isabel Ivanovna, hermana menor de Alena Ivanovna, la usurera en cuya casa Raskolnikoff había entrado la víspera á empeñar su reloj y á hacer su *ensayo*...

De tiempo atrás tenía noticias de esta Isabel; ella también le conocía algo. Era una alta y desgarbada moza de treinta y cinco años, tímida, dulce y casi idiota. Temblaba ante su hermana, que la trataba literalmente como esclava; la hacía trabajar día y noche y hasta le pegaba.

En aquel momento, su fisonomía expresaba indecisión, en tanto que en pie, con un paquete en la mano, escuchaba atentamente lo que le decían el vendedor y su mujer. Éstos hablaban de algo importante, á juzgar por el calor que ponían en sus palabras.

Cuando Raskolnikoff vió de repente á Isabel, experimentó una sensación extraña que se parecía á una profunda sorpresa, aunque este encuentro no tuviese nada de asombroso.

—Es menester que esté usted aquí para tratar el negocio, Isabel Ivanovna—dijo con fuerza el vendedor.— Venga usted mañana de seis á siete. También vendrán los otros.

—¿Mañana?—dijo con voz vacilante Isabel, que parecía temerosa de decidirse.

—¿Tiene usted miedo á Alena Ivanovna?—dijo vivamente la vendedora; que era una mozallona decidora.—Confíe usted en mí, porque usted es como un niño pequeño.

—¿Será posible que se deje usted dominar hasta ese punto por una persona que no es después, de todo, más que medio hermana de usted?

—No diga usted ahora nada á Alena Ivanovna—dijo el marido.— Se lo aconsejo; venga usted á casa sin pedir permiso. Se trata de un negocio ventajoso; su hermana se convencerá de ello en seguida.

—¿De modo que tengo que venir?

—Mañana entre seis y siete vendrán también los demás; es preciso que esté usted presente para decidir el asunto.

—Le ofreceremos una taza de te.

—Está bien, vendré—respondió Isabel pensativa, y se dispuso á marcharse.

Raskolnikoff había pasado ya del grupo formado por las tres personas y no oyó más. Había, sin darse cuenta de ello, acortado el paso, esforzándose por no perder palabra de la conversación. Á la sorpresa del primer momento sucedió insensiblemente en él un terror que le hacía temblar. Una casualidad imprevista le acababa de dar á conocer que al día siguiente á las siete de la tarde Isabel, la hermana y única compañera de la vieja, estaría fuera, y que, por lo tanto, al día siguiente, á las siete en punto, la vieja *se encontraría sola en su casa.*

El joven estaba á algunos pasos de la suya. Entró en ella como si le hubiesen condenado á muerte. No pensó en nada; sintió súbitamente en todo su ser, que no tenía

ni voluntad, ni libre albedrío, y que todo estaba definitivamente resuelto. Ciertamente, hubiera podido esperar años enteros sin una ocasión favorable, aun tratando de hacerla nacer, como aquella que acababa de ofrecérsele. En todo caso le habría sido difícil saber la víspera á ciencia cierta y sin correr el menor riesgo, sin comprometerse con preguntas peligrosas, que mañana á tal hora, tal vieja, á quien él quería matar estaría sola en su casa.

VI

Raskolnikoff supo después por qué el vendedor y su mujer habían invitado á Isabel á venir á su casa; una familia extranjera que encontrándose muy apurada quería deshacerse de sus efectos que consistían en vestidos y en ropa interior usada de mujer. Estas personas buscaban ponerse en relación con la revendedora; así, pues, Isabel ejercía su oficio. Tenía una numerosa clientela, porque era muy formal y decía siempre el último precio. Con ella no había regateo. En general hablaba poco, y, como hemos dicho, era muy tímida.

Desde hacía algún tiempo Raskolnikoff se había hecho supersticioso, y, por consiguiente, cuando reflexionaba, sobre todo este asunto, se inclinaba siempre á ver en él la acción de causas extrañas y misteriosas. El invierno último, un estudiante conocido suyo, Pokorieff, á punto de volverse á Kharkoff, le había dado al despedirse la dirección de la vieja Alena Ivanovna, para el caso de que tuviera necesidad de empeñar algo. Pasó mucho tiempo sin ir á casa de la vieja, porque el producto de sus lecciones le permitía ir viviendo. Seis semanas antes de los acontecimientos que estamos contando se acordó de las señas; poseía dos objetos por los cuales podía prestársele algo: un reloj de plata que conservaba de su padre y un anillo pequeño de oro con tres piedrecitas rojas que su hermana le había

Biblioteca Nacional de España

dado como recuerdo en el momento de separarse. Raskolnikoff se decidió á llevar la sortija á casa de Alena Ivanovna. Desde el primer momento, y antes que él supiese nada de particular acerca de ella, la vieja le inspiró una violenta aversión. Después de haber recibido *dos billetitos*, entró en un mal cafetucho que encontró al paso. Allí pidió te, se sentó y se puso á reflexionar. Una idea extraña todavía en estado embrionario en su espíritu, le ocupaba por completo. En una mesa vecina á la suya, un estudiante, á quien no se acordaba de haber visto jamás, estaba sentado con un oficial. Los dos jóvenes acababan de jugar al billar y se disponían ahora á tomar te. De repente, Raskolnikoff oyó al estudiante que daba al oficial la dirección de Alena Ivanovna, viuda de un secretario de colegio y prestamista sobre prendas. Esto sólo pareció ya un poco extraño á nuestro héroe: se hablaba de una persona en cuya casa precisamente había estado pocos minutos antes. Sin duda, todo ello era pura casualidad; pero en aquel momento luchaba con una impresión que no podía dominar, y he aquí que, como llamado por una campanilla, alguien venía á fortificar en él esta impresión. El estudiante comunicaba, en efecto, á su amigo, diversos pormenores acerca de Alena Ivanovna.

—Es un famoso recurso—decía—; siempre hay medio de procurarse dinero en su casa. Rica como un judío, puede prestar cinco mil rublos de una vez, y sin embargo, acepta objetos que no valen más que un rublo. Es una providencia para muchos de nosotros, Pero, ¡qué horrible harpía! Se puso á contar que era mala, caprichosa; que no concedía ni siquiera veinticuatro horas de plazo, y que toda prenda no retirada en el día fijo, era irrevocablemente perdida por el deudor; prestaba sobre un objeto la cuarta parte de su valor y cobraba el cinco y el seis por cien-

to de interés mensual. El estudiante, que hablaba por los codos, añadió que esta horrible vieja era pequeñuela, lo que no le impedía pegar á menudo y tener en completa dependencia á su hermana Isabel, que media, por lo menos, dos archines y ocho verchoks de estatura.

—¡Es un fenómeno!—exclamó—y se echó á reir.

La conversación recayó en seguida sobre Isabel.

El estudiante hablaba de ella con placer marcado y siempre riendo. El oficial escuchaba á su amigo con mucho interés y le suplicó que le enviase á aquella Isabel para que le repasase la ropa. Raskolnikoff no perdió una palabra de esta conversación y supo de esta suerte una multitud de cosas. Más joven que Alena Ivanovna, de la cual no era más que hermana consanguínea, Isabel tenía treinta y cinco años. Trabajaba día y noche para la vieja. Además de desempeñar el oficio de cocinera, era planchadora, hacía trabajos de costura que luego vendía. Iba á fregar suelos á las casas, y todo lo que ganaba se lo daba á su hermana. No se atrevía á aceptar ningún encargo, ningún trabajo, sin permiso de Alena Ivanovna. Esta, Isabel lo sabía, había hecho ya su testamento, y en él no dejaba á su hermana más que el mobiliario. Deseosa de tener á perpetuidad sufragios por el reposo de su alma, la vieja dejaba toda su fortuna á un monasterio del gobierno de N. Isabel pertenecía á la clase burguesa, y no al *thchin*. Era una mujer muy alta y desgarbada, con pies muy grandes, siempre calzada con anchos zapatos; pero por otra parte siempre limpia. Lo que principalmente asombraba y hacía reir al estudiante era que Isabel estaba siempre en cinta.

—¿Pero no decías que es un monstruo?—preguntó el oficial.

—Es en verdad muy morena; parece un soldado ves-

tido de mujer; pero te aseguro que no es del todo despreciable. Su fisonomía revela tanta bondad, y tienen sus ojos una expresión tan simpática!... La prueba es que ella agrada á muchas personas. Es tan tranquila, tan dulce, tan paciente, tiene un carácter tan bueno, y además, su sonrisa es tan agradable...

—¿Te gusta, acaso?—preguntó riendo el oficial.

—Me gusta por su extrañeza. Pero te aseguro que á aquella maldita vieja la mataría y robaría sin el menor escrúpulo de conciencia—añadió vivamente el estudiante.

El oficial se echó á reir; pero Raskolnikoff tembló. Las palabras que oía encontraban extraño eco en sus propios pensamientos.

—Voy á plantearte una cuestión seria—dijo el estudiante, cada vez más animado.— Hace un momento me burlaba; pero fíjate: de una parte una vieja enfermiza, tonta, estúpida, mala, un ser que no es útil á nadie, y que por el contrario, molesta á todo el mundo; que no sabe él mismo por qué vive, y que morirá mañana de muerte natural. ¿Comprendes, comprendes?

—Comprendo—respondió el oficial, que al oir á su amigo hacer estos escarceos le miraba atentamente.

—Prosigo. Del otro lado, fuerzas jóvenes, frescas, que se quebrantan, se pierden, faltas de sostén, y esto á millares, por todas partes. Cien mil obras útiles que se podrían llevar á cabo, creando unas, mejorando otras, con el dinero legado por esta vieja á un monasterio. Centenares de existencias, millones quizás, puestas en el buen camino. Docenas de familias salvadas de la miseria, de la disolución, de la ruina, del vicio, de los hospitales... y todo ello con el dinero de esa mujer. Si se la matase y se destinase su caudal al bien de la humanidad, ¿crees tú que el crimen, si eso fuese un crimen, no estaría largamente com-

pensado por millares de buenas acciones? Por una sola vida, millares de vidas arrancadas á la perdición. Por una persona suprimida, cien personas devueltas á la existencia. Se trata de una cuestión de Aritmética. ¿Qué pesa en las balanzas sociales la vida de una vieja entermiza, tonta y mala?, poco más que la vida de una almeja ó de una polilla; me atrevo á decir que menos, porque esta vieja es una criatura perversa. Hace poco, en un transporte de cólera, mordió un dedo á Isabel, y en poco estuvo que no se lo cortase con los dientes.

—Cierto que es indigna de vivir—respondió el oficial—; pero qué quiéres... la Naturaleza...

—Amigo mío; á la Naturaleza se la corrige, se la endereza; de lo contrario, viviríamos enterrados en prejuicios; de lo contrario, no habría un solo grande hombre. Se habla del deber, de la conciencia. No quiero decir nada en contrario; pero, ¿qué sentido damos á estas palabras? Oyeme: voy á plantearte otra cuestión.

—No; ahora me toca á mí. Te voy a preguntar una cosa.

—Bueno; pregunta.

—Verás: tú estás ahora perorando con mucha elocuencia; pero, dime: ¿Matarías tú, por ti mismo, á esa vieja? ¿Sí ó no?

—Claro que no; pero yo considero esto desde el punto de vista de la justicia... No se trata de mí...

—Pues bien, amigo mío; mi opinión es esta: tú no te decidirías á matarla, porque la cosa no es justa. Vamos á echar otra partida.

Raskolnikoff estaba agitadísimo. En rigor, esta conversación no tenía nada de asombroso. Muchas veces había oído conversaciones análogas; lo único que cambiaba era el tema; mas ¿por qué el estudiante expresaba precisamen-

te los mismos pensamientos que en aquel instante bullían en el cerebro de Raskolnikoff? ¿Y por qué casualidad éste, al salir de casa de la vieja, oía hablar de ella? Tal coincidencia le pareció extraña. Estaba escrito que esta insignificante conversación tuviese en su destino decisiva influencia.

.....

Al volver del Mercado del Heno se dejó caer en el sofá y permaneció sentado en él, sin moverse, durante una hora entera. La obscuridad era completa; en la habitación no había ni vela, ni á Raskolnikoff se le había ocurrido la idea de encender. No hubiera podido precisar si en esta hora había pensado algo. Por último, le entró un frío febril, y pensó con satisfacción que podía echarse del todo en el sofá... No tardó en caer en pesado y profundo sueño.

Durmió mucho más tiempo que de costumbre y sin soñar. A Anastasia, que entró en su habitación á las diez, le costó gran trabajo despertarle. La criada, que le traía pan, y como la víspera, algo del te que ella acostumbraba á tomar, le asombró verle dormido.

—¡Aún no se ha levantado!—exclamó indignada.— ¿Es posible dormir así?

—Raskolnikoff se incorporó con dificultad. Le dolía la cabeza. Se puso en pie. Dió una vuelta por la habitación, y después se dejó caer de nuevo en el sofá.

—¡Otra vez!—gritó Anastasia.— ¿Estás malo?

El joven no respondió.

—¿Quieres tomar té?

—Más tarde—contestó penosamente, y luego cerró los ojos, y se volvió del lado de la pared. Anastasia, en pie, cerca de él, le contempló durante algún tiempo. —De seguro está malo—dijo antes de retirarse.

A las dos volvió con la sopa. Encontró á Raskolnikoff acostado aún en el sofá. No había tomado el te. La sirviente se incomodó y se puso á sacudir con fuerza al pupilo.

—¿Qué te pasa para dormir de ese modo?—gruñó, mirándole con desprecio. Raskolnikoff se incorporó; pero no respondió una palabra ni levantó los ojos del suelo.

—¿En qué quedamos; ¿estás malo ó no lo estás?

Esta pregunta no obtuvo más respuesta que la primera.

—Deberías salir—dijo después de una pausa.— Te estaría bien tomar el aire. Vas á comer, ¿no es verdad?

—Más tarde—respondió con voz débil—: ¡vete!—y la despidió con un ademán.

Anastasia se detuvo un momento, miró al joven con expresión de piedad y se marchó.

Al cabo de algunos minutos, Raskolnikoff levantó los ojos, contempló detenidamente el te y la sopa y comenzó á comer.

Tomó tres ó cuatro cucharadas sin apetito, casi maquinalmente. Le dolía menos la cabeza; cuando hubo terminado de comer se echó de nuevo en el sofá; pero aunque no pudo dormir, permaneció inmóvil, echado de bruces y con la cara hundida en la almohada. Su imaginación evocaba sin cesar cuadros extraños. Figurábase á veces estar en África; formaba parte de una caravana detenida en un oasis; las palmeras se entrecruzaban en derredor del campamento; los camellos reposaban de sus fatigas; los viajeros se disponían á comer. Él, por su parte, apagaba la sed en el chorro de una clara fuente; el agua azulada y deliciosamente fresca, dejaba ver en el fondo del riachuelo piedrecillas de diversos colores y arenas de reflejos dorados.

De reprente sonó un reloj; aquel ruido le hizo temblar,

y adquiriendo otra vez el sentimiento de la realidad, miró á la ventana, y después de haber calculado la hora que podría ser, se levantó precipitadamente. Anduvo en seguida de puntillas, se aproximó á la puerta, la abrió suavemente y se puso á escuchar; el corazón le latía con violencia.

La escalera estaba silenciosa, parecía que todo dormía en la casa. «¿Cómo me he descuidado tanto? ¿Cómo desde ayer no he hecho nada, ni preparado nada?»—se preguntaba á sí mismo, no comprendiendo su negligencia; y sin embargo, eran quizá las seis las que acababan de dar. Á su inercia y entorpecimiento siguió bruscamente febril y extraordinaria actividad.

Por otra parte, los preparativos no exigían mucho tiempo. Hacía esfuerzos por no olvidarse de nada, y su corazón latía con tal fuerza que dificultaba la respiración. Primero tenía que hacer un nudo corredizo, y adaptarlo á su gabán; aquello era cosa de un minuto; buscó en la ropa que tenía bajo la almohada una camisa vieja, sucia é inservible. Después, con trozos arrancados á esta camisa, hizo una especie de trenza de un verchot de ancha y ocho de larga. Después de haberla doblado en dos partes, se quitó el gabán de verano, que era de una espesa y fuerte tela de algodón (único traje que poseía) y se puso á zurcir interiormente, bajo el sobaco izquierdo, los dos extremos de la trenza; al ejecutar este trabajo le temblaban las manos; pero le quedó tan bien, que cuando volvió á ponerse el gabán no se veía el cosido por la parte de fuera. Se había proporcionado mucho tiempo antes la aguja y el hilo y no tuvo más que sacar ambas cosas del cajón de su mesa.

En cuanto al nudo corredizo para colgar el hacha, se le había ocurrido un medio muy ingenioso, ya ideado

quince días antes. Ir por la calle con un hacha en la mano era imposible. Por otra parte, ocultar el arma bajo el gabán le obligaba á llevar continuamente la mano debajo, y esto podría llamar la atención, en tanto que con el nudo corredizo le bastaba poner en él el hierro del hacha, y quedaba suspendida bajo el sobaco todo el tiempo de la marcha, sin peligro de caerse. Podía también impedir que se moviera sin más que oprimir la extremidad del mango con la mano metida en el bolsillo del gabán. Este era tan ancho—un verdadero saco—que la maniobra no podía ser advertida.

Acabado esto, Raskolnikoff metió el brazo bajo el sofá (turco), é introduciendo los dedos en una hendidura del suelo, sacó de aquel escondrijo el objeto empeñable de que había tenido cuidado de proveerse con anticipación. Este objeto no era más que una tableta de madera pulimentada, del tamaño que suelen tener las petacas de plata. En uno de sus paseos el joven había encontrado por casualidad este trozo de madera en el corral de un taller de carpintería. Cogió también una plaquita de hierro delgada y pulimentada, pero de menos dimensiones, que había encontrado también en la calle, y después de juntar una cosa con la otra (la tabla y la placa), las ató fuertemente con un hilo, y lo envolvió todo en un trozo de papel blanco.

Este paquetito, al cual el joven había tratado de dar un aspecto todo lo elegante que le fué posible, quedó atado de manera que era muy difícil desatarlo.

Por tal medio se ocuparía momentáneamente la atención de la vieja. Mientras la mujer estuviese procurando desatar el nudo, el visitante podría elegir el momento oportuno. Había juntado con la tabla la placa de hierro para que la supuesta petaca pesase más, á fin de que en

el primer momento, por lo menos, la usurera no sospechase que se le traía un pedazo de madera. Apenas Raskolnikoff acababa de guardarse el paquete en el bolsillo, cuando oyó una voz que decía en la escalera:

—Ya hace mucho que han dado las seis.

«¡Dios mío! ¿Mucho?»

Se dirigió á la puerta; aplicó el oído y se puso á bajar los treinta escalones sin hacer más ruido que un gato. Quedaba lo más importante: ir por el hacha que se encontraba en la cocina. Ya hacía tiempo que tenía pensado valerse de un hacha. Había en su casa una especie de hoz, pero este instrumento no le inspiraba confianza, y además no sabía manejarlo; así fué que se decidió definitivamente por el hacha. Advirtamos á propósito de esto una particularidad singular; á medida que sus resoluciones tomaban un carácter determinado, más absurdas y horribles le parecían al joven. A pesar de la lucha desesperada que se libraba en su interior, no llegaba á admitir ni por un solo instante que acabaría por ejecutar sus proyectos.

Si todos los obstáculos hubieran sido vencidos, todas las dudas resueltas, todas las dificultades allanadas, probablemente habría renunciado á su designio por absurdo, monstruoso é imposible. Pero le quedaba todavía una multitud de puntos que ventilar y de problemas que resolver. Lo de hacerse con el hacha no inquietaba en modo alguno á Raskolnikoff, porque era cosa facilísima. Anastasia casi nunca estaba por la tarde en casa; salía de continuo para irse á chismorrear en casa de sus amigas ó en las tiendas, y este solía ser el motivo de las riñas que su ama le echaba.

No había más que entrar suavemente en la cocina, coger el hacha é ir á ponerla en el mismo sitio una hora después

(cuando todo estuviese terminado); pero aquí se ofrecía una dificultad. «Supongamos—pensaba el joven—que dentro de una hora, cuando yo vuelva á dejar el hacha, ha regresado Anastasia. Claro es que en tal caso tendré que aguardar para entrar en la cocina á que salga la criada; ¿pero y si durante este tiempo echa de menos el hacha y se pone á buscarla? Si no la encuentra refunfuñará, ¿y quién sabe? Quizá arme un alboroto en la casa. Esto sería una circunstancia que iría, ó podría, por lo menos, ir en contra mía.»

Sin embargo, no quería pensar en tales pormenores; además, no tenía tiempo para ello. Se preocupaba de lo principal, decidido á no ocuparse en lo accesorio hasta que hubiese tomado su partido sobre lo esencial. Esta última condición, la primera de todas, le parecía decididamente irrealizable. Así es que no podía imaginar que en un momento dado cesaría de pensar, se levantaría é iría allí derechamente... Aun en su último *ensayo* (es decir, en la visita que había hecho para tantear decididamente el terreno) había faltado mucho para que el joven hubiese ensayado seriamente. Actor sin convicción, no pudo sostener su papel y huyó indignado contra sí mismo.

Sin embargo, desde el punto de vista moral, la cuestión estaba resuelta. La casuística del joven, afilada como una navaja de afeitar, había segado todas las objeciones; pero no encontrándolas en su espíritu, se esforzaba en buscarlas fuera. Hubiérase dicho que arrastrado por una potencia ciega, irresistible, sobrehumana, trataba desesperadamente de encontrar un punto fijo á que agarrarse. Los imprevistos accidentes de la víspera influían sobre él de una manera automática; del mismo modo que el hombre á quien una rueda de una máquina le coge una parte de su traje acaba por ser despedazado por la misma máquina...

Biblioteca Nacional de España

La primera cuestión que le preocupaba y en la cual había pensado muchas veces era esta: ¿Por qué se descubren tan fácilmente casi todos los crímenes? ¿Por qué se encuentran con tanta facilidad las huellas de casi todos los culpables?

Poco á poco llegó á diversas conclusiones muy curiosas; según él, la principal razón del hecho consistía menos en la posibilidad material de ocultar el crimen que en la personalidad misma del criminal; casi siempre este último experimentaba en el momento de cometer el delito una disminución de la voluntad y de la inteligencia; por esta razón solía proceder con aturdimiento infantil, con ligereza fenomenal, precisamente cuando la circunspección y la prudencia le eran más necesarias.

Raskolnikoff comparaba este eclipse del juicio y este desfallecimiento de la voluntad, á una afección morbosa que se desarrollaba por grados, que llegaba al *máximun* de intensidad poco antes de la perpetración del crimen, que subsistía en la misma forma durante la comisión de él, y aun algunos momentos después (más ó menos tiempo, según los individuos), para cesar en seguida como cesan todas las enfermedades. Un punto no esclarecido era el de saber si la enfermedad determina el crimen ó si el crimen, por su naturaleza propia, va acompañado siempre de algún fenómeno nervioso. Pero el joven no se sentía capaz de resolver esta cuestión.

Al discurrir de tal modo llegó á persuadirse de que él personalmente estaba al abrigo de semejantes trastornos morales, y de que conservaría la plenitud de su inteligencia y de su voluntad durante toda su empresa, por la razón de que «su empresa no era un crimen...» No referiremos la serie de argumentos que le habían conducido á esta última conclusión. Nos limitamos á decir que en sus

preocupaciones, el lado práctico, las dificultades puramente materiales de ejecución, quedaban en el último plano. «Que conserve yo mi presencia de espíritu, mi fuerza de voluntad, y cuando llegue el momento triunfaré de todos los obstáculos...» Pero no ponía manos á la obra. Menos que nunca creía en la persistencia final de sus resoluciones, y al sonar la hora se despertó como de un sueño.

No estaba aún al pie de la escalera, cuando una circunstancia insignificante hubo de desconcertarle. Llegado al tramo en que estaba el cuarto de su patrona, encontró, como de costumbre, abierta de par en par la puerta de la cocina. Raskolnikoff miró discretamente; estando ausente Anastasia, ¿no era posible que estuviese allí la patrona? Y aunque no se hallase en la cocina, ¿tendría bien cerrada la habitación? ¿No podría verle cuando entrase por el hacha? ¿Quería, pues, enterarse? Pero cual no sería su estupor al ver que Anastasia estaba en la cocina. Más todavía: que andaba muy atareada, sacando ropa de un cesto y tendiéndola en unas cuerdas. Al aparecer el joven, la criada, interrumpiendo su trabajo, se volvió hacia él y no dejó de mirarle hasta que Raskolnikoff se hubo alejado.

Volvió éste los ojos y pasó como si no se hubiera fijado en nada. Pero aquello era cosa concluída. No tenía hacha. Esta contrariedad fué para él un golpe terrible. ¿De dónde había sacado yo—pensaba al bajar los últimos peldaños de la escalera—que precisamente en este momento habría salido Anastasia? ¿Por qué se me habrá metido tal cosa en la cabeza?

Sentíase como aplastado, como anonadado. Su despecho le impulsaba á burlarse de sí mismo. Hervía en todo su ser cólera salvaje.

Biblioteca Nacional de España

Se detuvo indeciso en la puerta cochera; ir á la calle, salir sin objeto, no le apetecía. Pero aún le era más desagradable volver á su habitación. «¡Y pensar que he perdido para siempre tan buena ocasión!», murmuró enfrente del cuarto del dvornik, el cual cuarto estaba también abierto.

De repente se echó á temblar. En el cuarto, á dos pasos de Raskolnikoff, brillaba una cosa bajo un banco á la izquierda... el joven miró en derredor suyo. Nadie. Se aproximó suavemente al chiribitil del dvornik, bajó dos escaloncitos y llamó con voz débil: «Vamos, no está en su casa; pero no debe de estar lejos, porque no ha cerrado la puerta». De pronto, como un rayo, se lanzó hacia el hacha (había allí una) y la sacó de debajo del banco en donde estaba entre dos troncos. En seguida pasó el arma por el nudo corredizo, se metió las manos en los bolsillos, y salió del cuarto. Nadie le vió. «¡No es la inteligencia la que me ayuda, es el diablo!», pensó sonriéndose de un modo extraño. Aquella casualidad que le ayudaba contribuyó poderosamente á darle valor.

Una vez en la calle, anduvo tranquilamente, *gravemente*, temeroso de despertar sospechas. Apenas miraba á los transeuntes y se esforzaba en no fijar los ojos en nadie, á fin de atraer lo menos posible la atención. De repente pensó en su sombrero. «¡Dios mío! ¡Anteayer tenía dinero y hubiera podido comprarme una gorra!» Del fondo de su alma brotó una imprecación. Una ojeada que por casualidad dirigió á una tienda donde había un reloj colgado de la pared le hizo saber que eran ya las siete y diez. Urgía el tiempo, y sin embargo, le hacía falta dar un rodeo para que no se le viese llegar de aquel lado á la casa.

En otro tiempo, cuando trataba de representarse por adelantado la situación que era en el actual momento la

suya, solía figurarse que estaría asustado; ahora, por el contrario, no sentía el menor miedo. Pensamientos extraños á su empresa ocupaban su espíritu, mas duraban poco. Al pasar por delante del jardín Jussupoff, pensaba que sería conveniente establecer en todas las plazas públicas fuentes monumentales que refrescasen la atmósfera. Luego, por una serie de transiciones insensibles, reflexionó que si al jardín de Verano se le diese toda la extensión del campo de Marte y se le añadiese el jardín del Palacio Miguel, San Petersburgo ganaría con ello provecho y belleza.

«Del mismo modo, sin duda, las personas que son conducidas al suplicio, se fijan en todos los objetos que encuentran en el camino.» Se le ocurrió esta idea; pero se apresuró á desecharla. En tanto se aproximó: vió la casa, vió la puerta. De repente oyó que un reloj daba una sola campanada. «¡Cómo! ¿Serían ya las siete y media? ¡Imposible! Ese reloj adelanta.»

También esta vez la casualidad sirvió á Raskolnikoff. Como si lo hubiesen hecho á propósito, en el momento mismo en que llegaba enfrente de la casa, entraba por la puerta cochera una enorme carreta de heno que ocupaba toda la entrada. El joven pudo franquear el umbral sin ser visto, deslizándose por el espacio que quedaba entre la carreta y la pared.

Cuando estuvo en el patio, tomó rápidamente por la derecha. Del otro lado de la carreta algunas personas disputaban. Raskolnikoff las oía gritar; pero ninguna se fijó en él, ni él por su parte encontró á nadie. Muchas de las ventanas que daban á aquel inmenso patio cuadrado estaban abiertas: sin embargo, no levantó la cabeza; no tenía fuerzas para ello. Su primer movimiento fué ganar la escalera de la vieja, la cual escalera se encontraba á la

derecha. Conteniendo el aliento y con la mano apoyada en el corazón para comprimir sus latidos, se puso á subir los peldaños, cerciorándose antes de que el hacha estaba bien sujeta por el nudo corredizo. A cada minuto se paraba á escuchar; pero la escalera estaba completamente desierta y todas las puertas cerradas. No encontró á nadie En el segundo piso había un cuarto desalquilado, que estaba abierto, y en donde trabajaban algunos pintores. Estos no vieron á Raskolnikoff, que se detuvo un instante. Reflexionó y continuó subiendo. «Mejor hubiera sido que no estuviesen; pero por encima de ellos hay todavía dos pisos.»

He aquí ya la puerta de Alena Ivanovna. El cuarto de enfrente está desocupado. En el tercero, la habitación situada precisamente por debajo de la de la vieja, se hallaba también vacía, según todas las apariencias: la tarjeta que antes había en la puerta, no estaba; los inquilinos se habían ido... Raskolnikoff se ahogaba. Vaciló un momento. «¿No sería mejor irme?» Pero sin responder á esta pregunta se puso á escuchar; no oyó ningún ruido en casa de la vieja; en la escalera el mismo silencio. Después de haber estado escuchando largo rato, el joven echó una mirada en torno suyo y tentó nuevamente su hacha. «Debo de estar muy pálido—pensó.— Estoy bastante agitado. Esa mujer es desconfiada. Debiera esperar a que se calmase mi emoción.»

Pero, lejos de calmarse, eran cada vez más violentas las pulsaciones del corazón del joven. No pudo contenerse más, y extendiendo lentamente la mano hacia el cordón de la campanilla tiró de él. Al cabo de medio minuto llamó de nuevo, con más fuerza.

Ninguna respuesta; llamar violentamente hubiera sido inútil y hasta poco conveniente. La vieja de seguro estaba

en su casa; pero como era desconfiada, debía estarlo más en este momento en que se encontraba sola. Raskolnikoff conocía en parte las costumbres de Alena Ivanovna. De nuevo aplicó el oído á la puerta. Su excitación desarrollaba en él una agudeza particular de sensaciones (lo que en general es difícil de admitir), ó en rigor el ruido era fácilmente perceptible.

Sea como fuere, su oído distinguió súbitamente que una mano se apoyaba con precaución en la cerradura, y que una falda rozaba la puerta. Alguien dentro hacía lo mismo que él en el descansillo; alguien, en pie, cerca de la cerradura, escuchaba, esforzándose por disimular su presencia, teniendo probablemente el oído pegado á la puerta. No queriendo parecer que se ocultaba, hizo ruido y tosió bastante alto; después llamó por tercera vez; pero suavemente, tranquilamente, sin que su manera de llamar demostrase la menor impaciencia. Aquel instante dejó á Raskolnikoff un recuerdo imborrable. Cuando después pensaba en ello no acertaba á comprender cómo había podido desplegar tanta astucia precisamente en el momento en que su emoción era tal que le quitaba por instantes la posesión de sus facultades intelectuales y físicas. Al cabo de un instante oyó que descorrían el cerrojo.

VII

Lo mismo que en su visita anterior, Raskolnikoff vió entreabrirse la puerta muy suavemente y por la estrecha abertura dos ojos muy brillantes que se fijaban en él con expresión de desconfianza. Entonces le abandonó su sangre fría y cometió una falta que hubiera podido echarlo á perder todo.

Temiendo que Alena Ivanovna tuviese miedo de encontrarse sola con un visitante de aspecto poco tranquilizador, cogió la puerta y tiró de ella hacia sí para que la vieja no procurase cerrarla. La usurera no trató de ello, pero no dejó el tirador de la puerta aunque ésta abría hacia el descansillo, cuando Raskolnikoff la atrajo hacia sí. Como la mujer estaba en pie en el dintel y se obstinaba en no dejar el paso libre, el joven avanzó hacia ella. Aterrada la vieja, dió un paso hacia atrás; pero no pudo pronunciar una palabra y miró á Raskolnikoff abriendo los ojos cuan grandes eran.

—Buenas tardes, Alena Ivanovna—dijo él con el tono más natural que pudo; pero en vano trataba de fingir; su voz era entrecortada y temblorosa—; traigo un objeto, pero entremos: para juzgar de él hay que verle á la luz... Y sin esperar á que se le dijera que pasase, se coló en la habitación. La vieja se le acercó vivamente, y ya la lengua se le había desanudado.

Biblioteca Nacional de España

—¡Señor!... ¿Qué quiere usted, quién es usted, qué se le ofrece?

—¡Vamos, Alena Ivanovna!; usted me conoce perfectamente... Raskolnikoff; tenga usted paciencia. Vengo á empeñar esta alhaja de que le hablé el otro día—y le alargó el paquete.

Alena Ivanovna iba á examinarlo, cuando de repente se detuvo, y levantando la vista, dirigió una mirada penetrante, irritada y desconfiada sobre aquel importuno que se le metía en casa con tan poca ceremonia, y le estuvo mirando así durante un minuto. Raskolnikoff hasta creyó advertir cierta especie de burla en los ojos de la vieja, como si ésta lo hubiese adivinado todo. Se daba cuenta el joven de que perdía la serenidad, de que tenía casi miedo, de que si aquella investigación se prolongaba medio minuto iba, sin duda, á echar á correr.

—¿Por qué me mira usted de ese modo, como si no me conociese?—dijo de repente con tono malhumorado.— Si usted quiere eso, lo toma; si no, lo deja; iré á otra parte con ello; es inútil que me haga usted perder el tiempo.

Se le escaparon estas palabras sin que las hubiera premeditado.

El lenguaje resuelto del visitante causó en la vieja excelente impresión.

—¿Qué prisa hay, batuchka. ¿Qué es eso?—preguntó mirando el paquete.

—Una petaca de plata; ya se lo dije á usted la otra tarde.

La vieja extendió la mano.

—¡Qué pálido está usted; le tiemblan las manos! ¿Está usted malo, batuchka?

—Tengo calentura—respondió con voz brusca.— ¿Cómo no he de estar pálido?... Cuando uno no tiene que

comer... acabó de decir, no sin esfuerzo. Le abandonaban las fuerzas de nuevo. Pero la respuesta parecía verosímil; la vieja tomó el paquete.

—¿Qué es esto?—preguntó por segunda vez, y calculando el peso de la supuesta petaca, miró fijamente á su interlocutor.

—Una petaca de plata, ya se lo he dicho á usted.

—Cualquiera diría que no es de plata. ¡Oh, cómo la han atado!

En tanto que Alena Ivanovna hacía esfuerzos por desatar el hilo, se había aproximado á la luz. (Todas las ventanas estaban cerradas, á pesar del gran calor que hacía.) En esta posición daba la espalda á Raskolnikoff, y durante algunos segundos no se ocupó de él. El joven se desabrochó el gabán y separó el hacha del nudo corredizo; pero sin sacarla todavía, se limitó á tenerla con la mano derecha bajo el abrigo. Sentía una terrible debilidad en todos sus miembros. Comprendía que á cada instante que pasaba su debilidad iba en aumento; temía que se le cayese el hacha, y le parecía que se le iba la cabeza.

—¿Pero quién ha atado esto así—gritó coléricamente Alena Ivanovna, é hizo un movimiento en dirección de Raskolnikoff.

No había tiempo que perder. Sacó el joven el hacha de debajo del gabán, la levantó con las dos manos de una manera torpe, casi maquinalmente, porque no tenía fuerzas, y la dejó caer sobre la cabeza de la vieja. De repente, en cuanto hubo dado el golpe, sintió Raskolnikoff que recobraba toda su energía física.

Alena Ivanovna, según su costumbre, no llevaba nada á la cabeza. Sus cabellos, entrecanos y escasos, y como siempre, untados de aceite, formaban una de esas trenzas delgadas que se llaman de cola de rata, fijos en la nuca

Hemeroteca Nacional de España

con un trozo de peineta de cuerno. El golpe dió precisamente en la coronilla, á lo que contribuyó la poca estatura de la víctima. Apenas lanzó un grito débil y se inclinó hacia el suelo, teniendo, sin embargo, aún fuerzas para llevarse los brazos á la cabeza. En una de las manos conservaba el paquete. Entonces Raskolnikoff, cuyo brazo había recobrado todo su vigor, asestó dos nuevos hachazos en la cabeza de la usurera. La sangre brotó á chorros y el cuerpo cayó pesadamente en tierra. En el momento de la caída el joven se echó atrás, y en cuanto vió á la vieja tendida en el suelo se inclinó para mirarle la cara; estaba muerta; los ojos, desmesuradamente abiertos, parecían salirse de las órbitas, y las convulsiones de la agonía daban al rostro la expresión de una horrible mueca.

El asesino dejó el hacha en el suelo é inmediatamente se puso á registrar el cadáver, tomando todo género de precauciones para no mancharse de sangre. Se acordaba de haber visto la última vez á Alena Ivanovna buscar las llaves en el bolsillo derecho de su traje. Se encontraba en plena posesión de su inteligencia. No experimentaba ni aturdimiento ni vértigos; pero seguían temblándole las manos. Más tarde recordó que había sido muy prudente, muy cuidadoso, y que había puesto mucho cuidado en no mancharse. No tardó en encontrar las llaves. Como el día anterior, estaban todas reunidas en un llavero.

Después de haberse apoderado de ellas, Raskolnikoff entró en la alcoba. Era ésta muy pequeña, y había en ella un gran escaparate lleno de imágenes piadosas; en el otro lado una gran cama muy limpia, con una colcha de seda guateada y hecha de pedazos cosidos. En la otra pared una cómoda. Cosa extraña, apenas hubo comenzado el joven á servirse de las llaves para abrir este mueble, le recorrió todo el cuerpo un estremecimiento. Ideas le die-

Biblioteca Nacional de España

ron de renunciar á todo y de marcharse; pero esta idea duró sólo un momento; era demasiado tarde para irse.

Hasta llegó á sonreirse de haberlo podido pensar, cuando de repente sintió una terrible inquietud: ¿si por acaso la vieja no estuviera muerta y recobrase el sentido? Dejando las llaves acudió vivamente cerca del cuerpo, cogió el hacha y se dispuso á dar otro hachazo á su víctima; pero el arma, ya levantada, no cayó; no había duda de que Alena Ivanovna estaba bien muerta. Inclinándose de nuevo sobre ella para examinarla más de cerca, Raskolnikoff se convenció de que la mujer tenía el cráneo partido. El cadáver yacía sobre un mar de sangre. Viendo de repente que la vieja tenía un cordón al cuello, el joven tiró de él violentamente; pero el cordón ensangrentado era recio y no se rompió.

El asesino trató entonces de quitárselo, haciendo que se deslizase á lo largo del cuerpo; pero no fué más afortunado en esta segunda tentativa; el cordón encontró un obstáculo y no pasaba. Impaciente Raskolnikoff, levantó el hacha pronto á descargarla sobre el cadáver para cortar con el mismo golpe aquel maldito cordón. Sin embargo, no pudo resolverse á proceder con aquella brutalidad. Al cabo, después de dos minutos de esfuerzos que le pusieron rojas las manos, logró cortar el cordón con el filo del hacha, sin herir el cuerpo de la muerta. Como había supuesto, lo que la vieja llevaba al cuello era una bolsa; también estaban sujetas al cordón una medallita esmaltada y dos cruces, la una de madera de ciprés, la otra de cobre. La bolsa, grasienta—un saquito de piel de camello—estaba completamente llena; Raskolnikoff se la metió en el bolsillo sin mirar lo que contenía; arrojó las cruces sobre el pecho de la vieja y cogiendo el hacha volvió á entrar con ella apresuradamente en la alcoba.

Biblioteca Nacional de España

Estaba por extremo impaciente y se puso á manejar las llaves; pero sus tentativas para abrir la cómoda eran infructuosas, no tanto por el temblor de las manos como por sus continuas torpezas. Veía, por ejemplo, que tal llave no era de la cerradura y se obstinaba, sin embargo, en hacerla entrar. De repente, se acordó de una conjetura que había hecho en su anterior visita: aquella gruesa llave de guardas dentelladas que estaba con las otras pequeñas en el círculo de acero, debía ser, no de la cómoda, sino de alguna caja en que acaso la vieja tenía encerrados todos sus valores. Sin ocuparse más de la cómoda, miró bajo la cama, sabiendo que las viejas tienen la costumbre de ocultar en ese sitio sus tesoros.

Efectivamente, había allí un cofre de un poco más de una archina de largo y cubierto de cuero rojo. La llave dentellada entraba perfectamente en la cerradura. Cuando Raskolnikoff hubo abierto esta caja, vió colocados sobre un trapo blanco un abrigo forrado de piel de liebre con guarnición roja. Bajo el abrigo una falda de seda, después un chal; el fondo parecía contener solamente trapos. El joven comenzó por secarse las manos ensangrentadas en la guarnición roja. «Sobre lo rojo, la sangre se conocerá menos». De pronto pareció como que volvía en sí: «¡Señor! ¿Me habré yo vuelto loco?», pensó con terror.

Pero apenas empezó á registrar aquellas ropas, cuando de debajo de la piel se deslizó un reloj de oro. En seguida revolvió de arriba á abajo el contenido del cofre. Entre los vestidos se hallaban objetos de oro, sin duda depositados como empeños en manos de la usurera, brazaletes, cadenas, pendientes, alfileres de corbata, etc.; los unos encerrados en sus estuches, los otros anudados con una cinta en un pedazo de periódico doblado en dos partes.

Biblioteca Nacional de España

Raskolnikoff no vaciló; metió mano á todas estas alhajas y se llenó los bolsillos del pantalón y del gaban sin abrir los estuches ni deshacer los paquetes; pero de pronto fué interrumpido en esta maniobra. En la habitación donde estaba la vieja sonaron pasos. Se detuvo helado de terror. Cesó el ruido, y el joven creyó que había sido engañado por una alucinación de su oído, cuando súbitamente percibió, con toda distinción, un ligero grito ó más bien una especie de gemido débil y entrecortado. Al cabo de uno ó dos minutos, todo volvió á quedar en un silencio de muerte. Raskolnikoff, sentado en el suelo cerca del cofre, esperaba respirando apenas. De repente dió un salto, cogió el hacha y se lanzó fuera de la alcoba.

En medio de la sala, Isabel, con un gran bulto en las manos, contemplaba espantada el cadáver de su hermana, y pálida como la cera, parecía no tener fuerzas para gritar ante la brusca aparición del asesino. Comenzó á temblar aterrada; trató de levantar el brazo, de abrir la boca; pero no pudo dar ni un solo grito, y andando hacia atrás lentamente, con la mirada fija en Raskolnikoff, fué á embutirse en un rincón de la sala. La pobre mujer hizo todo esto sin gritar, como si le faltase el aliento. El joven se lanzó sobre ella con el hacha levantada; los labios de la infeliz tomaron la expresión lastimera que suelen tomar los de los niños pequeños cuando éstos tienen miedo á alguna cosa, miran fijamente el objeto que les aterra y están á punto de gritar...

Tal espanto sentía la desdichada, que aunque vió que el hacha se levantaba sobre ella, no pensó ni aun en defender la cara, llevándose las manos á la cabeza con ese movimiento maquinal que sugiere en parecido caso el instinto de conservación. Apenas si levantó el brazo izquierdo y extendiéndolo lentamente en dirección del asesi-

no como para apartar á este último. El hierro del hacha penetró en el cráneo, hendió toda la parte superior de la frente y llegó casi hasta la coronilla. Isabel cayó rígida, muerta. Sin saber lo que hacía, Raskolnikoff tomó el paquete que la víctima tenía en la mano. Después lo tiró y salió al recibimiento.

Estaba aterrado á causa de aquel nuevo asesinato que no había sido premeditado por él. Quería desaparecer cuanto antes. Si hubiese podido darse mejor cuenta de las cosas; si hubiera calculado todas las dificultades de su posición; si la hubiera previsto tan desesperada, tan horrible, tan absurda como era; si hubiera comprendido bien los obstáculos que le quedaban por vencer, quizás los crímenes que tendría que perpetrar para huir de aquella casa y entrar en la suya... si hubiera calculado todo esto, verosímil es que habría renunciado á la lucha para correr á denunciarse, y no por cobardía, sino por el horror de lo que había hecho. Por nada del mundo se habría aproximado á la caja ni entrado en la alcoba.

Poco á poco, sin embargo, comenzaron á surgir en su espíritu otros pensamientos, y cayó en una especie de delirio. Por momentos el asesino parecía olvidarse de sí mismo, ó más bien, de olvidar lo principal, para fijarse en lo insignificante. Una mirada dirigida á la cocina le mostró un cubo medio lleno de agua, y se le ocurrió lavarse las manos y limpiar el hacha. A causa de la sangre tenía pegajosas las manos. Después de haber metido el hierro del arma en el agua, cogió un pedazo de jabón que había en el alféizar de la ventana y comenzó á refregarse las manos. Cuando se las hubo lavado, enjugó el hierro del hacha y en seguida empleó tres minutos en jabonar el mango, que tenía algunas salpicaduras de sangre. Después lo secó todo con un paño de cocina que

estaba colgado en una cuerda. Terminadas estas operaciones se aproximó á la ventana, con objeto de examinar atenta y detenidamente el hacha. Las manchas acusadoras habían desaparecido; pero la madera estaba húmeda. Raskolnikoff ocultó cuidadosamente el arma bajo su gabán, colocándola en el nudo corredizo; después de lo cual, hizo una inspección minuciosa de sus vestidos con todo el cuidado que le permitía la débil luz que iluminaba la cocina. A primera vista el pantalón y el gabán no tenían nada de sospechoso; pero en las botas observó algunas manchas. El joven las limpió con un trapo humedecido en agua. Sin embargo, estas precauciones no le tranquilizaban más que á medias, porque veía mal y comprendía que podían pasarle inadvertidas algunas manchas. Permanecía sin resolución, en medio de la sala, bajo la influencia de un pensamiento sombrío y angustioso: el pensamiento de que se volvía loco, de que en aquel momento era incapaz de tomar una determinación ni de velar por su seguridad y de que su manera de proceder no era la que convenía en las circunstancias presentes...

«¡Dios mío, yo debo irme; irme en seguida!»—murmuró y se lanzó al recibimiento, en donde le esperaba un susto mucho mayor que los anteriores.

Permaneció inmóvil, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos: la puerta del cuarto, la puerta exterior que daba á la escalera, la misma en que él había llamado hacía poco, y por la cual había entrado, estaba abierta: hasta este momento había permanecido entreabierta; acaso por precaución no la había cerrado la vieja, ni había dado vuelta á la llave ni echado el cerrojo. ¡Pero, Dios mío! el joven había visto en seguida á Isabel. ¿Cómo no se le ocurrió que la joven había entrado por la puerta? La infeliz no había podido penetrar en el cuarto á través de la pared.

Cerró la puerta y echó el cerrojo.

«Pero no; no debo permanecer aquí. Es menester partir; partir inmediatamente.»

Descorrió el cerrojo, y después de haber abierto la puerta, se puso á escuchar en la escalera. Escuchó durante largo tiempo: abajo, en la puerta cochera, dos voces ruidosas se insultaban. «¿Qué hacen esas gentes ahí?» Esperó pacientemente. Por último, las vociferaciones cesaron; los dos alborotadores se habían ido cada cual por su lado. Iba ya el joven á salir, cuando en el piso de debajo se abrió con estrépito una puerta, y uno empezó á bajar tarareando una canción. «¡Qué ruido hacen todos!», y cerró de nuevo la puerta, esperando otra vez dentro del cuarto. Luego se restableció el silencio; pero en el instante en que Raskolnikoff se disponía á bajar, percibió un nuevo ruido.

Eran pasos, todavía distantes, que resonaban en los primeros peldaños de la escalera; sin embargo, en cuanto empezó á oirlos adivinó la verdad: «Vienen *aquí*, al cuarto de la vieja». ¿De dónde provenía aquel presentimiento? ¿Qué tenía de significativo el ruido de aquellos pasos? Eran pesados, regulares, y más bien lentos que ligeros...

«Ya *él* ha llegado al primer piso... se le oye cada vez mejor... resuella como un asmático... ya llega al tercer piso... ¡aquí!»

Y Raskolnikoff experimentó súbitamente una parálisis general, como ocurre en las pesadillas cuando uno se cree perseguido por enemigos: están á punto de alcanzaros, os van á matar y os quedáis como clavados en el suelo, imposibilitados de moveros.

El desconocido comenzaba á subir el tramo del cuarto piso. Raskolnikoff, á quien el espanto había tenido inmóvil en el descansillo, pudo, por último, hacerse supe-

rior á su aturdimiento; entró apresuradamente en el cuarto y cerró la puerta. En seguida corrió el cerrojo, teniendo cuidado de hacer el menor ruido posible. El instinto, más bien que el razonamiento, le guió en estas circunstancias.

Después se arrimó á la puerta y se puso á escuchar, sin atreverse á respirar siquiera. Ya el visitante estaba en el descansillo. No había entre los dos hombres más que el espesor de una tabla. El desconocido se encontraba frente á frente de Raskolnikoff en la situación en que éste se había encontrado respecto de la vieja.

El visitante respiró varias veces con fatiga.

«Debe de ser grueso y alto—pensó el joven, apretando con la mano el mango del hacha». Todo aquello parecía un sueño. El visitante dió un fuerte campanillazo. Creyó percibir cierto ruido en la sala. Durante algunos segundos escuchó atentamente; llamó después de nuevo, esperó todavía un poco, y de pronto, acometido de impaciencia, se puso á sacudir la puerta con todas sus fuerzas. Raskolnikoff contemplaba con terror el cerrojo, que temblaba en su ajuste; temía verlo saltar de un momento á otro; tan tremendas eran las sacudidas. Pensó sujetar el cerrojo con la mano; pero el *hombre* hubiera podido desconfiar. La cabeza comenzaba á írsele de nuevo. «¡Voy á perderme!»—se dijo—; sin embargo, recobró súbitamente ánimos, cuando el desconocido rompió el silencio.

—¿Estarán durmiendo ó las habrán estrangulado? ¡Malditas mujeres!—murmuraba en voz baja el visitante.—¡Eh, Alena Ivanovna, vieja bruja! ¡Isabel Ivanovna, belleza indescriptible! ¡Abrid! ¡Oh, las condenadas! ¿Estarán durmiendo?

Exasperado, llamó diez veces seguidas todo lo más fuerte que pudo. Sin duda este hombre tenía confianza en la casa y dictaba en ella la ley.

En el mismo momento sonaron en la escalera pasos ligeros y rápidos. Era, sin duda, otro que subía al cuarto piso. Raskolnikoff no se enteró al pronto de la llegada del recién venido.

—¿Es posible que no haya nadie?—dijo una voz sonora y alegre, dirigiéndose al primer visitante, que continuaba tirando de la campanilla.— ¡Buenas tardes, Koch.

«A juzgar por la voz, debe ser un jovencillo»—pensó rápidamente Raskolnikoff.

—¡El demonio lo sabe; poco ha faltado para que haya saltado la cerradura!—respondió Koch— ¿Pero usted, cómo me conoce?

—¡Vaya una pregunta! ¿No le gané á usted anteayer en el café Gambrinus tres partidas seguidas de billar?

—¡Ah!

—¿De modo que no están? Es extraño, y además estúpido. ¿A dónde habrá ido la vieja? Tenía que hablarla.

—Y yo también, batuchka; también tenía que hablarla.

—Bueno. ¿Qué hacer? ¿De modo, que no hay más remedio que volverse? ¡Y yo que venía á pedirle dinero prestado!—exclamó el joven.

—En efecto; no hay más remedio que marcharse. ¿Pero por qué dar una cita? La misma bruja me había indicado esta hora. Pues hay una buena caminata de aquí á mi casa. ¿Y á dónde demonios habrá ido? No me lo explico. Esta bruja no se mueve en todo el año; puede decirse que echa raíces en su casa, tiene malas las piernas... y de repente se va de pingo!...

—Podíamos preguntarle al dvornik.

—¿Para qué?

—¡Toma; para saber á dónde ha ido y cuándo volverá

—¡Hum... preguntar!... ¡pero si no sale nunca!—y tiró

del botón de la puerta.— ¡Eh, qué le hemos de hacer! Hay que marcharse.

—¡Espere usted!—gritó de repente el joven.— Fíjese usted, vea usted cómo resiste la puerta cuando se tira de ella.

—¿Y qué?

—Esto prueba que no está cerrada con llave, sino con cerrojo. ¡Mire usted, mire usted cómo suena!

—¿Y qué?

—¿Pero no comprende usted todavía? Eso prueba que una, por lo menos, está en casa. Si las dos hubieran salido habrían cerrado la puerta por fuera con la llave, y claro es, que no hubieran podido echar el cerrojo por dentro. Repare usted el ruido que hace. Es evidente que para pasar el cerrojo tienen que estar en casa. ¿Comprende usted? De modo, que están dentro y no abren.

—¡Bah!... ¡digo si es verdad!—exclamó Koch asombrado.— ¿De modo que están ahí?

Y se puso á sacudir furiosamente la puerta.

—Espere usted—dijo el joven—; no siga usted tirando de ese modo. Aquí pasa alguna cosa extraordinaria... Usted ha llamado... ha tirado usted con todas sus fuerzas de la puerta y ellas no abren, luego, ó están desmayadas, ó...

—¿Qué?

—Lo que hay que hacer es llamar al dvornik para que las despierte.

—Es una idea.

Y los dos empezaron á bajar.

—Espere usted. Quédese usted aquí; iré yo á buscar al dvornik.

—¿Para qué quedarme?

—¡Eh! ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?

—Bueno.

—Verá usted; yo me preparo á ser juez de instrucción. Aquí hay algo que no está claro; esto es evidente, *e-vi-den-te*—dijo con exaltación el joven y bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

Cuando se quedó solo Koch llamó otra vez, pero suavemente. Después se puso con aire distraído á empujar al botón de la cerradura para convencerse de que la puerta no estaba cerrada más que con cerrojo.

Luego, resollando como un asmático, se bajó para mirar por el agujero de la cerradura; pero la llave estaba puesta por dentro, de modo que no pudo ver nada.

En pie, del otro lado de la puerta, Raskolnikoff tenía el hacha entre las manos. Estaba delirante y se disponía á entrar en batalla con los dos hombres cuando penetrasen en el cuarto. Más de una vez, oyéndolos hurgar en la puerta y concertarse entre sí, tuvo la idea de acabar de una vez y de interpelarlos. Por momentos le entraban deseos de injuriarlos, de insultarlos, esperando que entrasen en la habitación. «Mejor será que se acabe cuanto antes»—pensaba de tiempo en tiempo.

—¡Qué diablo; nadie sube!—y Koch comenzó á perder la paciencia.

¡Qué diablo!—vociferó de nuevo, y fastidiado de esperar abandonó su puesto para bajar en busca del joven. Poco á poco dejó de oírse el ruido de sus botas, que resonaban pesadamente en la escalera.

«¡Qué hacer, Señor!» Raskolnikoff descorrió el cerrojo y entreabrió la puerta. Tranquilizado por el silencio que reinaba en la casa, y por otra parte incapaz de reflexionar en aquel momento, salió. Cerró detrás de sí lo mejor que pudo, y empezó á bajar la escalera.

Había descendido ya muchos escalones, cuando sonó un gran ruido abajo; ¿dónde ocultarse? No había medio

de esconderse en ninguna parte, y volvió á subir apresuradamente.

—¡Eh, liechi, espera, aguarda!—el que lanzaba estos gritos acababa de salir de un cuarto situado en uno de los pisos inferiores, y bajaba á saltos y vociferando á grito pelado:

—¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡El demonio que te alcance!

La distancia no permitió oir más. El hombre que lanzaba aquellas exclamaciones estaba ya lejos de la casa. El silencio se restableció. Pero apenas había cesado esta alarma cuando le sucedió otra. Varios individuos que hablaban entre sí en alta voz, subían tumultuosamente la escalera. Eran tres ó cuatro. Raskolnikoff conoció la voz sonora del joven: «Son ellos». No procurando ya escapar, se fué derechamente á su encuentro. «Ocurra lo que quiera—dijo.— Si me detienen, todo ha terminado; y si me dejan pasar, también, porque se acordarán de haberme visto en la escalera». Para juntarse con ellos faltaba solamente un piso: de repente vió la salvación. A pocos escalones delante de él, á la derecha, había un cuarto desalquilado, completamente abierto. Era el cuarto del segundo piso, en que trabajaban los pintores; pero como si lo hubiesen hecho á propósito, éstos acababan de dejarlo.

Eran, sin duda, los que hacía un momento bajaban dando voces. Se veía la pintura de los pisos todavía fresca; en medio de la sala habían dejado los obreros sus útiles, un cubeto, un cacharro con color y una brocha. En un abrir y cerrar de ojos Raskolnikoff se escurrió en el cuarto desalquilado y se arrimó cuanto pudo á la pared. Era ya tiempo: sus perseguidores llegaban al descansillo; pero no se detuvieron y subieron al cuarto piso,

hablando ruidosamente. Después de cerciorarse de que se habían alejado un poco, el joven salió de puntillas y descendió precipitadamente.

Nadie en la escalera, nadie en la puerta cochera. Atravesó rápidamente el umbral, y una vez en la calle, tomó por el lado izquierdo.

Comprendía perfectamente que los que le buscaban estaban en aquel momento en el cuarto de la vieja y se asombraban de encontrar abierta la puerta que hacía poco estaba cerrada. «Sin duda están examinando los cadáveres; sin duda les bastará un minuto para adivinar que el asesino ha logrado no ser visto cuando subían la escalera; sospecharán quizás que se ha escondido en el cuarto desalquilado del segundo piso cuando ellos subían al cuarto». Pero, á pesar de que se hacía estas reflexiones, no se atrevía á apresurar su marcha, aunque le faltaban cien pasos para llegar á la primera esquina. «¿Si me deslizase en un portal, en alguna calle extraviada y esperase allí un momento? No, malo; ¿si fuese á arrojar el hacha á cualquier parte? ¿si tomase un coche? ¡Malo, malo!»

Al cabo se ofreció ante sus ojos un pasaje y se metió en él más muerto que vivo. Allí estaba casi en salvo; así lo comprendió. Era difícil que las sospechas recayeran sobre él. Por otra parte, era fácil no llamar la atención en medio de los paseantes; pero de tal manera aquellas angustias le habían debilitado, que difícilmente podía sostenerse en pie. Por la cara le corrían gruesas gotas de sudor y tenía mojado el cuello. —¡Buena la has cogido!— le gritó al desembocar en el canal uno que le tomaba por un borracho.

No se daba cuenta de sí mismo; cuanto más andaba más se obscurecían sus ideas. Sin embargo, cuando llegó

al muelle se asustó de ver tan poca gente, y temiendo que reparasen en él en un sitio tan solitario, se volvió otra vez al pasaje. Aunque apenas tenía fuerzas para andar, dió un largo rodeo para volver á su casa.

Al franquear el umbral no había recobrado aún su serenidad. Estaba ya en la escalera cuando se acordó del hacha. Sin embargo, la cuestión que tenía que resolver era muy grave; se trataba de llevar el hacha adonde la había tomado, sin llamar en lo más mínimo la atención. Si hubiera estado más tranquilo habría comprendido, de seguro, que en vez de dejar el arma en su antiguo puesto, hubiera sido mucho mejor deshacerse de ella, arrojándola en cualquier corral.

Todo, no obstante, le resultó bien; la puerta del dvornik estaba cerrada, pero sin llave; según todas las apariencias, el dvornik se encontraba en su casa; pero Raskolnikoff, tan incapaz estaba de discurrir ni de combinar un plan, que se fué derecho á la puerta y la abrió. Si el dvornik le hubiese preguntado: —¿Qué quiere usted?— quizás el joven le habría entregado sencillamente el hacha; pero esta vez, como la anterior, el dvornik estaba ausente, lo que dió facilidad á Raskolnikoff para colocar el hacha bajo el banco, en el sitio donde la había encontrado. En seguida subió la escalera, y llegó hasta su habitación sin encontrar á nadie; la puerta del cuarto de la propietaria estaba cerrada. Cuando entró en su cuarto se echó vestido en el diván. No se durmió, pero quedó en estado inconsciente. Si hubiese entrado alguien en su habitación se habría levantado bruscamente gritando. Mil ideas distintas le hormigueaban en la cabeza: tenía mucho que hacer; pero no podía fijarse en ninguna.

SEGUNDA PARTE

I

Raskolnikoff estuvo mucho tiempo acostado. Á veces salía de su semi-sueño y echaba de ver que la noche estaba muy avanzada; pero no se le ocurría la idea de levantarse. Luego notó que empezaba á amanecer.

Echado boca arriba en el sofá, no había podido recobrarse de la especie de letargo en que se hallaba sumido. De pronto oyó gritos terribles y desesperados que sonaban en la calle: eran las mismas voces que daba todas las noches á las dos, bajo sus ventanas, la gente que salía de las tabernas.

Aquel ruido le despertó. «¡Ah, son borrachos»—pensó. «Las dos»—y sintió un brusco sobresalto, como si le hubiesen levantado con violencia del sofá. «¡Cómo! ¡Las dos ya!» Se sentó en el diván y lo recordó todo.

En el primer momento tuvo miedo de volverse loco. Sentía mucho frío, que procedía, sin duda, principalmente, de la fiebre que había tenido durante su sueño. Ahora tiritaba de tal modo que le castañeteaban los dientes. Abrió la puerta y se puso á escuchar; todo dormía en la casa. Echó una mirada sobre su persona y en derredor suyo. ¿Cómo, el día antes, al entrar en su habitación, se le olvidó cerrar la puerta con el pestillo? ¿Por qué se

había echado en el sofá, no solamente sin desnudarse, sino hasta con el sombrero puesto? Este había rodado por el suelo, quedando al pie de la almohada. «Si alguno entrase aquí, ¿qué pensaría? De seguro me creería borracho; pero...»

Se acercó á la ventana. Había bastante claridad. El joven se examinó de pies á cabeza para ver si tenía alguna mancha en la ropa; pero no se fiaba de una inspección hecha así; siempre temblando, se desnudó y miró de nuevo su ropa con el mayor cuidado. Por exceso de precaución, repitió este examen tres veces seguidas. No descubrió nada, excepto algunas gotas de sangre coagulada en la parte baja del pantalón, cuyos bordes estaban rotos y desflachados.

Cogió un gran cuchillo, y doblando los bordes de aquella prenda cortó dos tiras. De repente se acordó de que la bolsa y los objetos que cogió del cofre de la vieja seguían en sus bolsillos. No había pensado en sacarlos ni en ocultarlos en cualquier parte. No se le ocurrió tampoco momentos antes cuando miraba su ropa. «¡Si parece imposible!»

En un abrir y cerrar de ojos sacó lo que tenía en los bolsillos y lo puso sobre la mesa. Después de haberlos registrado bien, á fin de asegurarse de que no quedaba en ellos nada, lo llevó todo á un rincón del cuarto. En este sitio, la tapicería destrozada se destacaba de la pared, y allí fué, bajo el papel, donde metió las alhajas y la bolsa. «Así ni visto ni conocido»—pensó con alegría, medio incorporándose y mirando como atontado el ángulo en que la tapicería desgarrada bostezaba más. De repente, el terror agitó todos sus miembros. «¡Dios mío!—murmuró con desesperación.— ¿Qué es lo que me pasa? ¿Está eso bien oculto? ¿Es así como se esconden estas cosas?»

Á la verdad, no era aquel el botín que había esperado

coger; su pensamiento fué apropiarse el dinero de la vieja; así es que la necesidad de ocultar las alhajas le pillaba desprevenido.

«¿Pero ahora tengo yo motivos para alegrarme?—pensaba. ¿Es éste modo de ocultar lo robado? Creo que me abandona la razón.» Falto de fuerzas se sentó en el diván, acometido de fuerte temblor.

Maquinalmente cogió un gabán viejo de invierno hecho jirones, que se encontraba en una silla, y se tapó con él. Le invadió inmediatamente un sueño mezclado de delirio y perdió la conciencia de sí mismo.

Cinco minutos después se despertó sobresaltado, y su primer movimiento fué inclinarse con angustia sobre sus vestidos. «¿Cómo he podido volverme á dormir sin haber hecho nada; el nudo corredizo está en el sitio donde yo lo cosí. ¡Y no haber pensado en ello! ¡Semejante pieza de convicción!» Arrancó la trenza de tela, la redujo á trozos pequeños y los confundió con la ropa que tenía bajo la almohada. «Me parece que estos trapos no pueden en caso alguno despertar sospechas; por lo menos así lo creo»—repetía en pie, en medio de la sala, con una atención que el esfuerzo hacía dolorosa, y miraba en derredor suyo para asegurarse de que no había olvidado nada.

Le atormentaba cruelmente el convencimiento de que todo, hasta la más elemental prudencia, le abandonaba. «¡Cómo! ¿Comienza ya el castigo? Sí, sí... así es en efecto.»

Los filachos que había cortado del pantalón estaban en el suelo en medio de la sala, expuestos á la vista del primero que llegase. «¿Pero dónde tengo yo la cabeza?»—exclamó como anonadado.

Entonces le asaltó una extraña idea; pensó que su traje estaba todo ensangrentado, y que, á causa de la debilidad

de sus facultades, no se había enterado de las manchas.

...De repente se acordó de que la bolsa estaba manchada de sangre. «Debe de haberse manchado el bolsillo, porque la bolsa estaba húmeda cuando la guardé». En seguida dió la vuelta al bolsillo, y, en efecto, encontró manchas en el forro. «La razón no me ha dejado por completo: no he perdido la reflexión ni la memoria, puesto que he podido hacer esta observación»—pensó gozoso, lanzando un suspiro de satisfacción: «todo ello ha sido un instante de fiebre que me ha privado de inteligencia».

Arrancó en seguida todo el forro del bolsillo izquierdo del pantalón. En aquel momento un rayo de sol fué á dar en la punta de la bota izquierda: al joven le pareció que había allí indicios reveladores. Se descalzó. «¡En efecto, son indicios! toda la punta de la bota está llena de sangre». Sin duda había puesto imprudentemente el pie en aquel charco... «¿Pero qué hacer ahora de tales cosas, cómo deshacerme de esta bota, de estos trapajos y de este bolsillo?»

Estaba en pie en medio de la sala, teniendo en la mano todas aquellas piezas de convicción tan comprometedoras para él. «Si las echase en la chimenea. Pero precisamente donde registrarán primero será en la chimenea. Si las quemase; ¿pero con qué quemarlas? No tengo ni cerillas. Es mejor tirarlo todo á cualquier parte. Sí, lo mejor será tirarlo—repetía sentándose nuevamente en el diván—en seguida, al momento, al momento...!» Pero en vez de ejecutar esta resolución dejó caer la cabeza en las manos; empezó de nuevo el temblor, y transido de frío se envolvió en su capote. Durante largo tiempo, durante muchas horas, esa misma idea estuvo presente en su espíritu: «es preciso arrojar esto cuanto antes en cualquier parte». Varias veces se agitó bajo el gabán, quiso levan-

tarse y no pudo conseguirlo. Al cabo varios golpes violentos dados á la puerta le sacaron de su abstracción. Era Anastasia quien llamaba.

—¡Abre, si no te has muerto!—gritó la criada. ¡Se pasa la vida durmiendo. Días enteros está ahí, dormitando como un perro. Sí, como un perro! ¡Abreme te digo; son ya las diez dadas.

—Puede que no esté—dijo una voz de hombre.

«Es la voz del dvornik... ¿que querrá?»

Temblando de miedo se sentó Raskolnikoff en el sofá. Le latía el corazón hasta hacerle daño.

—¿Quién habrá cerrado la puerta con el péstillo?—dijo Anastasia. El señor se ha encerrado; se cree sin duda un bicho raro y teme acaso que alguien se lo lleve. Abre, despiértate...

«¿Qué querrán? ¿Por qué habrá subido el dvornik? Todo se ha descubierto. ¿Debo resistir ó abrir desde luego? ¡Malditos sean ellos!»...

Se medio incorporó, se inclinó hacia delante y quitó el picaporte. La habitación era tan pequeña que el joven podía abrir la puerta sin levantarse del sofá. Anastasia y el dvornik aparecieron en el umbral. La sirviente contempló á Raskolnikoff con extrañeza. Por su parte el joven miró con audacia desesperada al dvornik, que silenciosamente le alargó un papel ceniciento plegado en dos partes y sellado con cera basta.

—Es una citación. Procede de la comisaría—dijo el dvornik.

—¿De qué comisaría?

—¡De cuál ha de ser! De la de policía.

—¿Se me llama ante la policía?... ¿Por qué?

—¿Cómo he de saberlo yo? Se le llama á usted, pues vaya.

Examinó atentamente al inquilino, después miró en derredor suyo y se dispuso á retirarse.

—Parece que aún estas malo—observó Anastasia, que no separaba los ojos de Raskolnikoff. El dvornik volvió la cabeza.

—Desde ayer tiene fiebre—añadió la criada.

El joven no respondió, seguía con el pliego en la mano sin abrirlo.

—Sigue, sigue acostado—prosiguió la sirviente compadecida de él al ver que se disponía á levantarse.—Estás enfermo, no vayas. No es cosa urgente. ¿Qué tienes en las manos?

El joven miró: tenía en la derecha las tiras del pantalón, la bota y el forro del bolsillo. Se había dormido con aquello. Más tarde, tratando de explicarse el hecho, se acordó de que medio despierto en un acceso febril apretó fuertemente todos estos objetos en la mano quedándose luego dormido sin abrir los dedos.

—¡Ha cogido esos andrajos y se duerme con ellos como si fueran un tesoro...—Al acabar de decir estas palabras Anastasia se retorcía con la risa nerviosa que le era habitual. Raskolnikoff ocultó rápidamente bajo su abrigo todo lo que tenía en las manos y fijó una penetrante mirada en la sirviente. Aunque no se encontraba en estado de reflexionar comprendía que no se busca así á un hombre cuando se intenta prenderle. «¿Pero la policía?»...

—¿Tomarás te?, ¿quieres que te lo traiga? queda algo...

—No, voy allá, voy en seguida—balbuceó.

—¿Pero podrás bajar la escalera?

—Quiero ir.

—Allá tú.

Salió detrás del dvornik. Raskolnikoff se puso en seguida á examinar á la luz la bota y las tiras. «Hay

manchas; pero no son muy visibles; el barro y el roce han hecho desaparecer el color. El que no sospeche no advertirá nada; por consiguiente, Anastasia, desde el sitio donde estaba, nada ha podido notar, ¡gracias á Dios!» Después, con mano temblorosa, abrió el pliego y comenzó á leer. Estuvo leyéndolo largo tiempo, y al fin se dió cuenta del contenido. Era una citación redactada en la forma ordinaria. El comisario de policía del barrio invitaba á Raskolnikoff á presentarse en su oficina á las nueve y media.

«¿Pero por qué se me cita? Personalmente yo no tengo nada que ver con la policía. ¡Y hoy precisamente!...» En el momento en que iba á arrodillarse para rezar, se echó á reir, no de la oración, sino de sí mismo. Empezó á vestirse rápidamente. «¡Me pierdo! Pues bien, tanto peor; me es igual; voy á ponerme esta bota... La verdad es que gracias al polvo de la calle se advertirán menos las manchas.» Pero apenas se la hubo calzado, cuando se la quitó de repente con temor y disgusto.

Después, reflexionando que no tenía otra, se la puso riéndose otra vez. «Todo esto es condicional, todo relativo; lo único que puede haber son presunciones y nada más.» Esta idea, á la cual se agarraba sin convicción, no le impedía temblar. «¡Vamos! Ya estoy calzado; he acabado por hacerlo.» A la hilaridad siguió el abatimiento. «¡No; esto es superior á mis fuerzas!» Le flaqueaban las piernas. «Esto es miedo.» Le dolía la cabeza á causa del calor. «Es un lazo que se me tiende. Se valen de la astucia para atraerme, y cuando esté allí descubrirán de repente sus baterías—continuaba diciendo para sí y aproximándose á á la escalera.— Lo peor es que estoy como loco y puedo cometer alguna tontería.»

Ya en la escalera pensó que los objetos robados en casa de la vieja se encontraban muy mal ocultos bajo el ta-

pizado. «Quizá me llamen con objeto de hacer un registro aquí durante mi ausencia.» Pero tan desesperado estaba, aceptaba su perdición, por decirlo así, con tal cinismo, que esta preocupación le detuvo apenas un minuto.

«Con tal de que se acabe pronto...»

Al llegar á la esquina de la calle que había doblado la víspera, dirigió furtivamente una mirada inquieta á *la casa;* pero al punto volvió la vista.

«Si me interrogan, quizá confiese»—pensaba al aproximarse á la oficina de policía.

Estaba instalada la comisaría, desde hacía poco tiempo, en el cuarto piso de una casa situada á un cuarto de versta de su casa. Antes de que la policía se hubiese trasladado á este nuevo local, el joven fué llamado por ella; pero se trataba entonces de una cosa sin importancia, y de esto había transcurrido ya mucho tiempo. Al entrar por la puerta cochera vió á un mujick con un libro en la mano, que bajaba una escalera situada á la derecha. «Debe ser un dvornik; por consiguiente, es aquí donde se encuentra la oficina.» Subió al azar. No quería preguntar á nadie.

«Entraré, me pondré de rodillas y lo contaré todo»—pensaba mientras subía al cuarto piso.

La escalera era estrecha, empinada y rezumando aguas sucias. En los cuatro pisos las cocinas de todos los cuartos daban á la escalera; estaban abiertas casi todo el día, lo que hacía que el calor fuese sofocante. Subían y bajaban con papeles debajo del brazo varios agentes de policía é individuos de uno ú otro sexo, que sin duda tenían asuntos en la oficina. La puerta de la comisaría estaba de par en par abierta.

Raskolnikoff entró y se detuvo en la antesala en que esperaban algunos mujiks. Allí, como en la escalera, hacía un calor sofocante. Además, el local, recientemente pin-

tado, exhalaba un olor á aceite que daba náuseas. Después de una corta espera decidióse el visitante á entrar en el departamento inmediato, compuesto de una serie de habitaciones pequeñas y bajas. El joven estaba cada vez más impaciente por saber á qué atenerse. Nadie hacía caso de él. En la segunda habitación trabajaban varios escribientes, vestidos sobre poco más ó menos como él lo estaba. Todos tenían extraño aspecto. Raskolnikoff se dirigió á uno de ellos.

—¿Qué se te ofrece?

El joven mostró la citación enviada por la comisaría.

—¿Usted es estudiante?—preguntó el escribiente después de haber echado una mirada sobre el papel.

—Sí, antiguo estudiante

El empleado examinó á su interlocutor sin ninguna curiosidad. Era un hombre de cabellos rizados, que parecía dominado por una idea fija.

«De éste nada he de saber, porque todo le es igual»—pensó Raskolnikoff.

—Diríjase usted al jefe de la cancillería—añadió el escribiente, señalando con el dedo la última dependencia.

Raskolnikoff entró en ella. Aquel despacho (el cuarto), era estrecho y estaba lleno de gente. Las personas que se encontraban en él vestían algo mejor que las otras que acababa de ver. Entre ellas había dos señoras. Una, vestida de luto, denotaba pobreza. Sentada delante del jefe de la cancillería escribía lo que este funcionario le dictaba.

La otra señora tenía formas exuberantes, la cara roja y una *toilette* esplendorosa. Llevaba en el pecho un broche de dimensiones extraordinarias, y permanecía de pie, un poco separada, en actitud expectante.

Raskolnikoff entregó el papel al jefe de la cancillería.

Este echó sobre él una rápida ojeada y dijo: —Espere usted un poco—y siguió dictando á la señora de luto.

El joven respiró más libremente. «¡Seguro es que no se me ha llamado para *aquéllo*.» Poco á poco recobraba valor; por lo menos hacía cuanto le era posible para recobrarlo.

«La menor tontería, la más pequeña imprudencia, puede perderme... Es un mal que no haya aire aqui—añadió—; se ahoga uno y mi inteligencia no rige...»

Sentía un malestar terrible en todo su ser, y temía que llegase un momento en que no pudiera ser dueño de sí mismo. Trataba de buscar algún objeto en que fijar su atención, pero no podía conseguirlo. Su espíritu estaba como cautivo por el jefe de la cancillería; hacía esfuerzos para descifrar la fisonomía de este empleado. Era un joven de veintidós años, cuyo rostro, moreno y móvil, representaba más edad. Vestía á lo gomoso y llevaba el pelo partido con una raya artísticamente hecha por detrás. Ostentaba en las manos, muy cuidadas, muchas sortijas y le serpenteaban por el chaleco cadenas de oro. Dijo á un extranjero que se encontraba allí dos palabrejas en francés y se quedó tan satisfecho.

—Siéntese usted, Luisa Ivanovna—, dijo á la señora lujosa, que permanecía de pie, sin atreverse á sentarse, aunque tenía una silla al lado.

—*Ich danke*—respondió la señora sentándose y ahuecando con un ligero roce sus faldas impregnadas de perfume. Desplegado en derredor de la silla su traje de seda azul claro, guarnecido de encajes blancos, ocupaba más de la mitad del despacho; pero á la señora parecía que le daba vergüenza oler tan bien y ocupar tanto sitio. Sonreía á la vez de una manera temerosa y desvergonzada; sin embargo, era visible su inquietud. Una vez terminado

su asunto, la señora de luto se levantó. En aquel momento entró haciendo ruido un oficial de modales muy desenvueltos, y que al andar agitaba las charreteras. Puso sobre la mesa su gorra galoneada y se sentó en una butaca.

Al verle la señora lujosamente vestida, se levantó vivamente y se inclinó con mucho respeto ante el oficial; pero éste no hizo el menor caso de ella y la mujer no se atrevió á volverse á sentar.

Era este personaje el ayudante de policía; tenía largos bigotes rojizos en sentido horizontal y facciones extremadamente finas, pero poco expresivas y que denotaban cierta imprudencia. Miró á Raskolnikoff de reojo y con algo de indignación; porque aunque era muy modesto el aspecto de nuestro héroe, su actitud formaba contraste con la pobreza de su traje. Olvidando toda prudencia el joven, sostuvo tan atrevidamente la mirada del oficial, que éste se sintió molesto.

—¿Qué se te ofrece?—dijo asombrado sin duda al ver qué semejante desarrapado no bajaba los ojos ante su arrogante mirada.

—Se me ha hecho venir... He sido citado—balbuceó Raskolnikoff.

—Es el estudiante á quien se reclama dinero—se apresuró á decir el jefe de la cancillería, dejando por un momento sus papelotes.— Entérese usted—y presentó un cuaderno á Raskolnikoff señalándole una parte de lo escrito. Lea usted.

«¿Dinero? ¿Qué dinero?»—pensó el joven. «¿De modo que no es por aquéllo?» y temblaba de alegría. Experimentaba un alivio inmenso, inexpresable...

—¿A qué hora, señor mío, se le ha mandado á usted venir?—gritó el ayudante, cuyo mal humor iba en aumento. Se le cita á usted á las nueve y son más de las once.

—Me han llevado ese papel hace un cuarto de hora—replicó vivamente Raskolnikoff, acometido también de cierta repentina cólera, á la cual se abandonaba con placer. Estoy enfermo, tengo calentura, y, sin embargo, he venido.

—¡No grite usted!

—No grito, hablo muy tranquilamente; usted es quien levanta la voz. Soy estudiante y no permito que se me hable de ese modo.

Esta respuesta irritó de tal manera al oficial, que en el primer momento no pudo articular ni una sola frase, dejando en cambio escapar de sus labios sonidos inarticulados. Dió de repente un salto en su asiento, y dijo:

—¡Cállese usted! ¡Está usted en la Audiencia! ¡No sea usted insolente!

—Usted también está en la Audiencia—replicó violentamente Raskolnikoff—, y no contento con gritar, está usted fumando; por consiguiente, nos falta usted á todos.

Pronunció estas palabras con indecible satisfacción.

El jefe de la cancillería miraba sonriendo á los dos interlocutores. El fogoso ayudante se quedó con la boca abierta.

—Eso no le importa á usted—respondió gritando, á fin de ocultar su cortedad—; preste la declaración que se le pide. Dígaselo usted, Alejandro Grigorievitch. Hay queja contra usted: no paga sus deudas.

Raskolnikoff no le escuchaba; había cogido vivamente el papel, impaciente por descubrir la clave de este enigma. Lo leyó una, dos veces, y no comprendió nada.

—¿Qué es esto?—preguntó al jefe de la cancillería.

—Es un documento en que se le reclama el pago de una deuda: tiene usted que saldarlo con todos los gastos,

multa, etc., ó declarar por escrito en qué fecha podrá usted pagar; es preciso, al mismo tiempo, que se comprometa á no dejar la capital, á no vender ni ocultar lo que usted posea, hasta que haya pagado. En cuanto al acreedor, es libre de vender los bienes de usted, y de tratarle según el rigor de las leyes.

—¡Si yo no debo nada á nadie!

—Eso á nosotros no nos importa. Se nos presenta una letra de cambio, protestada, de ciento quince rublos, que usted ha firmado hace nueve meses á la señora Zarnitzin, viuda de un pasante de colegio, letra que la viuda Zarnitzin ha traspasado al consejero Tchebaroff, y hemos llamado á usted para recibirle declaración.

—¡Es mi patrona!

—¿Y qué importa que sea la patrona de usted?

El jefe de la cancillería contemplaba con cierta sonrisa de indulgente piedad, y al mismo tiempo de triunfo, á aquel novato que iba á aprender á sus expensas el procedimiento que suele emplearse con los deudores. Pero, ¿qué le importaba ahora á Raskolnikoff la letra de cambio? ¿Qué le importaba la reclamación de su patrona? ¿Valía aquello la pena de inquietarse ni de fijar siquiera la atención? Estaba allí leyendo, escuchando, respondiendo algunas veces, pero todo ello lo hacía de una manera maquinal.

La felicidad de sentirse á salvo, la satisfacción de haber escapado á un peligro inminente, llenaba en aquel momento todo su ser.

Preocupaciones y cuidados se habían desvanecido del alma de Raskolnikoff, que gozaba entonces de un instante supremo de alegría absoluta, inmediata, puramente instintiva.

De repente estalló una tempestad en el despacho de la

policía. El ayudante, sin digerir aún la afrenta hecha á su prestigio y á su amor propio, buscaba evidentemente el desquite; así es que se puso á apostrofar rudamente á la lujosa señora que, desde la entrada del oficial, no cesaba de mirarle, sonriéndose con forzada sonrisa.

—Y tú bribona—vociferó el ayudante—(la señora de luto se había ido ya); ¿qué es lo que ha sucedido en tu casa la noche pasada? ¡Otra vez escandalizando toda la calle! ¡Siempre riñas y borracheras! ¡Sin duda te propones dar con tus huesos en la cárcel! ¡Diez veces te lo he advertido; á la undécima, se me habrá acabado la paciencia! ¡Eres incorregible!

El mismo Raskolnikoff dejó caer el papel que tenía en la mano y miró con asombro á la lujosa señora que era tratada con tan poca ceremonia. No tardó, sin embargo, en comprender de lo que se trataba, y prestó atención á esta historia que no dejaba de divertirle.

Escuchaba con gusto y le daban ganas de echarse á reir... Todos sus miembros estaban en tensión.

—Ilia Petrovitch...—comenzó á decir el jefe de la cancillería; pero reconociendo que su intervención en aquel momento sería inoportuna se detuvo. Sabía por experiencia que cuando el fogoso oficial se disparaba no había medio de detenerle.

En cuanto á la señora, la tempestad que se había desencadenado sobre su cabeza, la hizo temblar en el primer momento; pero, cosa extraña, á medida que la insultaban su rostro tomaba una expresión más amable y ponía más seducción en las sonrisas que no cesaba de dirigir al terrible ayudante. Hacía continuas reverencias y esperaba que se la dejase colocar una palabra.

—En mi casa no hay ni ruido, ni riñas, señor capitán —se apresuró á decir cuando hubo encontrado ocasión

de meter baza (se expresaba en ruso sin vacilación; pero con un acento alemán muy marcado).— No, señor, no hubo ningún escándalo. Aquel hombre entró en mi casa ebrio, pidió tres botellas y en seguida se puso á tocar el piano con los pies, cosa que, como usted comprenderá, es muy inconveniente en una casa como la mía. No contento con esto rompió las cuerdas. Le dije que no debía conducirse de aquel modo; pero él, sin hacer caso, cogió una botella y empezó á pegar á todos. Llamé á Karl el dvornik, y pegó á Karl en la cara; hizo lo mismo con Enriqueta y á mí me dió cinco bofetones. Es innoble portarse de esa manera en una casa decente, señor capitán. Pido socorro, y el hombre abre la ventana que da al canal y se pone á gruñir como un lechoncillo. ¿No es eso vergonzoso? ¿Le parece á usted que está bien asomarse á la ventana imitando los gruñidos de un cerdo? ¡Chiiii!.. ¡chiiii!... ¡chiiii!... Karl tira de él por detrás para quitarle de la ventana, y á fuerza de tirar, es verdad, le arrancó uno de los faldones de la levita. Ahora reclama quince rublos en reparación del daño causado á su ropa. Le he pagado de mi bolsillo cinco rublos por el faldón, señor capitán. Ese visitante mal educado, señor capitán, es el que ha armado todo el escándalo.

—¡Ea!, basta. ¡Te he dicho y te repito!...

—Ilia Petrovitch—dijo de nuevo con tono significativo el jefe de la cancillería... El oficial echó sobre él una rápida mirada y le vió mover ligeramente la cabeza.

—...Pues bien, en lo que á ti te concierne, he aquí mi última palabra, respetable Luisa Ivanovna—dijo el ayudante—, si en lo sucesivo vuelve á armarse otro escándalo en tu respetable casa, te meto en chirona, como se dice en estilo elevado. ¿Me entiendes? Ahora puedes largarte; pero te advierto que no te pierdo de vista. ¡Cuidado!

Con exagerada amabilidad Luisa Ivanovna saludó en todas direcciones; pero en tanto que se dirigía á la puerta andando hacia atrás haciendo reverencias, dió un golpe con la espalda á un guapo oficial, de rostro fresco y franco, de magníficas patillas rubias y muy bien atusadas. Era el comisario de policía, Nikodem Fomitch en persona. Luisa Ivanovna se apresuró á inclinarse hasta el suelo y salió del despacho dando saltitos...

—¡Siempre el trueno, la tempestad, los relámpagos, la tromba, el huracán!—dijo con tono amistoso Nikodem Fomitch. Se te ha alborotado la bilis y te has disparado. Te he oído desde la escalera.

—¿Y cómo no?—dijo negligentemente Ilia Petrovitch, trasladándose con sus papeles á otra mesa, ese señor, ese estudiante, ó más bien ese antiguo estudiante, que no paga sus deudas, que firma letras de cambio y rehusa dejar su habitación, y del cual se querellan con motivo, se formaliza conmigo porque enciendo un cigarro en su presencia. Antes de advertir que se le falta al respeto, debería respetarse más á sí mismo. Ahí le tiene usted, mírele. A la vista está. ¡Qué aspecto para inspirar consideración!

—Pobreza no es vicio, amigo mío. Sabemos bien que la pólvora se inflama con facilidad. Sin duda le habrá á usted chocado algo en su manera de ser, y usted tampoco ha podido contenerse—prosiguió Nikodem Fomitch, dirigiéndose con tono amistoso á Raskolnikoff—; se ha equivocado usted: es un hombre excelente, se lo aseguro; tiene un carácrer arrebatado, se excita, se exalta, pero en cuanto se le pasa la rabieta es un corazón de oro. En el regimiento le dábamos el sobrenombre de «el oficial pólvora...»

—¡Qué regimiento aquél!—exclamó Ilia Petrovitch lisonjeado con las delicadas frases de su superior, aunque

todavía enfurruñado. Raskolnikoff quiso súbitamente decir algo muy agradable para todos.

—Perdóneme usted, capitán—comenzó á decir con tono más suave, dirigiéndose á Nikodem Fomitch.—Póngase usted en mi lugar. Estoy pronto á darle mis excusas á ese señor, si es que por mi parte he cometido alguna falta. Soy un estudiante enfermo, pobre, agobiado por la miseria. He tenido que dejar la Universidad, porque carezco de medios de subsistencia; pero voy á recibir dinero... Mi madre y mi hermana viven en el gobierno de... Me envían fondos, y pagaré. Mi patrona es una buena mujer; pero como desde hace cuatro meses que no doy lecciones, no la pago, y se incomoda y hasta rehusa darme de comer. La verdad es que no comprendo... Ahora exige que yo acepte esa letra de cambio; ¿por ventura puedo? Juzgue usted por sí mismo.

—Eso no es cuenta nuestra...—observó de nuevo el jefe de la cancillería.

—Es verdad; pero permítanme ustedes y toleren que les explique...—replicó Raskolnikoff, dirigiéndose siempre á Nikodem Fomitch, y no al jefe de la cancillería, procurando atraer también la atención de Ilia Petrovitch, aunque éste afectase desdeñosamente no escucharle, como si estuviera completamente ocupado en sus papelotes—; déjenme ustedes que les diga que vivo en casa de esa mujer hace cerca de tres años, desde que vine de mi país, y que entonces... ¿por qué no he de confesarlo?... me comprometí á casarme con su hija; hice mi promesa verbalmente... Era una muchacha joven, me gustaba, aunque no estuviese enamorado de ella... En una palabra: yo era joven; mi patrona me abrió crédito... Hice una vida... Vamos, he sido algo ligero.

—No se le pide á usted que entre en esos detalles

íntimos, que no tenemos tiempo de escuchar—interrumpió groseramente Ilia Petrovitch—; pero Raskolnikoff prosiguió con calor, aunque le costaba mucho trabajo hablar en aquel momento:

—Permítanme ustedes, sin embargo, que les cuente cómo han pasado las cosas, aunque comprenda que el referirlo, como ustedes dicen muy bien, sea inútil. Hace un año, la señorita de que he hablado, murió del tifus; yo seguía á pupilo en casa de la señora Zarnitzin, y cuando mi patrona se trasladó á la casa en que hoy reside, me dijo amistosamente que tenía confianza en mí; pero que, sin embargo, le agradaría que le firmase un recibo de ciento quince rublos, cantidad en que calculaba el importe de mi deuda. Permítanme ustedes que les diga también que una vez en posesión de ese documento, me aseguró que continuaría concediéndome tanto crédito como me fuese necesario, y que jamás, jamás—tales fueron sus propias palabras—pondría en circulación este documento... ¡Y ahora que he perdido mis lecciones, ahora que no tengo que comer, me exige el pago de esta letra de cambio!... ¡Qué decir de semejante proceder!

—Todos estos pormenores patéticos no nos interesan —replicó insolentemente Ilia Petrovitch.— Tiene usted que prestar la declaración y firmar el compromiso que se le pide. En cuanto á la historia de sus amores y á todos esos lugares comunes, trágicos, nada tenemos que ver con ellos.

—¡Oh, eres duro!...—murmuró Nikodem Fomitch, que se había sentado delante de su escritorio y se ocupaba en firmar papelotes. Parecía experimentar cierta vergüenza.

—Escriba usted—dijo á Raskolnikoff el jefe de la cancillería.

—¿Qué es lo que tengo que escribir?—preguntó éste brutalmente.

—Lo que yo le dicte.

Raskolnikoff creyó advertir que, después de su confesión, el jefe de la cancillería le hablaba con tono desdeñoso; pero, ¡cosa extraña!, se sentía indiferente á la opinión que podía tenerse de él, cambio que se había operado en su espíritu en un abrir y cerrar de ojos.

Reflexionando un poco, se habría asombrado de haber podido un minuto antes hablar de aquel modo con los funcionarios de policía y aun obligándoles á oir sus confidencias. Ahora, por el contrario, si en lugar de estar lleno de polizontes el despacho, se hubiese ocupado de repente por sus más queridos amigos, no habría encontrado probablemente una sola palabra que decirles; de tal manera se había vaciado su corazón.

Experimentaba la impresión dolorosa de un inmenso aislamiento; no era la confusión de haber hecho á Ilia Petrovitch testigo de las efusiones de su corazón; no era tampoco la insolencia del oficial lo que había producido tal revolución en su alma. ¡Oh! ¿Qué le importaba su propia bajeza? ¿Qué le importaban las altanerías, los oficiales, las letras de cambio, los despachos de policía, etc., etc? Si en aquel momento le hubiesen condenado á ser quemado vivo, no habría ni siquiera pestañeado. Apenas habría oído su sentencia hasta el fin.

Se realizaba en él un fenómeno completamente nuevo, sin precedentes hasta entonces. Comprendía, ó más bien, cosa mil veces peor, sentía que en adelante estaría separado para siempre de la comunión humana, que toda expansión sentimental como la que había tenido un momento antes, más todavía, que toda conversación, cualquiera que fuese, le estaba prohibida, no sólo con los

empleados de la comisaría, sino hasta con los parientes más próximos. Jamás había experimentado sensación tan cruel.

El jefe de la cancillería comenzó á dictarle la fórmula de la declaración acostumbrada en tales casos. No puedo pagar, reconozco la deuda, no saldré de la ciudad, ni venderé, ni haré cesión de lo que poseo, etc.

—No puede usted escribir, le tiembla la mano—dijo el jefe de la cancillería mirando con curiosidad á Raskolnikoff.— Usted está malo.

—Sí; se me va la cabeza. Siga usted.

—Ya está todo; firme usted.

El jefe de la cancillería tomó el papel y se dirigió á otros visitantes.

Raskolnikoff dejó la pluma; pero en lugar de irse se puso de codos en la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Experimentaba el mismo suplicio que si le hubiesen hincado un clavo en los sesos. Tuvo una idea extraña, levantarse, acercarse á Nikodem Fomitch, contarle el crimen hasta en sus últimos detalles, llevarle en seguida á su casa, y mostrarle los objetos ocultos en el agujero de la tapicería. De tal modo se apoderó este proyecto de su espíritu, que hasta llegó á levantarse para ponerlo en práctica. «¿No sería mejor reflexionar un instante?—pensó. No, más vale dejarse llevar de la inspiración, sacudir lo más pronto posible esta carga». Pero de repente se quedó como clavado en su sitio: entre Nikodem Fomitch é Ilia Petrovitch, se acababa de entablar una conversación animada que llegaba hasta los oídos de Raskolnikoff.

—¡No es posible! Soltarán á los dos. Todo eso está lleno de cosas inverosímiles: si hubiesen cometido ellos el delito, ¿habrían llamado al dvornik para denunciarse á sí mismos por astucia? No, eso hubiera sido demasiada

astucia. Además, los dos dvorniks y una vecina vieron al estudiante Pestriakoff cerca de la puerta cochera en el momento en que éste iba á entrar en la casa. Le acompañaban tres amigos que le dejaron á la puerta, y éstos, antes de alejarse, le oyeron preguntar á los dvorniks dónde vivía la vieja. ¿Hubiera hecho tal pregunta de haber ido con el propósito de cometer un asesinato? Koch, por su parte, estuvo durante media hora en casa del platero del piso bajo antes de subir á casa de la vieja; eran justamente las ocho menos cuarto cuando subió al cuarto piso. Siendo esto así, calcule usted...

—Hay en sus declaraciones algo que no se explica. Afirman que llamaron y que la puerta estaba cerrada; tres minutos después, cuando volvieron con el dvornik, estaba abierta.

—Así se desliza la liebre: está fuera de duda que el asesino se encontraba en el cuarto de la vieja y que había echado el cerrojo: de seguro no se habría escapado á no cometer Koch la simpleza de bajar en busca del dvornik; sin duda el asesino aprovechó ese momento para deslizarse por la escalera, dejándolos con un palmo de narices. Koch no cesa de santiguarse diciendo: «Si llego a quedarme allí, de fijo sale de repente el criminal y me mata de un hachazo». Quiere mandar que canten un *Te Deum*, ¡je! ¡je!

—¿Y nadie vió al asesino?

—¿Cómo han de verle? Si aquella casa es el arca de Noe—, dijo el jefe de la cancillería que escuchaba desde su puesto la conversación.

—La cosa es clara, la cosa es clara—, repitió vivamente Nikodem Fomitch.

—Antes digo yo que es muy obscura—replicó Ilia Petrovitch.

Raskolnikoff cogió su sombrero y se dirigió á la puerta; pero no llegó á ella...

Cuando recobró el sentido estaba sentado en una silla. Uno le sostenía por la derecha, otro por la izquierda le afrecía un vaso amarillo lleno de agua amarilla. Nikodem Fomitch en pie delante del joven le miraba fijamente. Raskolnikoff se levantó.

—¿Está usted enfermo?—le preguntó con tono bastante seco el comisario de policía.

—Hace poco, cuando extendió su declaración, apenas podía sostener la pluma—dijo el jefe de la cancillería volviéndose á sentar delante de su escritorio y poniéndose de nuevo á examinar sus papelotes.

—¿Hace mucho tiempo que está usted malo?—dijo desde su sitio Ilia Petrovitch, que estaba también revolviendo papeles. Como los otros, se había aproximado á Raskolnikoff cuando éste se desmayó; pero al verle volver en sí se había vuelto á su escritorio.

—Desde ayer—balbuceó el joven.

—¿Ayer salió usted de casa.

—Sí.

—¿Enfermo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Entre seis y siete de la tarde.

—¿Y á dónde fué usted? permítame que se lo pregunte.

—A la calle.

Breve y compendioso, pálido como la cera, Raskolnikoff dió nerviosamente las anteriores respuestas; sus ojos inflamados no se bajaron ante la mirada del oficial.

—Puede apenas tenerse en pie, y tú...—empezó á decir Nikodèm Fomitch

—No importa—respondió enigmáticamente Ilia Petrovitch.

El comisario de policía quiso replicar algo; pero al dirigir los ojos al jefe de la cancillería, encontró la mirada de este funcionario fija en él y guardó silencio. Todos se callaron bruscamente, lo que no dejó de ser extraño.

—Está bien—dijo Ilia Petrovitch—; puede usted retirarse.

Raskolnikoff salió; pero aún no estaba en la sala inmediata, cuando ya se había reanudado la conversación con gran animación y viveza entre los polizontes. Por encima de todas las otras voces se elevaba la voz de Nikodem Fomitch, como preguntando...

En la calle, el joven recobró todos sus ánimos.

«Sin duda van á hacer una indagatoria, una indagatoria inmediata»—repetía, dirigiéndose á buen paso hacia su casa.— «¡Los bribones! ¡Sospechan!...»

Temblaba de pies á cabeza.

II

«¿Y si estuviese ya empezada la indagatoria? ¿Si al entrar los encontrase en mi casa?

He aquí mi habitación. Todo está en orden. Nadie ha venido. Anastasia tampoco ha tocado nada. Pero, señor, ¿cómo he podido dejar todos aquellos objetos en semejante escondite?»

Corrió al rincón, é introduciendo la mano bajo la tapicería sacó las alhajas, que en junto eran ocho.

Dos cajitas contenían pendientes ó algo parecido, no sabía á punto fijo qué; había, además, cuatro estuches pequeños de piel. Envuelta en un trozo de periódico una cadena de reloj; en otro papel un objeto que debía de ser una condecoración...

Raskolnikoff se metió todo ello en los bolsillos, procurando que no hiciese mucho bulto; cogió también la bolsa y salió, dejando la puerta abierta de par en par.

Andaba con paso rápido y firme, y aunque se sentía quebrantado, no le faltó la serenidad. Temía que se le persiguiese, y que antes de media hora, de un cuarto de hora quizás, se comenzase un proceso contra él; por consiguiente, era menester que desapareciesen al punto las piezas de convicción. Debía despachar cuanto antes, aprovechando la poca fuerza y sangre fría que le quedaba... ¿Pero á dónde ir?

Esta cuestión estaba ya resuelta tiempo hacía. «Lo tiraré todo al canal, y con ello irá también mi secreto al agua»; así lo había decidido la noche precedente en los momentos de delirio, durante los cuales, muchas veces, sintió impulsos de levantarse y de ir á «arrojarlo todo en seguida». No era cosa fácil la ejecución de este proyecto.

Durante media hora, ó acaso más, anduvo vagando por el muelle del canal Catalina, examinando, á medida que llegaba á ellas, las diversas escaleras que terminan en el borde del agua. Desgraciadamente, siempre se oponía algún obstáculo á la realización de su proyecto; aquí un barco de lavanderas, allí lanchas amarradas á la orilla. Por otras partes el muelle estaba lleno de paseantes, que no hubieran podido menos de notar que un hombre descendía ex profeso al borde del agua, se detenía allí y arrojaba algo al canal.

¿Y si, como era de suponer, los estuches sobrenadaban, en vez de desaparecer bajo el agua? Cualquiera de los paseantes los vería. Aun sin que esto ocurriese, Raskolnikoff sospechaba que era objeto de la atención general; le parecía que todo el mundo se ocupaba de él.

Por último, el joven pensó que quizás sería lo mejor tirar todos aquellos objetos al Newa: allí, en efecto, era menos numerosa la gente, correría menos peligro de llamar la atención, y, consideración importante, estaría más lejos de su barrio. «¿En qué consiste—se preguntó con asombro Raskolnikoff—que desde hace media hora vago ansiosamente por lugares peligrosos para mí? Estas objeciones que ahora me hago, ¿no pude hacérmelas antes? Si he perdido media hora en un proyecto insensato, es sin duda porque tomé mi resolución en un momento de delirio.» Sentíase singularmente distraído y olvidadizo. «Decididamente era preciso apresurarse.

Se dirigió al Newa por la perspectiva de V... Pero conforme iba andando, se le ocurrió otra idea. ¿Para qué ir al Newa? ¿Por qué arrojar estos objetos al agua? ¿No sería mejor ir á cualquier parte, muy lejos, á una isla, por ejemplo? Allí buscaría un paraje solitario, un bosque, y enterraría las joyas al pie de un árbol, teniendo cuidado de señalarlo bien, á fin de poder reconocerlo más tarde. Aunque comprendía que no se encontraba en estado de tomar una determinación juiciosa, le pareció práctica su última idea, y resolvió llevarla á cabo.

Pero la casualidad lo dispuso de otro modo. Al desembocar por la perspectiva V... en la plaza, Raskolnikoff advirtió, á la izquierda, la entrada de un corral, rodeado por todas partes de altas paredes, y cuyo suelo estaba cubierto de polvo negro. En el fondo había un cobertizo, que pertenecía sin duda á un taller de carpintería, de guarnicionería, ó de cosa semejante.

No viendo á nadie en el corral, Raskolnikoff franqueó el umbral de la puerta, y después de haber mirado atentamente en derredor suyo, pensó que ningún otro lugar le ofrecería más facilidades para la realización de su proyecto. Precisamente, al pie del muro, ó más bien de la valla de madera que lindaba con la calle, había adosada á aquélla una enorme piedra, sin labrar, que lo menos pesaría sesenta libras.

Del otro lado de la cerca estaba la acera, y el joven oía las voces de los transeuntes, siempre bastante numerosos en este sitio; pero desde fuera nadie podía verle; para ello hubiera sido menester penetrar en el corral, cosa que á la verdad nada tenía de imposible. Por consiguiente, le convenía apresurarse.

Se inclinó sobre la piedra; la cogió con las dos manos por arriba, y, reuniendo todas sus fuerzas, consiguió dar-

le la vuelta. El suelo, en el sitio ocupado por el sillar, estaba algo hundido; echó en el agujero todo lo que tenía en los bolsillos. Colocó la bolsa encima de las alhajas; sin embargo, el agujero no quedó completamente lleno. En seguida levantó la piedra, y consiguió colocarla en el mismo sitio en que estaba antes; lo más que podía advertirse, fijándose mucho, era que estaba un poco removida. Luego apisonó con el pie la tierra alrededor de los bordes. Nada, en rigor, podía notarse.

Hecho esto se dirigió á la plaza. Como poco antes en el despacho de policía, se apoderó de él una alegría intensa, casi imposible de soportar. ¡Enterradas las piezas de convicción! ¿A quién había de ocurrírsele la idea de irlas á buscar bajo aquella piedra? «Está, sin duda, ahí desde que se construyó la casa inmediata, ¡y Dios sabe hasta cuándo permanecerá en el mismo sitio! Y aun cuando alguien las encontrase, ¿quién podría sospechar que soy yo el que las ha ocultado? ¡Todo acabó! ¡No hay pruebas!» Y se echó á reir. Sí, se acordó más tarde que había atravesado la plaza riendo con risita nerviosa, muda y prolongada. Pero cuando llegó al boulevard de K... su hilaridad cesó súbitamente.

Todos sus pensamientos giraban alrededor de otro principal, de cuya importancia se daba exacta cuenta Raskolnikoff. Comprendía que por la primera vez, después de dos meses, se encontraba en presencia de esta cuestión.

«¡Vaya al diablo todo ello!—se dijo en un brusco acceso de cólera.—¡Ea, el vino está servido; es preciso beberlo! ¡Malhaya sea la nueva vida! ¡Qué tonto es esto, Señor!... ¡Cuánto he mentido, y cuántas bajezas he tenido que cometer hoy! ¡Cuántas vergonzosas tonterías para captarme poco ha la benevolencia del execrable Ilia Pe-

trovitch! ¿Pero qué me importa? ¡Me burlo de todos ellos y de mis necedades! ¡No se trata de esto! ¡No, en modo alguno!...»

Se detuvo despistado, absorbido por una nueva cuestión hasta entonces inesperada y excesivamente simple.

«Si realmente hubieses obrado en este asunto como hombre inteligente y no como un imbécil, si te hubieses trazado un fin y lo hubieses derechamente perseguido, ¿por qué no mirar lo que había en la bolsa? ¿Cómo ignoras aún lo que te ha aprovechado el acto, por el cual no has temido asumir peligros é infamias? ¿No querías hace un momento arrojar al agua esas joyas y esa bolsa, á las cuales apenas si has echado una ojeada?»

Al llegar al muelle del pequeño Newa, en la plaza de Basilio Ostroff se detuvo cerca del puente. «En esta casa vive»—pensó.— «¿Qué es esto? No parece sino que las piernas me han conducido por sí mismas á la posada de Razumikhin. ¡La misma historia que el otro día! ¡Pero qué raro es lo que me pasa!... Marchaba sin objeto, y el azar me conduce aquí. No importa. ¿No decía yo anteayer que iría á verle al día siguiente de *aquéllo?* Pues bien; voy á verle. ¿No podré hacer ahora yo ni una visita?» Y dando vueltas á estas ideas subió al quinto piso en que vivía su amigo.

Estaba éste en su habitación escribiendo, y él mismo salió á abrir. Los dos jóvenes no se habían visto desde hacía cuatro meses. Vestido con un traje todo desgarrado, en zapatillas y sin calcetines, con los cabellos alborotados, Razumikhin estaba sin afeitar y sin lavar. Se quedó asombrado al ver á su amigo.

—¡Calle! ¿Eres tú?—exclamó, mirándole de piés á cabeza.— Se interrumpió y empezó á silbar.

¿Es posible que tan mal vayan los negocios? La verdad

es que aventajas en elegancia á este servidor—continuó después de haber echado una ojeada sobre los harapos de su compañero.— Vamos, siéntate; estás cansado. Cuando Raskolnikoff se hubo dejado caer en un sofá turco más estropeado aún que el suyo, Razumikhin se hizo cargo de la tristeza de su amigo.

—¿Sabes que estás enfermo de verdad? Quiso tomarle el pulso; pero Raskolnikoff apartó vivamente la mano.

—Es inútil—dijo.— He venido porque... no tengo lecciones... y quisiera... ¿pero qué necesidad tengo yo de lecciones?

—¿Estás disparatando?—observó Razumikhin, mirando atentamente á su amigo.

—No, no disparato—respondió levántandose Raskolnikoff.— Cuando súbia á casa de Razumikhin no había pensado que iba á encontrarse frente á frente con su compañero. Una entrevista, con cualquiera que fuese, le repugnaba. Rebosando de hiel, estaba á punto de estallar de cólera contra sí mismo desde que hubo franqueado el umbral de Razumikhin.

—¡Adiós!—dijo bruscamente, y se dirigió á la puerta.

—Pero ven acá. ¡Cuidado que eres raro!

—Es inútil—dijo el otro, apartando la mano que su amigo le había cogido.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Has perdido la cabeza? Me estás ofendiendo, y no te dejaré marchar.

—Pues bien; escucha. He venido á tu casa porque no conozco á nadie más que á ti que pueda ayudarme á comenzar... porque tú eres mejor que todos y puedes comprender... Pero ahora veo que no me hace falta nada, ¿entiendes?, absolutamente nada... No tengo necesidad de los servicios ni de las simpatías de nadie; me basto á mí mismo. ¡Que me dejen en paz es lo que deseo!

—Pero ven acá, mamarracho. ¿Te has vuelto loco? Tendrás que hablar, mal que te pese. Yo no tengo lecciones; las desprecio; pero tengo un librero, Kheruvimoff, que en su género es toda una lección.

No lo cambiaría por cinco lecciones en casas de comerciantes. Publica libritos sobre ciencias naturales, que se venden como pan bendito. El toque está en encontrar los títulos. Tú solías decir que yo era tonto; pues ahí tienes; hay quien es más tonto que yo. Mi editor, que no sabe ni el *a*, *b*, *c*, se ha puesto al tono del día. Por supuesto que yo le animo...

Aquí tienes estas dos hojas y media de un libro alemán; me parecen de la charlatanería más tonta que puedes figurarte. El autor estudia la cuestión de averiguar si la mujer es un hombre, y, es claro, se decide por la afirmativa y la demuestra de una manera triunfante. Estoy traduciendo este folleto para Kheruvimoff que lo juzga de actualidad ahora que tan en boga está la cuestión feminista. Publicaremos seis hojas con las dos hojas y media del original alemán; le pondremos un título rimbombante que ocupará media página, y lo venderemos á cincuenta kopeks. ¡Será un éxito! La traducción se me paga á razón de seis rublos por hoja, lo que componen quince rublos; he cobrado seis por adelantado.

Vamos á ver, ¿quieres traducir la segunda hoja? Si quieres, coge el original, toma pluma y papel, todo ello corre á cargo del Estado, y permíteme que te ofrezca tres rublos. Como yo he recibido seis por la primera y segunda hoja te corresponden tres y cobrarás otros tantos cuando hayas acabado este primer trabajo. No me lo agradezcas. En cuanto te he visto he pensado en utilizarte. En primer lugar yo no estoy muy fuerte en ortografía, y además conozco medianamente el alemán, de modo que muy á me-

nudo invento en vez de traducir. Me consuelo con la idea de que de ese modo añado bellezas al texto; pero, ¿quién sabe?, quizá me hago ilusiones. Vamos a ver, ¿aceptas?

Raskolnikoff tomó en silencio las hojas del folleto alemán y los tres rublos y salió sin decir una palabra. Razumikhin le siguió con una mirada de asombro. Pero apenas Raskolnikoff hubo llegado á la primera esquina volvió sobre sus pasos y subió á casa de su amigo. Depositó en la mesa las páginas del folleto y los tres rublos y salió de nuevo sin decir una palabra.

—¡Tú estás loco!—vociferó Razmikhin ya colérico.—¿Qué comedia estás representando? ¡Me haces salir de mis casillas! ¿Á qué demonios has venido?

—No tengo necesidad de traducciones...—murmuró Raskolnikoff empezando ya á bajar la escalera.

—Entonces, ¿de qué tienes necesidad?—le gritó Razumikhin desde el rellano de su puerta. El otro, callado, siguió bajando

—Dime siquiera dónde vives.

Tampoco esta pregunta obtuvo respuesta.

—¡Ea! ¡vete al infierno!

Raskolnikoff estaba ya en la calle.

El joven llegó á su casa al anochecer, sin que pudiera recordar por dónde había ido. Temblando como un caballo fatigado, se desnudó, se echó en el diván y después de haberse cubierto con el capote se quedó dormido...

Era ya completa la obscuridad cuando le despertó un ruido terrible. ¡Qué escena tan horrorosa debía de representarse cerca de él, Dios mío! Eran gritos, gemidos, crujir de dientes, lágrimas, golpes, injurias como nunca había visto ni escuchado. Espantado, se sentó en el lecho; su terror crecía por momentos, porque á cada instante el

ruido de los porrazos, las quejas, los insultos, llegaban más distintamente á sus oídos. Con extraordinaria sorpresa reconoció la voz de su patrona.

La pobre mujer gemía, suplicaba con tono doliente. ¡Imposible comprender lo que decía! pero sin duda suplicaba que no le pegasen más. Se la estaba maltratando implacablemente sin duda alguna en la escalera. El hombre brutal que le pegaba de tal modo vociferaba con voz sibilante entrecortada por la cólera, de modo que sus palabras eran ininteligibles.

De repente Raskolnikoff empezó á temblar como la hoja en el árbol; acababa de reconocer aquella voz; era la de Ilia Petrovitch. «¡Ilia Petrovitch ha venido y está pegando á la patrona! ¡Le da puntapiés y coscorrones en la escalera! Es seguro, no me engaño, el ruido de los golpes, los gritos de la víctima, indican bien á las claras lo que está pasando; pero ¿por qué? El mundo está patas arriba.»

De todos los pisos acudían á la escalera; se oían voces y exclamaciones. La gente subía, las puertas se abrían violentamente ó se cerraban con estrépito. «Pero, ¿qué pasa? ¿Cómo es posible...?» decía creyendo seriamente que la locura tomaba posesión de su cerebro. Mas no, percibía distintamente aquellos ruidos... «Si es así, van á venir á mi casa, porque todo ello seguramente es por lo de ayer... ¡Señor!» Intentó echar el picaporte, pero no tuvo fuerza para levantar el brazo; comprendía además que de nada le serviría cerrar la puerta. El terror le helaba el alma...

Al cabo de diez minutos cesó poco á poco el estrépito. La patrona gemía. Ilia Petrovitch continuaba vomitando injurias y amenazas. Después se calló y no se le oyó más. «¿Se habrá marchado? Sí. También se va la patrona; todavía llora; pero la puerta de su habitación se cierra estrepitosamente... Los inquilinos dejan la escalera para reti-

rarse á sus respectivos domicilios; lanzan exclamaciones; se llaman unos á otros; tan pronto gritan, tan pronto hablan en voz baja.» Toda la casa ó poco menos había acudido. «Pero, Dios mío, ¿es todo esto posible? ¿Por qué, por qué ha venido ese hombre aquí?»

Raskolnikoff se dejó caer sin fuerzas en el sofá, pero no pudo cerrar los ojos; durante media hora se sintió acometido de un espanto como nunca lo había sentido. De repente iluminó viva luz su estancia. Anastasia entraba con una bujía y un plato de sopa. La criada le miró atentamente, y convencida de que no dormía colocó la luz sobre la mesa y fué poniendo en ésta pan, sal, un plato y una cuchara.

—Creo que no has comido desde ayer. Andas por esas calles teniendo calentura...

—Anastasia, ¿por qué han pegado á la patrona?

La criada le miró fijamente.

—¿Que han pegado á la patrona?

—Hace poco... media hora. Ilia Petrovitch, el ayudante de comisario de policía la ha pegado, en la escalera... ¿por qué la ha maltratado de ese modo?, ¿por qué ha venido?

Anastasia frunció el entrecejo y sin decir nada contempló durante largo rato al inquilino. Ante aquella mirada inquisitiva el joven se quedó turbado.

—Anastasia, ¿por qué guardas silencio?—preguntó tímida y débilmente.

—Es la sangre—murmuró la muchacha como hablando consigo misma.

—¡La sangre!... ¿Qué sangre?—balbuceó Raskolnikoff poniéndose pálido y andando hacia atrás hasta la pared.

Anastasia continuaba observándole silenciosamente.

—Nadie ha pegado á la patrona—replicó la criada secamente.

El joven la miró, respirando apenas.

—Si lo he oído... si no dormía... estaba sentado en el divan—dijo con voz más que nunca plañidera.— He escuchado durante largo tiempo... Ha venido el ayudante de policía. Ha salido la gente de todos los cuartos á la escalera...

—Nadie ha venido. Es la sangre lo que grita en ti. Cuando no tiene salida se cuaja y uno delira... ¿Vas á comer?

El joven no respondió, y Anastasia, sin salir de la habitación, le miraba con ojos curiosos.

—Dame agua, Anastasia.

La muchacha bajó y dos minutos después volvía á subir con un jarro lleno de agua. Á partir de este momento se interrumpieron los recuerdos de Raskolnikoff. Se acordaba únicamente que había bebido un buche de agua fría. Después se desmayó.

III

En todo el tiempo que duró su enfermedad, nunca estuvo privado por completo de sentido: hallábase en un estado febril semi inconsciente y solía delirar. Más tarde se acordó de muchas cosas. Le parecía unas veces que varios individuos estaban reunidos en derredor suyo; querían cogerle y llevarle á alguna parte, y con este motivo discutían y se querellaban. Otras veces se veía de repente solo en su habitación; todo el mundo había partido; tenían miedo de él. De tiempo en tiempo la puerta se abría, y le miraban disimuladamente. La gente susodicha le amenazaba, consultaba, se reía, y él se ponía colérico. Se daba cuenta á menudo de la presencia de Anastasia á su cabecera; veía también á un hombre que debía de serle muy conocido: pero, ¿quién era? Jamás conseguía dar un nombre á aquella figura, y esto le entristecía hasta el punto de arrancarle lágrimas. A veces se figuraba que estaba en cama hacía un mes; en otros momentos le parecía que todos los incidentes de su enfermedad habían ocurrido en un solo día. Pero *aquéllo*, *aquéllo* lo había olvidado por completo. Cierto que á cada momento pensaba que se había olvidado de una cosa de la cual hubiera debido acordarse, y se atormentaba, hacía penosos esfuerzos de memoria, gemía, se ponía furioso ó sentía un terror indecible. Entonces se incorporaba en su lecho;

quería huir, pero alguien le retenía á la fuerza. Estos ataques le debilitaban, y terminaban en un desvanecimiento. Al fin recobró por completo el uso de sus sentidos.

Eran las diez de la mañana. Cuando hacía buen tiempo, el sol entraba en la habitación á esta hora, proyectando una ancha banda de luz sobre el muro de la derecha y alumbrando el rincón próximo á la puerta. Anastasia se encontraba delante del lecho del enfermo, acompañada de un individuo que el joven no conocía, y que le observaba con mucha curiosidad. Era un muchacho de barba naciente, vestido con un caftán, y que parecía ser un artelchtchik (1).

Por la puerta entreabierta miraba la patrona. Raskolnikoff se incorporó un poco.

—¿Quién es, Anastasia? — preguntó, señalando al joven.

—Ya vuelve en sí—dijo la sirviente.

—Ha vuelto en sí—repitió el artelchtchik.

Al oir estas palabras, la patrona cerró la puerta y desapareció. A causa de su timidez, evitaba siempre entrevistas y explicaciones. Tenía cuarenta años, cejas y ojos negros, y era muy gruesa y muy agradable. Buena como suelen serlo las personas perezosas y linfáticas, era, además, excesivamente pudorosa.

—¿Quién es usted?—preguntó Raskolnikoff, dirigiéndose al artelchtchik.

En aquel momento se abrió la puerta, dando paso á Razumikhin, que penetró en la habitación, inclinándose un poco, á causa de su alta estatura.

—¡Vaya un camarote de barco! — gritó al entrar.— Siempre doy con la cabeza en el techo. ¡Y á esto se llama

(1) Miembro de una sociedad de obreros ó de empleados.

una habitación! ¡Vamos, amigo mío! has recobrado ya el sentido, según me acaba de decir la patrona.

—Sí; ha recobrado el sentido—dijo Anastasia.

—Ha recobrado el sentido—repitió como un eco el artelchtchik, sonriéndose.

—¿Quién es usted?—preguntó bruscamente Razumikhin.

Yo me llamo Razumikhin; soy estudiante, hijo de un gentilhombre; el señor es amigo mío. ¡Vamos! Ahora dígame usted quién es.

—Estoy empleado en casa del comerciante Chelopaieff, y vengo aquí para cierto asunto...

—Siéntese usted en esta silla—dijo Razumikhin, sentándose al otro lado de la mesa.

—Has hecho muy bien en recobrar el conocimiento—prosiguió, encarándose con Raskolnikoff.—Cuatro días hace, puede decirse, que no has bebido ni comido nada; apenas tomabas un poco de te. He traído aquí dos veces a Zosimoff. ¿Te acuerdas de Zosimoff? Te ha examinado muy atentamente, y ha dicho que no tenías nada. Dice que tu enfermedad es una simple debilidad nerviosa, resultado de la mala alimentación; pero que no tiene gravedad ninguna. ¡Es famoso ese Zosimoff! Se da mucho tono.

—No quiero abusar de su tiempo—añadió Razumikhin, dirigiéndose de nuevo al artelchtchik.

—¿Quiere usted decirnos el motivo de su visita?

Advierte, Raskolnikoff, que es la segunda vez que vienen ya de esa casa; pero no fué el señor el que vino. ¿Quién es el que estuvo el otro día?

—El que estuvo anteayer fué Alejo Semenovitch, también empleado de la casa.

—Tiene la lengua más expedita que usted, ¿verdad?

—Sí. Es un hombre de más capacidad.

—¡Modestia digna de elogio! Vamos, siga usted.

—Pues bien; por orden de la madre de usted, Afanasio Ivanoviteh Vakhruchin, de quien, sin duda, habrá oído hablar más de una vez, envía á usted dinero que nuestra casa tiene el encargo de entregar á usted—dijo el artelchtchik, encarándose ya directamente con Raskolnikoff.—Si está usted en su conocimiento, hágase usted cargo de estos treinta y cinco rublos, que Semenovitch ha recibido para usted de Afanasio Ivanovitch, por orden de su madre. Ha debido usted tener aviso.

—Sí; me acuerdo... Valkhruchin...—dijo Raskolnikoff, procurando hacer memoria.

—¿Quiere usted firmarme el recibo?

—Sí, va á firmar. ¿Tiene usted ahí su libro?—dijo Razumikhin.

—Sí, aquí está.

—Démelo usted. Vamos, Raskolnikoff; un esfuerzo, trata de incorporarte. Yo te sostendré; coge la pluma, y pon aquí tu nombre; en nuestra época, el dinero es la miel de la humanidad.

—Yo no tengo necesidad de dinero—dijo Raskolnikoff, rechazando la pluma.

—¡Cómo! ¿Que no tienes necesidad de dinero?

—No firmo.

—Pero sí tienes que acusar recibo...

—No tengo necesidad de dinero...

—¿Que no tienes necesidad de dinero? Amigo mío, tú faltas á la verdad, soy testigo de ello. No se impaciente usted, se lo suplico; no sabe lo que dice... Está todavía en el país de los sueños... Suele ocurrirle lo mismo cuando está despierto... Usted es un hombre de buen sentido; le llevaremos la mano, y firmará. Vamos, ayúdeme usted...

—No; puedo volver otra vez.

—De ningún modo. ¿Para qué molestarle? Usted es un hombre razonable... Vamos, Raskolnikoff, no detengas por más tiempo á este señor... Ya ves que espera.

Y Razumikhin se dispuso á llevar la mano á Raskolnikoff.

—Deja; lo haré yo solo—dijo éste.

Cogió la pluma, y firmó en el libro. El artelchtchik entregó el dinero, y se marchó.

—¡Bravo! Y ahora, amigo mío, ¿quieres comer?

—Sí—respondió Raskolnikoff.

—¿Hay sopa?

—Algo queda de ayer—respondió Anastasia, que no había salido de la habitación durante toda esta escena.

—¿Sopa de arroz con patatas?

—Sí.

—Estaba seguro de ello. Ve á buscar la sopa, y danos también te.

—Bueno.

Raskolnikoff miraba á su amigo con profunda sorpresa y con terror estúpido. Resolvió callarse y esperar. «Me parece que no deliro—pensaba—; todo esto es muy real.»

Al cabo de diez minutos, Anastasia volvió con la sopa y anunció que serviría después el te. Trajo también dos cucharas, dos platos y el servicio correspondiente de mesa: sal, mostaza para tomarla con la carne, pimienta, etc. Nunca había estado tan bien puesta la mesa desde hacía largo tiempo. El mantel era también limpio.

—Anastasia—dijo Razumikhin—, Praskovia Paulovna, la patrona, no haría mal en enviarnos dos botellas de cerveza; no las despreciaríamos.

—De nada te privas—murmuró la sirviente, y fué á hacer el encargo.

El enfermo continuaba observándolo todo con inquieta atención. Razumikhin se sentó á su lado en el sofá. Con la gracia de un oso sostenía, apoyada en el brazo izquierdo la cabeza de Raskolnikoff, que no tenía ninguna necesidad de este auxilio, y con la mano derecha le llevaba á la boca cucharadas de sopa, soplándola muchas veces para que su amigo no se quemase al tragarlas, á pesar de que la tal sopa estaba bastante fría. Raskolnikoff tomó ávidamente tres cucharadas; pero Razmikhin suspendió bruscamente la comida de su amigo, declarando que para tomar más era preciso consultar á Zosimoff.

Entre tanto Anastasia trajo dos botellas de cerveza.

—¿Quieres te?

—Sí.

—Ve en seguida á buscar te, Anastasia, porque en lo tocante al te mi opinión es que no hace falta el permiso de la Facultad. Aquí está la cerveza.

Se volvió á sentar en su silla, se acercó la sopera y la carne y se puso á devorar con tanto apetito como si no hubiese comido en tres días.

—Ahora, amigo Raskolnikoff, como todos los días en esta casa—murmuró con la boca llena—, Praskovia, tu amable patrona, me trata á cuerpo de rey; me tiene mucha consideración, y, es claro, yo dejo hacer. ¿Para qué protestar? Aquí está Anastasia con el te. Es lista esta muchacha. ¿Anastasia, quieres cerveza?

—¿Te burlas de mí?

—¿Te sí tomarás?

—Te, sí.

—Sírvete, ó más bien no, espera, yo te serviré. Siéntate á la mesa.

Haciendo de anfitrión, llenó sucesivamente dos tazas; después dejó su desayuno y fué á sentarse otra vez en el

sofá. Lo mismo que cuando la sopa, Razumikhin empleó todo género de atenciones delicadas para que Raskolnikoff tomara el te. Este último se dejaba mimar sin decir palabra, aunque se sentía en estado de permanecer sentado en el sofá sin el auxilio de nadie, de tener en la mano la taza y la cuchara y hasta de andar; pero con extraño maquiavelismo se había decidido súbitamente á fingirse débil y simular cierta torpeza, teniendo, sin embargo, los ojos y los oídos en acecho. Al cabo, su disgusto fué más fuerte que su resolución; después de haber tomado diez cucharadas de te, el enfermo apartó la cabeza con un brusco movimiento, rechazó caprichosamente la cuchara y se dejó caer sobre la *almohada*. Esta palabra no era una metáfora. Raskolnikoff tenía ahora bajo la cabeza una buena almohada de pluma, con una funda muy limpia; este detalle que el joven había advertido, no dejaba de preocuparle.

—Es preciso que Praskovia nos envíe helado de frambuesa para preparar la bebida á Raskolnikoff—dijo Razumikhin volviendo á sentarse en su sitio y reanudando su interrumpido almuerzo.

—¿Y dónde va á buscar la frambuesa?—preguntó Anastasia que, teniendo el platillo en sus cinco dedos separados, tomaba buches de te al través del azúcar.

—Querida, tu ama comprará la frambuesa en una tienda. Tú no sabes, Raskolnikoff; ha pasado aquí toda una historia. Cuando te escapaste de mi casa como un ladrón, sin decirme dónde vivías, me incomodé tanto, que resolví encontrarte para tomar de ti una venganza ejemplar. Aquel mismo día me puse en campaña. ¡Lo que yo corrí! ¡Lo que yo pregunté! Se me habían olvidado tus nuevas señas, por una razón muy sencilla: porque no las había sabido nunca. En cuanto á tu antiguo alojamiento

sólo me acordaba de que habitabas en los Cinco rincones, en casa de Kharlamoff. Me lanzo sobre esta pista, descubro la casa Kharlamoff, que no es la casa de Kharlamoff, sino la de Bukh. Y ahí tienes cómo se embrolla uno con los nombres propios. Estaba furioso; voy al día siguiente á la oficina de las Direcciones, sin confiar nada en el resultado de esta diligencia; mas figúrate mi asombro cuando en dos minutos se me ha dado la indicación de tu domicilio. Estás inscrito allí.

—¿Que estoy inscrito?

—Ya lo creo; y mira, no pudieron dar las señas del general Kobeleff á uno que quería saberlas. En una palabra, apenas llegué aquí cuando me enteré de todos tus asuntos, sí, amigo mío, de todos. Lo sé todo; Anastasia te lo dirá. He conocido á Nikodem Fomitch; se me ha presentado á Ilia Petrovitch, he hablado con el dvornik, con Alejandro Grigorievitch Zametoff, jefe de la cancillería, y, en fin, con la misma Praskovia. Ese ha sido el *bouquet* final. Pregúntaselo á Anastasia.

—Por fuerza la has embrujado—murmuró la criada con una sonrisa maliciosa.

—Fué una lástima, querido amigo, que desde el principio no te entendieses con ella. No debías haber procedido de ese modo. Tiene un carácter muy extraño. Pero ya hablaremos otro día del carácter... Dime, ¿qué hiciste para que te cortase los víveres? ¿Y eso de la letra de cambio? Por fuerza estabas loco cuando la firmaste. ¡Y el proyecto de matrimonio cuando vivía su hija Natalia Egorovna!... Estoy al corriente de todo. Pero veo que tocó una cuerda muy delicada, y que además, soy un borrico. Perdóname. Mas á propósito de tontería, ¿no te parece que Praskovia Pavlovna es menos tonta de lo que á primera vista parece? ¡eh!

—Sí—balbuceó, mirándole de reojo, Raskolnikoff. No comprendía que hubiera sido mejor seguir la conversación.

—¿Verdad que sí?—exclamó Razumikhin.—¿No es una mujer muy inteligente, eh? Es un tipo muy original. Te aseguro, mi querido amigo, que yo no la entiendo. Tiene cerca de cuarenta años y no confiesa más que treinta y y seis. Te aseguro que sólo puedo juzgarla desde el punto de vista intelectual, porque nuestras relaciones son lo más singulares que puedes figurarte. Volviendo á nuestros carneros, ha sabido que has dejado de ir á la Universidad, que estás sin lecciones ni vestidos. Además, desde la muerte de su hija no había motivo para que te considerase como de su familia; en tales condiciones le ha asaltado cierta inquietud. Tú por tu parte, en lugar de conservar con ella las relaciones de otro tiempo, vivías retirado en tu rincón, y he aquí por qué quería que te marchases. Pensaba desde hacía tiempo en eso; pero como le habías firmado una letra de cambio y asegurádole además que tu mamá pagaría...

—He cometido una bajeza al decirle tal cosa... Mi madre está en la miseria. Yo mentía para que me siguiesen dando hospedaje y comida—dijo Raskolnikoff con voz entrecortada y vibrante.

—Tenías razón al hablar como hablaste. Lo que ha echado á perder todo, es la intervención de Tchebaroff, curial y hombre de negocios. Si no hubiera sido por éste, Praskovia no hubiera emprendido nada contra ti. Es demasiado tímida para hacer eso. En cambio, el hombre de negocios no es tímido y en seguida ha entablado la demanda. ¿El firmante de la letra es persona solvente? Respuesta: sí, porque su madre, aunque no posee más que una pensión de ciento veinticinco rublos, dejaría de co-

mer con tal de sacar á su hijo de semejante apuro, y tiene además una hermana que se vendería como esclava por su hermano. El señor Tchebaroff se ha fundado en este cálculo. ¿Por qué te agitas? Adivino, amigo mío, lo que estás pensando; no tenías inconveniente de refugiarte en el seno de Praskovia cuando podía ver en ti un futuro yerno; pero en tanto que el hombre honrado y sensible se abandona á las confidencias, el hombre de negocios las recoge y hace su agosto. En suma; se entregó la letra á ese Tchebaroff que no se ha andado por las ramas. Cuando lo supe quise, para la tranquilidad de mi conciencia, tratar también al hombre de negocios por la electricidad; pero entre tanto, se ha establecido perfecta armonía entre Praskovia y yo, y he suspendido el procedimiento respondiendo de tu deuda. ¿Te enteras, amigo mío? He salido fiador por ti. He hecho venir á Tchebaroff, se le ha tapado la boca con diez rublos y ha devuelto el papel que tengo el honor de presentarte. Ahora, no eres más que un deudor bajo tu palabra. Tómalo.

—¿Eres tú á quien no conocía cuando deliraba?—preguntó Raskolnikoff, después de una pausa.

—Sí, y aun mi presencia te ha ocasionado alguna agitación, sobre todo cuando he venido con Zametoff.

—¡Zametoff! ¿El jefe de la cancillería?... ¿Por qué lo has traído?... Al pronunciar estas palabras, Raskolnikoff cambió de posición y fijó los ojos en Razumikhin.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te alteras? Deseaba conocerte y quiso venir porque había oído hablar mucho de ti. ¿Cómo de otra manera hubiera sabido yo tantas cosas acerca de tu persona?

—Es un buen muchacho, amigo mío; maravilloso, claro que en su género; ahora somos amigos; nos vemos todos los días. Acabo de transportar mis penates á este barrio.

¿Aún no lo sabías? Me he mudado recientemente. He ido dos veces con él á casa de Luisa. ¿Te acuerdas de Luisa? Luisa Ivanovna.

—¿He disparatado mucho durante mi delirio?

—Ya lo creo. No sabías lo que te pescabas.

—¿Qué es lo que decía?

—¿Quieres que te lo cuente? Tenías miedo de que se te escapase algún secreto; pero tranquilízate. De tus labios no ha salido ni una sola palabra acerca de la dama de tus pensamientos; pero has hablado mucho de un *bulldog*, de pendientes, de cadenas de reloj, de la isla de Krestovsky, de un dvornik... ¡Qué sé yo! Nikodem Fomitch é Ilia Petrovitch, el ayudante, salían a relucir en tu delirio. Además hablabas mucho de una de tus botas, no cesabas de decir llorando ¡dámela! Zametoff la estuvo buscando por todos los rincones, y cuando encontró esa alhaja, no tuvo inconveniente en cogerla con sus blancas manos cubiertas de sortijas y tan perfumadas... Entonces fué cuando te quedaste tranquilo, no soltándola durante veinticuatro horas. Imposible quitártela. Aún debe de estar ahí, debajo de la colcha.

También pedías las tiras del pantalón, ¡y con qué lágrimas! Hubiéramos deseado saber qué interés tenían para ti esas tiras; pero no entendimos ni una sola de tus palabras. Ahora vamos á nuestro asunto. Aquí tienes treinta y cinco rublos; cojo diez y dentro de dos horas volveré y te daré cuenta del modo como los he empleado. De paso entraré en casa de Zosimoff; ya debería estar aquí porque son las once dadas. Durante mi ausencia, cuide usted, Anastasia, de que á éste no le falte nada y procure usted prepararle algo que beber... Ahora, voy á dar por mí mismo mis instrucciones á Praskovia. Hasta la vista.

—¡La ha embrujado! ¡Ah, el bribonazo!—dijo la sirviente cuando el joven, girando sobre sus talones, salió del cuarto y saliendo también ella, se puso á escuchar detrás de la puerta; pero al cabo de un instante, no pudo permanecer allí y descendió apresuradamente muy deseosa de saber qué hablaba Razumikhin con la patrona. Era evidente que Anastasia sentía verdadera admiración por el estudiante.

Apenas hubo cerrado la criada la puerta, cuando el enfermo, echando á un lado la colcha, saltó del lecho como loco. Estuvo esperando con impaciencia febril el momento de quedarse solo para tomar en seguida sus precauciones. ¿Pero qué precauciones? Era el caso que, en aquel momento, no se acordaba de nada. «¡Señor! ¡Dime solamente una cosa! ¿Lo saben todo, ó aún lo ignoran? Quizá ya estén enterados, pero fingen ignorarlo, porque me ven enfermo. Sin duda quieren arrancarme la máscara en cuanto me vean restablecido: me dirán entonces que lo sabían todo desde hace largo tiempo... Pero, ¿qué es lo que tengo que hacer ahora? Si era una cosa urgente... la he olvidado y pensaba en ella hace un minuto.»

Estaba en pie en medio de la habitación y miraba en torno suyo angustiado por dolorosa perplejidad. Se acercó á la puerta, la abrió y aplicó el oído; mas, ¿para qué? De repente pareció que recobraba la memoria; acudió al rincón en que la tapicería estaba desgarrada, introdujo la mano en el agujero y lo escudriñó. Mas no era tampoco aquello de lo que quería acordarse; abrió la estufa y estuvo escarbando las cenizas; los bordes cortados del pantalón y el forro del bolsillo se encontraban allí, conforme los echó antes el joven; de modo que nadie había hurgado en la estufa. Se acordó entonces de la bota, de la que

le había hablado Razumikhin. En verdad, la bota estaba en el sofá bajo la colcha, pero desde el crimen, había sufrido tantos frotamientos y manchándose con tanto lodo, que sin duda Zametoff, no había podido advertir nada.

«¡Bah! ¡Zametoff!... ¡La oficina de policía! Pero, ¿por qué se me cita á esa oficina? ¿Dónde está la citación?... Estoy confundido. Fué el otro día cuando se me hizo ir; examiné entonces también la bota; pero ahora, ahora he estado enfermo. Mas, ¿por qué ha venido aquí Zametoff? ¿Por qué lo ha traído Razumikhin?—murmuraba Raskolnikoff, sentándose fatigado en el sofá. ¿Qué pasa? ¿Estoy delirando, ó veo las cosas como son? Me parece que no sueño. Sí. Es preciso partir, partir en seguida; no hay más remedio que alejarse. Pero, ¿á dónde ir? ¿Y dónde está mi ropa? No tengo botas. Se las han llevado ó las han escondido. ¡Ah! Comprendo. Aquí está mi gabán. No se han fijado en él. ¡Dinero aquí, sobre la mesa! ¡Gracias á Dios! La letra de cambio aquí también... Voy á tomarlo y á salir. Alquilaré otro cuarto y no me encontrarán.

¿Pero y la oficina de Direcciones? Me descubrirán... Sí... Razumikhin sabrá dar conmigo. Mejor será expatriarme, irme muy lejos, á América: allí me burlaré de ellos. Tengo que llevarme la letra de cambio... Me servirá. ¿Qué más necesito? Me creen enfermo, piensan que no me encuentro en estado de andar, ¡ja, ja! He leído en sus ojos que lo saben todo. No tengo más que bajar la escalera. ¿Pero si la casa estuviese vigilada, si abajo me encontrase con los agentes de policía?... ¿Qué es esto?... ¿Te?... También ha quedado algo de cerveza.»

Cogió la botella que aún contenía lo bastante para llenar un gran vaso y lo vació de un trago con verdadero placer, porque tenía ardiendo el pecho. Pero un minuto después produjole la cerveza zumbidos en las sienes y un

ligero estremecimiento no del todo desagradable en la espalda. Se acostó y se tapó con la colcha. Sus ideas vagas é incoherentes se embrollaron cada vez más. Bien pronto sintió gran pesadez en los párpados, apoyó con placer la cabeza en la almohada, se tapó muy bien con la blanda y guateada colcha que había reemplazado á su harapiento gabán y se quedó profundamente dormido.

Se despertó al oir ruido de pasos y vió á Razumikhin que acababa de abrir la puerta; pero que dudaba si penetrar ó no en la habitación y que permanecía de pie en el umbral. Raskolnikoff se levantó vivamente y miró á su amigo con la expresión de un hombre que trata de recordar algo.

—Puesto que no duermes, aquí me tienes. Anastasia, sube el paquete—gritó Razumikhin á la criada que estaba abajo—; voy á darte mis cuentas.

—¿Qué hora es?—preguntó el enfermo, dirigiendo en torno suyo una mirada inquieta.

—¡Buena siesta, amigo mío! Van á dar las seis y eran las doce cuando te dormiste.

—¡Señor! ¡Cómo he podido dormir tanto rato!

—¿De qué te quejas? Este sueño te sentará bien. ¿Tenías algún negocio urgente? ¿Una cita quizás? Ahora todo el tiempo nos pertenece. Tres horas hace que esperaba á que despertases. Dos veces he entrado y tú duerme que te duerme. Otras dos veces he estado en casa de Zosimoff; había salido; pero no importa, vendrá. Además he tenido que ocuparme de mis asuntos. He cambiado hoy de domicilio y he andado mudando todos mis trastos, incluso mi tío, por que te advierto que tengo al presente á un tío en mi casa... ¡Ea! Bastante se ha hablado de esto; ahora á nuestro asunto. Trae acá el paquete, Anastasia. Vamos enseguida á... Ante todo, ¿cómo estás?

—Me siento bien, ya no estoy enfermo. ¿Hace mucho tiempo que estás aquí, Razumikhin?

—Acabo de decirte que he estado tres horas esperando á que despertases.

—No hablo de ahora sino de antes.

—¿Cómo de antes?

—¿Desde cuándo vienes á esta casa?

—Ya te lo dije la otra vez. ¿No te acuerdas?

Raskolnikoff hizo esfuerzos para acordarse. Se le presentaban los incidentes de aquel día como si los hubiera soñado, y viendo que en vano pretendía recordar, interrogó con una mirada á Razumikhin.

—Vamos, lo has olvidado. Ya me había hecho yo cargo de que tú, la otra vez no estabas en tu juicio. Ahora el sueño te ha sentado bien. Tienes mucho mejor cara. ¿Qué te importa saber cuándo vine á esta casa? Bueno, mira, querido amigo—; y se puso á deshacer el paquete que era evidentemente el objeto de todas sus preocupaciones. Esto, amigo mío, me preocupaba mucho. Hay que hacer de ti un hombre. ¡Vamos á ver! Comencemos por arriba. ¿Ves esta gorra?—dijo, sacando del envoltorio una muy decente, aunque ordinaria y de poco valor. ¿Me dejas que te la pruebe?

—No, ahora no, más tarde—contestó Raskolnikoff rechazando á su amigo con un gesto de impaciencia.

—Tiene que ser ahora mismo amigo, Raskolnikoff; tú déjame á mí. Después sería demasiado tarde. Además la inquietud me tendría en vela toda la noche, porque he comprado estas prendas al buen tun tun, sin tener la medida. ¡Te está perfectamente!—exclamó con aire de triunfo después de haberle probado la gorra. Cualquiera juraría que te la han hecho á la medida. ¿A que no aciertas, Anastasia, lo que me ha costado?—dijo enca-

rándose con la criada, viendo que su amigo guardaba silencio.

—¿Dos *grivnas*?—respondió Anastasia.

—¡Dos grivnas! ¿Estas loca?—gritó Razumikhin, casi indignado. ¡Si tú misma vales más! ¡Ocho grivnas!, y eso porque está usada. Vamos á ver ahora el pantalón; te advierto que estoy orgulloso de él, y presentó á Raskolnikoff un pantalón de color de ceniza de ligera tela de verano.

—Ni un agujero, ni una mancha, y todavía muy llevable, aunque está usado. El chaleco es del mismo color que el pantalón; como lo exige la moda. Por lo demás, aunque estas prendas no sean nuevas, son excelentes: con el uso han adquirido más suavidad, son más flexibles. Tengo la opinión, Raskolnikoff, de que para andar por el mundo es preciso arreglarse según la estación: las personas razonables no comen espárragos en el mes de Enero; en mis compras, he seguido ese principio... ¿Estamos en verano?; pues he comprado vestido de verano. Que viene otoño, te harán falta vestidos de más abrigo y abandonarás éstos... con tanta más razón, cuanto que de aquí á allá habrán tenido tiempo de estropearse... Bueno, á ver si aciertas lo que han costado. ¿Cuánto te parece? Dos rublos y veinticinco kopeks. Ahora hablemos de las botas. ¿Qué tal? Se ve que están usadas, es verdad, pero desempeñarán muy bien su papel durante dos meses; han sido hechas en el extranjero; eran de un secretario de la embajada británica que las ha vendido la semana pasada y que no las ha llevado más que seis días; sin duda andaría mal de dinero. Precio: un rublo y cincuenta kopeks: son de balde.

—Pero acaso no le vengan—observó Anastasia.

—¡Que no le vendrán! ¿Para qué sirve el ingenio?—

replicó Razumikhin, sacando del bolsillo una bota vieja de Raskolnikoff, sucia y agujereada: me he valido de precaucianes; han tomado la medida sobre este zancajo. Todo ello se ha hecho muy concienzudamente. En cuanto á la ropa blanca ha habido mucho regateo con el comerciante, en fin, aquí tienes tres camisas con las pecheras de moda. Y ahora recapitulemos: gorra, ocho grivnas; pantalón y chaleco, dos rublos y veinticinco kopeks; ropa blanca, cinco rublos; botas, un rublo cincuenta kopeks; total, nueve rublos y cincuenta y cinco kopeks. Tengo que devolverte cuarenta y cinco kopeks. Toma, guardalos; de esta suerte cátate ya emperifollado; porque, según mi juicio, tu paletó, no solamente puede servir aún, sino que posee todavía mucha distinción: se ve que ha sido hecho en casa de Charmer; en cuanto á los calcetines, etc... te dejo el cuidado de que los compres tú. Nos quedan veinticinco rublos y no tienes que inquietarte, ni de Praskovia ni del pago de tu inquilinato. Ya te lo he dicho: se te ha abierto un crédito ilimitado, y ahora es necesario que te mudes de camisa, porque tu enfermedad está en ella...

—Dejame, no quiero—respondió rechazándole Raskolnikoff, cuyo rostro había permanecido triste durante el festivo relato de Razumikhin.

—Es preciso, amigo mío; ¿por qué me he destalonado yo por esas calles? Anastasia, no te las eches de vergonzosa, ayudame—y á pesar de la resistencia de Raskolnikoff, logró mudarle de ropa interior. El enfermo se dejó caer sobre la almohada y no dijo una palabra durante dos minutos.

«¿No me dejarán tranquilo?» pensaba.

—¿Y con qué dinero se ha comprado todo esto?—preguntó en seguida, mirando á la pared.

—¡Vaya una pregunta! ¿Con qué dinero ha de haber sido? Con el tuyo. Tu madre te ha enviado por medio de Vakhruchin treinta y cinco rublos que te trajeron hace poco; ¿no te acuerdas?

—Sí, ya me acuerdo—dijo Raskolnikoff después de haberse quedado pensativo y sombrío. Razumikhin, fruncidas las cejas, le miraba con inquietud.

Se abrió la puerta y entró en la habitación un hombre de alta estatura. Su manera de presentarse indicaba la costumbre de visitar la casa de Raskolnikoff.

—¡Zosimoff! ¡Ya era hora—gritó alegremente Razumikhin.

IV

El recién venido era un mozallón de veintisiete años, alto y grueso, de rostro un poco abotagado, pálido y afeitado cuidadosamente. Tenía el cabello de color rubio, casi blanco y cortado en forma de cepillo; usaba lentes y en el índice de su carnosa mano brillaba un gran anillo de oro. Se comprendía que le gustaba usar cómodos vestidos que no carecían de cierta elegancia. Llevaba un ancho paletot de verano y pantalón claro. La pechera, los puños y cuello eran irreprochables y brillaba sobre su chaleco pesada cadena de oro. Sus ademanes tenían algo de lentos y de flemáticos, aunque hacía esfuerzos para darse aires de desenvuelto. Por mucho que lo disimulara, de continuo se advertía en sus maneras algo de afectación. Cuantos le conocían le encontraban insoportable; pero le tenían en grande estima como médico.

—He estado dos veces en tu casa... ¿Lo estás viendo? Ha recobrado ya sus cinco sentidos.

—Ya veo, ya veo; ¿cómo nos sentimos hoy?—preguntó Zosimoff á Raskolnikoff, mirándole atentamente.

Y al mismo tiempo se sentaba en el extremo del sofá, á los pies del enfermo, esforzándose por encontrar un sitio para su enorme persona.

—¡Siempre hipocondríaco!—continuó Razumikhin; hace

poco, cuando le hemos mudado de ropa interior, casi se ha echado á llorar.

—Se comprende, lo mismo hubiera sido mudarle luego; no era necesario contrariarle... El pulso es excelente, seguimos con un poco de dolor de cabeza, ¿no es verdad?

—Me siento bien. Estoy perfectamente—dijo Raskolnikoff irritado. Y al pronunciar estas palabras se incorporó de repente en el sofá y brillaron sus ojos; pero un instante después se dejó caer sobre la almohada y se volvió del lado de la pared. Zosimoff le miraba atentamente.

—¡Muy bien! Nada de particular—dijo con cierta negligencia. ¿Ha tomado algo?

Se le dijo lo que había comido el enfermo y se le preguntó qué podía dársele.

—Puede tomar lo que quiera, sopa, te... Claro es que quedan prohibidos los cohombros y las setas; no conviene tampoco que coma carne, ni... pero no hay para qué hacer estas advertencias.

Cambió una mirada con Razumikhin. —Nada de pociones, ni de medicamentos; mañana veremos... Hoy se hubiera podido... de todos modos, está bien.

—Mañana por la tarde le llevaré á dar un paseo—dijo Razumikhin. Iremos juntos al jardín Yusupoff y después al Palacio de Cristal.

—Mañana será quizá demasiado pronto; pero un paseíto corto. En fin, mañana veremos.

—Lo que siento, es que precisamente hoy echamos una cana al aire á dos pasos de aquí, y desearía que fuese de los nuestros, aun cuando tuviese que estar acostado en un sofá. Eh, ¿vendrás?—preguntó Razumikhin á Zosimoff; lo has prometido, no faltes á tu palabra.

—Bueno; pero no podré ir hasta bastante tarde. ¿Das un convite?

—¡Nada de convite! Te, aguardiente, arenques y pastas... Una reunión de amigos.

—Y ¿quiénes estarán?

—Compañeros jóvenes y mi tío, un viejo que ha venido á no sé qué negocios á San Petersburgo; llegó ayer; no nos vemos más que una vez cada cinco años.

—¿Qué se hace?

—Vegetar toda su vida en un distrito; es administrador de Correos... Cobra una pensioncilla, tiene sesenta y cinco años; no hay para qué hablar de él. Por lo demás, yo le quiero. Estará también Porfirio Petrovitch, juez de instrucción del distrito... un jurisconsulto. Tú le conoces.

—¿Es también pariente tuyo?

—Muy lejano. Mas ¿por qué arrugas el entrecejo? ¿Crees que porque un dia tuvisteis no sé qué disputa, estás en el caso de no venir?

—¡Oh! ¡Me río de él!...

—Es lo mejor que puedes hacer. Habrá también estudiantes, un profesor, un empleado, un músico, un oficial, Zametoff.

—Dime, tú ó él—Zosimoff mostró con un movimiento de cabeza á Raskolnikoff—, ¿tenéis algo de común con ese Zametoff?

—Sí. Zametoff y yo traemos cierto negocio entre manos.

—Tengo curiosidad por saber qué negocio es ese.

—A propósito del pintor de habitaciones. Trabajamos porque se le ponga en libertad. Creo que lo conseguiremos. El negocio es perfectamente claro; nuestra intervención tiene solamente por objeto apresurar el desenlace.

—¿De qué pintor de paredes se trata?

—¿Que? ¿No te he hablado ya de él? ¡Ah! Es verdad. No te he contado más que los comienzos... Verás. Es

á propósito de la vieja prestamista sobre prendas. Pues bien, se detuvo al pintor como autor del crimen.

—Sí. Antes de que me contaras todo eso ya había oído yo hablar de ese asesinato, y á decir verdad, la cosa me interesa hasta cierto punto... He leído algo en los periódicos.

—También mataron á Isabel—dijo de repente Anastasia, dirigiéndose á Raskolnikoff.

La criada, en pie cerca de la puerta, no perdía palabra de lo que se decía.

—¡Isabel!—murmuró el enfermo con voz casi ininteligible.

—Sí. Isabel la revendedora. ¿No la conocías? Venía aquí abajo. Por cierto que te hizo una camisa.

Raskolnikoff se volvió del lado de la pared y se puso á contemplar con gran atención una de las florecillas blancas de que estaba sembrado el papel que tapizaba su habitación. Sentía que sus miembros se entumecían; pero no intentaba moverse y continuaba con la mirada obstinadamente fija en la florecilla del papel.

—Pero contra ese pintor complicado en el proceso resultan algunos cargos—dijo Zosimoff interrumpiendo con marcada impaciencia las habladurías de Anastasia que suspiró y se calló.

—Sí; pero esos cargos, en rigor, no lo son, y eso es precisamente lo que se trata de demostrar.

La policía sigue una pista falsa, como la siguió al principio cuando sospechó de Koch y Pestriakoff. Por poco interés que se tenga en la cuestión, se siente uno indignado al ver una sumaria tan neciamente conducida. Pestriakoff vendrá probablemente esta noche á mi casa; y á propósito, Raskolnikoff, tú tienes noticia de ese crimen; ocurrió antes de tu enfermedad, la víspera de tu desmayo en la

oficina de policía, precisamente cuando estaban hablando de él. Zosimoff miró curiosamente á Raskolnikoff, que no se movió.

—Será preciso que yo no te quite ojo, Razumikhin; te interesas demasiado por un negocio que no te va ni te viene—observó el doctor.

—Es posible; pero no importa. Sacaremos á ese desgraciado de las garras de la justicia—exclamó Razumikhin, golpeando la mesa con el puño. Pero no son los errores de esa gente los que más me irritan; cualquiera se equivoca. Además el error es cosa excusable, puesto que por medio de él se llega á la verdad; no, lo que me molesta es que estando engañados continúen creyéndose infalibles. Yo estimo á Porfirio; pero... ¿Sabes lo que en un principio los ha despistado? La puerta estaba cerrada; y cuando Koch y Pestriakoff subieron con el dvornik estaba abierta: luego Koch y Petriaskoff son los asesinos. ¡Tal es su manera de discurrir!

—No te exaltes. Los han detenido porque no se podía menos de detenerlos... Y á propósito; he tenido ocasión de ver de nuevo á Koch; creo que estaba en relaciones comerciales con la vieja. Le compraba los objetos empeñados, después del vencimiento.

—Sí, es un camastrón y un buen pez. Negocia también letras de cambio. El mal rato que ha pasado no me importa en lo más mínimo. Pero me indigno contra las maniobras idiotas de un procedimiento anticuado... Tiempo es ya de emprender un nuevo camino y de renunciar á viejas rutinas. Los únicos datos que pueden arrojar luz en estos procesos son los datos psicológicos. «Tenemos hechos», dicen; pero los hechos no son todo; la manera de interpretarlos contribuye por lo menos en una mitad al éxito de un sumario.

—¿Sabes tú interpretar los hechos?

—Mira, es imposible callarse cuando se siente, cuando se tiene la íntima convicción de que se puede contribuir al descubrimiento de la verdad... ¿Conoces los pormenores de ese asunto?

—Me habías hablado no sé qué de un pintor de paredes.

—Pues bien, oye. Al día siguiente del asesinato, por la mañana, en tanto que la policía procedía contra Koch y Pestriakoff, á pesar de las explicaciones perfectamente categóricas dadas por ellos, surgió de pronto un incidente de todo punto inesperado. Cierto Dutchkin, campesino que tiene una taberna enfrente de la casa del crimen, llevó á la comisaría un estuche que encerraba unos pendientes de oro; con tal motivo contó una historia: «Anteayer tarde, poco después de las ocho—fíjate en esta coincidencia—Mikolai, un obrero pintor, parroquiano de mi establecimiento, fué á suplicarme que le prestase dos rublos por los pendientes contenidos en la cajita. A mi pregunta: ¿Dónde has encontrado esto?, me respondió, que en la calle. No le pregunté más (es Dutchkin quien habla), y le dí un billetito—es decir, un rublo—, porque dije para mí. «Si no tomo este objeto lo tomará otro, y mejor es que esté en mis manos; si lo reclaman y sé que ha sido robado, iré á entregarlo á la policía.»

Bien mirado, al hablar de este modo mentía descaradamente; conozco á ese Dutchkin, es un encubridor, y cuando ha tomado de Mikolai una alhaja que valía treinta rublos, no tenía de seguro intención de entregarla á la policía. Se ha decidido á ello bajo la influencia del miedo. Pero dejemos á Dutchkin proseguir su relato: —«Desde niño conozco á ese campesino que se llama Mikolai Dementieff; es, como yo, del gobierno de Riazan y del

distrito de Zaraisk. Sin ser un borracho, bebe algunas veces demasiado.

»Sabíamos que estaba trabajando con Mitrei, que es de su país. Después de haber recibido el billetito, Mikolai se bebió copa tras copa dos vasos. Cambió su rublo para pagar y se marchó, llevándose el cambio de la moneda. No vi á Mitrei con él. Al día siguiente, oímos decir que habían matado á hachazos á Alena Ivanovna y á su hermana Isabel Ivanovna. Las conocíamos, y como sabíamos que la vieja prestaba dinero sobre alhajas, sospechamos si los pendientes provendrían de ella. Para aclarar mis dudas, me dirigí á la susodicha casa haciéndome el ignorante, y lo primero que hice fué averiguar si estaba allí Mikolai. Mitrei me dijo que su camarada andaba de bureo. Mikolai entró borracho en su casa por la mañana temprano y diez minutos después salió de ella. Desde entonces Mitrei no le había vuelto á ver, y, como es consiguiente, trabajaba él solo. La escalera que conduce á la habitación de las víctimas, es también la del cuarto en que trabajaban los dos obreros; este cuarto está situado en el segundo piso. Habiendo sabido esto, no dije palabra á nadie (es Dutchkin el que habla); pero recogí muchas noticias acerca del asesinato y me volví á mi casa preocupado siempre con la misma duda. Esta mañana á las ocho, —«es decir, á las dos horas del crimen, ¿comprendes?»— he visto á Mikolai entrar en mi establecimiento; estaba algo bebido, pero no del todo borracho, de modo que podía comprender lo que se le dijera. El hombre se sentó silenciosamente en un banco.

»Cuando llegó no había en la taberna más que un parroquiano que dormía en otro banco; sin contar, por supuesto, los dos mozos. —¿Has visto á Mitrei?—pregunté á Mikolai. —No —dijo—, no lo he visto. —¿Y no has ido á tra-

bajar? —No he ido desde anteayer —respondió. —¿En dón de has dormido esta noche? —En las Arenas, en casa de los Kolomenski. —¿Y de dónde has sacado los pendientes que me trajiste el otro día? —Los encontré en la calle, dijo con aire sospechoso, evitando mirarme. —¿Has oído decir que esa misma tarde y á la misma hora ha pasado tal y cual cosa en el edificio que trabajabas. —No—contestó—; nada sé.

»Le cuento todo el suceso, y él me escucha abriendo desmensuradamente los ojos. De repente se pone más blanco que el yeso, coge la gorra y se levanta. Trato entonces de detenerle. —Espera un poco, Mikolai—le digo.— Echa otra copa. Al mismo tiempo, hago señas á uno de los mozos para que se ponga delante de la puerta, mientras yo me aparto del mostrador. Pero adivinando sin duda mis intenciones, se lanza fuera de la casa, echa á correr y desaparece por una boca calle. Desde aquel momento no tengo la menor duda de que es culpable.»

—Ya lo creo—dijo Zosimoff...

—Oye. Escucha hasta el fin. La policía se puso á buscar por todas partes á Mikolai. Detuvo á Dutchkin y Mitrei, é hizo varios registros en sus casas; lo mismo se practicó en la de los Kolomenski; pero hasta anteayer no se ha logrado capturar á Mikolai á quien se encontró en una posada del arrabal de *** en circunstancias bastante raras. Una vez en esta posada, se quitó su cruz, que era de plata, la entregó al posadero y pidió un chkalik (1) de aguardiente. Minutos después, una campesina que acababa de ordeñar las vacas, mirando por una rendija inme-

(1) Medida de capacidad equivalente a unos 30 centilitros.

diata al establo, vió al pobre hombre haciendo preparativos para ahorcarse. Tenía hecho un nudo corredizo á su cinturón, lo había atado á una viga del techo y subido en un montón de madera trataba de echarse al cuello la lazada.

A los gritos de la mujer acude la gente: «¡Vaya un entretenimiento el tuyo!»

—Conducidme—dijo—á la oficina de policía; lo confesaré todo.

Se accede á su demanda y con todos los honores debidos á su rango se le conduce á la oficina de policía de nuestro barrio, y allí comienza el interrogatorio:

—«¿Quién eres tú? ¿Qué edad tienes? —Veintidós años, etc. Pregunta.—Mientras estabas trabajando con Mitrei, ¿no habéis visto á nadie en la escalera entre tal y cual hora? Respuesta.—Quizás haya pasado alguien; pero no hemos reparado. —¿Y no habéis oído nada? —Nada. —¿Y tú, Mikolai, no supiste que aquel día y á tal hora habían asesinado y robado á la viuda y á su hermana? —Nada absolutamente sabía de eso; tuve la primera noticia anteayer, en la taberna; me la dió Afanasio Duelkin. —¿Y en dónde encontraste los pendientes? —En la calle. —¿Por qué al día siguiente no fuiste á trabajar con Mitrei? —Porque me fuí de paseo. —¿Y en dónde estuviste?— En diferentes sitios. —¿Por qué escapaste de casa de Dutchkin? —Porque tenía miedo. —¿De qué tenías miedo? —De la justicia. —¿Y por qué tenías miedo de la justicia, cuando no eras culpable...?»

Pues bien, tú lo creerás ó no lo creerás, Zosimoff; pero la cuestión se ha planteado literalmente en los términos que te he dicho, lo sé de cierto, se me ha dado cuenta textual del interrogatorio. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué te parece?

—Pero, en fin, hay pruebas.

—No se trata ahora de pruebas; se trata de las preguntas hechas á Mikolai y de la manera que tiene la gente de policía de entender la naturaleza humana. Bueno, dejemos esto. En resumen. De tal manera han atormentado á ese infeliz, que el pobre ha acabado por confesar que no es en la calle donde encontró los pendientes, sino en el cuarto en que trabajaba con Mitrei. —«¿Cómo los has encontrado? —Mitrei y yo estuvimos pintando todo el día; eran las ocho é íbamos á marcharnos, cuando Mitrei cogió un pincel, me lo pasó por la cara y echó á correr, despues de haberme untado.

»Me lanzo en persecución suya, bajo los escalones de cuatro en cuatro, gritando como un loco; pero en el momento en que llegaba abajo con toda la rapidez de mis piernas, doy un empujón al dvornik y á unos cuantos señores que se encontraban allí también, no recuerdo cuantos. El dvornik me injuria, otro dvornik me insulta también, la mujer del primero sale de la portería y hace coro con los demás. En fin, un señor, que entraba en la casa con una señora nos reprende á Mitrei y á mí, porque estábamos derribados en el suelo delante de la puerta é impedíamos el paso. Yo tenía asido á Mitrei por los cabellos y le pegaba puñetazos. El también me tenía cogido por el pelo y me daba cuantos golpes podía, aunque estaba debajo de mí. Hacíamos esto sin reñir, de broma. Luego Mitrei logró escapar de mis manos y se escurrió á la calle, yo corrí tras él; pero no pude alcanzarle y volví solo al cuarto en que trabajábamos para recoger los útiles del oficio. Mientras los arreglaba, esperaba á Mitrei, creyendo que iba á volver, cuando en un rincón, al lado de la puerta, tropiezo con una cosa, miro, era un objeto envuelto en un papel. Quito el papel y encuentro una caja que contenía unos pendientes...»

—¿Detrás de la puerta? ¿Estaba detrás de la puerta, detrás de la puerta?—gritó de repente Raskolnikoff, mirando aterrado á Razumikhin y haciendo esfuerzos para incorporarse en el sofá.

—Sí. ¿Qué, qué tienes? ¿Por qué te pones así?—dijo Razumikhin, levantándose de su asiento.

—No, no es nada—; respondió débilmente Raskolnikoff, dejándose caer de nuevo sobre la almohada y poniéndose de cara á la pared.

Todos guardaron silencio durante algún tiempo.

—Estaba, sin duda, medio dormido—dijo Razumikhin, interrogando con la mirada á Zosimoff. Este hizo con la cabeza un leve movimiento negativo.

—Continúa—dijo el doctor—, ¿y después?

—Ya sabes lo demás. En cuanto tuvo los pendientes no pensó ni en sus útiles ni en Mitrei; cogió la gorra y se fué en seguida á casa de Dutchkin. Como ya te he dicho, hizo que el tabernero le diera un rublo, diciéndole que había encontrado la caja en la calle y en seguida se fué á *cerrarla*. En lo tocante al asesinato, su lenguaje no varía: «no sé nada»—repite constantemente—; no tuve noticia del crimen hasta el día después. —Pero, ¿por qué has desaparecido tú durante todo este tiempo? —Porque temía que me vieran. —¿Y por qué querías ahorcarte —Porque tenía miedo. —¿De qué tenías miedo? —De la justicia. Esta es la historia. Ahora, ¿qué dirás que sacan en conclusión de todo ello?

—¿Qué quieres que diga? Existe una presunción discutible, quizá, pero que no por eso deja de ser una presunción. ¿Crees tú que debían haber puesto en libertad á ese pintor de paredes?

—Pero es que le atribuyen redondamente el asesinato, sin que les quepa la menor duda...

—Vamos á ver, y no te exaltes. Te olvidas de los pendientes. El mismo día, pocos instantes después de cometido el crimen, los pendientes, que debían encontrarse en el cofre de la víctima, estaban en las manos de Nicolás: has de convenir conmigo en que es menester averiguar cómo han llegado á su poder. Es este un punto que el magistrado instructor no puede menos de aclarar.

—¿Que cómo han llegado á sus manos?—gritó Razumikhin.—¿Cómo han llegado á sus manos? Ante todo, has tenido que estudiar al hombre, con mayor motivo que los demás, puesto que eres médico, y has tenido que profundizar en la naturaleza humana. Siendo esto así, ¿es posible que no veas cuál es la de ese Nicolás? ¿Cómo no te haces tú cargo *a priori* de que todas las declaraciones prestadas por él en el curso de los interrogatorios son verdaderas? Los pendientes han llegado á sus manos exactamente como él dice: tropezó con la caja y la cogió.

—¡La pura verdad!... Sin embargo, el mismo ha confesado que mintió la primera vez.

—Escúchame, escúchame atentamente: el dvornik, Koch, Pestriakoff, el otro dvornik, la mujer del primero, la tendera que se encontraba en aquel momento con ella en la portería, el magistrado Krukoff, que en aquel mismo instante acababa de apearse del coche y entraba en la casa con una señora del brazo; todos, es decir, ocho ó diez testigos, declaran unánimemente que Nicolás tiró á Demetrio al suelo, y que conforme le tenía debajo, le daba de puñetazos, mientras el otro agarraba á su compañero de los cabellos y procuraba devolverle los golpes recibidos. Estaban tirados delante de la puerta, interceptando el paso; los injurian, y ellos «lo mismo que chiquillos» (es la expresión de los testigos) gritan, se maltratan,

se persiguen en la calle como pilletes. ¿Comprendes? Ahora fíjate en esto: arriba yacen dos cadáveres que no se han enfriado todavía, advierte que aun estaban calientes, cuando han sido descubiertos.

Si hubiesen cometido el crimen los dos obreros ó fuese el autor de él Nicolás solamente, permíteme que te haga una pregunta: ¿Se comprende tal descuido, tal libertad de espíritu en personas que acaban de cometer dos asesinatos seguidos de robo? ¿No existe verdadera incompatibilidad entre esos gritos, esas risas, esa lucha infantil y la disposición moral en que debieran encontrarse los asesinos? ¡Cómo! ¡A los cinco ó diez minutos de haber matado? ¡Porque—lo repito—se han encontrado todavía calientes los cadáveres, se van sin cerrar la puerta del cuarto en que yacen sus víctimas, y sabiendo que sube gente al cuarto en donde se ha perpetrado el delito, retozan en el umbral de la puerta cochera, y en lugar de huir apresuradamente, impiden el paso, ríen, atraen la atención de la gente, hasta el punto de que hay diez testigos que declaran unánimemente!

—Es verdad; eso es extraño; parece imposible; pero...

—No hay pero que valga, amigo mío. Reconozco que los pendientes encontrados en las manos de Nicolás, poco después de cometido el crimen, constituyen en contra del pintor un hecho material serio; hecho, por otra parte, explicado satisfactoriamente por el acusado, y, por lo tanto, sujeto á discusión; pero es también menester tomar en consideración los hechos justificativos, tanto más cuanto que éstos están fuera de discusión. Desgraciadamente, dado el espíritu de nuestros tribunales, los magistrados son incapaces de admitir que un hecho justificativo, fundado en una pura imposibilidad psicológica, pueda destruir cualesquiera cargos materiales. No, no los

admitirán, por la única razón de que han encontrado la caja y de que el hombre ha querido ahorcarse. «Cosa en que no habría pensado si no hubiese sido culpable». Tal es la cuestión capital, y por esta razón me exalto. ¿Comprendes?

—Sí. Veo que te exaltas. Espera un poco. Hay una cosa que yo había olvidado preguntarte: ¿qué prueba que el estuche de los pendientes haya sido robado de casa de la vieja?

—Eso está probado—replicó entre dientes Razumikhin—; Koch ha reconocido el objeto y ha indicado la persona que lo había empeñado. Por su parte, esta última persona ha demostrado evidentemente que el estuche le pertenecía.

—Tanto peor. Otra pregunta: ¿No ha visto nadie á Nicolás cuando Koch y Pestrakoff subían al cuarto piso, y, por consiguiente, no puede probarse la coartada?

—El hecho es que nadie le ha visto—respondió con tono malhumorado Razumikhin—, y esto es lo que hay de malo. Ni Koch, ni Pestriakoff vieron á los pintores al subir la escalera; su testimonio no significará gran cosa. «Vimos—dicen—que el cuarto estaba abierto y que sin duda había gente trabajando en él; pero pasamos de largo sin fijarnos, y no podemos asegurar si había allí ó no obreros.»

—De modo que toda la justificación de Nicolás descansa sobre las risas y puñetazos que cambiaba con su camarada. Bueno, es una prueba en apoyo de su inocencia; pero permíteme que te pregunte cómo te explicas el hecho: siendo verdadera la afirmación del acusado, ¿cómo pudo ocurrir el hallazgo de los pendientes?

—¿Que cómo pudo ocurrir? Si está perfectamente claro. El mismo estuche nos da la clave de lo sucedido. El verdadero culpable dejó caer los pendientes. Estaba arriba

cuando Koch y Pestriakoff empujaban la puerta, y se había encerrado por dentro con el cerrojo. Koch hizo la tontería de bajar; entonces el asesino salió del cuarto y empezó á descender, supuesto que no tenía otro medio de huir. Ya en la escalera, esquivó las miradas de Koch, de Pestriakoff y del dvornik, refugiándose en la habitación del segundo piso, precisamente en el momento en que los obreros acababan de salir.

El criminal se ocultó detrás de la puerta en tanto que el dvornik y los otros subían á casa de la vieja. Esperó á que el ruido de los pasos cesase de oirse y llegó tranquilamente al pie de la escalera en el instante mismo en que Demetrio y Nicolás salían corriendo á la calle. Como todo el mundo se había dispersado, no encontró á nadie en la puerta cochera. Puede que alguien le haya visto; pero nadie se fijó en él: nadie fija la atención en las personas que entran ó salen en una casa. El estuche debió de caérsele del bolsillo cuando estaba detrás de la puerta del cuarto desalquilado y no lo advirtió porque tenía entonces otras muchas cosas en que pensar. El estuche demuestra claramente que el asesino se ocultó en el cuarto desalquilado del segundo piso... Ahí tienes explicado todo el misterio.

—Ingenioso, amigo mío, muy ingenioso; ese relato hace honor á tu imaginación. Te digo que es muy ingenioso.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—Porque todos los detalles están muy bien calculados y todas las circunstancias perfectamente preparadas... Ni más ni menos que en el teatro.

Razumikhin iba á protestar de nuevo, cuando la puerta se abrió de repente y los tres jóvenes vieron aparecer un caballero á quien ninguno de los tres conocía.

V

Era un señor ya de cierta edad, de modales acompasados y de fisonomía reservada y severa. Se detuvo en el umbral, dirigiendo miradas á todas partes con sorpresa que no trataba de disimular y que no tenía nada de cortés. Parecía indicar. «¿En dónde me he metido?» Contemplaba la habitación estrecha y baja en que se encontraba con desconfianza y con cierta afectación de temor. Su mirada conservó la misma expresión de asombro cuando se fijó en Raskolnikoff. El joven, con un traje bastante descuidado, estaba tendido en su miserable sofá, y sin hacer movimiento alguno se puso á su vez á mirar al visitante. Después este último, siempre con su aspecto altanero, examinó la inculta barba y los rizados cabellos de Razumikhin, el cual, á su vez, sin moverse de su sitio le seguía mirando con impertinente curiosidad. Durante un minuto reinó un silencio molesto para todos. Por último, comprendiendo, sin duda, que su aspecto solemne no imponía á nadie, el buen señor se humanizó un poco y cortésmente, aunque con cierta sequedad, se dirigió á Zosimoff.

—¿El señor Raskolnikoff, un joven que ha sido estudiante?—pregunto marcando cada sílaba.

Zosimoff se levantó lentamente, y hubiera respondido, si Razumikhin, á quien no se dirigía la pregunta, no se hubiera apresurado á contestar:

—Ahí está en el sofá; pero usted, ¿á qué viene aquí?

El desenfado de estas palabras molestó al señor de aire importante; fué á dirigirse á Razumikhin, mas se contuvo y se volvió vivamente hacia Zosimoff.

—El señor es Raskolnikoff—dijo negligentemente Zosimoff, mostrando al enfermo con un ligero movimiento de cabeza. Después bostezó hasta casi desarticularse las mandíbulas. Sacó del bolsillo del chaleco un enorme reloj de oro, lo miró y lo volvió á guardar.

Raskolnikoff, que continuaba echado boca arriba, no apartaba los ojos del recién venido; pero todo pensamiento parecía ausente de su mirada. Después que hubo dejado de contemplar la florecilla del papel, su rostro, excesivamente pálido, manifestó un extraordinario sufrimiento. Hubiérase creído que el joven acababa de sufrir una operación dolorosa ó de ser sometido á un tormento. Poco á poco, sin embargo, la presencia del visitante despertó en él creciente interés: primero, sorpresa; después, curiosidad, y, finalmente, cierta especie de temor. Cuando el doctor le señaló diciendo «ahí está Raskolnikoff», nuestro héroe se levantó de repente, se sentó en el sofá y con voz débil y entrecortada, pero que sonaba á desafío, dijo:

—Sí, yo soy Raskolnikoff. ¿Qué quiere usted?

El señor grave le contempló atentamente y respondió con tono digno:

—Pedro Petrovitch Lujin. Confío en que mi nombre no le será del todo desconocido.

Pero Raskolnikoff, que esperaba sin duda otra cosa, se contentó con mirar á su interlocutor silenciosamente y como si el nombre de Pedro Petrovitch hubiese sonado por primera vez en sus oídos.

—¿Cómo? ¿Es posible que no haya usted oído hablar de mí?—preguntó Lujin un tanto desconcertado.

Por toda respuesta Raskolnikoff se echó lentamente sobre la almohada, se puso las manos bajo la cabeza y fijó los ojos en el techo. Lujin seguía como cortado. Zosimoff y Razumikhin le miraban con curioridad cada vez mayor, lo que acabó de desconcertarle del todo.

—Pensaba... creía...—balbuceó el señor—que una carta puesta en el correo hace ocho días, ó acaso quince...

—Oiga usted, ¿por qué se ha de estar ahí á la puerta?—interrumpió bruscamente Razumikhin: si tiene usted algo que decir, siéntese usted; Anastasia y usted no caben los dos en el hueco de la puerta: es demasiado estrecho. Anastasia, apártate y deja pasar á ese señor. Entre usted. Aquí hay una silla; vamos, hable usted. Apartó su silla de la mesa, dejó un pequeño espacio libre entre ésta y sus rodillas y esperó en una posición bastante impertinente á que el visitante hablase. No había medio de rehusar. Pedro Petrovitch se deslizó, no sin trabajo, hasta la silla, y después de sentarse miró con aire de desconfianza á Razumikhin.

—Por lo demás no se preocupe usted—dijo el estudiante con voz fuerte.— Raskolnikoff hace cinco días que se encuentra enfermo. Durante tres ha estado delirando. Ahora ha recobrado el conocimiento y hasta ha comido con apetito. Este señor es su médico. Yo soy un compañero de Raskolnikoff, antiguo estudiante como él, y en la actualidad hago veces de enfermero suyo: no se preocupe usted, pues, de nosotros, y conferencie usted con él como si no estuviéramos aquí.

—Muchas gracias. Pero mi presencia y mi conversación, ¿no fatigarán al enfermo?—preguntó Lujin, dirigiéndose á Zosimoff.

—No. Al contrario, así se distraerá—respondió con tono indiferente el doctor, y volvió á bostezar.

—¡Oh! Ha recobrado el uso de sus facultades hace ya un buen rato, desde esta mañana—añadió Razumikhin, cuya familiaridad revelaba tan honrada franqueza que Lujin comenzó á sentirse menos molesto. Por otra parte, aquel hombre incivil y mal vestido se recomendaba por su calidad de estudiante.

—Su mamá de usted...

—Hum...—esclamó Razumikhin. Lujin le miró sorprendido.

—No, no es nada; es una costumbre, continúe usted.

Lujin se encogió de hombros.

—La mamá de usted... tenía ya empezada una carta para usted antes de mi partida. Llegado aquí, he diferido á propósito mi visita algunos días, á fin de estar bien seguro de que estaba usted enterado de todo. Pero ahora veo con asombro...

—Ya sé, ya sé—replicó bruscamente Raskolnikoff, cuyo rostro expresó violenta irritación.—¿Usted es el futuro?... Esta bien, ya lo sé. No hablemos más de eso.

Este lenguaje hirió á Lujin, pero guardó silencio, preguntándose lo que aquello significaba. La conversación paró momentáneamente.

En tanto Raskolnikoff, que para responderle se había vuelto un poco hacia él, se puso de repente á contemplarle con marcada atención, como si antes no lo hubiese visto bien ó como si le hubiese chocado alguna cosa en el visitante. Se incorporó para mirarle mejor. Y la verdad es que el exterior de Lujin ofrecía no sé qué aspecto particular que justificaba la apelación de futuro tan cabellerescamente aplicada poco antes á aquel personaje. Desde luego se veía, y quizá se veía demasiado, que Lujin se había apresurado á aprovechar su estancia en San Petersburgo para «embellecerse» en previsión de la pró-

xima llegada de su prometida. Esto en rigor era disculpable. Quizá dejaba adivinar la satisfacción que sentía por haber logrado su propósito; pero bien podía perdonarse á un pretendiente esta pequeña debilidad. Iba enteramente vestido de nuevo, y su elegancia no ofrecía á la crítica más que un punto flaco: el de que la ropa estaba demasiado flamante y denunciaba el propósito de su dueño. ¡De qué respetuosos cuidados rodeaba al elegante sombrero que acababa de comprar! ¡Qué de miramientos tenía con sus lindos guantes que no se había atrevido á calzarse, contentándose con tenerlos en la mano para muestra!

En su traje dominaban los colores claros. Llevaba una graciosa americana de color café claro. Un pantalón de un color muy delicado y chaleco de la misma tela que el pantalón. La pechera, cuellos y puños eran blanquísimos y la corbata de batista con listas color de rosa: Lujin, repitámoslo, presentaba buen aspecto con estos vestidos y representaba menos edad de la que tenía.

Su rostro muy fresco y no desprovisto de distinción, ostentaba patillas á la prusiana, que hacían resaltar la deslumbrante blancura de una barbilla cuidadosamente afeitada. Tenía pocas canas y su peluquero había logrado rizar el cabello sin ponerle, como casi siempre sucede, la cabeza tan ridícula como la de un desposado alemán. Si es verdad que en aquella fisonomía seria y bastante bella había algo desagradable y antipático, era por otras causas. Después de haber tratado descortésmente al señor Lujin, Raskolnikoff sonrió burlonamente, apoyó otra vez la cabeza en la almohada, y se puso á contemplar el techo.

Pero el señor Lujin había resuelto no incomodarse por nada, y fingió no reparar en lo extraño de aquel recibi-

miento. Hasta hizo un esfuerzo para reanudar la conversación.

—Siento muchísimo encontrar á usted en este estado. Si hubiera sabido que se hallaba usted enfermo, habría venido antes; pero ya sabe usted, estoy tan ocupado... Se me ha encargado de un proceso muy importante en el Senado. Esto sin contar con los preparativos y preocupaciones que usted adivinará sin duda. Aguardo de un momento á otro á su familia, es decir, á su mamá de usted y á su hermana. Raskolnikoff fué á decir algo. Su rostro expresó cierta agitación. Lujin se detuvo un instante; esperó, pero viendo que el joven guardaba silencio, siguió diciendo:

—...De un momento á otro. En previsión de su próxima llegada les he buscado hospedaje...

—¿Dónde?—preguntó con voz débil Raskolnikoff.

—Cerca de aquí, en casa de Bacaleieff...

Sí; en el pereulok Voznesensky, interrumpió Razumikhin hay dos pisos amueblados, que los alquila el comerciante Iuchin. He estado allí.

En efecto, había en la casa citada dos habitaciones para alquilar.

—Es aquello un agujero innoblemente sucio y además de muy mala fama. ¡Ha pasado allí cada cosa!...; ni el mismo diablo sabe la gente que lo habita. Yo mismo presencié allí cierta aventura escandalosa. ¡Claro! ¡Las habitaciones esas cuestan baratas!...

—Como usted comprenderá, yo no podía saber estas cosas, puesto que acababa de llegar de provincias—replicó Lujin un tanto picado.— De todos modos, las dos habitaciones que he tomado están muy limpias, y como son para tan poco tiempo... Tengo ya apalabrado nuestro futuro alojamiento—prosiguió, dirigiéndose á Raskolnikoff. Lo están arreglando. Ahora estoy también á pupilo.

Vivo á dos pasos de aquí, en casa de la señora Lippevechzel, en el departamento de un joven amigo mío, Andrés Semenitch Lebziatnikoff, que es quien me ha indicado la casa Bacalelieff.

—Lebeziatnikoff—pronunció lentamente Raskolnikoff como si este nombre le hubiese recordado alguna cosa.

—Sí, Andrés Semenitch Lebeziatnikoff, que es empleado en un ministerio. ¿Usted le conoce?

—Sí. Es decir, no—respondió Raskolnikoff.

—Perdone usted. Su pregunta me ha hecho suponer que no le era desconocido ese nombre. Fuí en otro tiempo su tutor. Es un joven muy agradable y que profesa ideas muy avanzadas. Yo trato con gusto á los jóvenes; por ellos se sabe lo que hay de nuevo.

Al acabar de decir estas palabras miró á sus oyentes con la esperanza de encontrar en su fisonomía algún signo de aprobación.

—¿Desde qué punto de vista?—preguntó Razumikhin.

—Desde un punto de vista muy serio. Quiero decir desde el punto de vista de la actividad social—respondió Lujin encantado de que se le hiciese tal pregunta. No había estado en San Petersburgo desde hace diez años. Todas estas novedades, todas estas reformas, todas estas ideas han penetrado hasta nosotros los provincianos, mas para verlo todo claramente es preciso venir á San Petersburgo. Observando las nuevas generaciones es como se las conoce mejor. Lo confieso, estoy encantado.

—¿De qué?

—La pregunta de usted es complicada. Puedo engañarme; pero creo haber encontrado puntos de vista más concretos, un espíritu más crítico, una actividad más razonada.

—Es verdad—dijo negligentemente Zosimoff.

—¿Verdad que sí?—dijo Pedro Petrovitch que recompensó al doctor con una amable mirada. Convendrá usted conmigo—prosiguió dirigiéndose á Razumikhin en que hay progreso por lo menos en el orden científico y en el económico.

—¡Lugares comunes!

—No, no son lugares comunes. Si á mí, por ejemplo, se me dice: «ama á tus semejantes» y pongo este consejo en práctica, ¿qué resultará?—se apresuró á responder Lujin con prisa demasiado visible. Rasgaría mi capa y daría la mitad á mi prójimo, y los dos nos quedaríamos medio desnudos. Como dice el proverbio ruso, «si levantáis muchas liebres á la vez, no cogeréis ninguna». La ciencia me ordena no amar á nadie más que á mí, supuesto que todo en el mundo está fundado en el interés personal. Si usted no ama más que á sí mismo hará usted de un modo conveniente sus negocios y su capa quedara entera. Añade la economía política que cuanto más se elevan las posiciones privadas en una sociedad, ó en otros términos, cuantas más capas enteras hay, más sólida y felizmente está organizada esa sociedad. Así, pues, al trabajar únicamente para mí, trabajo también para todo el mundo; y resulta en último extremo, que mi prójimo recibe un poco más de la mitad de una capa; y no solamente, gracias á las liberalidades privadas é individuales, sino como consecuencia del progreso general. La idea es sencilla; desgraciadamente ha necesitado mucho tiempo para hacer su camino y para triunfar de la quimera y del sueño. Sin embargo, no es preciso, me parece á mí, mucho ingenio para comprender...

—¡Perdón! pertenezco á la categoría de los imbéciles —interrumpió Razumikhin.— Quédese esto aquí. Yo tenía un objeto al empezar esta conferencia. Pero desde

hace tres años me zumban los oídos ya con toda esta palabrería y con todas estas vaciedades, y me da vergüenza hablar y aun oir hablar de ellas. Usted, es claro, se ha apresurado á darnos á conocer sus teorías... Es cosa muy disculpable y no se la censuro. Yo solamente deseaba saber quién era usted, porque ya se le alcanza que en estos tiempos hay una porción de embaucadores que han caído sobre los negocios públicos, sin otro interés más que el de su egoismo y han echado á perder cuanto han tocado con sus manos... y... bastante hemos hablado sobre el particular.

—¡Señor!—replicó Lujin, herido en lo vivo; eso es decir que yo también...

—¡Oh! de ninguna manera. ¿Cómo había yo de?... No se hable más—dijo Razumikhin; y sin hacer caso del visitante, reanudó con Zosimoff la conversación interrumpida con la llegada de Pedro Petrovitch.

Adoptó éste el conveniente acuerdo de aceptar de buen grado la explicación del estudiante. Tenía, además, la intención de irse muy pronto.

—Ahora que ya nos conocemos—dijo, dirigiéndose á Raskolnikoff—espero que nuestras relaciones continuarán en cuanto se ponga usted bueno del todo, y serán cada vez más intimas, merced á las circunstancias que ya conoce... Deseo que usted se alivie.

Raskolnikoff no manifestó la más mínima atención á las palabras de Lujin. Pedro Petrovitch se levantó.

—De seguro es uno de sus deudores quien ha matado á la vieja—afirmó Zosimoff.

—¡Seguramente!—repitió Razmikhin.—Porfirio no dice lo que piensa: pero interroga á los que habían empeñado alhajas en casa de Alena.

—¿Que los interroga?—preguntó con voz fuerte Raskolnikoff.

—Sí, ¿y qué?

—Nada.

—¿Y cómo los conoce?—dijo Zosimoff.

—Koch ha designado á alguno; se han encontrado los nombres de otros muchos en los papeles que envolvían los objetos. En fin, otros se han presentado en cuanto han tenido noticia. El pillo que ha dado el golpe debe de ser un mozo experimentado. ¡Qué decisión, qué audacia!

—No hay tal cosa. Eso es precisamente lo que te engaña y lo que engaña á todos. Sostengo que el asesino no es ni hábil ni experimentado; este crimen ha sido probablemente su *debut*. En la hipótesis de que el criminal fuese un asesino consumado, nada explicaría todo un cúmulo de inverosimilitudes. Si, por el contrario, le suponemos novato, habrá que admitir que la casualidad solamente ha sido causa de que pudiera escapar. ¿Quién sabe? Quizá ni ha previsto los obstáculos. ¿Cómo realiza su negocio? Coge alhajas de diez ó veinte rublos y se llena con ellas los bolsillos, revuelve el cofre en que la vieja guardaba sus trapos, y no toca el cajón superior de la cómoda en donde se ha encontrado una cajita en que había mil quinientos rublos en metálico, sin contar los billetes. No, no ha sabido robar. Sólo ha sabido matar. Lo repito, es un debutante; se aturdió en el momento de cometer el crimen. Si no lo han cogido, debe dar más bien gracias al azar que á su destreza.

Pedro Petrovitch iba ya á marcharse; pero antes de salir quiso pronunciar algunas palabras profundas. Deseaba dejar buena impresión, y la vanidad le privó de tacto.

—¿Hablan ustedes, sin duda, del asesinato cometido recientemente en la persona de una vieja, viuda de un secretario de colegio?—preguntó dirigiéndose á Zosimoff.

—Sí. ¿Usted ha oído hablar de ese crimen?

—¿Cómo no? si se habla de él en todas partes.

—¿Conoce usted los pormenores?

—No todos; pero este negocio me interesa por la cuestión de carácter general que plantea. No me refiero al aumento de los crímenes en la clase baja durante estos cinco últimos años; dejo á un lado la sucesión no interrumpida de pillajes y de incendios. Lo que más me preocupa es que en las clases elevadas la criminalidad sigue una progresión en cierto modo paralela.

—Pero, ¿de qué se inquieta usted?—dijo bruscamente Raskolnikoff.— Todo eso es la práctica de la teoría de ustedes.

—¿Cómo de nuestra teoría?...

—Es la deducción lógica del principio que usted acaba de sentar. Según usted, es lícito degollar al prójimo...

—¿Cómo? ¡Yo!...—exclamó Lujin.

Raskolnikoff se puso pálido y respiraba fatigosamente, y cierto estremecimiento agitaba su labio superior.

—En un buen medio está la virtud—prosiguió con tono altanero Pedro Petrovitch—; la idea económica no es aún, que yo sepa, una excitación al asesinato, y de lo que yo he expuesto al principio...

—¿Es verdad?—saltó Raskolnikoff con voz temblorosa de cólera— ¿es verdad que usted dijo á su futura esposa cuando aceptó la petición de usted, que lo que más le agradaba de ella era su pobreza... porque es mejor casarse con una mujer pobre para dominarla y echarle en cara, cuando venga á cuento, los beneficios de que se la ha colmado?...

—¡Caballero!—exclamó Lujin bramando de furor.— ¡Caballero! ¡Eso es desnaturalizar mi pensamiento! Dispense usted que le diga que los rumores que han llegado á su conocimiento, ó mejor dicho, que han sido puestos

en su conocimiento, no tienen ni sombra de exactitud y sospecho que... en una palabra... esa flecha... en una palabra, que su mamá de usted... Ya me había parecido á mí que, á pesar de sus buenas cualidades, era un poco exaltada y novelesca. Sin embargo, estaba á mil leguas de suponer que pudiese desnaturalizar hasta ese punto el sentido de mis palabras y citarlas alterándolas de tal suerte... En fin, en fin...

—¿Sabe usted lo que le digo?—gritó el joven incorporándose y echando lumbre por los ojos.— ¿Sabe usted lo que le digo?

—¿Qué?—Y al decir esta palabra se detuvo Lujin y esperó con aire de desafío. Hubo algunos momentos de silencio.

—Que si usted se permite decir una sola palabra más acerca de mi madre, le tiro á usted por la escalera.

—¿Qué te pasa? ¿Qué arrebato es ese?— gritó Razumikhin.

—Lo haré como lo digo.

Lujin palideció y se mordió los labios. Se ahogaba de rabia, aunque hacía esfuerzos inauditos para contenerse.

—Escuche usted—dijo después de una pausa.— La manera como usted me recibió cuando entré, no me dejó ninguna duda acerca de su enemistad; sin embargo, he prolongado mi visita para llenar cumplidamente los deberes de cortesía. Hubiera podido perdonar á un enfermo y á un pariente, pero ahora... ¡jamás!... ¡no!

—¡Yo no estoy enfermo!—gritó Raskolnikoff.

—Tanto peor.

—¡Váyase usted con mil demonios!

Pero Lujin no había esperado esta invitación para marcharse. Se apresuró á salir sin mirar á nadie y sin

saludar á Zosimoff que durante un rato le estuvo haciendo señas de que dejase en reposo al enfermo.

—Pero, ¿á quién se le ocurre? ¡Portarte de ese modo!—dijo moviendo la cabeza Razumikhin.

—¡Dejadme, dejadme todos!—exclamó colérico Raskolnikoff.—¿Me dejaréis en paz, verdugos? ¡No me da miedo de vosotros! ¡No temo á nadie, á nadie! Ahora, marchaos. ¡Quiero estar solo, solo, solo!

—¡Vámonos—dijo Zosimoff haciendo una seña con la cabeza á Razumikhin.

—Pero, ¿le vamos á dejar así?

—¡Vámonos!—insistió el doctor, y salió.

Razumikhin reflexionó un instante y se decidió á seguirle.

—Nuestra resistencia á sus deseos le hubiera hecho daño—dijo Zosimoff, ya en la escalera.—No hay que irritarle.

—¿Qué le pasa?

—Una sacudida que le sacase de sus preocupaciones le haría mucho provecho. Alguna idea fija le atormenta... Eso es lo que más me inquieta.

—Ese señor Pedro Petrovitch, ¿tendrá algo que ver en esto? Según la conversación que acaban de sostener, parece que este personaje va á casarse con una hermana de Raskolnikoff y que nuestro amigo ha recibido una carta acerca de este asunto muy poco tiempo antes de su enfermedad.

—El diablo, sin duda, es quien ha traído de visita á ese señor que ha podido echarlo á perder todo. Pero, ¿has reparado en que sólo una cosa hace salir al enfermo de su apatía y de su mutismo? ¡Cómo se excita cuando se habla de ese asesinato!

—Sí, sí, lo he advertido—respondió Razumikhin—;

presta más atención, se inquieta. Es sin duda porque el mismo día que se puso malo le asustaron en la oficina de policía y se desmayó.

—Ya me lo contarás con detalles esta noche; y yo, á mi vez, te diré también algo... Me interesa mucho, muchísimo. Dentro de media hora volveré á ver cómo sigue. No es de temer la inflamación...

—Gracias á ti. Ahora voy á entrar un momento en casa de Praskovia y haré que le cuide Anastasia.

Cuando se quedó solo Raskolnikoff, miró á la criada con impaciencia y disgusto; pero ésta vacilaba antes de irse.

—¿Tomas ahora el té?—preguntó.

—Más tarde; quiero dormir; déjame.

Se volvió con un movimiento convulsivo hacia la pared y Anastasia salió.

VI

Pero en cuanto la criada hubo salido, Raskolnikoff se levantó, cerró la puerta con el picaporte y se puso las prendas que Razumikhin le había traído hacía poco. Cosa extraña. De repente se trocó en tranquilidad completa el frenesí de antes y el pánico que el joven había sentido en los últimos días. Era aquel el primer momento de una tranquilidad extraña y súbita. Precisos y sin vacilación los movimientos del joven denotaban una resolución enérgica. «Hoy mismo, hoy mismo», murmuraba. Comprendía, sin embargo, que estaba aún débil; pero la extrema tensión moral á que debía su calma, le daban seguridad y aplomo; no temía caerse en la calle. Después de haberse vestido por completo, miró el dinero colocado sobre la mesa, reflexionó un poco y se lo metió en el bolsillo.

La cantidad subía á veinticinco rublos. Tomó también todas las monedas de cobre que quedaban de los diez rublos gastados por Razumikhin.

Abrió en seguida suavemente la puerta, salió de su habitación y bajó la escalera. Al pasar por delante de la cocina, cuya puerta estaba de par en par abierta, echó una ojeada. Anastasia estaba vuelta de espaldas, ocupada en soplar el samovar de la patrona y no le vió.

Por otra parte, ¿quién hubiera podido prever esta fuga? Un instante después estaba en la calle.

Eran las ocho y se había puesto el sol. Aunque la atmósfera era sofocante como el día anterior, Raskolnikoff respiraba con avidez el aire polvoriento emponzoñado por las exhalaciones mefíticas de la gran ciudad. Sentía algunos ligeros mareos; sus ojos inflamados, su rostro delgado y lívido expresaban salvaje energía. No sabía dónde ir ni tampoco se lo preguntaba; sabía solamente que era preciso acabar con todo aquello; pero de repente y en seguida; que de otro modo no entraría en su casa. «Porque no quería vivir de aquel modo». ¿Cómo acabar? No lo sabía y hacía esfuerzos para desechar esta pregunta que le atormentaba. Comprendía solamente que era menester que cambiase todo de una manera ó de otra, «cueste lo que cueste», repetía con desesperada resolución.

Siguiendo una antigua costumbre, se dirigió al mercado del Heno. Antes de llegar vió en la calzada, frente á una tiendecilla, á un organillero joven, de cabellos negros, triturando una melodía muy sentimental. El músico acompañaba con su instrumento á una joven de quince años, que estaba de pie en la acera. La muchacha, vestida como una señorita, llevaba miriñaque, manteleta, guantes, chal y sombrero de paja, adornado con una pluma encarnada, todo viejo y arrugado. Con voz cascada, pero bastante fuerte y agradable, cantaba una romanza, esperando que en la tienda le diesen una pieza de dos kopeks. Dos ó tres personas se habían detenido; Raskolnikoff hizo como ellas, y después de haber escuchado un momento, sacó del bolsillo un piatak y lo puso en la mano de la joven. La muchacha cortó en seco su canto en la nota más alta y más emocionante. —¡Basta!—gritó la cantora á su compañero y ambos se dirigieron á la tienda de al lado.

—¿Le gustan á usted las canciones de las calles?—preguntó bruscamente Raskolnikoff á un transeunte, ya de cierta edad, que había estado oyendo á su lado á los músicos callejeros y que parecía un paseante desocupado. El hombre miró con sorpresa al que le dirigía esta pregunta. —Yo—prosiguió Raskolnikoff (al verle se hubiera creído que hablaba de otra cosa que de la música de las calles)—, yo gusto de oir cantar al compás del organillo, sobre todo en una tarde fría, sombría y húmeda de otoño, principalmente húmeda, cuando todos los transeuntes tienen cara verdosa ó enfermiza, ó mejor aún, cuando la nieve cae en líneas verticales, sin que el viento la agite y cuando los reverberos brillan al través de la nieve...

—Yo no sé. Usted me dispense—balbuceó el señor, aterrado de la pregunta y del extraño aspecto de Raskolnikoff, y se pasó á la otra acera.

El joven continuó su camino y llegó al mercado del Heno, al sitio mismo en que días antes cierto burgués y su mujer hablaban con Isabel, pero no estaban allí. Reconociendo el lugar, se detuvo, miró en derredor suyo y se dirigió á un mozo de camisa roja que bostezaba á la puerta de un almacén de harinas.

—¿Es aquí, en este rincón, donde cierto burgués y su mujer se ponen á vender?

—Todo el mundo vende—respondió el mozo, mirando con desdén á Raskolnikoff.

—¿Cómo le llaman?

—Le llaman por su nombre.

—¿Tú no eres de Zaraisk? ¿De qué provincia eres?

El mozo miró de nuevo á su interlocutor.

—Alteza. Nosotros no somos de una provincia, sino de un distrito. Mi hermano ha partido, y yo, yo me he

quedado en la casa, de manera que no sé nada. Perdóneme vuestra alteza.

—¿Hay arriba un bodegón?

—Es un traktir y un billar. Hasta princesas van ahí... se ve muy favorecido.

Raskolnikoff se dirigió á otro ángulo de la plaza, en donde había un grupo compacto, exclusivamente compuesto de mujiks. Se metió entre la gente, mirando á todas las personas y deseoso de hablar con todo el mundo. Pero los campesinos no fijaban la atención en él, y formando grupos pequeños hablaban en voz alta de sus asuntos. Después de un momento de reflexión, dejó el mercado del Heno y se entró en el Pereulok...

En otras varias ocasiones había pasado por esta callejuela, que forma un recodo y une el mercado con la Sadovaya. Desde hacía algún tiempo, gustábale ir á pasear por aquellos sitios, cuando comenzaba á aburrirse... á fin de aburrirse todavía más. Ahora iba allí sin propósito alguno determinado. Se encuentra en esta callejuela una gran casa, cuya planta baja está ocupada por tabernas y figones; salían de estos establecimientos continuamente mujeres, sin nada á la cabeza y descuidadamente vestidas. Se agrupaban en dos ó tres sitios de la acera, principalmente cerca de las escaleras de las cuevas de mala fama. En una de ellas, sonaba alegre estrépito: cantaban dentro, tocaban la guitarra y el ruido se extendía de un extremo á otro de la calle. La mayor parte de las mujeres se había reunido en la puerta de aquella zahurda; unas estaban sentadas en las escaleras, las otras en la acera, las otras, en fin, hablaban en pie. Un soldado borracho, con el cigarrillo en la boca, golpeaba el suelo profiriendo imprecaciones: hubiérase dicho que quería entrar en alguna parte, pero que no sabía dónde. Dos

individuos desarrapados se insultaban. Un hombre ebrio y como muerto yacía tirado, cuan largo era, en medio de la calle. Raskolnikoff se detuvo cerca del principal grupo de mujeres. Hablaban á voces, todas llevaban vestidos de indiana, calzado de piel de cabra y no tenían nada á la cabeza. Muchas habían pasado ya de los cuarenta años. Otras no representaban más de diecisiete. Casi todas tenían los ojos ribeteados. Los cantos y el ruido que salían de la cueva, llamaron la atención de Raskolnikoff. En medio de las carcajadas y del barullo, una agria voz de falsete cantaba al son de una guitarra y una persona danzaba furiosamente marcando el compás con los talones. El joven, inclinado hacia la entrada de la escalera, escuchaba sombrío y pensativo.

Hombrecito de mi vida,
no me pegues sin razón,

cantaba la voz de falsete. Raskolnikoff no hubiera querido perder una palabra de aquella canción, como si el oirla hubiese sido para él cosa de grandísima importancia.

«Si entrase»...—pensaba—«Se ríen, están borrachos».

—¿No entra usted, señor?—le preguntó una de las mujeres con voz bastante bien timbrada y que conservaba aún cierta frescura. Era una muchacha joven, y la única en el grupo que no daba náuseas.

—¡Oh, linda chiquilla!—respondió el joven; levantando la cabeza y mirándola.

Sonrióse la moza, lisonjeada con el requiebro.

—También usted es muy guapo.

—¡Guapo un esmirriado semejante!—gruñó en voz baja otra mujer—; de seguro que acaba de salir del hospital. Bruscamente se aproximó un mujik, medio chispo, con el

capote desabrochado y el rostro resplandeciente de maliciosa alegría.

—Parece que son hijas de generales, lo que no les impide ser chatas—dijo el mujik—¡Oh, que hermosuras!

—Entra, puesto que has venido.

—Entraré, preciosa—y descendió á la cueva.

Raskolnikoff hizo ademán de alejarse.

—Escuche usted, caballero—le gritó la joven cuando nuestro héroe volvía ya la espalda.

—¿Qué?

—Querido caballero, tendré mucho gusto en pasar una hora con usted; pero ahora me siento como cortada en su presencia. Deme usted seis kopeks para echar un trago, amable caballero.

Raskolnikoff buscó en el bolsillo y sacó tres piataks.

—¡Ah! ¡Qué bueno es usted!

—¿Cómo te llamas?

—Pregunte usted por Duklida.

—¡Qué descaro!—dijo bruscamente una de las mujeres que se encontraban en el grupo, señalando á Duklida con un movimiento de cabeza—¡no sé cómo hay personas que pidan de ese modo! Yo no me atrevería jamás... Creo que antes me moriría de vergüenza.

Raskolnikoff sintió curiosidad por ver á la mujer que hablaba de aquel modo. Era una moza de treinta años, picada de viruelas, llena de equimosis y cuyo labio superior estaba algo hinchado. Había lanzado su sentencia con toda calma y seriedad.

«¿En dónde he leído yo—pensaba Raskolnikoff alejándose—la proposición que se hace á un condenado á muerte una hora antes de su ejecución? Aunque tuviese que vivir sobre una cima escarpada, en una roca perdida en medio del Océano, donde no hubiese más que el sitio

suficiente para colocar los pies, aunque tuviese que pasar así toda su existencia, mil años..., una eternidad, derecho en el espacio de un pie cuadrado, solo en las tinieblas, expuesto á todas las intemperies..., preferiría aquella vida á la muerte. Vivir, no importa cómo, pero vivir. ¡Qué verdad es, Dios mío, qué verdad es! Qué cobarde el hombre y qué cobarde también aquel que por ello le llama cobarde»—añadió al cabo de un instante.

Hacía largo tiempo que andaba al azar, cuando le llamó la atención la muestra de un café: «¡Calle! *El Palacio de Cristal*. Poco ha me habló de él Razumikhin Pero, ¿qué es lo que yo quiero hacer aquí? ¡Ah! Sí, leer. Zosimoff dijo que había leído en los diarios»...

—¿Tienen ustedes periódicos?—preguntó entrando en un salón muy espacioso y bastante bien decorado, donde había poca gente. Dos ó tres parroquianos tomaban te. En una sala distante, cuatro personas sentadas á una mesa bebían *Champagne*. Raskolnikoff creyó reconocer entre ellos á Zametoff, pero la distancia no le permitía distinguirlo bien.

«Después de todo, ¿qué me importa?»—se dijo.

—¿Quiere usted aguardiente?—preguntó el mozo.

—Sírveme te y traeme también los periódicos, los de los últimos cinco días, te daré buena propina.

—Bueno, aquí tiene usted los de hoy. ¿Quiere usted también aguardiente?

Cuando le sirvieron el te y le dieron los periódicos Raskolnikoff se puso á buscar. «Izler. Izler. Los Aztekas. Los Aztekas. Bartola. Máximo. Los Aztekas. Izler... ¡Oh, que sierra! ¡Ah! Aquí están los sucesos: una mujer se ha caído por una escalera... Un comerciante transtornado por el vino. El incendio de las Arenas. El incendio de la Petersburgskaia. Otra vez el incendio

de la Petersburgskaia. Izler. Izler. Izler. Izler. Máximo... ¡Ah! Aquí está». Cuando encontró lo que buscaba comenzó la lectura; danzaban las letras delante de sus ojos. Pudo, sin embargo, leer «Los sucesos» hasta el fin y se puso á buscar ávidamente los «nuevos detalles» en los otros números. La impaciencia le hacía temblar las manos conforme hojeaba los periódicos. De repente se sentó á su lado uno. Raskolnikok miró. Era Zametoff. Zametoff en persona y con el mismo traje que llevaba en el despacho de policía, con sus sortijas, sus cadenas, los negros cabellos rizados y destilando pomada, separados elegantemente en medio de la cabeza, con su elegante chaleco, su levita algo usada y algo arrugada la camisa. El jefe de la cancillería estaba alegre; por lo menos se sonreía con satisfacción y franqueza. Efecto del Champagne que había bebido, tenía el moreno rostro bastante enrojecido.

—¡Cómo! ¿Usted aquí?—exclamó con asombro y con el tono que hubiera empleado para saludar á un antiguo camarada—si ayer mismo Razumikhin me dijo que seguía usted sin conocimiento!... Es extraño. He estado en su casa. Raskolnikoff no creía que el jefe de la cancillería vendría á hablar con él. Apartó los periódicos y se volvió hacia Zametoff con una sonrisa en la cual se transparentaba viva irritación.

—Me han hablado de su visita. Usted buscó mi bota. Razumikhin está loco con usted. Han ido ustedes juntos, según parece á casa de Luisa Ivanovna, á quien usted trató de defender el otro día. ¿No se acuerda usted? Usted hacía señas al ayudante Pólvora, y él no hacía caso de guiños. Sin embargo, no era necesario mucha penetración para comprenderlos. El negocio era claro, ¿eh?...

—Es más alborotador...

—¿Quién? ¿Pólvora?

—No. Razumikhin...

—Pero usted le hace que sea amable, señor Zametoff. Usted tiene entradas gratuitas en lugares encantadores. ¿Quién le ha regalado á usted el Champagne?

—¿Quién quiere usted que me lo haya regalado?

—A título de honorarios. Usted saca partido de todo —dijo con sorna Raskolnikoff.— No se incomode usted, excelente joven—añadió dando un golpecito en el hombro á Zametoff. Lo que le digo á usted es sin malicia. Cosa de broma, como decía á propósito de los puñetazos dados por él á Mitka el obrero detenido por el asunto de la vieja.

—Pero, ¿usted cómo sabe eso?

—Lo sé quizá mejor que usted.

—¡Qué extraño es usted!... Verdaderamente está usted algo enfermo. Ha hecho mal en salir...

—¿Me encuentra usted raro?

—Sí. ¿Qué es lo que usted leía.

—Periódicos.

—Ha habido estos días muchos incendios.

—No me ocupo de incendios. Miró á Zametoff con aire singular y con sonrisa burlona.— No, no son los incendios lo que me interesa—continuó guiñando los ojos. Pero confiese usted, querido joven, que tiene grandes deseos de saber lo que yo leía.

—No, no tengo ninguno; se lo preguntaba á usted por decir algo. ¿Es que no le puedo preguntar á usted?... Porque siempre...

—Escuche usted. Usted es un hombre instruído, letrado, ¿no es cierto?

—He seguido mis estudios en el Gimnasio hasta el sexto año inclusive—respondió con cierto orgullo Zametoff.

—Hasta el sexto año. ¡Ah! buen mozo! Tiene buena raya y sortijas. Es un hombre rico y muy guapo. Al decir esto, Raskolnikoff se echó á reir en las barbas mismas de su interlocutor. Este se retiró un poco; no ofendido, precisamente, pero sí sorprendido.

—Qué raro es usted—repitió con tono muy serio Zametoff. Me han dicho que está usted de continuo delirando.

—¿Que deliro? Te burlas, buen mozo... ¿Conque soy extraño, eh? Es decir que parezco un bicho raro, ¿eh? ¿raro, verdad? ¿Qué excito la curiosidad?

—Sí.

—¿Usted deseaba saber lo que leía? ¿Lo que buscaba en los periódicos? Vea usted qué de números me han traído. Esto da mucho en qué pensar, ¿no es eso?

—Vamos, diga usted.

—Usted cree haber encontrado la clave.

—¿Qué clave?

—Luego se lo diré á usted; ahora, querido mío, le declaro... ó más bien, «confieso»... no, no es eso: presto una declaración y usted toma nota de ella. Pues bien, yo declaro que he leído, que tenía curiosidad de leer, que he buscado y que he encontrado... (Raskolnikoff guiñó los ojos y esperó), por eso he venido aquí, los detalles relativos al asesinato de la vieja prestamista.

Al pronunciar estas últimas palabras, bajó la voz y arrimó la cara á la de Zametoff. Este le miró fijamente, sin pestañear y sin apartar la cabeza. Al jefe de la cancillería le pareció muy extraño que durante un minuto se estuvieran mirando sin decir una palabra.

—¿Qué se me da á mí de lo que está usted leyendo?—exclamó súbitamente el polizonte, impaciente ante aquellos modales enigmáticos.

—¿Sabe usted?—continuó en voz baja Raskolnikoff sin

hacer caso de la exclamación de Zametoff, se trata de aquella misma vieja de la cual se hablaba en el despacho de policía, cuando yo perdí el conocimiento. ¿Comprende usted ahora?

—¿Qué quiere usted decir con eso de comprende usted? —dijo Zametoff casi asustado.

El rostro inmóvil y serio de Raskolnikoff cambió instantáneamente de expresión, y de repente se echó á reir de un modo nervioso, como si le fuera imposible contenerse. Experimentaba idéntica sensación que el día del asesinato, cuando sitiado en el cuarto de la vieja por Koch y Pertriakoff, le había dado gana de interpelarlos, de decirles palabrotas, de insultarlos, de reirse de ellos en sus barbas.

—O... usted está loco, ó...—comenzó á decir Zametoff y se detuvo como herido de una idea súbita.

—O..., ¿qué? ¿qué iba usted á decir? Acabe usted.

—No—replicó Zametoff—, todo esto es absurdo.

Ambos callaron. Después de un súbito acceso de hilaridad, Raskolnikoff se quedó sombrío y cuidadoso.

De codos en la mesa, con la cabeza entre las manos, parecía haber olvidado por completo la presencia de Zametoff: el silencio duró bastante rato.

—¿Por qué no toma usted el te? Va á enfriarse—dijo el polizonte.

—¿Qué? ¿el te?... Bueno... Sí.

Raskolnikoff se llevó la taza á los labios, comió un bocado de pan, y fijando los ojos en Zametoff, sacudió bruscamente sus preocupaciones: volvió á pintarse en su fisonomía la burlona expresión que tenía antes y continuó tomando el te.

—Los delincuentes, son ahora muy numerosos—apuntó Zametoff.— Precisamente, hace poco leía yo en la *Mes-*

kovskia Vedomosti, que había sido detenida en Moscou una cuadrilla de monederos falsos, toda una sociedad que se dedicaba á la expendición de billetes de Banco.

—¡Oh! ¡Eso ya es viejo! ¡Hace un mes que lo he leído — respondió flemáticamente Raskolnikoff.—¿De modo que usted supone que son estafadores?

—¿Cómo? ¿Cree usted que no lo son?

—¿Ellos? Chiquillos, boquirrubios, y no estafadores. ¡Se reunen cincuenta para ese objeto! ¿á quién se le ocurre? En semejante caso, tres son ya muchos, y aun es menester que cada miembro de la asociación esté más seguro de sus asociados que de sí mismo. Que á uno de ellos un poco bebido se le escape una palabra, y todo se derrumba, ¡boquirrubios! Envian á personas de las cuales no pueden responder á cambiar sus billetes en las casas de banca. ¿Es discreto encargar á cualquier desconocido de una comisión semejante? Supongamos que á pesar de todo, hayan conseguido su propósito, supongamos que el negocio ha producido un millón á cada uno de ellos. Helos durante toda la vida en dependencia los unos de los otros. Mejor es ahorcarse que vivir así. Pero no han sabido representar su papel: uno de sus agentes se presenta á este efecto en una oficina. Se le entregan cinco mil rublos y sus manos tiemblan. Cuenta los cuatro primeros miles, el quinto lo guarda sin recontarlo; tanto deseo tenía de escapar. De este modo, despierta sospechas y todo el negocio se echa á perder por la falta de un solo imbécil. Esto es verdaderamente inconcebible.

—Me parece muy natural—replicó Zametoff—que le temblaran las manos. En ciertos casos no es uno dueño de sí mismo. Ahí tiene usted sin ir más lejos una prueba reciente. El asesino de esa vieja debe de ser un bribón muy resuelto para no haber vacilado en cometer su cri-

men en pleno día y en las condiciones más atrevidas. Milagro es que no le hayan cogido. Pues bien, á pesar de esto sus manos temblaban: no ha sabido robar. Le ha faltado la serenidad, como los hechos demuestran claramente.

Aquel lenguaje hizo estremecer á Raskolnikoff.

—¿Usted cree? Pues bien, échele usted el guante, descúbralo usted ahora—vociferó el joven experimentando maligno placer al molestar al jefe de la cancillería.

—No tenga usted cuidado, se le descubrirá.

—¿Quién? ¿Usted? ¿Usted va á descubrirle? Perderá usted el tiempo. Para ustedes toda la cuestión es saber si un hombre hace ó no hace gastos. Uno que no poseía nada, tira el dinero por la ventana; pues entonces es culpable. Ajustándose á esta regla, un chiquillo, si quisiese, escaparía á vuestras investigaciones.

—El hecho es que todos se conducen del mismo modo —respondió Zametoff—, después de haber desplegado á menudo mucha habilidad y astucia en la perpetración del asesinato, se dejan coger en la taberna. Los denuncian sus gastos, no son tan astutos como usted. Usted, es claro, no iría á la taberna.

Raskolnikoff frunció las cejas y miró fijamente á Zametoff.

—¿Usted quiere saber cómo obraría yo, en caso semejante?—preguntó con tono malhumorado.

—Sí—replicó con energía el polizonte.

—¿Tiene usted mucho empeño?

—Sí.

—Pues bien, he aquí lo que yo haría—comenzó á decir Raskolnikoff, bajando de repente la voz y aproximando de nuevo la cara á la de su interlocutor, á quien miró fijamente. Por esta vez Zametoff no pudo menos de temblar.

—He aquí lo que yo haría. Cogería el dinero y las joyas; y después, al salir de la casa, iría sin un minuto de retraso á un paraje cerrado y solitario, á un corral ó á un jardín, por ejemplo. Me aseguraría antes de que en un rincón de este corral al lado de una valla había una piedra de cuarenta ó sesenta libras de peso, levantaría esta piedra, bajo la cual el suelo debía de estar deprimido, y depositaría en el hueco el dinero y las alhajas. Hecho esto volvería á poner la piedra en su lugar, amontonaría tierra en los bordes de la piedra y me iría. Durante un año, durante dos, durante tres, dejaría allí los objetos robados y ya podían ustedes buscarlos.

—Usted está loco—respondió Zametoff. Sin que podamos decir por qué, pronunció estas palabras en voz baja y se apartó bruscamente de Raskolnikoff. Los ojos de éste relampagueaban. Había palidecido de un modo horrible y un temblor convulsivo agitaba su labio superior. Se inclinó lo más posible hacia el rostro del polizonte y se puso á mover los labios sin proferir una sola palabra. Así pasó medio minuto. Nuestro héroe no se daba cuenta de lo que hacía, pero no podía contenerse. Estaba á punto de escapársele su espantosa confesión.

—¿Y si fuese yo el asesino de la vieja y de Isabel?—dijo de repente; pero se contuvo ante el sentimiento del peligro.

Zametoff le miró con aire extraño y se puso tan pálido como el mantel, en tanto que en su rostro se dibujaba una forzada sonrisa.

—Pero, ¿es eso posible?—dijo con voz que apenas podía ser entendida. Raskolnikoff fijó sobre él una mirada maliciosa.

—Confiese usted que lo ha creído. ¿A qué sí?

¿A qué lo ha creído usted?

—No, de ninguna manera. Ahora menos que nunca—se apresuró á contestar Zametoff.

—¡En fin, le he cogido á usted, amigo mío! Usted lo creyó antes, ¿por qué ahora lo cree menos que nunca?

—No, no lo he creído—exclamó el jefe de la cancillería, visiblemente confuso.— Usted me ha asustado para sugerirme esa idea.

—¿Según eso, usted no lo cree? ¿De qué se pusieron ustedes á hablar el otro día al salir yo de la oficina? ¿Por qué el ayudante *Pólvora* me interrogó después de mi desmayo? ¿Cuánto debo?—gritó al mozo, levantándose y cogiendo la gorra.

—Treinta kopeks—respondió éste, acudiendo á la llamada del parroquiano.

—Toma además veinte kopeks de propina. Vea usted cuánto dinero tengo—prosiguió, mostrando á Zametoff unos cuantos billetes: ¿los ve usted? Rojos, azules, veinticinco rublos. ¿De qué tengo yo este dinero? ¿Cómo, además, tengo ropa nueva? Usted sabe, en efecto, que yo no tenía ni un kopek. Apuesto cualquier cosa á que ha preguntado usted á mi patrona... ¡Ea! ¡Bastante hemos hablado! Hasta la vista.

Salió todo agitado por cierta extraña sensación, no completamente desprovista de no sabemos qué agrio placer. Estaba además sombrío y terriblemente cansado. Semejaba su rostro convulsivo el de un hombre que acabase de sufrir un ataque de apoplegía. La fatiga le aplanaba cada vez más. Poco antes, bajo la acción de sus emociones, sentía fuerzas; pero cuando aquel estimulante hubo cesado, invadíale intensa debilidad.

Cuando se quedó solo Zametoff, permaneció aún largo tiempo sentado en el mismo sitio en que había conversado con nuestro héroe. El jefe de la cancillería parecía

pensativo. Raskolnikoff acababa de trastornarle inopinadamente todas sus ideas sobre «cierto punto»; estaba despistado.

—«Ilia Petrovitch es un tonto»—dijo por último.

Apenas Raskolnikoff abrió la puerta de la calle cuando se encontró frente á frente en el vestíbulo con Razumikhin que entraba. A un paso de distancia, los dos jóvenes no se habían visto y poco faltó para que chocasen uno contra otro. Durante algún tiempo se midieron con la mirada. Razumikhin se quedó como una estatua; pero de repente brilláronle en los ojos llamaradas de verdadera cólera.

—¿De modo que has venido aquí?—dijo con voz tonante.—¡Pues no se ha escapado de la cama! ¡Y yo que le he buscado hasta debajo del sofá! ¡Hasta el granero se ha revuelto por ver si se daba contigo! Tú has sido causa de que á poco más le diese un trastazo á Anastasia... ¡Y vea usted dónde estaba metido! ¿Qué significa esto, Raskolnikoff? Di la verdad. Confiesa...

—Esto significa que me fastidiáis todos y que quiero estar solo—respondió friamente Raskolnikoff.

—¡Solo, cuando no puedes ni aun andar; cuando estás pálido como la cera; cuando te falta el aliento! ¡imbécil! ¿Qué has venido á hacer al Palacio de Cristal? Confiésamelo en seguida.

—Déjame pasar—replicó Raskolnikoff, y trató de alejarse.

Esto acabó de poner á Razumikhin fuera de sí, y cogiendo violentamente á su amigo por el brazo, le dijo:

—¿Y te atreves á decirme que te deje pasar? ¿Que te deje pasar? ¿Sabes lo que voy á hacer ahora mismo? A cogerte debajo del brazo, á llevarte á tu casa, como se lleva un envoltorio y á encerrarte allí bajo llave.

—Escucha, Razumikhin—dijo Raskolnikoff sin levantar la voz y con tono en la apariencia muy tranquilo—; ¿cómo has de convencerte de que no me hacen falta tus beneficios? ¡Qué manía la de obligar á las personas, desatendiendo su expresa voluntad! ¿Por qué viniste en cuanto caí enfermo á instalarte á mi cabecera? ¿Qué sabes tú si yo hubiera sido feliz muriéndome? ¿No te he manifestado hoy con toda claridad que me martirizabas, que me eras insoportable? ¿Qué gusto sacas de atormentar á la gente? Te juro que todo esto impide mi curación, teniéndome constantemente irritado. Ya has visto que hace poco Zosimoff se marchó para no excitarme. ¡Déjame tú también, por amor de Dios!...

Razumikhin se quedó un momento pensativo y después soltó el brazo de su amigo.

—Bueno. ¡Vete con mil diablos!—dijo con voz en que no se advertía ya la menor vehemencia. Pero en cuanto dió un paso Raskolnikoff, con extraordinario arrebato gritó Razumikhin:

—¡Espera, escucha! Ya sabes que «hoy me quedo en casa»; quizá hayan llegado ya mis convidados; pero he dejado ya allí á mi tío para que los reciba. Si tú no fueses un imbécil, un imbécil rematado, un imbécil incorregible... Digo, que si tú no fueses un imbécil, vendrías á pasar la noche á mi casa en vez de estropearte las botas, vagando sin objeto por las calles. Puesto que has salido, mejor es que aceptes mi invitación. Haré que te suban una butaca cómoda. Mis patrones la tienen. Tomarás una taza de te y estarás acompañado. Si no quieres una butaca, te echarás en el catre... Al menos estarás con nosotros; irá Zosimoff... ¿Vendrás?

—No.

—Pero esto es absurdo—replicó vivamente Razumi-

khin.— Tú no puedes responder de ti mismo; yo también he escupido mil veces sobre la sociedad, y después de haberme apartado de ella, no he tenido más remedio que volver á buscarla. Llega un momento en que se avergüenza uno de su misantropía y procura reunirse con los hombres. Acuérdate, en casa de Potchinkoff, tercer piso.

—No iré, Razumikhin—contestó Raskolnikoff, alejándose.

—Apuesto á que vendrás; de lo contrario, como si no te conociese—le gritó su amigo.—Espera un poco. ¿Está aquí Zametoff?

—Sí.

—¿Te ha visto?

—Sí.

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿De qué? Vamos, bueno; no lo digas si no quieres decirlo. Casa de Potchinkoff, núm. 47, habitación de Babutchkin. Acuérdate.

Raskolnikoff llegó á la Sadovaia y dobló una esquina. Después de haberle seguido con cuidadosa mirada Razumikhin, se decidió á entrar en el cafe, pero en medio de la escalera se detuvo.

«Por vida del»—continuó casi en voz alta.—«Habla con lucidez y como... ¡qué imbecil soy!... ¿Acaso los locos disparatan siempre? Zosimoff, por lo que á mí me parece, también teme lo que yo», y se llevó el dedo á la frente. ¿Cómo? ¿Abandonarle ahora? ¡Puede que vaya á ahogarse!.. He hecho una tontería. No hay que vacilar; y echó á correr en busca de Raskolnikoff. Pero no pudo encontrarle y le fué forzoso volverse á grandes pasos al Palacio de Cristal para interrogar cuanto antes á Zametoff.

Ràskolnikoff se fué derecho al puente *** y deteniéndose en medio de él, se puso á mirar á lo lejos. Desde que hubo dejado á Razumikhin, su debilidad era tanta, que solamente á duras penas pudo llegar hasta aquel sitio. Hubiera querido sentarse ó acostarse en cualquier parte, aunque fuese en la calle. Inclinado sobre el agua, contemplaba con mirada distraída los últimos reflejos del sol poniente y la fila de casas que se obscurecían con la proximidad de la noche.

«Sea, pues»—dijo, alejándose del puente y tomando la dirección de la oficina de policía. Tenía el corazón como vacío: no quería pensar, ni siquiera sentía angustia. A la energía que experimentara al salir de su casa, había sucedido completa apatía. «Hay que acabar con todo esto. Al fin y al cabo es una salida»—pensaba avanzando lentamente por el muelle del canal. «Por lo menos, el desenlace depende de mi voluntad... ¡Qué fin, sin embargo! ¿Es posible que sea esto el fin? ¿Confesaré ó no confesaré?... Pero si no puedo: quisiera acostarme ó sentarme en alguna parte. Lo que me causa más vergüenza es la tontería de mi crimen. ¡Vamos, es preciso que esto acabe! ¡Qué ideas tan tontas tiene uno algunas veces!...»

Para ir á la comisaría, le era preciso seguir todo derecho y tomar por la segunda calle de la izquierda. Una vez allí, estaba á dos pasos del despacho de policía; pero al llegar al primer recodo se detuvo, reflexionó un instante y entró en el pereulok. Después anduvo sin rumbo por otras dos calles, sin duda para ganar un minuto y dar tiempo á sus reflexiones. Andaba con los ojos fijos en tierra. De repente, le parecio que alguien le murmuraba alguna cosa al oído. Levantó la cabeza y advirtió que estaba á la puerta de *aquella casa*. No había pasado por allí desde el día del crimen.

Cediendo á un deseo tan irresistible como inexplicable, Raskolnikoff entró en ella, se dirigió á la escalera de la derecha y se dispuso á subir al cuarto piso. La empinada y estrecha escalera estaba muy obscura. El joven se detenía en cada descansillo y miraba con curiosidad en torno suyo. En el del primer piso habían puesto un vidrio en la ventana. «Ese vidrio no estaba la otra vez»—pensó el joven.— He aquí el segundo piso en el que trabajaban Nicolai y Mitrei: está cerrado y la puerta recién pintada. Sin duda han alquilado la habitación... He aquí el tercero... y el cuarto. «Aquí es»; tuvo un momento de vacilación: la puerta de la casa de la vieja estaba abierta de par en par; Raskolnikoff oía que hablaban dentro. No había previsto aquello. Sin embargo, tomó en seguida una resolución. Subió los últimos escalones y penetró en el cuarto. Varios obreros lo estaban restaurando, lo que causó un asombro grande á Raskolnikoff. Creyó encontrar el cuarto tal como estaba; quizá se figuró que yacerían los cadáveres en el suelo. Ahora, con gran sorpresa suya, vió que estaban desnudas las paredes. Se aproximó á la ventana y se sentó en el alféizar.

No había más que dos obreros, dos jóvenes, de los cuales uno era bastante mayor que el otro. Se ocupaban en cambiar la antigua tapicería amarilla, que estaba muy usada, por papel blanco sembrado de violetas. Esta circunstancia—ignoramos por qué—desagradó mucho á Raskolnikoff, el cual miraba colérico el papel nuevo, como si le contrariasen en extremo tales variaciones.

Los papelistas se disponían á marcharse, y sin hacer apenas caso del visitante, continuaron su conversación.

Raskolnikoff se levantó y pasó á la otra habitación, que contenía antes el cofre la cama y la cómoda; este

gabinete sin muebles le pareció muy pequeño. La tapicería era la misma; se podía señalar aún en el rincon el lugar que ocupó en otro tiempo el armario de las imágenes piadosas. Después de haber satisfecho su curiosidad, Raskolnikoff volvió de nuevo á sentarse en el poyo de la ventana. El mayor de los dos obreros le miró de reojo y de repente, dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Qué hace usted ahí?

En vez de responder Raskolnikoff se levantó, fué al descansillo y se puso á tirar del cordón. Era la misma campanilla, el mismo sonido. Llamó por segunda y por tercera vez, aplicando el oído y reuniendo sus recuerdos con vivacidad y lucidez crecientes; volvía á experimentar la impresión terrible que sintiera días antes á la puerta de la vieja; temblaba á cada campanillazo y sentía á cada golpe un placer cada vez mayor.

—¿Qué busca usted aquí? ¿quién es usted?—gritó el obrero encarándose con él.

Raskolnikoff volvió á entrar en el cuarto.

—Quiero alquilar una habitación y he venido á ver ésta.

—No se va por la noche á ver cuartos, y además, debiera usted de haber subido acompañado del dvornik.

—Han regado el suelo; ¿van á pintarlo?—prosiguió Raskolnikoff.—¿No hay sangre?

—¿Cómo sangre?

—Aquí fueron asesinadas la vieja y su hermana y había un verdadero mar de sangre.

—¿Quién eres tú?—gritó el obrero asustado.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quieres saberlo? Vamos á la Comisaría y allí te lo diré. Los dos papelistas le miraron asombrados.

—Ya es hora de marcharnos. Vamos, Aletchka. Hay que cerrar—dijo el de más edad á su compañero.

—Pues bien, vamos—replicó con tono indiferente Raskolnikoff, y saliendo el primero y precediendo á los dos hombres, bajó lentamente la escalera.—¡Eh! ¡dvornik!—gritó al llegar á la puerta de la calle.

Muchas personas, á la entrada de la casa, miraban pasar la gente: dos dvorniks, un campesino, uno de la ciudad en traje de casa y algunos otros individuos. Raskolnikoff se fué derecho á ellos.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó uno.

—¿Has estado en la oficina de policía?

—De allí vengo: ¿por qué me lo pregunta usted?

—¿Están allí todavía?

—Sí.

—Y el suplente del comisario, ¿queda también?

—Quedaba hace un momento. ¿Qué es lo que usted quiere?

Raskolnikoff no respondió y se quedó pensativo.

—Ha venido á ver el cuarto—dijo aproximándose el mayor de los obreros.

—¿Qué cuarto?

—El cuarto en que estamos trabajando. —¿Por qué se ha lavado la sangre?—nos ha dicho.—Aquí se ha cometido un asesinato y vengo para alquilar el cuarto. Se puso á tirar de la campanilla. —Vamos á la oficina de policía—añadió después—allí lo diré todo.

El dvornik, preocupado, contempló á Raskolnikoff, frunciendo las cejas.

—¿Quién es usted?—preguntó levantando la voz con acento de amenaza.

—Yo soy Rodion Romanovitch Raskolnikoff, antiguo estudiante y vivo cerca de aquí, en el pereulok in-

mediato, casa de Chill, alojamiento número 14. Pregunta al dvornik. Me conoce.

Raskolnikoff dijo todo esto con aire indiferente y tranquilo, mirando obstinadamente la calle y sin fijar la vista una sola vez en su interlocutor.

—¿Y qué ha venido usted á hacer á este cuarto?

—He venido á verlo.

—¿Y qué tenía usted que ver en él?

—¿No sería mejor detenerle y conducirle á la oficina de policía?—propuso de repente el burgués.

Raskolnikoff le miró con atención por encima del hombro.

—Vamos allá—dijo el joven con indiferencia.

—Sí. Conviene llevarle á la comisaría—siguió diciendo y con mayor seguridad el burgués.— Cuando ha venido aquí es que algo le pesa en la conciencia.

—Dios sabe si estará borracho—murmuró un obrero.

—¿Qué es lo que quieres?—gritó de nuevo el dvornik, que empezaba á incomodarse de verdad. ¿Por qué vienes á molestarnos?

—¿Te da miedo ir á la comisaría?—dijo con tono burlón Raskolnikoff.

—¿Por qué he de tener miedo? ¿Sabes que nos estás fastidiando?

—Es un granuja—dijo una campesina.

—¿Para qué disputar con él?—apuntó á su vez el otro dvornik, un mujik enorme que llevaba una anguarina desabrochada y un manojo de llaves pendiente de la cintura.

—De seguro es un granuja. ¡Ea! ¡largo!

Y cogiendo á Raskolnikoff por un brazo lo lanzó en medio del arroyo. El joven estuvo á punto de caer al suelo; sin embargo, pudo sostenerse en pie. Cuando

hubo recobrado el equilibrio, miró silenciosamente á todos los espectadores y se alejó.

—¡Vaya un chusco de hombre!—observó un obrero.

—Todo el mundo se ha vuelto ahora muy chusco—dijo la campesina.

—No importa—añadió el burgués—; hubiera sido conveniente conducirle á la oficina de policía.

«¿Iré ó no iré?—pensaba Raskolnikoff deteniéndose en medio de una encrucijada y mirando en torno suyo, como si hubiese estado esperando un consejo de cualquiera. Mas su pregunta no obtuvo respuesta; todo estaba sordo y sin vida, como las piedras de la calle... De repente, á doscientos pasos de él, distinguió, al través de la obscuridad, un grupo de gente del cual partían gritos y palabras animadas... Aquella gente rodeaba un coche. En el suelo brillaba una débil luz.

«¿Qué pasa allí?» Raskolnikoff volvió á la derecha y fué á incorporarse al grupo. Parecía querer agarrase al menor incidente, y esta pueril predisposición le hacía sonreir, porque su partido estaba tomado y él sabía que en un instante acabaría con todo aquello.

VII

Detenido en medio de la calle estaba un elegante coche particular, tirado por dos sudorosos caballos tordos: no había nadie en el interior y el cochero se había bajado del pescante, y sujetaba á los caballos por el bocado. Alrededor del carruaje se agolpaba la multitud, contenida por los polizontes. Uno de éstos tenía una linterna pequeña en la mano é inclinado hacia el suelo alumbraba algo que yacía en el arroyo al lado de las ruedas. Todo el mundo hablaba, gritaba y parecía consternado; por su parte el cochero, aturdido, repetía de tiempo en tiempo:

—¡Qué desgracia, señor! ¡qué desgracia!

Raskolnikoff se abrió á duras penas paso al través de los curiosos y logró ver al cabo lo que había sido causa de que la gente se reuniese. En medio de la calle yacía, ensangrentado y privado de conocimiento, un hombre que acababa de ser atropellado por los caballos. Aunque estaba muy mal vestido, su aspecto no era el de un obrero. Tenía el cráneo y el rostro cubiertos de horribles heridas, por las cuales salía la sangre á borbotones. No se trataba de un incidente sin importancia.

—¡Dios mío!—decía el cochero.— No he podido impedir esta desgracia. Si yo hubiese llevado los caballos al galope, ó si no le hubiese visto, bueno que se me echase la culpa. Pero, no; el coche iba despacio, como

todo el mundo ha podido ver. Desgraciadamente un borracho, es sabido, no se fija en nada... Le veo atravesar la calle haciendo eses una vez, dos y tres, le grito: «¡Eh! ¡cuidado!» Refreno los caballos; pero él se va derecho á ellos. ¡Si parecía que lo hacía á propósito! Los animales son jóvenes, de sangre, se lanzaron; el hombre gritó, y sus gritos los excitaron más... Así ha ocurrido esta desgracia.

—Sí, de ese modo ha pasado—afirmó uno que había sido testigo de la escena.

—En efecto—dijo otro—, por tres veces le avisó el cochero.

—Sí, por tres veces—añadió uno del grupo.

Por su parte, el cochero no parecía muy inquieto por las consecuencias que aquella aventura pudiera acarrearle. Evidentemente, el propietario del carruaje era un hombre rico é importante que esperaba la llegada de su coche; esta última circunstancia despertaba la cuidadosa solicitud de los agentes de policía. Era, sin embargo, preciso llevar al herido al hospital. Nadie sabía su nombre.

Raskolnikoff, á fuerza de dar codazos, logró aproximarse al herido: un rayo de luz alumbraba el rostro del desgraciado. El joven le reconoció.

—Le conozco, le conozco—gritó empujando á los que le rodeaban y colocándose en la primera fila del grupo; es un antiguo funcionario, el consejero titular Marmeladoff. Vive aquí cerca; en casa de Kozel... Pronto! ¡un médico! ¡yo pago!

Sacó dinero del bolsillo y lo enseñó á un agente de policía. Manifestaba extraordinaria agitación.

Los polizontes se alegraron de saber quién había sido el aplastado. Raskolnikoff dió su nombre y su dirección

é insistió con todas sus fuerzas para que se transportase lo más pronto posible el herido á su domicilio. Aunque el atropellado hubiese sido su padre, no habría mostrado el joven mayor solicitud.

—Es ahí, tres casas más allá, donde vive; en la de Kozel, un alemán rico... Sin duda se retiraba embriagado. Le conozco... Es un borracho... vive ahí con su familia, tiene mujer é hijos. Antes de llevarle al hospital, es menester que le vea un médico; alguno habrá por aquí cerca, yo pagaré lo que sea, lo pagaré; su estado exige que se le asista inmediatamente. Si no se le socorre en seguida, morirá antes de llegar al hospital.

Raskolnikoff puso disimuladamente algún dinero en la mano de un agente de policía. Por otra parte, lo que el joven demandaba era perfectamente lógico y se explicaba muy bien. Levantaron á Marmeladoff, y varios hombres de buena voluntad se ofrecieron á transportarle á su casa. La de Kozel estaba situada treinta pasos del lugar en que había ocurrido el accidente. Raskolnikoff iba detrás sosteniendo con precaución la cabeza del herido y enseñando el camino.

—¡Aquí, aquí! En la escalera; tened cuidado de que no vaya la cabeza baja: dad la vuelta... eso es, yo pago.—Muchas gracias—murmuraba.

En aquel momento Catalina, como de costumbre, cuando tenía un minuto de vagar, se paseaba de un lado á otro de su reducida sala, yendo de la ventana á la chimenea y viceversa con los brazos cruzados sobre el pecho, charlando sola y tosiendo. Desde algún tiempo hablaba cada vez de mejor gana con su hija mayor Polenka. Aunque esta niña, de diez años de edad, no comprendía aún muchas cosas, se daba, sin embargo, cuenta de la necesidad que su madre tenía de ella, de modo que

fijaba siempre sus grandes é inteligentes ojos en Catalina Ivanovna, y en cuanto ésta le dirigía la palabra, la niña hacía todos los esfuerzos imaginables para comprender, ó, por lo menos, para hacer que comprendía.

Ahora Polenka desnudaba á su hermanito que había estado durante todo el día enfermo y que iba á acostarse. Esperando á que le quitasen la camisa para lavarla por la noche, el niño, con aspecto serio, estaba sentado en una silla silencioso é inmóvil y escuchaba, abriendo mucho los ojos, lo que su mamá decía á su hermana. La niña más pequeña, vestida con verdaderos harapos, esperaba á su vez en pie, cerca del biombo. La puerta que daba al descansillo estaba abierta, á fin de que saliera el humo del tabaco que llegaba de la habitación inmediata y que, á cada instante, hacía toser á la pobre tísica. Catalina Ivanovna estaba peor desde hacía ocho días, y las siniestras manchas de sus mejillas tenían mayor brillo que nunca.

—No puedes imaginarte, Polenka, decía paseándose por la habitación, qué alegre y brillante vida era la que hacíamos en casa de papá y cuán desgraciados somos todos á causa de ese borracho. Papá tenía en el servicio civil un empleo equivalente al grado de coronel. Era casi gobernador, y no le faltaba más que un paso para llegar á este puesto; así es que todo el mundo le decía: «Consideramos á usted ya, Ivan Mikhailtch como gobernador» —La interrumpió un golpe de tos...— ¡Oh! ¡condenada vida!—Escupió y se apretó el pecho con las manos.— ¿Está ya el agua? ¡Ea! Dame la camisa y las medias... Lida—añadió, dirigiéndose á la chiquitita—, esta noche dormirás sin camisa. Pon las medias al lado... Se lavará todo al mismo tiempo... y ese borracho, ¿no vendrá?... Quisiera lavar su camisa con todo lo demás, para no tener

que fatigarme dos noches seguidas. ¡Señor, señor!—volvió á toser—¡otra vez! ¿Eh? ¿qué es eso?—exclamó al ver que la entrada se llenaba de gente, la cual penetraba en la sala con una especie de fardo. ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que traen? ¡Dios mío!

—¿Dónde hay que ponerlo?—preguntó un agente de policía mirando en derredor suyo mientras introducían en la habitación á Marmeladoff ensangrentado y exánime.

—En el sofá. Extendedle en el sofá... La cabeza aquí—indicó Raskolnikoff.

Es un borracho que ha sido atropellado en la calle—gritó uno desde la puerta.

Catalina Ivanovna, intensamente pálida, respiraba penosamente. Los niños estaban aterrados. Lida corrió gritando hacia su hermana mayor, y toda temblorosa la estrechó en sus brazos.

Después de haber ayudado á colocar á Marmeladoff en el sofá, Raskolnikoff se acercó á Catalina Ivanovna:

—Por el amor de Dios, tranquilícese usted, cálmese usted, no se asuste tanto—dijo el joven vivamente.—Atravesaba la calle y un coche le ha atropellado; tranquilícese usted, va á recobrar el conocimiento.

He mandado que le traigan aquí. Yo ya he venido a esta casa otra vez. Quizá no se acuerde usted. Volverá en sí. Yo pagaré...

—No volverá en sí, no volverá en sí—dijo con desesperación Catalina Ivanovna y se precipitó hacia su marido.

Raskolnikoff echó de ver en seguida que esta mujer no era de las que se ahogan en poca agua. En un instante colocó una almohada debajo de la cabeza del herido, cosa en que nadie había pensado. Catalina Ivanovna se puso á desnudar á Marmeladoff, á examinar sus heridas y á pro-

digarle inteligentes cuidados. La emoción no le quitaba la presencia de ánimo; se mordía los labios temblorosos y contenía en su pecho los gritos prontos á escaparse.

Durante este tiempo, Raskolnikoff mandó por un médico: vivía uno en la vecindad.

—He mandado á buscar un médico—dijo á Catalina Ivanovna.— No se preocupe usted, yo pagaré. ¿No tiene usted agua? Deme usted una toalla, una servilleta, cualquier cosa, en seguida. No podemos juzgar de la gravedad de las heridas... está herido, pero no está muerto; convénzase usted. Ya veremos lo que dice el doctor.

Catalina Ivanovna corrió á la ventana; colocada sobre una mala silla había una cubeta con agua, preparada para lavar durante la noche la ropa del marido y de sus hijos. Catalina Ivanovna solía hacer este lavatorio con sus propias manos, dos veces por semana, cuando no más á menudo, porque los Marmeladoff habían llegado á tal extremo de miseria, que les faltaba casi en absoluto ropa para mudarse: cada miembro de la familia no tenía más camisa que la que llevaba puesta, y como Catalina Ivanovna no podía sufrir la suciedad, prefería la pobre, antes que verla reinar en su casa, fatigarse por las noches lavando la ropa de los suyos, para que ellos la encontrasen limpia y repasada al día siguiente al despertar. Obedeciendo á Raskolnikoff, cogió la cubeta y se la llevó al joven, pero faltó poco para que se cayese con ella. Habiendo, por fin, Raskolnikoff encontrado una toalla, la empapó en agua y lavó con ella el rostro ensangrentado de Marmeladoff. Catalina Ivanovna, en pie á su lado, respiraba con dificultad y se apretaba el pecho con las manos.

No hubieran estado de más para ella los cuidados facultativos

«Quizá he hecho mal en traer el herido á su casa»—

pensaba Raskolnikoff. El guardia no sabía qué decidir.

—¡Polenka!—gritó Catalina Ivanovna—, ve corriendo á casa de Sonia; pronto, dile que su padre ha sido atropellado por un coche, que venga en seguida. Si no la encuentras en casa, se lo dices á los Kapernumoff para que le den el recado en cuanto vaya. ¡Despachate, Polenka; anda, ponte ese pañuelo en la cabeza! En tanto la sala se había llenado de tal modo de gente que no cabía ya ni un alfiler. Los agentes de policía se retiraron; uno sólo se quedó momentáneamente y trató de empujar á la multitud al descansillo. Mientras que ocurría esto, por la puerta de comunicación interior penetraron en la sala casi todos los inquilinos de la señora Lippevechzel: primero se detuvieron en el umbral; pero bien pronto invadieron la habitación. Catalina Ivanovna se puso furiosa.

—Deberíais al menos dejarle morir en paz—gritaba á los asaltantes.—Venís aquí como á un espectáculo—y se interrumpió para toser.—Y entrais con el sombrero puesto; idos; tened por lo menos respeto á la muerte.

La tos que la ahogaba le impidió seguir; pero sus severas palabras produjeron efecto. Evidentemente Catalina Ivanovna, inspiraba cierto temor: los inquilinos fueron uno tras otro desfilando hacia la puerta, llevándose en sus corazones ese extraño sentimiento de satisfacción que hasta los hombres mas compasivos experimentan á la vista de la desgracia ajena. Después que hubieron salido se oían sus voces del otro lado de la puerta: decían en alta voz que era preciso enviar al herido al hospital, puesto que su presencia turbaba la tranquilidad de la casa.

—Ese es el inconveniente de morirse—vociferó Catalina Ivanovna —y ya se preparaba á desahogar en ellos su indignación, cuando se abrió la puerta y apareció la se-

ñora Lippevechzel. La patrona acababa de saber la desgracia y venía á restablecer el orden. Era una alemana tan mal educada como chismosa.

—¡Ah, Dios mío—dijo juntando las manos—, su marido de usted, que estaba borracho, se ha dejado aplastar por un coche! Hay que llevarle al hospital; yo soy la propietaria.

—Amalia Fedorovna, suplico á usted que piense lo que habla—comenzó á decir con tono arrogante Catalina Ivanovna.—(Siempre que hablaba á la patrona empleaba el mismo tono para recordarle la debida compostura; y aun en aquel momento no pudo resistir á semejante placer.)

—Ya le he dicho á usted de una vez para siempre que no quiero que se me llame Amalia Fedorovna; yo soy Amalia Ivanovna.

—Usted no es Amalia Ivanovna, sino Amalia Fedorovna, y como yo no pertenezco al grupo de viles aduladores de usted, tal como el señor Lebiatnikoff que se está riendo ahora detrás de la puerta. (Ahora se agarran ji, ji—decía en efecto una voz burlona en la pieza inmediata)—yo la llamaré á usted siempre Amalia Fedorovna, aunque no puedo comprender por qué le molesta este nombre.

Ya ve usted lo que acaba de ocurrirle á Marmeladoff: está muriéndose. Suplico á usted que cierre la puerta y que no deje entrar á nadie aquí. Déjele, al menos, que muera en paz. De lo contrario le juro á usted que mañana mismo daré parte al gobernador general. El príncipe me conoce desde mi juventud y se acuerda muy bien de Marmeladoff, á quien más de una vez ha hecho algún favor. Todo el mundo sabe que mi marido tenía muchos amigos y protectores; cómo se daba cuenta de su desgraciado vicio, cesó de tratarse con ellos por un

sentimiento de noble delicadeza; pero ahora—añadió señalando á Raskolnikoff—hemos encontrado apoyo en este magnánimo joven que posee un capital, muy buenas relaciones y que es amigo desde la infancia de Marmelodoff. Téngalo usted presente, Amalia Fedorovna.

Todo este discurso fué pronunciado con creciente rapidez, pero la tos interrumpió la elocuencia de Catalina Ivanovna. En aquel momento Marmeladoff volviendo en sí lanzó un gemido. Catalina se acercó solícita á su esposo. Este, sin darse aún cuenta de nada, miraba á Raskolnikoff, en pie á su cabecera. Su respiración era lenta y penosa, tenía sangre en las comisuras de la boca y la frente empapada en sudor. No reconociendo á Raskolnikoff le miraba con aire inquieto. Catalina Ivanovna fijó en el herido una mirada afligida, pero severa. Después la pobre mujer rompió á llorar.

—¡Dios mío! ¡Tiene todo el pecho aplastado! ¡Cuánta sangre!—decía acongojada.—Hay que quitarle la ropa. ¡Vuélvete un poco, si puedes, Marmeladoff!

Marmeladoff la reconoció.

—¡Un clérigo!—dijo con voz ronca.

Catalina Ivanovna se aproximó á la ventana y apoyando la frente en el marco gritó con desesperación.

—¡Oh, vida, mil veces maldita!

—¡Un clérigo, repitió el moribundo después de una pausa.

—¡Silencio!—le gritó Catalina Ivanovna.— El herido obedeció y se calló. Buscaba á su mujer con ojos tímidos y ansiosos. Catalina fué de nuevo á situarse á su cabecera; Marmeladoff se tranquilizó, pero no por largo tiempo. De repente vió en un rincón á la pequeñuela Lida (su predilecta), que temblaba como si le fuese á dar una convulsión y que le miraba con ojos enormemente abiertos de niño asombrado.

—¡Ah, ah!—dijo con gran agitación señalando á la chiquilla. Se comprendía que trataba de decir algo.

—¿Qué?—gritó Catalina Ivanovna.

—¡No tiene calzado!, ¡no tiene calzado! y sus ojos, como de loco, no se apartaban de los pies desnudos de la niña.

—¡Cállate!—replicó con tono irritado Catalina Ivanovna—: demasiado sabes por qué no tiene calzado...

—¡Gracias á Dios! ¡aquí está el médico!—dijo gozosamente Raskolnikoff.

Entró un viejecillo alemán de modales acompasados, que miraba con desconfianza en derredor suyo. Se aproximó al herido, le tomó el pulso, examinó atentamente la cabeza, y después, ayudado por Catalina Ivanovna, desabrochó la camisa, toda ensangrentada, y dejó el pecho al descubierto, que estaba magullado; varias costillas de la derecha rotas, á la izquierda, al lado del corazón, se veía una gran mancha negruzca y amarillenta marcada por una violenta pisada del caballo. El doctor frunció el entrecejo. El agente de policía acababa de contarle que el herido había sido atropellado en una calle y arrastrado en una extensión de treinta pasos.

—Es asombroso que esté todavía vivo—murmuró en voz baja el doctor dirigiéndose á Raskolnikoff.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó este último.

—Caso perdido.

—¿No hay esperanza?

—Ninguna. Va á exhalar el último suspiro... Tiene una herida muy peligrosa en la cabeza. Podría sangrársele... Pero sería inútil: morirá de seguro dentro de cinco ó seis minutos.

—Sángrele usted, sin embargo.

—Sea; pero le advierto á usted que la sangría no servirá absolutamente de nada.

Estando en esto se oyó otra vez ruido de pasos. La multitud, que se agrupaba en el umbral, se abrió, y apareció un eclesiástico de cabeza cana. Traía la extremaunción para el moribundo. El doctor cedió el puesto al sacerdote, con el cual cambió una significativa mirada. Raskolnikoff suplicó al médico que se quedase un momento todavía. El doctor accedió encogiéndose de hombros.

Todos se apartaron. La confesión duró muy poco tiempo. Marmeladoff no se hallaba en estado de discurrir. Sólo podía lanzar sonidos entrecortados é ininteligibles. Catalina Ivanovna fué á ponerse de rodillas en el rincón inmediato á la chimenea, é hizo que se arrodillasen delante de ella los dos niños. Lida no hacía más que temblar. El pequeñuelo de rodillas, faldas al aire, imitaba los grandes signos de cruz que hacía su madre y se prosternaba dando en el suelo con la frente, lo que parecía divertirle. Catalina Ivanovna se mordía los labios y contenía las lágrimas. Rezaba arreglando al mismo tiempo la camisa del pequeñuelo, sin interrumpir su oración, y sin levantarse consiguió sacar de la cómoda un pañuelo del cuello que echó sobre los hombros desnudos de la niña. En tanto la puerta de comunicación, había sido abierta de nuevo por los vecinos. En el descansillo había aumentado también el grupo de curiosos. Se encontraban en él todos los inquilinos de los diversos pisos; pero sin franquear el umbral de la puerta. Toda esta escena estaba alumbrada por un cabo de vela.

En aquel momento, Polenka, que había ido á buscar á su hermana, atravesó vivamente el grupo formado en la escalera y entró, pudiendo apenas respirar á causa de lo que había corrido. Después de quitarse el pañuelo, buscó con los ojos á su madre y acercándose á ella le dijo:

—Ahí viene. La he encontrado en la calle. Catalina Ivanovna la hizo arrodillar á su lado. Sofía se abrió paso tímidamente, y sin ruido, por en medio de la gente. En aquella habitación, que era la imagen de la miseria, de la desesperación y de la muerte, su entrada repentina produjo extraño efecto. Aunque muy pobremente vestida iba ataviada con ese aire llamativo que distingue á las pobres mujerzuelas del arroyo. Al llegar á la entrada de la habitación, la joven se detuvo en el umbral y echó al interior una mirada de asombro.

Parecía que no tenía conciencia de nada; no se cuidaba de su falda de seda, comprada de lance, cuyo color chillón y cuya cola desmesuradamente larga eran muy impropias de aquel lugar, lo mismo que su inmenso mirifiaque que ocupaba toda la anchura de la puerta, sus botas vistosas, la sombrilla que tenía en la mano, aunque no tuviese necesidad de ella, y, en fin, su ridículo sombrero de paja, adornado con una pluma brillantemente roja. Bajo este sombrero picarescamente ladeado, se veía una carita enfermiza, pálida y asustada con la boca abierta é inmóviles de terror los ojos. Sofía tenía dieciocho años, era rubia, bajita y delgada, pero bastante linda. Llamaban la atención sus ojos claros. Tenía la mirada fija en el lecho y en el sacerdote. Como Polenka, estaba sofocada por lo de prisa que había venido. Por último, algunas palabras murmuradas por la gente, llegaron sin duda á sus oidos. Bajando la cabeza franqueó el umbral y penetró en la sala, pero se quedó cerca de la puerta.

Cuando el moribundo hubo recibido los Santos Sacramentos, su mujer volvió á su lado. Antes de retirarse, el clerigo creyó de su deber dirigir algunas palabras de consuelo á Catalina Ivanovna.

—¡Qué va á ser de ellos!—interrumpió la mujer con amargura mostrando á sus hijos.

—Dios es misecordioso; confíe usted en el socorro del Altísimo—replicó el clérigo.

—¡Misericordicso, sí; pero no para nosotros!

—Eso es un pecado, señora, un pecado—observó el sacerdote moviendo la cabeza.

—¿Y esto no es un pecado?—replicó vivamente Catalina Ivanovna—mostrando al moribundo.

—Los que os han privado involuntariamente de vuestro sostén os ofrecerán quizá una indemnización para reparar al menos el perjuicio material.

—Usted no me comprende—replicó con tono irritado Catalina Ivanovna.—¿De qué ha de indemnizárseme si ha sido él mismo, que borracho como estaba, se ha arrojado á los pies de los caballos? ¡El un sostén! ¡Si ha sido siempre para mí causa de disgusto! ¡Si se lo bebía todo! ¡Si nos despojaba para irse á gastar el dinero de la casa á la taberna! ¡Dios ha hecho bien llevándoselo! ¡Esto es un verdadero alivio para nosotras!

—Hay que perdonar á un moribundo; esos sentimientos son un pecado, señora, un gran pecado.

Mientras hablaba con el eclesiástico Catalina Ivanovna no cesaba de ocuparse del herido: le daba agua, le enjugaba el sudor y la sangre que inundaban su cabeza y arreglaba las almohadas. Las últimas palabras del clérigo la sacaron de tino.

—¡Perdonar, perdonar! ¡Esas no son más que palabras. Si hoy no le hubiesen aplastado los caballos, habría entrado en casa, como de costumbre, borracho. Como no tiene otra camisa más que la sucia que lleva puesta, hubiera tenido yo que lavársela mientras él durmiese, así como la ropa de los niños. En seguida hubiera necesitado

secarlo todo, para repasarlo á la madrugada. Tal es el empleo de mis noches. ¡Y me habla usted de perdón! Además, le he perdonado.

Un violento acceso de tos le impidió seguir adelante. Escupió en un pañuelo y lo extendió ante los ojos del eclesiástico, mientras con la mano izquierda apretaba dolorosamente su pecho. El pañuelo estaba ensangrentado.

El cura bajó la cabeza y no dijo una palabra.

Marmeladoff estaba en la agonía; no apartaba los ojos de su mujer, que de nuevo se había inclinado sobre él. Tenía deseos de decirle algo, trataba de hablar, movía la lengua con esfuerzo, pero no conseguía otra cosa que prorrumpir en sonidos inarticulados. Catalina Ivanovna, comprendiendo que su marido quería pedirle perdón, le gritó con tono imperioso:

—Callate. Es inútil... sé lo que quieres decir...

El herido se calló, pero en el mismo instante sus miradas se dirigieron á la puerta y vió á Sofía...

Hasta entonces no había reparado en el rincón sombrío en que la joven se encontraba.

—¿Quién está allí? ¿Quien está allí?—dijo de repente con voz ronca y ahogada, mostrando al mismo tiempo con los ojos, que expresaban un gran terror, la puerta cerca de la cual estaba en pie su hija. Marmeladoff trató de incorporarse.

—¡Sigue echado! ¡No te muevas!—gritó Catalina Ivanovna.

Pero, merced á un esfuerzo sobrehumano, logró incorporarse en el sofá. Durante algún tiempo contempló á su hija con aire extraño; parecía no reconocerla; era también la primera vez que la veía en aquel traje. Tímida, humillada y ruborizada bajo sus oropeles de mujer pública, la infeliz esperaba humildemente que se le permi-

tiese despedirse de su padre. De repente éste la reconoció y se pintó en su rostro un sufrimiento inmenso.

—¡Sonia! ¡Sofía! ¡hija mía! ¡perdóname!—gritó.— Quiso extender hacia ella la mano y perdiendo su punto de apoyo rodó pesadamente por el suelo. Se apresusaron á levantarle, le pusieron en el sofá; pero ya era todo inútil. Sonia, casi sin poderse sostener lanzó un débil grito, corrió hacia su padre y le besó. El desdichado expiró en los brazos de la joven.

—¡Ha muerto!—gritó Catalina Ivanovna ante el cadáver de su marido.—¿Qué hacer ahora? ¿Cómo pagaré su entierro? ¡Cómo dar de comer á mis hijos mañana!...

Raskolnikoff se acercó á la viuda.

—Catalina Ivanovna—le dijo—, la semana pasada me contó su marido de usted su vida con todo género de pormenores... Puede usted estar segura de que me habló de usted con verdadero entusiasmo. Desde aquella tarde, al ver cuánto la estimaba, cuánto amaba y honraba á usted, á pesar de su desgraciada debilidad, desde aquella tarde, repito, soy su amigo... permítame usted ahora... que la ayude... á cumplir los últimos deberes con el difunto. Aquí tiene usted veinte rublos, y si mi presencia puede serle de alguna utilidad... Yo... vendré; sí, vendré á verla á usted... quizá mañana mismo... adiós.

Y salió precipitadamente de la sala; pero al atravesar el descansillo encontró entre el grupo de curiosos á Nikodem Fomitch, que había tenido noticia del accidente y venía á cumplir las formalidades propias del caso. Desde la escena ocurrida en la oficina de policía, el comisario no había vuelto á ver á Raskolnikoff. Sin embargo, le reconoció en seguida.

—¡Ah! ¿Es usted?—le preguntó.

—Ha muerto—respondió Raskolnikoff.— Le han asis-

tido un médico y clerigo; nada le ha faltado. No moleste usted á la pobre mujer; está tísica y su nueva desgracia le será funesta. Confórtela si puede... Sé que usted es un hombre bueno—añadió sonriendo y mirando frente á frente al comisario.

—Está usted manchado de sangre—dijo Nikodem Fomitch, que acababa de ver algunas manchas recientes en el chaleco de Raskolnikoff.

—Sí. Me ha caído mucha encima... Estoy empapado en sangre—dijo el joven con tono un tanto sombrío; después, sonriéndose, saludó á su interlocutor con un movimiento de cabeza y se alejó.

Bajó la escalera lentamente, sin apresuramiento. Una especie de fiebre agitaba todo su ser. Sentía que una vida potente y nueva brotaba bruscamente en él. Podía compararse esta sensación á la de un condenado á la última pena á quien se acabase de indultar inesperadamente. En medio de la escalera se apartó para que pasase delante de él el sacerdote, que se volvía á su casa. Los dos hombres cambiaron un silencioso saludo. Cuando Raskolnikoff bajaba los últimos escalones, oyó pasos presurosos detrás de sí. Era alguien que trataba de alcanzarle. Polenka, en efecto, corría detrás de él gritándole: —¡Oiga usted, oiga usted!

El joven se volvió. La niña descendió apresuradamente el último tramo y se detuvo enfrente del joven, en un escalón por encima de él. Un débil resplandor provenía del patio. Raskolnikoff examinó el rostro delgado, pero lindo, de Polenka; la niña le miraba con alegría infantil. Se le había confiado una comisión que, evidentemente, le agradaba mucho.

—Oiga usted, ¿cómo se llama usted?... ¡Ah! ¿Dónde vive usted?—preguntó precipitadamente. Raskolnikoff le

puso las manos en los hombros y la contempló con una especie de felicidad. ¿Por qué experimentaba tal placer al contemplarla? Ni él mismo lo sabía.

—¿Quién te manda?

—Mi hermana Sonia—respondió la niña sonriendo aún más alegremente.

—Ya suponía yo que venías de parte de tu hermana Sonia.

—Vengo también de parte de mamá. Mi hermana Sonia me envió primero; pero en seguida mamá me dijo: «Ve corriendo, Polenka.»

—¿Quieres mucho á tu hermana Sonia?

—La quiero más que... no sé qué diga—afirmó con singular energía Polenka, y su sonrisa tomó de repente una expresión seria.

—¿Y tú, me querrás?

En lugar de responder la niña, aproximó la cara á la del joven y presentó cándidamente la boca para besarle. De repente, con sus bracitos delgados como cerillas, estrechó fuertemente á Raskolnikoff é inclinando la cabeza en el hombro del joven se puso á llorar en silencio.

—¡Pobre papá!—dijo al cabo de un minuto, levantando la cabeza y enjugándose con la mano el rostro húmedo por las lágrimas.— En estos tiempos no se ven más que desgracias—añadió sentenciosamente, con esa gravedad particular que afectan los niños cuando quieren hablar como las personas mayores.

—¿Te quería tu papá?

—Quería más á Lida—respondió en el mismo tono serio (su sonrisa había desaparecido)—, sentía predilección por ella, porque es la más pequeña y porque está delicada; siempre le traía cosas. Nosotras dábamos con él lección de lectura; á mí me enseñaba gramática y

doctrina—añadió la niña con dignidad.— Mamá no decía nada; pero nosotros sabíamos que esto le daba gusto y papá también lo sabía. Mamá quiere enseñarme el francés, porque ya es tiempo de comenzar mi educación.

—¿Sabes rezar?

—¡Vaya si sabemos! ¡Desde hace mucho tiempo! Yo, como soy la mayor, rezo sola; Kolia y Lida dicen sus oraciones en voz alta con mamá. Recitan primero las letanías de la santa Virgen, luego otra oración: «¡Señor! Concede tu perdón y tu bendición á nuestra hermana Sonia», y luego: «¡Señor! Concede tu perdón y tu bendición á nuestro otro papá, porque no le he dicho á usted que nuestro antiguo papá hace tiempo que murió; éste era otro; pero nosotros rezamos también por el primero.

—Polenka, me llamo Raskolnikoff; nómbrame también alguna vez en tus oraciones: «perdona á tu siervo Raskolnikoff, y nada más.»

—Siempre, siempre rezaré por usted—respondió calurosamente la niña; y echándose á reir, besó de nuevo al joven con ternura.

Raskolnikoff le repitió su nombre, le dió las señas y le prometió volver al otro día sin falta. La niña se separó de él encantada. Eran las diez dadas cuando salió de la casa.

«¡Basta!»—dijo alejándose.— «¡Fuera espectros, fuera los vanos terrores, los fantasmas! ¡La vida no me ha abandonado!; ¿no me sentía vivir hace un momento? Mi vida no ha muerto con la de la vieja. ¡Que tenga piedad Dios de tu alma, matuchka; pero también es tiempo de que dejes la mía en reposo. Ya veremos ahora que he recobrado la inteligencia, la voluntad y la fuerza. «¡A nosotros dos ahora!»—añadió, como si dirigiese un desafío á alguna potencia invisible.

...«Me encuentro débil en este momento, pero creo que no estoy del todo mal. Cuando salí de casa comprendí que mi enfermedad pasaría. A propósito: la casa de Potchinkoff está á dos pasos de aquí; voy á ver á Razumikhin... Que gane su apuesta... Que se divierta á mi costa; no importa... La fuerza es necesaria; sin ella nada se hace; pero la fuerza busca la fuerza; he aquí lo que ellos no saben»—afirmó con seguridad.—De minuto en minuto crecían su audacia y su confianza en sí mismo. Era un cambio completo el que se operaba en él.

No le costó trabajo encontrar la habitación de Razumikhin; en casa de Potchinkoff conocían al nuevo inquilino y el dvornik indicó en seguida á Raskolnikoff el cuarto de su amigo. Hasta la mitad de la escalera llegaba el ruido de la reunión que debía de ser numerosa y animada. La puerta estaba abierta de par en par y se oía el ruido de las voces.

La sala de Razumikhin era bastante grande; la reunión se componía de unas quince personas. Raskolnikoff se detuvo en la antesala; detrás del tabique había dos grandes samovars, botellas, platos y fuentes cargadas de pastas y de entremeses. Dos sirvientes de la patrona se agitaban en medio de todo aquello. Raskolnikoff hizo que llamasen á Razumikhin. Este se presentó muy contento. A la primera ojeada se adivinaba que había bebido con exceso, y aunque en general á Razumikhin le fuese imposible emborracharse, por esta vez probaba su exterior que no había estado muy comedido en la bebida.

—Escucha—comenzó á decir Raskolnikoff—, he venido con el solo objeto de decirte que, en efecto, has ganado la apuesta y que nadie puede decir «de este agua no beberé». En cuanto á entrar ahí, no; estoy muy débil;

apenas si puedo tenerme en pie. De modo que, buenas noches, y adiós. Mañana pásate por mi casa.

—¿Sabes tú lo que voy á hacer? A acompañarte. Según tu propia confesión, estás débil.

—¿Y tus invitados? ¿Quién es ese hombre de cabello rizado que acaba de entreabrir la puerta?

—¿Ese? ¿Quién lo sabe? Debe de ser un amigo de mi tío ó acaso un señor cualquiera que ha venido sin invitación... Los dejaré con mi tío; es un hombre inapreciable; siento que no puedas trabar conocimiento con él. Por lo demás, que el diablo se los lleve. Nada tengo que hacer con ellos ahora; necesito tomar el aire, de modo que has llegado á buen tiempo, amigo mío: dos minutos más tarde, hubiera caído sobre ellos. ¡Dicen tales estupideces! No puedes imaginarte de qué divagaciones suelen algunos hombres ser capaces. Digo, si puedes imaginártelo; ¿acaso nosotros no divagamos también? ¡Ea! que despachen sus tonterías; no siempre tendrán ocasión de colocarlas... Espera un momentito; voy á traer á Zosimoff.

El doctor acudió con extraordinario apresuramiento á ver á Raskolnikoff. Al echar la vista encima á su cliente, se manifestó en su rostro una gran curiosidad, que bien pronto se desvaneció.

—Es menester que se acueste usted en seguida—dijo al enfermo—, y debe usted de tomar alguna cosa para procurarse un sueño apacible. Aquí tiene usted estos polvos que yo he preparado hace poco. ¿Los tomará usted?

—Sí—respondió Raskolnikoff.

—Harás bien en acompañarlo—dijo Zosimoff dirigiéndose á Razumikhin—; veremos mañana cómo está; hoy no va mal. Ha cambiado mucho en poco tiempo. Cada día se aprende una cosa nueva...

—¿Sabes lo que Zametoff me decía hace un momento por lo bajo?—comenzó á decir con voz pastosa Razumikhin cuando los dos amigos estaban en la calle. Me recomendaba que hablase contigo por el camino, que te hiciera hablar y que le contase en seguida tus palabras, porque tiene la idea de que estás loco ó de que te encuentras á punto de estarlo. ¿Qué te parece? En primer lugar, tú eres tres veces más inteligente que él. En segundo lugar, puesto que no estás loco, puedes burlarte de su estúpida opinión, y en tercer lugar, ese zoquete, cuya especialidad es la cirugía, sólo tiene en la cabeza, desde hace algún tiempo, enfermedades mentales; pero la conversación que has tenido tú hoy con Zametoff, ha modificado por completo sus apreciaciones sobre tu persona.

—¿Zametoff te lo ha contado todo?

—Todo y ha hecho muy bien. He comprendido ahora toda la historia y Zametoff la ha comprendido también. ¡Vamos! Sí, en una palabra... El hecho es que... En este momento me encuentro un poco alegre... pero esto no significa nada... El hecho es que aquel pensamiento... ¿Comprendes? Aquel pensamiento había nacido, en efecto, en su espíritu; es decir, ninguno de ellos se atrevía á formularlo, porque era una cosa demasiado absurda, sobre todo desde que ha sido detenido ese pintor de brocha gorda, todo ello se ha desvanecido para siempre. Pero, ¿cómo son tan imbéciles? Aquí para entre nosotros, yo he dado algo de matraca á Zametoff; te suplico que no te des por entendido; he notado que es susceptible. Se ha hablado de eso en casa... pero actualmente todo está esclarecido. Fué principalmente ese Ilia Petrovitch quien se fundaba en tu desvanecimiento en la comisaría; pero á él mismo le dió vergüenza luego de semejante suposición; yo sé...

Raskolnikoff escuchaba con avidez. Bajo la influencia de la bebida Razumikhin hablaba sin tino.

—Yo me desvanecí entonces porque hacía mucho calor en la sala y porque el olor de la pintura me trastornó.

—Busca una explicación, pero no hay otra que la de la pintura: la inflamación estaba latente desde hacía un mes. Ahí está Zosimoff para decirlo. No puedes figurarte lo confuso que se siente ahora ese tonto de Zametoff: «Yo no valgo—dice—ni lo que el dedo pequeño de ese hombre.» Es de ti de quien habla de tal modo. Algunas veces tiene buenos sentimientos; pero la lección que le has dado hoy en el *Palacio de Cristal* es de primer orden. Has comenzado por meterle miedo, por hacerle temblar. Le hiciste pensar de nuevo en esa monstruosa tontería, y de repente le has mostrado que te burlabas de él. ¡Anda! ¡Chúpate esa! Perfectamente. Ahora está aplastado, anonadado. Verdaderamente eres un maestro y hacía falta lo que has hecho. Siento no haber estado allí. Zametoff está ahora en casa y hubiera querido verte. También desea tratarte Porfirio.

—¡Ah! ¿Ese también? Pero, ¿por qué se me consideraba como un loco?

—Como un loco precisamente, no. Amigo mío, yo creo que me he ido un poco de la lengua contigo. Lo que supongo que le ha preocupado más que nada es que sólo *eso* te interesa. Ahora comprende por qué te interesa eso: conociendo todas las circunstancias... sabiendo qué especie de enervamiento te ha causado *eso* y cómo tal cosa se relaciona con tu enfermedad... Estoy un poco borracho, amigo mío; cuanto puedo decirte, es que él tiene su idea... te lo repito, no sueña más que con enfermedades mentales; no, no tienes por qué inquietarte.

Durante medio minuto ambos guardaron silencio.

—Escucha Razumikhin—dijo Raskolnikoff.— Quiero hablarte con franqueza: vengo de casa de un muerto; el difunto era un funcionario... He dado allí todo mi dinero... y además de esto hace un instante he sido besado por una criatura que aun cuando yo hubiese matado á alguien... en una palabra, he visto allí también á una joven... con una pluma color de fuego, pero divago; estoy muy débil, sostenme... Aquí está la escalera.

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?—preguntó Razumikhin con inquietud.

—La cabeza que me da vueltas; pero esto no es nada; lo malo es que estoy tan triste, tan triste... como una mujer. Mira: ¿Qué es aquello? mira, mira...

—¿Qué he de mirar?

—¿No ves? Hay luz en mi cuarto, ¿no la estás viendo por la rendija?

Estaban en el rellano de la escalera, cerca de la puerta de la patrona, desde donde se podía advertir que, en efecto, en la habitación de Raskolnikoff había luz.

—Es extraño. Estará quizá en ella Anastasia—observó Razumikhin.

—No viene nunca á mi cuarto á esa hora. Además, se acuesta muy temprano; pero, ¿qué más da? Adiós.

—¡Eh! ¿qué dices? Te acompaño, vamos á subir juntos.

—Sé que subiremos juntos; pero quiero estrecharte la mano y decirte adiós aquí. Vamos, dame la mano. Adiós.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Tú serás testigo...

Mientras subían la escalera se le ocurrió á Razumikhin que Zosimoff tenía quizás razón.

—«Sin duda le he perturbado el espíritu con mi charla»—dijo para sí.

Cuando se acercaban á la puerta oyeron voces en la habitación.

—¿Qué es esto?—exclamó Razumikhin?

Raskolnikoff tiró de la puerta y la abrió de par en par, quedándose en el umbral como petrificado.

Su madre y su hermana sentadas en el sofá le esperaban hacía media hora. ¡Cuán de improviso le cogía la visita! ¿Cómo no había pensado en ello, cuando aquel mismo día se le había anunciado su llegada próxima inminente á San Petersburgo? Durante la media hora de espera, las dos mujeres no habían cesado de preguntar á Anastasia, que se encontraba aún delante de ellas. Ya la sirviente les había referido todos los pormenores posibles acerca de Raskolnikhoff. Al oir que el joven había salido aquel día de la casa, enfermo y seguramente en un acceso de fiebre, según decía Anastasia, Pulkeria Alexandrovna y Advotia Romanovna, espantadas, le creyeron perdido: ¡Qué de lágrimas vertieron! ¡Qué de angustias pasaron durante aquella media hora!

La aparición de Raskolnikoff fué saludada con gritos de alegría. Su madre y su hermana se lanzaron hacia él; pero el joven permaneció inmóvil y casi privado de sentido; había como helado todo su ser un pensamiento súbito é insoportable. Ni siquiera tuvo fuerza para abrir los brazos. Las dos mujeres le estrecharon contra su pecho, le cubrieron de besos, llorando y riendo al mismo tiempo; Raskolnikoff dió un paso y cayó desvanecido al suelo.

Alarma, gritos de terfor, gemidos. Razumikhin, que se había quedado en el umbral, se precipitó en la sala, cogió al enfermo en sus vigorosos brazos y en un abrir y cerrar de ojos le echó en el sofá.

—No es nada, no es nada—dijo á la madre y á la hermana.—Esto es un desvanecimiento, no tiene importancia. El médico decía hace un momento que iba mucho mejor, que estaba casi restablecido. ¡Agua! ¡Vamos! ya recobra el conocimiento. Ya vuelve en sí.

Y al decir esto apretaba con inconsciente rudeza el brazo de Advotia obligándola á inclinarse sobre el sofá para comprobar que, en efecto, su hermano volvía en sí. A los ojos de la madre y de la hermana, que le miraban enternecidas, Razumikhin aparecía como una verdadera Providencia.

Anastasia les había contado ya qué pruebas había dado de cariño á Raskolnikoff, durante su enfermedad, aquel joven «desenvuelto», según expresión de la criada, en la conversación íntima que había tenido con Advotia y Pulkeria Alexandrovna.

TERCERA PARTE

I

Raskolnikoff se incorporó y se sentó en el diván, é invitando con una leve seña á Razumikhin á que suspendiese el curso de su elocuencia consoladora, cogió por la mano á su hermana y á su madre y las contempló alternativamente durante dos minutos, sin decir palabra. Había en su mirada, impregnada de dolorosa sensibilidad, algo de fijo y de insensato. Pulkeria Alexandrovna, asustada, se echó á llorar.

Advotia Romanovna estaba pálida y le temblaba la mano que su hermano tenía cogida.

—Volveos á casa con éste—dijo Raskolnikoff con voz entrecortada, señalando á Razumikhin.—Mañana, mañana... todo. ¿Cuándo habéis llegado?

—Esta noche—respondió Pulkeria Alexandrovna.—El tren traía mucho retraso. Ahora, hijo mío, por nada del mundo consentiría en separarme de ti. Pasaré la noche á tu lado...

—¡No me atormentéis!—replicó Raskolnikoff con cierta irritación.

—Yo me quedaré aquí con él—saltó vivamente Razumikhin—; no le dejaré ni un minuto, y que se vayan al

diablo mis convidados. Que se incomoden, si quieren. Además, allí está mi tío para hacer el papel de anfitrión.

—¡Cómo darle á usted las gracias! — Empezó á decir Pulkeria Alexandrovna, estrechando de nuevo las manos de Razumikhin; pero su hijo le atajó la palabra.

—No puedo, no puedo...— repitió con tono irritado —; no me atormentéis más. ¡Basta, idos; no puedo!...

—Retirémonos, mamá—indicó en voz baja Advotia, inquieta—; salgamos de la habitación, por lo menos, un instante; está visto que nuestra presencia le atormenta.

—¿Será posible que no pueda estar un momento con él, después de tres años de separación?—gimió Pulkeria Alexandrovna.

—Esperad un poco—dijo Raskolnikoff.— Me interrumpís, y pierdo el hilo de mis ideas... ¿Habéis visto á Lujin?

—No; pero ya tiene noticias de nuestra llegada. Sabemos que ha tenido la bondad de venir á verte hoy—añadió con cierta timidez Pulkeria Alexandrovna.

—Sí. Ha tenido esa bondad... Advotia, y yo le he dicho que iba á tirarle por la escalera...

—¿Qué dices, hijo?... Pero, ¿tú? ¿tú?... No es posible— comenzó á decir la madre, asustada; pero una mirada dirigida á su hija le impidió continuar.

Advotia Romanovna, con los ojos fijos en su hermano, esperaba á que éste se explicase más extensamente. Informadas de la querella por Anastasia, que la había contado á su manera, y según la entendió, las dos señoras se encontraban perplejas.

—Advotia—prosiguió, haciendo un esfuerzo, Raskolnikoff—yo, me opongo á ese matrimonio; por consiguiente, despide mañana á Lujin, y que no se vuelva á hablar más de él.

—¡Dios mío!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

—Hermano mío, piensa un poco en lo que dices—observó con vehemencia Advotia Romanovna; pero en seguida se contuvo.— No te encuentras ahora en estado normal: estás fatigado —dijo con tono cariñoso.

—¡Que deliro! ¿No es eso?... No... te equivocas; tratas de casarte con Lujin por mí; pero yo no acepto ese sacrificio. Así, pues, mañana le escribes una carta rompiendo tu compromiso; me la lees á primera hora, la mandas, y asunto concluído.

—Yo no puedo hacer eso—exclamó la joven, un tanto mortificada.—Con qué derecho...

—Advotia, también tú te exaltas. Hasta mañana... ¿Pero no estás viendo? — balbuceó la madre con temor, dirigiéndose á su hija.—Vámonos, vamos. Será lo mejor.

—No sabe lo que dice— exclamó Razumikhin con voz que denunciaba su embriaguez —; de lo contrario, no se permitiría... Mañana será razonable... Hoy, en efecto, ha puesto de patitas en la calle á ese sujeto; el buen señor se ha incomodado. Estuvo aquí perorando, exponiendo sus teorías. Después se marchó con las orejas gachas.

—¿De modo que es verdad?—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

—Hasta mañana—dijo con tono compasivo Advotia. Vámonos, mamá... Adiós, hermano.

—El joven hizo un último esfuerzo para dirigir á Advotia algunas palabras.

—Oyeme; no deliro. Ese matrimonio sería una infamia. Que yo sea un infame, bueno... Tú, tú no debes serlo... Basta con uno... Pero, por miserable que yo sea, renegaría de ti, si contrajeses esa unión. O yo, ó Lujin. Idos.

—Pero, ¿has perdido el juicio? ¡Eres un déspota!—vociferó Razumikhin.

Raskolnikoff no respondió; quizá no se hallaba en es-

tado de responder. Agotadas sus fuerzas, se extendió en el diván, echándose del lado de la pared.

Advotia Romanovna miró á Razumikhin con ojos brillantes, en los que se pintaba la curiosidad.

El estudiante tembló ante aquella mirada.

Pulkeria Alexandrovna sentíase en el colmo de la consternación.

—No me resuelvo á irme—murmuró, trémula, al oído de Razumikhin.— Me quedaré aquí, en cualquier parte... Llévese usted á Advotia.

—Y lo echarán ustedes á perder todo—respondió, también en voz baja Razumikhin fuera de sí.— Salgamos, á lo menos, de la sala. Anastasia, alúmbranos. Juro á ustedes—continuó á media voz cuando estuvieron en la escalera—que hace poco ha estado á punto de pegarnos al doctor y á mí. Figúrese usted, ¡al doctor!... Por otra parte, es imposible que deje usted sola á Advotia Romanovna en el cuarto de alquiler que han tomado ustedes. Piense usted la especie de casa que es en la que se han alojado ustedes. Ese pillo de Pedro Petrovitch (Lujin), ¿no podía haber encontrado una más decente?... Yo, es verdad, he bebido un poco, y ahí tiene usted por qué mis expresiones son bastante vivas... No hagan ustedes caso.

—Pues bien—replicó Pulkeria Alexandrovna.—Voy á ver á la patrona de mi hijo, y á suplicarle que nos deje pasar esta noche en cualquier rincón. No puedo dejarle en tal estado; no puedo...

Hablaban en el rellano de la escalera correspondiente á la habitación de la patrona; Anastasia estaba en el último escalón, con la luz en la mano. Razumikhin se hallaba algo bebido. Un poco antes, cuando acompañó á Raskolnikoff á su casa, hablaba por los codos, como él mismo había reconocido; pero tenía la cabeza fuerte y des-

pejada, no obstante la enorme cantidad de vino que acababa de beber. Ahora se hallaba sumido en una especie de éxtasis, y la influencia excitante del alcohol obraba doblemente sobre él. Había cogido á las dos señoras, á cada una por una mano, y las arengaba con un lenguaje de una desenvoltura asombrosa; sin duda, para convencerlas más eficazmente, apoyaba á cada una de sus palabras con formidable presión las falanges de sus interlocutoras. Al propio tiempo, con el mayor descaro, devoraba con los ojos á Advotia Romanovna.

A veces, vencidas por el dolor, las pobres mujeres trataban de separar sus dedos, aprisionados en aquellas manos gruesas y huesosas; pero él no hacía caso, y continuaba apretando, sin cuidarse de que las hacía daño. Si le hubieran pedido que se tirase de cabeza por el vano de la escalera, no habría vacilado un segundo en obedecerlas. Pulkeria Alexandrovna se hacía cargo de que Razumikhin era muy excéntrico, y, sobre todo, de que tenía unos puños terribles; pero, con el pensamiento puesto en su hijo, no quería parar mientes en las extrañas maneras del joven, que era en aquel momento una Providencia para ellas.

Por su parte, Advotia Romanovna, aunque participaba de las preocupaciones de su madre, y aunque no tenía nada de tímida, miraba con sorpresa, y aun con algo de inquietud, las ardientes miradas que le dirigía el amigo de su hermano. A no ser por la confianza sin límites que los relatos de Anastasia le habían inspirado á propósito de aquel hombre singular, no hubiera resistido á la tentación de echar á correr, llevándose á su madre con ella. Comprendía, sin embargo, también que en aquel momento el joven les hacía mucha falta. Esto no obstante, la joven se sintió tranquila al cabo de diez minutos; cual-

quiera que fuese la disposición de ánimo en que se encontrase Razumikhin, una de las propiedades de su carácter era la de revelarse por completo á primera vista, de suerte que en seguida sabía uno á qué atenerse respecto de él.

—Usted no puede solicitar eso de la patrona; sería el colmo de lo absurdo—contestó vivamente á Pulkeria Alexandrovna.—Usted es la madre de Raskolnikoff y conoce su carácter; si usted se queda, va á exasperarle, y sabe Dios lo que puede ocurrir. Escuchen ustedes lo que yo les propongo: Anastasia va á quedarse ahora con él, y yo las acompañaré á ustedes á su casa, porque en San Petersburgo es una imprudencia que anden de noche dos mujeres solas por la calle. Después de haber acompañado á ustedes, yo volveré aquí de dos zancadas, y un cuarto de hora después doy á ustedes mi palabra de honor de que iré allá de nuevo y les contaré todo: cómo está, si duerme, etc. En seguida, escuchen ustedes, en seguida, echo á correr á mi casa; hay mucha gente en ella. Mis invitados están ebrios. Echaré el guante á Zosimoff. Se halla ahora en mi casa; pero no está borracho: no bebe jamás. Lo llevaré á ver al enfermo, y de allí á casa de ustedes. En el espacio de una hora recibirán ustedes, por consiguiente, noticias de su hijo: primero, por mí, y después, por el mismo doctor, que es hombre serio. Si Raskolnikoff está mal, juro á usted que la traeré otra vez aquí; si está bien, se acostará usted. Yo pasaré toda la noche en el vestíbulo; él no lo sabrá. Haré que el médico se acueste en casa de la patrona, para tenerle á mano, si fuese necesario. Creo que en estos momentos la presencia del médico puede ser más útil á Raskolnikoff que la de usted. Así es que vamos á su casa. En cuanto á quedarse en la de la patrona, es imposible; yo puedo, pero ustedes,

no; no consentiría en dar á ustedes posada, porque... porque es tonta. Si lo quieren ustedes saber, me ama; tendría celos de Advotia Romanovna, y de usted también...; pero, de seguro, de Advotia Romanovna. Es un carácter muy extraño. Yo también soy un imbécil. Vamos, vengan ustedes. Tienen ustedes confianza en mí, ¿verdad? ¿La tienen ustedes? Sí ó no.

—Vamos, mamá—dijo Advotia Romanovna—; lo que promete, lo hará, de seguro. A sus cuidados debe mi hermano la vida; y si el doctor consiente, en efecto, en pasar aquí la noche, ¿qué más podemos desear?

—Usted me comprende, porque es usted un ángel—dijo con exaltación Razumikhin.—Vamos, Anastasia, sube en seguida con la luz, y quédate á su lado. Vuelvo dentro de un cuarto de hora.

Razumikhin hizo que las dos damas se cogieran de sus brazos, y, en parte de grado, y en parte por fuerza, las obligó á bajar la escalera.

La madre no dejaba de estar inquieta.

«Seguramente sabe lo que hace; está bien dispuesto con nosotras; pero, ¿podremos confiar en sus promesas en el estado en que se encuentra?»

El joven adivinó aquel pensamiento.

—¡Ah! comprendo. Usted me cree bajo la influencia de la bebida—dijo andando á grandes pasos por la acera, sin advertir que apenas podían seguirle las dos señoras.—Esto no significa nada... he bebido como un bruto; pero no se trata de tal cosa. No es el vino lo que me embriaga. En cuanto he visto á ustedes he recibido como un golpe en la cabeza... No me hagan ustedes caso, no digo más que tonterías, soy indigno de ustedes. En extremo indigno... En cuanto las lleve á ustedes á su casa, iré al canal aquí cerca y me echaré un cubo de agua por la

cabeza. Si usted supiese lo que yo las quiero á ustedes... No se rían, ni se incomoden... Enfádense ustedes con todo el mundo menos conmigo. Yo soy amigo de Raskolnikoff, y, por consiguiente, de ustedes. Presentía el año pasado lo que ahora está sucediendo; hubo un momento... No, yo no presentía nada de esto, puesto que ustedes, por decirlo así, han caído del cielo; pero no dormiré en toda la noche... Zosimoff temía hace poco que se volviese loco. He aquí por qué no conviene enfadarle.

—¿Qué dice usted?—exclamó la madre.

—¿Es posible que el doctor haya dicho eso?—preguntó Advotia Romanovna aterrada.

—Eso ha dicho, pero se engaña, se engaña como un chino. Le ha recetado un medicamento, unos polvos, pero... ya hemos llegado... Hubieran ustedes hecho mejor en venir mañana. Hemos tenido razón en retirarnos. Dentro de una hora Zosimoff vendrá á darle á usted noticias de su salud. No está ebrio; yo tampoco lo estaré. Pero, ¿porque estoy yo tan excitado? ¡Me han hecho discutir tanto esos malditos! Había jurado no tomar parte en esas discusiones. ¡Dicen tantas tonterías! Un poco más y me agarro con ellos. He dejado allí á mi tío para que presida la reunión... ¿Creerán ustedes que son partidarios de la impersonalidad completa y para ellos el supremo progreso es parecerse lo menos posible á sí mismos? A los rusos nos ha complacido vivir de ideas ajenas; ya estamos saturados de ellas. ¿Es verdad, es verdad lo que digo?—gritó Razumikhin apretando las manos de las dos señoras.

—¡Oh, Dios mío! yo no sé—dijo la pobre Pulkería Alexandrovna.

—Sí, sí, aunque yo no estoy de acuerdo con ustedes

en todas sus opiniones—añadió con tono grave Advotia Romanovna.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando lanzó un grito de dolor provocado por un enérgico apretón de manos de Razumikhin.

—¿Sí? ¿usted, dice que sí? Usted, es, usted es—vociferó el joven entusiasmado...—usted es una fuente de bondad, de pureza, de razón y de perfección. Deme usted la mano..., deme usted también la suya; quiero besar las manos á ustedes. Aquí mismo, en seguida, de rodillas.

Se arrodilló en medio de la calle, que por fortuna estaba desierta en aquel momento.

—¡Basta! ¡por Dios! ¿qué hace usted?—exclamó Pulkeria Alexandrovna alarmada ante la actitud del estudiante.

—¡Levántese usted, levántese usted!—dijo Advotia, que aunque se reía no dejaba de estar también inquieta.

—¡De ninguna manera, si no me dan ustedes las manos! ¡Basta! Ya me he levantado. Vamos. Soy un desgraciado imbécil indigno de ustedes, y en este momento trastornado por la bebida... Me avergüenzo... Soy indigno de amar á ustedes... pero inclinarse, prosternarse delante de ustedes, es el deber de cualquiera que no es un bruto completo. Por eso me he prosternado yo... Esta es la casa. Aunque no sea más que por esto, ha hecho bien Raskolnikoff en poner en la calle la otra vez á Pedro Petrovitch. ¡Cómo se ha atrevido á alojarlas á ustedes aquí! Esto es escandaloso ¿Saben ustedes qué clase de gente vive aquí? ¿Y usted es su prometida? ¿Sí? Pues bien. Después de esto declaro que su futuro esposo de usted es un tunante.

—Escuche usted, señor Razumikhin—comenzó á decir Pulkeria Alexandrovna.

—Sí, sí, tiene usted razón. Yo me he olvidado—dijo excusándose el joven—; pero... pero usted no tomará á mala parte mis palabras. He hablado así, porque soy franco y no porque... hum... sería innoble; en una palabra, no es porque á usted yo... hum... no me atrevo á acabar... Pero antes, cuando su visita, hemos comprendido todos que ese hombre no era de nuestro mundo. ¡Vamos! ¡Basta!, todo está perdonado. ¿No es cierto que usted me ha perdonado? ¡Ea! ¡adelante! Conozco este corredor. He estado aquí ya; ahí en el número tres hubo una vez un escándalo... ¿Cuál es el cuarto de ustedes? ¿Qué número? ¿ocho? Harán ustedes muy bien encerrándose en su cuarto por la noche, y no dejando entrar á nadie. Dentro de un cuarto de hora, traeré noticias, y media hora después me verán ustedes volver con Zosimoff; escapo.

—¡Dios mío! Advotia, ¿qué va á ocurrir?—dijo ansiosamente Pulkeria Alexandrovna á su hija.

—Tranquilízate mamá—respondió Advotia, quitándose el chal y el sombrero.— Dios mismo nos ha enviado á ese señor; aunque venga de una orgía se puede contar con él. Se lo aseguro... y lo que ha hecho por mi hermano...

—¡Ah! ¡hijo mío! ¡Dios sabe si volverá! ¡Cómo he podido resolverme á dejar á tu hermano!... ¡Cuán de otra manera pensaba encontrarle! ¡Qué recibimiento nos ha hecho! ¡Cualquiera diría que le disgustaba nuestra venida!

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No, no es eso mamá, no lo has visto bien, estás llorando siempre. Acaba de sufrir una grave enfermedad y esa es la causa de todo.

—¡Ah! ¡Esa enfermedad! ¡Qué resultará de todo esto! ¡Cómo te ha hablado!—siguió diciendo la madre, procurando tímidamente leer en los ojos de la joven, y sin-

tiéndose casi consolada porque Advotia tomaba la defensa de su hermano, y, por consiguiente, le había perdonado.—Bien sé que mañana será de otra opinión—añadió, queriendo llevar su investigación hasta el fin.

—Pues yo estoy cierta de que mañana dirá lo mismo, respecto de ese asunto...—replicó Advotia Romanovna.

La cuestión era tan delicada que Pulkeria Alexandrovna no se atrevió á proseguir la conversación. Advotia fué á besar á su madre. Esta sin decir nada la estrechó fuertemente entre sus brazos. Después se sentó y esperó con cruel impaciencia la llegada de Razumikhin, mirando tímidamente á su hija, que pensativa y con los brazos cruzados se paseaba de un lado á otro de la habitación. Era una costumbre en Advotia Romanovna pasearse así cuando tenía alguna preocupación, y en tales casos, su madre se guardaba muy bien de interrumpirla.

Razumikhin, algo chispo y enamorándose repentinamente de Advotia Romanovna, se prestaba ciertamente al ridículo. Sin embargo, contemplando á la joven, sobre todo ahora que pensativa y triste se paseaba por la habitación con los brazos cruzados, quizá muchos habrían disculpado al estudiante, sin necesidad de invocar en descargo suyo la circunstancia atenuante de la embriaguez. El exterior de Advotia Romanovna merecía atraer la atención: alta, fuerte, notablemente bien formada, demostraba en cada uno de sus ademanes una confianza en sí misma que por otra parte no quitaba gracia ni delicadeza á sus movimientos. Se parecía á su hermano, pero de ella podía decirse que era una belleza. Tenía el cabello castaño, algo más claro que los de Raskolnikoff. Sus ojos, casi negros, denotaban orgullo; pero en ocasiones demostraban extraordinaria bondad. Era pálida, pero su palidez no tenía nada de enfermizo; su rostro resplande-

cía de frescura y de salud. Tenía la boca bastante pequeña, y el labio inferior de subido color rojo avanzaba un poco, lo mismo que la barba. Esta irregularidad, la única que se notaba en su hermoso rostro, le daba una expresión particular de firmeza y casi de altanería. Su fisonomía era de ordinario más bien grave y pensativa que alegre.

En cambio, ¡qué encanto el de aquella cara habitualmente seria cuando venía á animarla una risa alegre y juvenil! Razumikhin no había visto jamás nada semejante; era ardiente, sincero, honrado, un poco candoroso. Además, fuerte como un luchador antiguo y entonces exaltado por el vino. En estas condiciones se explica perfectamente el *coup de foudre*.

Además, quiso la suerte que viese por primera vez á Advotia en un momento en que la ternura y la alegría de volver á ver á Raskolnikoff habían en cierto modo transfigurado el semblante de la joven. La vió después, soberbia de indignación ante las insolentes órdenes de su hermano y no pudo contenerse.

Por lo demás, había dicho verdad cuando en su charla de borracho dejó traslucir que la excéntrica patrona de Raskolnikoff, Praskovia Pavlona, tendría celos, no sólo de Advotia Romanovna, sino hasta de la misma Pulkeria Alexandrovna. Aunque ésta tenía cuarenta y tres años, conservaba restos de su antigua belleza, y parecía además mucho más joven de lo que era en realidad, particularidad que se observa en las mujeres que han conservado hasta las fronteras de la vejez la claridad de su espíritu, la frescura de las impresiones, el puro y honrado calor del corazón. Comenzaban ya á blanquearle los cabellos y aun á faltarle; advertíanse ya, desde hacía algún tiempo, algunas arrugas en derredor de los ojos; los cuidados y

los disgustos habían demacrado sus mejillas; mas, á pesar de todo, su rostro era bello. Era el retrato de Advotia con veinte años más y sin lo prominente del labio inferior que caracterizaba la fisonomía de la joven. Pulkeria Alexandrovna tenía alma sensible, pero sin llegar á la sensiblería. Naturalmente tímida y dispuesta á ceder, sabía, sin embargo, detenerse en el camino de las concesiones, siempre que su honradez, sus principios y sus convicciones arraigadas se lo exigían.

A los veinte minutos justos de salir Razumikhin, sonaron en la puerta dos leves golpes: el joven estaba ya de vuelta.

—No entraré, no tengo tiempo—se apresuró á decir en cuanto abrieron.— Duerme como un bienaventurado, su sueño es muy tranquilo, y quiera Dios que se pase así durmiendo diez horas seguidas. Anastasia está á su lado; tiene orden de permanecer allí hasta que yo vuelva. Ahora voy á buscar á Zosimoff, vendrá á dar á ustedes sus informes, y en seguida á acostarse, porque bien veo que se están cayendo ustedes de fatiga. Apenas hubo acabado de decir estas palabras, echó á correr por el corredor.

—¡Qué joven tan simpático y tan cariñoso—exclamó Pulkeria Alexandrovna muy alegre.

—Parece que es muy bueno—contestó Advotia—y comenzó á pasearse de nuevo por la habitación.

Sobre poco más ó menos, una hora más tarde sonaron pasos en el corredor y llamaron de nuevo á la puerta. Ahora las dos mujeres esperaban con entera confianza el cumplimiento de la promesa que les había hecho Razumikhin: volvió éste, en efecto, acompañado de Zosimoff. El doctor no había vacilado en dejar inmediatamente el banquete para ir á visitar á Raskolnikoff; pero no sin trabajo se decidió á ir á casa de las señoras, porque

apenas daba crédito á las palabras de su amigo, que le parecía haber dejado una parte de su razón en el fondo de los vasos. Sin embargo, muy pronto se sintió satisfecho y aun halagado en su amor propio de doctor. Zosimoff comprendió que era, en efecto, escuchado como un oráculo.

Durante los diez minutos que duró la visita, logró tranquilizar por completo á Pulkeria Alexandrovna. Manifestó gran interés por el enfermo, expresándose con reserva y seriedad extremadas, como suelen los médicos de veintisiete años en circunstancias graves. No se permitió la más leve digresión fuera de su asunto, ni manifestó el menor deseo de entablar otra especie de relaciones con sus interlocutoras que las meramente profesionales. Habiendo advertido desde que entró la belleza de Advotia, se esforzaba en no prestar ninguna atención á la joven, dirigiéndose exclusivamente á Pulkeria Alexandrovna.

Todo esto le producía un indecible contento interior. En lo concerniente á Raskolnikoff, declaró que le encontraba en un estado muy satisfactorio. Según su opinión, la enfermedad de su cliente dependía, en parte, de las malas condiciones en que éste había vivido durante algunos meses; pero era originada también por otras causas de carácter moral.

—Es, por decirlo así, producto complejo de influencias múltiples, bien físicas, bien psicológicas, tales como preocupaciones, cuidados, temores, inquietudes, sueños, etc. Habiendo advertido sin manifestarlo, que Advotia Romanovna le escuchaba con marcada atención, Zosimoff desarrolló con gusto este tema.

Como Pulkeria Alexandrovna le preguntase con voz tímida é inquieta si había advertido algún síntoma de locura en su hijo, Zosimoff respondió con tranquila y

franca sonrisa, que se había exagerado el alcance de sus palabras, que, sin duda, había echado de ver en el enfermo una idea fija, algo así como monomanía, tanto más cuanto que él, Zosimoff, estudiaba ahora de una manera especial esta rama tan interesante de la Medicina. Pero—añadió—es menester considerar que hasta aquí el enfermo ha estado delirando casi constantemente, y de seguro la llegada de su familia será para él una distracción, contribuirá á devolverle fuerzas y ejercerá sobre él una acción saludable... si se pueden evitar nuevas sacudidas—dijo con tono significativo. Levantándose después, y saludando á la vez ceremonioso y cordial, salió seguido de acciones de gracias, de bendiciones y de efusiones de reconocimiento. Advotia Romanovna le tendió su linda mano que el médico no había tratado de estrechar. En una palabra, el doctor se retiró encantado de su visita, y más encantado todavía de sí mismo.

—Mañana hablaremos. Ahora acuéstense ustedes en seguida; ya es tiempo de que descansen—ordenó Razumikhin, saliendo con Zosimoff.—Mañana á primera hora vendré á dar á ustedes noticias.

—¡Qué encantadora joven es esta Advotia Romanovna—observó con acento sincero Zosimoff cuando ambos estuvieron en la calle.

—¿Encantadora? ¿Encantadora has dicho?—rugió Razumikhin lanzándose sobre el doctor y agarrándole por el cuello.—Si te atreves... ¿Me entiendes? ¿Me entiendes? —gritó apretándole la garganta y arrojándole contra la pared— ¿Me entiendes?

—Déjame. ¡Demonio de borracho!—dijo Zosimoff tratando de soltarse de las manos de su amigo. Cuando Razumikhin le soltó, miróle fijamente y soltó una carcajada.

El estudiante permanecía en pie delante de él con los brazos caídos y la cara triste.

—Es verdad, soy un borrico—dijo con aire sombrío—; pero tú también, tú eres otro asno.

—No, amigo, yo no lo soy. No sueño con tonterías.

Continuaron su camino sin decir una palabra, y únicamente cuando llegaron cerca de la casa de Raskolnikoff, Razumikhin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha—dijo á Zosimoff—, tú eres un buen muchacho, pero tienes una variada colección de vicios; eres un voluptuoso, un innoble sibarita. Te gusta la comodidad, engordas y de nada te privas. Te digo, pues, que esto es innoble, porque conduce derechamente á las mayores suciedades. Siendo, como eres afeminado, no comprendo de qué manera puedes ser un buen médico, y además un médico celoso. ¡Duerme sobre colchones de plumas (¡un médico!), y se levanta para ir á visitar á un enfermo! Tres años estarían llamando á tu puerta y no dejarías la cama. Pero no se trata de esto; lo que yo quería decirte es lo siguiente: voy á dormir en la cocina; tú pasarás la noche en la habitación de la patrona; he podido, no sin trabajo, obtener su consentimiento; será una ocasión para ti de trabar íntimo conocimiento con ella. No es lo que tú piensas. No hay semejante cosa.

—Pero si yo no pienso nada.

—Es, amigo mío, una criatura púdica, silenciosa, tímida, de una castidad á toda prueba, y además tan sensible, tan tierna... Líbrame de ella, te lo suplico por todos los diablos. Es muy agradable... Pero al presente estoy satisfecho. Pido un substituto.

Zosimoff se echó á reir de muy buena gana.

—Harto se ve que te has excedido; no sabes lo que dices. ¿Por qué he de hacerle la corte?

—Te aseguro que no te costará trabajo conquistar sus gracias. Te basta con charlar con ella de cualquier cosa. Basta con que te sientes cerca de ella y la hables. Además eres médico. Empieza por curarle algo. Te juro que no tendrás de qué arrepentirte. Tiene un clavicordio; yo, como sabes, canto algo. Le he cantado una cancioncilla rusa: «Mis ojos vierten llanto ardoroso»... le gustan mucho las melodías sentimentales. Ese fué mi punto de partida; pero tú eres un verdadero profesor en el piano, una especie de Rubinstein... Te aseguro que no te pesará.

—Pero ¿á qué viene todo esto?

—Por lo visto yo no sé explicarme. Os conozco perfectamente al uno y al otro. No es solamente hoy cuando he pensado en ti. Tú acabarás de ese modo. ¿Qué te importa que sea más pronto ó más tarde. Aquí, amigo mío, tendrás lecho de pluma y algo mejor. Encontrar el puerto, el refugio, el fin de las agitaciones, tortas excelentes, sabrosos pasteles de pescado, el *samovar* por la tarde, el calentador por la noche; estarás como muerto, y, sin embargo, vivirás: doble ventaja; pero basta de charla, es hora de acostarse. Oye, me sucede á veces despertarme por la noche; en tal caso iré á ver cómo sigue Raskolnikoff; si me oyes subir no te inquietes. Si te sale de adentro, puedes ir á verle una vez siquiera; si adviertes en él algo extraordinario, convendrá que me despiertes. Creo, sin embargo, que no será menester.

II

Al día siguiente, á las siete dadas, Razumikhin se despertó preocupado por pensamientos que jamás habían turbado su existencia. Se acordó de todos los incidentes de la noche y comprendió que había experimentado una impresión muy diferente de cuantas sintiera hasta entonces. Comprendía al propio tiempo, que el sueño que había atravesado su cabeza, era de todo punto irrealizable. Aquella quimera le pareció de tal modo absurda, que tuvo vergüenza de pensar en ella. Así es que se apresuró á pasar á otras cuestiones más prácticas, que en cierto modo le había legado la maldita jornada de la víspera.

Lo que más le entristecía era haberse presentado el día anterior como un perdido; no solamente le habían visto ebrio, sino abusando de las ventajas que su posición de bienhechor le daba sobre una joven obligada á recurrir á él; además había vilipendiado por un sentimiento de estúpidos y repentinos celos al pretendiente de aquella joven, sin saber qué clase de relaciones existían entre ella y él, y sin conocer á punto fijo lo que era el tal señor. ¿Con qué derecho juzgaba tan temerariamente á Pedro Petrovich? ¿Quién le preguntaba su opinión? Por otra parte, una persona como Advotia Romanovna, ¿podía casarse por interés con un hombre indigno de ella? Sin duda que Pedro Petrovich Lujin tenía algún mérito.

Claro es que existía la cuestión del alojamiento; pero ¿qué motivos tenía Lujin para saber lo que era aquella casa? Además, las dos señoras se albergaban allí provisionalmente mientras se les preparaba otra vivienda. ¡Oh, qué miserable era todo ello! ¿Podría justificarse alegando su embriaguez? Tan necia excusa le envilecía más. La verdad está en el vino, y he aquí que bajo la influencia del vino, había revelado toda la verdad, es decir, la bajeza de un corazón groseramente celoso. ¿Le estaba permitido tal sueño á Razumikhin? ¿Qué era él comparado con aquella joven, él, el borracho charlatán y brutal de la víspera? ¿Qué cosa más aborrecible y más ridícula á la vez que la idea de una aproximación entre dos seres tan distintos?

El joven, avergonzado de tan loco pensamiento, se acordó de repente de haber dicho la noche anterior en la escalera que le amaba la patrona y que ésta tendría celos de Advotia Romanovna. Tal recuerdo le llenó de confusión. Era demasiado. Descargó un puñetazo sobre el fogón, se hizo daño en la mano y rompió un ladrillo.

«No hay duda—murmuró al cabo de un rato con profunda humillación—; ya está hecho, y no hay medio de borrar tantas torpezas... Inútil es pensar en ellas; me presentaré sin decir nada. Cumpliré silenciosamente con mi deber y no daré excusas, me callaré. Ahora es demasiado tarde y el mal está hecho.»

Puso, sin embargo, particular esmero en arreglarse; no tenía más que un traje, y aunque hubiese tenido muchos, quizás se hubiera puesto el de la víspera «á fin de no parecer que se había arreglado ex profeso...» Sin embargo, un abandono cínico hubiese sido de muy mal gusto. No tenía derecho á herir los sentimientos ajenos, sobre todo cuando se trataba de personas que necesitaban de él y que le habían suplicado que fuese á verlas; de consiguien-

te, cepilló con gran cuidado su ropa; en cuanto á la interior, Razumikhin no la podía sufrir sucia.

Habiendo encontrado el jabón de Anastasia, se lavó concienzudamente la cabeza, el cuello, y, particularmente, las manos. Después de vacilar si se afeitaría ó no (Praskovia Pavlona, poseía excelentes navajas, herencia de su difunto marido Zarnitzin), resolvió la cuestión negativamente, y con cierta brusca irritación, dijo para sí: «no, me quedaré como estoy. Se figurarían quizá que me había afeitado para... ¡De ninguna manera!»

Estos monólogos fueron interrumpidos por la llegada de Zosimoff, el cual, después de haber pasado la noche en casa de Praskovia Pavlona, entró un instante en la suya, y venía ahora á visitar al enfermo. Razumikhin le dijo que Raskolnikoff dormía como una marmota; Zosimoff prohibió que se le despertara y prometió volver entre diez y once.

—Con tal que esté en su cuarto cuando vuelva—añadió—; con un cliente tan dado á las fugas, no se puede tener seguridad de encontrarle. ¿Sabes si va á ir á verlas ó si vendrán ellas?

—Presumo que vendrán — respondió Razumikhin, comprendiendo por qué se le hacía esta pregunta—; tendrán, sin duda, que ocuparse de negocios de familia. Yo me iré. Tú, en tu calidad de médico, tienes, naturalmente, más derecho que yo.

—Yo no soy un confesor. Además, tengo otras cosas que hacer que no son escuchar sus secretos; yo también me iré.

—Me inquieta una cosa—repuso Razumikhin frunciendo el entrecejo.—Ayer estaba ebrio, y mientras acompañaba aquí á Raskolnikoff, no pude contener la lengua: entre otras tonterías, le dije que temías en él una predisposición á la locura.

—Lo mismo le dijiste á las señoras.

—Sí, una tontería. Pégame si quieres. Pero aquí, entre nosotros, sinceramente, ¿cuál es tu opinión respecto de mi amigo?

—¿Qué quieres que te diga? Tú mismo, cuando me llevaste á su casa me lo presentaste, diciéndome que era un monomaniaco... Ayer le encontramos algo trastornado, y digo que le encontramos, porque fuiste tú el que con tu relato acerca del pintor de paredes causaste su exaltación; bonita conversación para sostenida delante de un hombre cuyo trastorno intelectual procede quizá de ese asunto; si hubiese tenido yo conocimiento, con toda clase de pormenores, de la escena ocurrida en la oficina de policía; si hubiese sabido yo que Raskolnikoff había sido blanco de las sospechas de un miserable, desde la primera palabra te hubiera impedido que hablases. Estos monomaniacos convierten en Océano una gota de agua; las quimeras de su imaginación se les presentan como realidades... La mitad de lo que le sucede me lo explico ahora, gracias á lo que Zametoff nos contó anoche. A propósito de ese Zametoff, te diré que me parece un buen muchacho; pero ayer anduvo poco acertado en decir lo que dijo. Es un hablador terrible.

—Pero, ¿á quién le ha hablado de eso? A ti y á mí.

—Y á Porfirio.

—¿Y qué importa que se lo haya contado á Porfirio?

—Bueno, ya hablaremos de eso. ¿Tienes alguna influencia con la madre y la hermana? Harán muy bien en ser hoy con Raskolnikoff muy circunspectas.

—Se lo diré—respondió con aire contrariado Razumikhin.

—Hasta la vista. Da las gracias de mi parte á Praskovia Pavlona por su hospitalidad. Se encerró en su habi-

tación, y aunque le di gritando las buenas noches al través de la puerta, no respondió. Sin embargo, á las siete de la mañana ya estaba levantada; he visto en el corredor que le llevaban el samovar de la cocina... No se ha dignado admitirme á su presencia.

A las nueve en punto Razumikhin llegaba á la casa Bakaleieff. Las dos señoras le esperaban desde hacía bastante tiempo con febril impaciencia. Se habían levantado antes de las siete. Entró sombrío, saludó sin gracia y se hizo cargo amargamente de haberse presentado así. No había contado con la huéspeda. Pulkeira Alexandrovna corrió inmediatamente á su encuentro, le cogió las dos manos y faltó poco para que se las besase. El joven miró tímidamente á Advotia Romanovna; pero en lugar de la expresión burlona y del desdén involuntario y mal disimulado que esperaba encontrar en aquel orgulloso semblante, advirtió tal expresión de reconocimiento y de afectuosa simpatía, que su confusión no reconoció límites. Le hubiera contrariado menos, de seguro, que le hubiese acogido con reproches. Por fortuna, tenía un asunto de conversación perfectamente indicado y se fué á él derecho.

Sabiendo que su hijo no se había despertado aún, pero que su estado era satisfactorio, Pulkeria Alexandrovna indicó que tenia necesidad de conferenciar con Razumikhin. La madre y la hija preguntaron en seguida al visitante si había tomado ya el te y le invitaron á que lo tomase con ellas, porque habían estado esperando su llegada para ponerlo en la mesa.

Advotia Romanovna tiró de la campanilla y se presentó un criado mal vestido; se le ordenó que trajese el te, y, en efecto, lo sirvió, pero de una manera tan poco conveniente y tan poco limpia, que las dos señoras no pudieron menos de sentirse avergonzadas. Razumikhin renegó de

semejante zahurda, y después, acordándose de Lujin, se calló, perdió la serenidad y pudo librarse de aquella situación embarazosa, gracias á la granizada de preguntas que le dirigió Pulkeria Alexandrovna.

Interrogado á cada instante, estuvo hablando durante tres cuartos de hora, y contó cuanto sabía concerniente á los principales hechos que habían llenado la vida de Raskolnikoff durante un año. Terminó con la relación circunstanciada de la enfermedad de su amigo. Como es de suponer, pasó en silencio lo que convenía callar, por ejemplo, la escena de la comisaría y sus consecuencias. Las dos mujeres le escuchaban con la boca abierta, y cuando el estudiante creyó haberles dado todos los detalles que podían interesarlas, aún no se dieron por satisfechas.

—Dígame usted, dígame usted, ¿qué piensa usted?... ¡Ah, usted perdone, no sé todavía su nombre!...—dijo vivamente Pulkeria Alexandovna.

—Demetrio Razumikhin.

—Pues bien, Demetrio Razumikhin, tengo grandes deseos de saber cómo considera mi hijo las cosas; ó, para expresarme mejor, qué es lo que ama y lo que no ama. ¿Sigue siendo tan irritable? ¿Cuáles son sus deseos, sus sueños, si usted quiere? ¿Bajo qué influencia particular se encuentra ahora?

—¿Qué quiere usted que yo le diga? Conozco á Raskolnikoff desde hace dieciocho meses: es triste, sombrío, orgulloso y altanero. En estos últimos tiempos (pero quizá esta predisposición existiese en él desde antigua fecha) se ha vuelto suspicaz é hipocondríaco. Es bueno y generoso. No gusta de revelar sus sentimientos, y prefiere herir á las porsonas á mostrarse expansivo con ellas. Algunas veces, sin embargo, no parece tan hipocondríaco, sino solamente frío é insensible hasta la inhumanidad. Verdadera-

mente puede decirse que existen en él dos caracteres que se manifiestan alternativamente. En ciertos momentos es por extremo taciturno: todo le molesta, todo le desagrada y permanece echado sin ocuparse de ninguna cosa. No es burlón, aunque su espíritu no carece de causticidad, sino más bien porque desdeña la burla como un pasatiempo demasiado frívolo. No escucha con atención lo que se le dice. Jamás se interesa por las cosas que en un momento dado interesan á todo el mundo. Tiene una alta opinión de sí mismo, y yo creo que en esto no anda del todo equivocado. No sé qué más decirles. Sólo sí que me parece que la llegada de ustedes ejercerá sobre él una acción muy saludable.

—¡Ah! ¡Dios lo quiera—exclamó Pulkeria Alexandrovna muy preocupada con estas revelaciones sobre el carácter de su hijo.

Al cabo Razumikhin, se atrevió á mirar un poco más detenidamente á Advotia Ramonovna. Mientras hablaba la había estado examinando, pero disimuladamente y volviendo en seguida los ojos. Por su parte la joven, tan pronto se sentaba cerca de la mesa y escuchaba atentamente, tan pronto se levantaba, y, según su costumbre, se paseaba por la habitación con los brazos cruzados, cerrados los labios y haciendo de cuando en cuando alguna pregunta sin interrumpir su paseo. Tenía también la costumbre de no escuchar hasta el fin lo que se le decía. Llevaba un traje ligero de tela obscura y un *fichú* blanco al cuello. Por diversos indicios, Razumikhin comprendió que las dos mujeres eran muy pobres. Si Advotia Romanovna hubiese ido vestida como una reina, es probable que no hubiera intimidado á Razumikhin; mas quizá por lo mismo que iba vestida muy pobremente, causaba al joven mucho temor y le hacía vigilar con cuidado cada una de

sus expresiones y cada uno de sus gestos, lo que, naturalmente, aumentaba la cortedad de un hombre ya poco seguro de sí mismo.

—Nos ha dado usted muchos detalles curiosos acerca de mi hermano y los ha dado usted imparcialmente. Está bien. Yo creía que usted le admiraba—dijo Advotia Romanovna, sonriendo.— Debe de haber alguna mujer en su existencia—añadió la joven, pensativa.

—No he dicho eso; pero puede que tenga usted razón; sin embargo...

—¿Qué?

—No ama á nadie; quizá no amará jamás—replicó Razumikhin.

—Es decir, que es incapaz de amar.

—¿Sabe usted, Advotia Romanovna, que se parece usted mucho á su hermano bajo todos los aspectos?—dijo aturdidamente el joven.— Después se acordó repentinamente del juicio que acababa de emitir acerca de Raskolnikof, se turbó y se puso rojo como un cangrejo. Advotia Romanovna no pudo menos de reirse.

—Quizá se engañen ustedes ambos en el modo de juzgar á mi hijo—apuntó Pulkeria Alexandrovna un poco ofendida.— No me refiero al presente, Advotia; lo que Pedro Petrovitch escribe en esa carta... y lo que nosotros hemos supuesto, acaso no sea verdadero; pero no puede usted imaginarse, Demetrio Razumikhin, cuán fantástico y caprichoso es. Hasta cuando tenía quince años su carácter era para mí una sorpresa continua. Aun ahora le creo capaz de hacer locuras tales como no se le ocurrirían á ningún otro hombre... Sin ir más lejos, sabe usted que hace dieciocho meses estuvo á punto de causar mi muerte, cuando se decidió á casarse con la hija de esa señora Zarnitzin, su patrona.

—¿Conoce usted los pormenores de esa historia?—preguntó Advotia Romanovna.

—¿Usted creerá—prosiguió la madre con animación—que le preocuparían mis lágrimas, mis súplicas, mi enfermedad, nuestra miseria y el temor de verme morir? Pues no, señor; completamente tranquilo, siguió sus planes, sin detenerse ante ninguna consideración; y, sin embargo, ¿se puede decir por eso que no nos quiere?

—Nada me ha dicho jamás de tal asunto—respondió con reserva Razumikhin—; pero algo he sabido por la señora Zarnitzin, que por cierto no es muy habladora, y lo que he sabido no deja de ser bastante extraño.

—¿Qué es lo que ha sabido usted?—preguntaron á un tiempo las dos mujeres.

—¡Oh! A decir verdad, nada de particular. Todo lo que sé es que ese matrimonio, que era ya cosa convenida y que iba á verificarse cuando la novia murió, desagradaba mucho á la misma señora Zarnitzin... Tengo entendido, además, que la joven, no solamente no era bella, sino que era fea y, según se dice, muy enfermiza. Sin embargo, parece que no carecía de ciertas cualidades, y seguramente las tendría; de otro otro modo, ¿cómo comprender?...

—Yo estoy convencida de que esa joven tenía mérito —afirmó lacónicamente Advotia Romanovna.

—Que Dios me perdone; pero la verdad es que me alegré de su muerte, y eso que yo no sé para cuál de los dos hubiera sido más funesto ese matrimonio.

Y luego, tímidamente, después de varias vacilaciones y sin apartar los ojos de Advotia, á quien las miradas de su madre parecían desagradar mucho, se puso á interrogar de nuevo á Razumikhin acerca de la escena de la víspera entre Raskolnikoff y Lujin.

Parecía que este incidente le inquietaba más que nada, causándole verdadero espanto.

El joven volvió á referir detalladamente el altercado de que había sido testigo; pero añadiendo que Raskolnikoff insultó deliberadamente á Pedro Petrovitch, y no excusó la conducta de su amigo con la enfermedad que éste padecía.

—Antes de estar malo—dijo—ya lo tenía premeditado.

—Así lo creo yo también—replicó Pulkeria Alexandrovna, con la consternación pintada en su semblante. Pero se sorprendió mucho al ver que Razumikhin, en términos convenientes, hablaba de Pedro Petrovitch, y aun con cierta especie de consideración. Esto chocó también á Advotia Romanovna.

—¿De modo que es esa la opinión de usted acerca de Pedro Petrovitch?—no pudo menos de preguntar Pulkeria Alexandrovna.

—No puedo tener otra acerca del futuro esposo de esta señorita—respondió con tono firme y caluroso Razumikhin.— Y no es por vana cortesía por lo que hablo de este modo. Digo esto porque... porque... basta que ese hombre sea la persona que Advotia Romanovna ha honrado libremente con su elección. Si ayer hube de expresarme en términos injuriosos respecto de él, fué porque ayer estaba ebrio, y, además... insensato; sí, insensato; había perdido la cabeza, estaba completamente loco, y ahora me da vergüenza de...

Se puso muy encarnado, y se calló.

Las mejillas de Advotia Romanovna se colorearon; pero guardó silencio.

Desde que se empezó á hablar de Lujin no había despegado los labios.

Privada del apoyo de su hija, Pulkeria Alexandrovna se encontraba visiblemente cortada.

Al fin tomó la palabra, y, con voz vacilante y levantando á cada momento los ojos hacia Advotia, dijo que en aquel momento le preocupaba sobre todas las cosas cierta circunstancia.

—Vea usted, vea usted, Demetrio Razumikhin—comenzó á decir.— Debemos ser francas con Demetrio Razumikhin, Advotia.

—Sin duda, mamá—respondió, con tono de autoridad, Advotia Romanovna.

—Verá usted de lo que se trata—se apresuró á decir la madre, como si el comunicar su disgusto le quitase una montaña del pecho.— Esta mañana, á primera hora, hemos recibido una carta de Pedro Petrovitch, respondiendo á la que nosotras le habíamos escrito ayer, dándole cuenta de nuestra llegada. Vea usted, debía haber ido á esperarnos á la estación, como nos prometió; pero en su lugar nos hemos encontrado con un criado, que nos ha conducido hasta aquí, anunciándonos para esta mañana la visita de su amo. Pero ahora, en vez de venir él, nos ha escrito esta carta... Lo mejor será que usted mismo la lea; hay en ella una cosa que me inquieta mucho. Usted verá en seguida qué cosa es esa, y me dará francamente su opinión. Usted conoce mejor que nadie el carácter de mi hijo, y mejor que nadie también puede aconsejarme. Prevengo á usted que desde el primer momento Advotia ha resuelto la cuestión; pero yo no sé qué partido tomar, y espero que usted...

Razumikhin abrió la carta, fechada la víspera.

«Señora Pulkeria Alexandrovna: Tengo el honor de manifestar á usted que impedimentos imprevistos no me han permitido ir á esperar á ustedes á la estación; por esto me he hecho representar por una persona de confianza. Mis asuntos del Senado me privarán del placer de

ver á ustedes por la mañana. Por otra parte, no quiero interrumpir la entrevista de usted con su hijo ni la de Advotia Romanovna con su hermano. A las ocho en punto de la tarde tendré el honor de saludar á ustedes en su alojamiento. Encarecidamente les suplico que me eviten la presencia de Raskolnikoff, el cual me insultó del modo más grosero que ustedes pueden figurarse, en la visita que ayer le hice. Independientemente de esto, debo tener con usted una explicación personal á propósito de un punto que acaso no interpretemos de la misma manera usted y yo. Tengo el honor de prevenir á usted por adelantado que, si á pesar de mi deseo, expresado formalmente, encontrase en casa de ustedes al señor Raskolnikoff, me vería obligado á retirarme inmediatamente, y usted solamente á sí misma podría atribuir la causa de mi determinación.

»Escribo á usted esto teniendo motivos para creer que el señor Raskolnikoff, que parecía tan enfermo cuando yo le visité, recobró la salud dos horas después, y puede, por consiguiente, ir á casa de ustedes. Ayer, en efecto, le vi con mis propios ojos en casa de un borracho que acababa de ser atropellado por un coche. Bajo pretexto de pagar los funerales, dió veinticinco rublos á la hija del difunto, joven de conducta sospechosa. Esto me ha causado verdadero asombro, porque sé con cuánta pena se ha procurado usted ese dinero. Suplico á usted que tenga la bondad de transmitir mis homenajes más sinceros á la distinguida Advotia Romanovna, y tolerar que yo me repita respetuosamente de usted obediente servidor,

P. LUJIN.»

—¿Qué hacer ahora, Demetrio Razumikhin?—preguntó Pulkeria Alexandrovna, á quien casi se le saltaban las lá-

grimas.— ¿Cómo decirle á mi hijo que no venga? Ayer insistió tan vivamente para que se despidiese á Pedro Petrovitch, y ahora éste pretende que no reciba á mi hijo. De seguro que él vendrá en cuanto sepa esto; y, ¿qué es lo que entonces va á suceder?

—Siga usted el consejo de Advotia Romanovna—respondió tranquilamente y sin la menor vacilación Razumikhin.

—¡Ah, Dios mío!... Mi hija dice... no puede usted figurarse lo que dice; no me explico lo que se propone. Según ella, es mejor, ó, más bien, es absolutamente indispensable que Raskolnikoff venga esta noche á las ocho, y que se encuentre aquí con Pedro Petrovitch... Yo preferiría no enseñarle la carta á mi hijo, é impedir hábilmente que viniese, y para conseguir tal objeto contaba con usted... No comprendo á qué borracho ni á qué joven se refiere esta carta, ni me explico cómo ha dado á esa persona las últimas monedas de plata... que...

—Que representan para ti tantos sacrificios, mamá—dijo la joven.

—Ayer no estaba en su estado normal—dijo con aire pensativo Razumikhin.

¡Si supiese usted á qué pasatiempo se entregó ayer en un traktir! Por lo demás, ha hecho muy bien. En efecto, me habló ayer de un muerto y de una joven mientras que yo le acompañaba á su casa; pero la verdad es que no comprendí ni una palabra... Como ayer estaba yo...

—Lo mejor es, mamá, ir á su casa, y yo te aseguro que veremos allí lo que conviene hacer. ¡Qué tarde es ya! ¡Las diez dadas!—dijo Advotia Romanovna, mirando un soberbio reloj de oro, esmaltado, que llevaba suspendido del cuello por una delgada cadena de Venecia, y que formaba singular contraste con el resto de su traje.

«Un regalo de su prometido»—pensó Razumikhin.

—Es, en efecto, hora de marchar—dijo Pulkeria Alexandrovna con apresuramiento.— Va á pensar que le guardamos rencor por la acogida que nos hizo ayer; á esa causa atribuirá nuestro retraso. ¡Ah, Dios mío!

Hablando de este modo, se apresuraba á ponerse el sombrero y la pañoleta.

Advotia se preparaba también á salir. Sus guantes estaban, además de ajados, agujereados, lo que también advirtió Razumikhin; sin embargo, este traje, cuya pobreza saltaba á la vista, daba á las dos señoras un sello particular de dignidad, como acontece siempre á las mujeres que saben llevar humildes vestidos.

—¡Dios mío!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.— ¡Jamás se me hubiera ocurrido que podría temer yo una entrevista con mi querido hijo!... Tengo miedo, Demetrio Razumikhin—añadió, mirando tímidamente al joven.

—No temas, mamá—dijo la joven besando á su madre.— Ten confianza en él.

—¡Ah, Dios mío! La tengo, y, sin embargo, no he podido dormir en toda la noche.

Los tres salieron de la casa.

—¿Sabes, Advotia, que esta mañana, al romper el día, cuando acababa de quedarme dormida, he visto en sueños á la difunta Marfa Petrovna? Estaba vestida de blanco... ¡Ah, Dios mío, Demetrio Razumikhin! ¿Usted no sabe todavía que ha muerto Marfa Petrovna?

—No lo sé. ¿Qué Marfa Petrovna?

—Ha muerto de repente. Figúrese usted que...

—Más tarde, mamá—intervino Advotia.— No sabe aún de qué Marfa Petrovna se trata.

—¡Ah! ¿Usted no la conocía? Pensaba que se lo había

dicho á usted todo. Perdone usted, Demetrio Razumikhin. ¡Estoy tan trastornada desde hace dos días! Le considero á usted como nuestra Providencia; por eso creía que estaba usted al corriente de todos nuestros asuntos. Le miro á usted como á un pariente. No le moleste á usted lo que le digo. Pero, ¡Dios mío! ¿Qué tiene usted en la mano? ¿Se ha herido usted?

—Sí, me he herido—murmuró Razumikhin muy contento.

—Algunas veces soy demasiado expansiva, y mi hija me riñe por eso... Pero, ¡Dios mío, en qué casa vive!... Con tal de que esté despierto. ¡Y su patrona llama á esto una habitación! Escuche usted. Me dice usted que no es expansivo mi hijo; puede entonces que yo le fastidie con mis... debilidades... ¿No me querrá usted dar algunas explicaciones? ¿Cómo debo portarme con él? Estoy desorientada.

—No le interrogue usted demasiado, si no quiere que frunza el entrecejo; evite usted principalmente hacerle muchas preguntas relativas á su salud; eso le molesta.

—¡Ah, Demetrio Razumikhin! ¡Qué penosa es á veces la posición de una madre! Pero, ¡qué escalera ésta, qué horrible escalera!...

—Estás muy pálida, mamá. Cálmate—dijo Advotia acariciando á su madre.— ¿Por qué atormentarte de ese modo, cuando para él es una verdadera felicidad el verte? —añadió con un relámpago en los ojos.

—Esperen ustedes que me adelante para ver si está despierto.

Razumikhin echó delante; las señoras subieron suavemente detrás de él. Cuando llegaron al cuarto piso, advirtieron que la puerta del cuarto de la patrona estaba

abierta, y que por la estrecha abertura las observaban dos ojos negros y penetrantes.

Cuando las miradas se encontraron, se cerró la puerta de repente, con tal estrépito, que Pulkeria Alexandrovna estuvo á punto de dar un grito.

III

—¡Va bien, va bien!—gritó alegremente Zosimoff, viendo entrar á las dos mujeres.

El doctor se encontraba allí hacía diez minutos, y ocupaba en el sofá el mismo lugar que la víspera.

Raskolnikoff, sentado en el otro extremo, estaba completamente vestido. Siempre le disgustaba asearse; pero hoy hasta se había tomado el trabajo de lavarse y peinarse, cosas ambas que no acostumbraba desde hacía algún tiempo.

Aunque con la llegada de Razumikhin y de las dos señoras quedó llena la habitación, Anastasia consiguió colarse detrás de ellas, y se quedó para escuchar la conversación.

Efectivamente, Raskolnikoff estaba bien, en comparación de como había estado el día anterior; pero la palidez de su cara era grande, y mucho su triste ensimismamiento.

Cuando Pulkeria entró con su hija, Zosimoff advirtió con sorpresa el sentimiento que se reveló en la fisonomía del enfermo.

En vez de alegría, era una especie de estoicismo resignado; parecía que el joven echaba mano de todas sus fuerzas para soportar durante una hora ó dos un tormento inevitable.

Después que la conversación se hubo entablado, advirtió también el médico que cada palabra abría como una herida en el alma de su cliente; pero al mismo tiempo se asombraba de ver á este último relativamente dueño de sí mismo.

El monomaniaco frenético de la víspera sabía ahora dominarse hasta cierto punto y disimular sus impresiones...

—Sí, veo ahora que estoy casi curado—dijo Raskolnikoff, besando á su madre y á su hermana con una cordialidad que hizo brillar de placer el rostro de Pulkeria Alexandrovna.—Y no digo esto como ayer—añadió, dirigiéndose á Razumikhin, cuya mano estrechó afectuosamente.

—También yo estoy asombrado de encontrarle tan bien hoy—dijo Zosimoff.— De aquí á tres ó cuatro días si esto continúa, se encontrará como antes, es decir, como estaba hace uno ó dos meses, ó quizás tres. Porque esta enfermedad hallábase latente desde hace tiempo. Confiese usted ahora que tenía alguna preocupación—terminó con sonrisa reprimida el doctor, temeroso de irritar al enfermo.

—Es muy posible—respondió friamente Raskolnikoff.

—Ahora que se puede hablar con usted—prosiguió Zosimoff—quisiera convencerle de que es necesario apartarse de las causas primeras, á las cuales hay que atribuir su estado morboso. Si usted hace eso, se curará; de lo contrario, se agravará su mal. Ignoro cuáles son estas causas, primeras; pero usted, de seguro, las conoce. Usted es un hombre inteligente, y, sin duda, se observa á sí mismo. Me parece que su salud se ha alterado desde que salió de la Universidad. Usted no puede estar sin ocupación. Le conviene, á mi entender, trabajar, proponerse un objeto y perseguirlo tenazmente.

—Sí, sí, tiene usted razón; volveré á la Universidad lo más pronto posible, y entonces todo marchará como sobre ruedas.

El doctor dió sus sabios consejos con la intención, en parte, de producir efecto en las señoras.

Cuando hubo acabado, fijó los ojos en su cliente, y se quedó un poco desconcertado al advertir que el rostro de éste expresaba franca burla. Sin embargo, Zosimoff se consoló bien pronto de su decepción.

Pulkeria Alexandrovna se apresuró á darle gracias, manifestándole, en particular, su reconocimiento por la visita que les hizo la noche anterior.

—¡Cómo! ¿Fué á veros anoche?—preguntó Raskolnikoff con voz inquieta.—De modo que no habéis descansado después de un viaje tan penoso.

—¡Si no eran más que las dos, y en casa Advotia y yo no nos acostamos nunca antes de esa hora!

—No sé cómo darle las gracias—continuó Raskolnikoff, que de repente frunció las cejas y bajó la cabeza.—Prescindiendo de la cuestión de dinero (perdóneme usted si hago alusión á ella, dijo dirigiéndose á Zosimoff), no me explico cómo he podido merecer de usted tal interés. No lo comprendo, y aun diré que tanta benevolencia me pesa, porque es ininteligible para mí. Ya ve usted que soy franco.

—No se atormente usted—replicó Zosimoff afectando reirse—; supóngase usted que es mi primer cliente. Nosotros los médicos, cuando empezamos, tomamos tanto cariño á nuestros primeros enfermos como si fuesen nuestros propios hijos. Algunos hasta parecen enamorados de ellos, y ya sabe usted que mi clientela no es muy numerosa.

—Y no digo nada de éste—siguió diciendo Raskolni-

koff, señalando á Razumikhin.— ¡Le he injuriado y molestado más!...

—¡Qué tonterías dices! Segun se ve, estás hoy muy sentimental—exclamó Razumikhin.

Si hubiera sido más perspizaz, habría echado de ver que, lejos de estar sentimental, su amigo se encontraba en situación totalmente distinta.

Pero Advotia Romanovna no se engañaba, y, muy inquieta, observaba atentamente á su hermano.

—De ti, mamá, apenas me atrevo á hablar—dijo Raskolnikoff, que parecía recitar una lección aprendida por la mañana—; hoy solamente he podido comprender lo que habrás sufrido ayer esperando que volviera á casa.

Al decir estas palabras sonrió y tendió bruscamente la mano á su hermana. Este ademán no fué acompañado de ninguna palabra, pero la sonrisa del joven expresaba un sentimiento verdadero. Ahora no fingía. Gozosa y reconocida Advotia, cogió la mano que se le tendía y la estrechó con fuerza. Era la primera satisfacción que le daba después del altercado de la víspera. Al ver esta reconciliación muda y definitiva del hermano con la hermana, se quedó contentísima Pulkeria Alexandrovna.

Razumikhin se agitó nerviosamente en su silla.

—Aunque no fuera más que por esto, le querría—murmuraba con su tendencia á exagerarlo todo.— Son impulsos propios de él.

«¡Qué bien ha estado!»—murmuró la madre para sí—; ¡qué sentimientos tan nobles los suyos! Este simple hecho de tender así la mano á su hermana, mirándola con afecto, ¿no es la manera más franca y más delicada de poner fin al rozamiento de ayer?»

—¡Ah, hijo mío!—dijo apresurándose á responder á la observación de Raskolnikoff.— No puedes figurarte lo

desgraciadas que nos consideramos anoche. Ahora que todo ha pasado y que hemos vuelto á ser felices, puedo decírtelo. Figúrate: en cuanto nos apeamos del tren corrimos á aquí para abrazarte, y esta joven, ahí la tienes —buenos días, Anastasia—, nos dijo de repente que habías estado en cama con fiebre, que delirando te habías escapado y que se te andaba buscando. No puedes imaginarte la impresión que nos hizo este relato.

—Sí, sí... Todo eso es seguramente muy molesto—murmuró Raskolnikoff; pero dió esta respuesta con aire tan distraído, por no decir indiferente, que Advotia le miró sorprendida.

—¿Qué es lo que yo quería deciros?—continuó esforzándose por coordinar sus recuerdos.—¡Ah! Sí, os suplico á ti, mamá, y á ti, Advotia, que no vayáis á creer que no he querido ir á veros hoy y que he esperado en casa vuestra visita.

—¿Por qué dices eso?—exclamó Pulkeria Alexandrovna no menos asombrada que su hija.

«Cualquiera diría que nos responde por simple cortesía—pensaba la joven—; hace las paces y pide perdón como si se tratase de una pura formalidad ó recitase una lección.»

—En cuanto desperté quise ir á vuestra casa; pero no tenía ropa que ponerme; se me olvidó decir ayer á Anastasia que lavase la sangre... Hasta hace un momento no he podido vestirme.

—¡Sangre! ¿Qué sangre?—preguntó Pulkeria Alexandrovna alarmada.

—No es nada... No os asustéis... Ayer, durante mi delirio, paseando por la calle, me tropecé con un hombre que acababa de ser atropellado... Un funcionario. Por esta razón tenía manchado de sangre el traje.

—¿Mientras que estabas delirando? Si te acuerdas de todo—interrumpió Razumikin.

—Es verdad—respondió Raskolnikoff algo inquieto—, me acuerdo de todo, hasta de los más pequeños pormenores; pero mira que cosa tan extraña: no logro explicarme por qué he dicho eso, por qué lo he hecho, por qué he ido á ese sitio.

—Es un fenómeno muy conocido—observó Zosimoff—; se realizan los actos á veces con una exactitud y con una habilidad extraordinarias; pero el principio de que emana ese acto se altera en el alienado y depende de diversas impresiones morbosas

La palabra «alienado» produjo un estremecimiento; Zosimoff la dejó escapar inadvertidamente por la satisfacción que le causaba perorar sobre su tema favorito. Raskolnikoff, absorto en una especie de sueño, pareció no prestar atención alguna á las palabras del doctor. Sobre sus pálidos labios flotaba una extraña sonrisa.

—Pero, vamos á ver, ¿ese hombre atropellado...? Te he interrumpido, hace un momento—se apresuró á decir Razumikin.

—¡Ah, sí—dijo Raskolnikoff como despertando de un sueño...— Me manché de sangre ayudando á transportarle á su casa... A propósito, mamá. Hice ayer una cosa imperdonable. Verdaderamente estaba trastornado. Todo el dinero que me habías enviado se lo dí á la viuda para el entierro. La pobre mujer es bien digna de lástima... Está tísica, le quedan tres hijos y no tiene con qué alimentarlos... Quizá hubiéseis hecho lo mismo que yo si hubiérais visto tanta miseria; lo reconozco; yo no tenía el derecho de hacer eso, sobre todo sabiendo con cuánto trabajo me habéis procurado ese dinero.

—No te ocupes de eso, hijo mío; estoy convencida de

que todo lo que tú haces está bien hecho—respondió la madre.

—No, no lo creas—replicó procurando sonreirse.

La conversación quedó suspendida durante algún tiempo. Palabras, silencio, reconciliación, perdón, en todo había algo de forzado y cada cual de los presentes lo comprendía.

—¿No sabes que María Petrovna ha muerto?—dijo de repente Pulkeria Alexandrovna.

—¿Qué María Petrovna?

—María Petrovna Svidrigailoff. Te hablé extensamente de ella en mi última carta.

—¡Ah! Sí. Ya me acuerdo... ¿De modo que ha muerto?—dijo el joven con el estremecimiento propio del hombre que despierta. ¿Es posible que haya muerto? ¿Y de qué?

—De repente—se apresuró á decir Pulkeria Alexandrovna alentada á seguir por la curiosidad que demostraba su hijo.— Murió precisamente el mismo día que yo te escribí. Según parece, aquel pícaro de hombre ha sido la causa de su muerte. Se dice que le pegó mucho.

—¿Había de esas escenas en su casa?—preguntó Raskolnikoff, dirigiéndose á su hermana.

—No, todo al contrario; siempre se mostraba muy paciente y hasta cortés con ella. En muchos casos, daba pruebas de demasiada indulgencia, y esto durante siete años. Por lo visto le ha faltado de repente la paciencia.

—De modo que no era un hombre tan terrible, puesto que la ha soportado durante siete años. Parece que le disculpas, Advotia.

La joven frunció el entrecejo.

—Sí, sí, es terrible. Yo no puedo representarme un hombre más detestable—respondió casi temblando, y se quedó pensativa.

—Había ocurrido esa escena por la mañana—continuó Pulkeria Alexandrovna. Inmediatamente después, María dió orden de enganchar, porque quería ir á la ciudad después de comer, segun tenía por costumbre en ocasiones semejantes. Segun se dice, comió con mucho apetito.

—¿A pesar de los golpes?

—Era en ella una costumbre. Al levantarse de la mesa fué á tomar el baño para marchar cuanto antes. Se trataba por la hidroterapia; hay una fuente en su casa y se bañaba todos los días. Apenas se metió en el agua, le dió un ataque de apoplegía.

—No es extraño—observó Zosimoff.

—Como su marido la había maltratado tanto.

—¿Qué importa eso?—dijo Advotia Romanovna.

—¡Hum! Yo no veo, mamá, por qué me cuentas semejantes tonterías—dijo con súbita irritación Raskolnikoff.

—¡Pero si no sabía de qué hablar!—confesó cándidamente Pulkeria Alexandrovna.

—Parece que las dos me tenéis miedo—dijo el joven con amarga sonrisa.

—Es la verdad—respondió Advotia—fijando en su hermano una mirada severa.— Cuando subíamos á esta casa, mamá ha hecho el signo de la cruz; tan asustada estaba.

Las facciones del joven se alteraron de tal modo, que parecía que iba á darle una convulsión.

—¡Ah! ¿Qué dices hija? No te incomodes hijo, por Dios. ¿Cómo dices eso, Advotia?—dijo excusándose y cortada Pulkeria Alexandrovna.— En el tren no he cesado de pensar en la felicidad de hablar contigo. Tanta ilusión tenía, que se me ha hecho muy corto el camino, y ahora soy feliz de encontrarme aquí.

—¡Basta, mamá—murmuró muy agitado—y sin mirar á su madre le estrechó la mano; tiempo tenemos de hablar.

Apenas acabó de decir estas palabras, se turbó y se puso pálido; de nuevo sentía un frío mortal en el fondo de su alma, de nuevo se confesaba que acababa de decir una horrible mentira, porque en adelante no le era permitido hablar sinceramente ni con su madre ni con nadie. La impresión que le produjo este cruel pensamiento, fué tan viva, que, olvidando la presencia de sus huéspedes, el joven se levantó y se dirigió á la puerta.

—¿A dónde vas?—gritó Razumikhin cogiéndole por un brazo.

Raskolnikoff volvió á sentarse y dirigió en silencio una mirada en torno suyo. Todos le miraban con estupor.

—¡Qué fastidiosos sois!—gritó de repente.— Decid algo; ¿por qué estáis ahí como mudos? Hablad. Las personas no se reunen para estar calladas,

—¡Bendito sea Dios! Yo pensaba que iba á darle otro acceso como ayer—dijo Pulkeria Alexandrovna, haciendo la señal de la cruz.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntó con inquietud Advotia Romanovna.

—Nada; una tontería que me ha venido al pensamiento—y Raskolnikoff se echó á reir.

—Vamos. Si es una tontería, menos mal; pero yo temía...—murmuró Zosimoff levantándose.— Tengo que dejar á ustedes; procuraré dar una vuelta por aquí luego. Saludó y salió.

—¡Qué buena persona!—exclamó Pulkeria Alexandrovna.

—Sí. Es una buena persona, un hombre de mérito, instruído, inteligente...—dijo Raskolnikoff pronunciando estas palabras con desacostumbrada animación.— No me acuerdo dónde le he visto antes de mi enfermedad. Tengo idea de que le he visto antes... Ese sí que es un hom-

bre excelente—añadió mostrando con un signo de cabeza á Razumikhin.

Razumikhin, en efecto, acababa de levantarse.

—Es menester que vaya...—dijo.— Tengo que hacer.

—Nada tienes que hacer ahora, ¿quieres dejarnos porque se ha marchado Zosimoff? No, no te vas; pero ¿qué hora es?; ¿las doce? ¡Qué reloj tan bonito tienes, Advotia ¿Por qué os calláis? No habla nadie más que yo...

—Es un regalo de María Petrovna.

—Y ha costado muy caro—añadió Pulkeria.

—Creía que era un obsequio de Lujin.

—Aún no ha dado nada á Advotia.

—¡Ah, mamá! ¿No te acuerdas de que estuve enamorado y de que quise casarme?—dijo bruscamente, mirando á su madre, que se quedó asombrada del giro imprevisto que tomaba la conversación y del tono con que su hijo la hablaba.

—¡Ah! sí—respondió Pulkeria Alexandrovna, cambiando una mirada con Advotia y Razumikhin.

—Qué te he de decir de esto; apenas me acuerdo ya. Era una joven enfermiza y raquítica—continuó con aire pensativo y sin levantar los ojos del suelo.— Le gustaba dar limosna á los pobres y pensaba entrar en un monasterio. Cierto día se echó á llorar cuando me hablaba de estas cosas... Sí, sí, bien me acuerdo. Era más bien fea que guapa. La verdad es que no sé por qué me interesé por ella; quizá porque estaba siempre enferma. Si además hubiese sido jorobada ó coja, me parece que la hubiera querido más. Se sonrió, como distraído. Aquello no tenía importancia... Fué una locura de primavera.

—No, no era solamente una locura de primavera—afirmó con convencimiento Advotia.

Raskolnikoff miró atentamente á su hermana; pero ó

no oyó ó no comprendió las palabras de la joven. Después, con aire melancólico se levantó, fué á besar á su madre y volvió á sentarse en su sitio.

—¿La amas aún?—dijo con voz emocionada Pulkeria Alexandrovna.

—¿Todavía? ¿Habláis de ella? No. Todo eso está muy lejos de mí... y desde hace mucho tiempo. Y lo cierto es que me causa la misma impresión cuanto me rodea.

Raskolnikoff miró atentamente á las dos mujeres.

—Vosotras estáis aquí y me parece que me encuentro á mil verstas de vosotras. Pero, ¿por qué hablamos de estas cosas? ¿Por qué preguntarme?—añadió con cólera; después silenciosamente, se puso á morderse las uñas y se quedó como ensimismado.

—¡Qué mal alojamiento tienes, hijo, parece un sepulcro—dijo bruscamente Pulkeria Alexandrovna para interrumpir aquel penoso silencio—; segura estoy de que esta habitación es en gran parte causa de tu hipocondría.

—¿Esta habitación?—repitió él con aire distraído. Sí ha contribuído mucho... lo mismo he pensado yo; si supieses, mamá, qué idea tan extraña acabas de expresar—añadió el joven de repente con una sonrisa enigmática.

Apenas podía soportar Raskolnikoff la presencia de aquella madre y de aquella hermana, de las cuales había estado separado y con quienes comprendía que le era imposible toda conversación. Había, sin embargo, una cosa que no admitía dilación; así es que levantándose pensó que aquello debía ser resuelto de una manera ó de otra. En tal momento se sintió feliz de encontrar un medio para plantear dicho asunto.

—Ante todo he de pedirte, Advotia—comenzó á decir con tono seco—, que me dispenses por el incidente de ayer; pero creo que es una obligación en mí recordarte

que sostengo los términos de mi dilema: ó Lujin ó yo. Yo puedo ser un infame; pero tú no debes serlo. Basta con uno. Si te casas con Lujin ceso de considerarte como á una hermana.

—Hijo mío, hablas como ayer—exclamó asustada Pulkeria Alexandrovna—; ¿por qué dices que eres un infame? Yo no puedo soportar que hables así. Ayer empleabas el mismo lenguaje.

—Hermano mío—respondió Advotia con un tono que no cedía en sequedad ni en violencia al de Raskolnikoff—, la falta de acuerdo en que nos encontramos, proviene de un error tuyo. He reflexionado esta noche y he descubierto en qué consiste. Tú supones que me sacrifico por alguien y eso es lo que te engaña. Yo me caso por mí misma, porque mi situación personal es difícil. Sin duda podré entonces ser más útil á mis prójimos, pero no es ese el motivo principal de mi resolución.

«Miente»—pensaba Raskolnikoff, que de cólera se mordía las uñas. ¡Orgullosa! No confiesa que quiere ser mi bienhechora. ¡Oh! ¡los caracteres bajos! ¡Su amor se parece al odio! ¡Oh, cuánto detesto á todos!

—En una palabra—continuó Advotia—, me caso con Pedro Lujin, porque de dos males elijo el menor. Tengo intención de cumplir lealmente cuanto él espera de mí. Por consiguiente no le engaño. ¿De qué te ríes?

Enrojeció repentinamente la jovon y brilló en sus ojos un relámpago de cólera.

—¿Que lo cumplirás todo?—preguntó Raskolnikoff sonriendo con amargura.

—Hasta cierto límite; por la manera como Pedro Lujin ha pedido mi mano, he comprendido en seguida á lo que debo atenerme. Acaso tenga una opinión muy alta

de sí mismo; pero espero que sabrá también apreciarme. ¿Por qué sigues riéndote?

—Y tú, ¿por qué te pones otra vez colorada? Mientes, hermana, tú no puedes estimar á Lujin: le he visto y he hablado con él. Te casas por interés; haces en todo caso una bajeza; por lo menos veo con gusto que sabes ruborizarte.

—No es verdad, yo no miento—gritó la joven perdiendo su sangre fría. No me casaré con él sin estar segura de que me aprecia y de que hace caso de mí; no me casaré, sin estar plenamente convencida de que podré estimarle. Felizmente tengo el medio de convencerme de ello en seguida, y lo que es más, hoy mismo. Este matrimonio no es una bajeza, como tú dices; pero aunque tuvieses razón, aun cuando yo estuviese decidida á cometer una bajeza ¿no sería por tu parte una crueldad hablarme de ese modo? ¿Por qué exigir de mí un heroísmo que tú no tienes? Eso es una tiranía, una violencia. Caso de causar algún mal, sólo me lo causaré á mí misma. Yo no he matado todavía á nadie. ¿Por qué me miras así? ¿por qué te pones pálido? Hermano, ¿qué tienes, hermano mío?

—Dios mío, se ha desmayado! ¡y tú has sido la causa! —exclamó Pulkeria Alexandrovna.

—No, no es nada, una tontería... Un ligero mareo... No he llegado á desmayarme del todo... los desmayos son buenos para vosotras... hum... sí... ¿Qué es lo que yo quería decir? ¡Ah! ¿Como te convencerás hoy mismo de que puedes estimar á Lujin y de que él te aprecia? ¿No es eso lo que decías hace un momento, ó he entendido yo mal?

—Mamá enseña á mi hermano la carta de Pedro Lujin —dijo Advotia.

Pulkeria Alexandrovna, presentó la carta con mano temblorosa. Raskolnikoff la leyó atentamente por dos

veces. Todos esperaban algún ex abrupto. La madre sobre todo estaba muy inquieta. Después de haberse quedado pensativo un instante el joven le devolvió la carta.

—No comprendo nada—comenzó á decir sin dirigirse á nadie: pronuncia discursos, es abogado, muy redicho en su conversación y escribe como un hombre sin cultura.

Estas palabras causaron una estupefacción general. Nadie las esperaba.

—Por lo menos no escribe muy literariamente; aunque su estilo no sea del todo el de un iletrado, maneja la pluma como hombre de negocios—añadió Raskolnikoff.

—Pedro Lujin. No oculta que ha recibido poca instrucción y se enorgullece de ser hijo de sus obras—dijo Advotia Romanovna un poco contrariada del tono con que la hablaba su hermano.

—Sí; tiene motivo para enorgullecerse, no digo lo contrario. Parece que te has incomodado porque sólo se me ha ocurrido una observación frívola á propósito de esta carta, y crees que insisto sobre semejantes tonterías para molestarte. Nada menos que eso; en lo que concierne al estilo, he hecho una observación que en el caso presente, está muy lejos de carecer de importancia. Esta frase: «usted no tendrá que quejarse más que de sí misma», no deja nada que desear en punto á claridad. Además, manifiesta la intención de retirarse sobre la marcha si yo voy á vuestra casa. Esta amenaza de irse viene á decir que si no le obedecéis, os plantará á las dos después de haberos hecho venir á San Petersburgo. ¿En qué piensas? Viniendo de Lujin estas palabras pueden ofender tanto como podrían ofender si hubiesen sido escritas por (señaló á Razumikhin), por Zosimoff ó por uno de nosotros?

—No—respondió Advotia—; bien me hago cargo de que ha expresado demasiado cándidamente su pensa

miento y de que quizá no es muy hábil para servirse de la pluma... Tu observación es muy juiciosa, hermano mío. Yo no esperaba...

—Supuesto que escribe como hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y no hay que echarle en cara que se haya mostrado grosero; siento, sin embargo, que tenga que desilusionarte un poco: en esa carta hay una frase que contiene una calumnia contra mí y una calumnia por cierto bastante vil. Yo di ayer, en efecto, dinero á una viuda tísica y agobiada por la desgracia. No á pretexto, como ese señor escribe, de pagar los funerales, sino para pagarlos, y esa cantidad se la di á la viuda misma y no á la hija del difunto, á esa joven de conducta sospechosa á quien vi ayer por primera vez de mi vida. En todo esto descubro el deseo de ennegrecerme á vuestros ojos y de poneros en pugna conmigo. Ha escrito en estilo jurídico, es decir, que revela muy claramente su objeto y lo persigue sin pretender disimularlo. Es inteligente; pero para conducirse con discreción, no basta siempre la inteligencia. Todo lo que te he hecho notar pinta al hombre... y no creo que te aprecia mucho. Todo esto lo digo por tu bien, que de todas veras deseo.

Advotia no respondió; había tomado su partido y esperaba que llegase la noche.

—Está bien; ¿pero tú, que decides?—preguntó Pulkeria Alexandrovna, cuya inquietud iba en aumento oyendo discutir á su hijo como un hombre de negocios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya ves lo que escribe Pedro Lujin; desea que tú no vengas á nuestra casa esta noche, y declara que se irá si tú vienes; por esta razón te pregunto qué piensas hacer.

—Yo no soy quien tiene que decidirlo. A ti y á Advotia toca ver si esa exigencia de Pedro Lujin, tiene ó no

tiene algo de mortificante para vosotras. Yo haré lo que vosotras dispongáis—añadió friamente.

—Advotia ha resuelto la cuestión, y yo estoy de perfecto acuerdo con ella—, se apresuró á responder Pulkeria Alexandrovna.

Yo creo que es indispensable que asistas á esta entrevista; te suplico, pues, encarecidamente, que vengas—dijo la joven.— ¿Vendrás?

—Sí.

—Suplico á usted también, que venga usted á nuestra casa á las ocho—continuó dirigiéndose á Razumikhin.— Mamá, me permito dirigir esta invitación á Demetrio Razumikhin.

—Y me parece muy bien, hija mía.— Sea lo que vosotros queráis—añadió Pulkeria Alexandrovna. Para mí es un alivio, no me gusta fingir, ni mentir; lo mejor es una explicación franca. Que se incomode Pedro Lujin si quiere.

IV

En aquel momento se abrió la puerta sin ruido y entró en la sala una joven, dirigiendo en derredor suyo tímidas miradas. Su aparición causó general sorpresa, y todos los ojos se fijaron en ella con curiosidad. Al pronto no la conoció Raskolnikoff. Era Sofía Marmeladoff. El joven la había visto por primera vez la víspera, en unas circunstancias y en un traje que le dejaron en la memoria una imagen distinta. Ahora era una joven de aspecto modesto, ó mas bien pobre, de maneras convenientes y reservadas y de fisonomía tímida. Vestía un traje muy sencillo y un sombrero viejo pasado de moda. No conservaba ninguno de los adornos de la víspera; pero llevaba, como el día anterior, la sombrilla en la mano. Su aturdimiento al ver á tanta gente, que no esperaba encontrar, fué grande y dió un paso para retirarse.

—¡Ah! ¿es usted?—dijo Raskolnikoff en el colmo del asombro, y él también se quedó cortado.

Pensó entonces en que la carta de Lujin, leída por su madre y su hermana, contenía alusiones á cierta joven de conducta sospechosa. Acababa de protestar contra la calumnia de Lujin, y declarar que había visto á aquella joven la víspera por la primera vez, y he aquí que ella se presentaba en su casa. Se acordaba también de que había dejado pasar sin protesta las palabras «de conducta sos-

pechosa». En un abrir y cerrar de ojos, todos estos pensamientos atravesaron mezclados por su imaginación; mas al observar con mayor atención á la pobre muchacha, la vió tan abatida por la vergüenza, que sintió hacia ella súbita piedad. En el momento en que asustada iba á retirarse se verificó en él una especie de revolución.

—No esperaba á usted—se apresuró á decir, invitándola con la mirada á que se quedase. Haga usted el favor de sentarse ¿Viene usted, sin duda, de parte de Catalina Ivanovna? Permítame usted, ahí no, siéntese usted aquí.

Al llegar Sofía, Razumikhin, que estaba sentado cerca de la puerta en una de las tres sillas que se encontraban en la habitación, se medio levantó para dejar paso á la joven. El primer movimiento de Raskolnikoff fué indicar á Sofía el extremo del diván en que Zosimoff había estado sentado hacía un momento; pero pensando en el carácter íntimo de este mueble, que le servía á él de cama, mostró á la joven la silla de Razumikhin.

—Tú siéntate aquí—dijo á su amigo haciéndole tomar asiento en el puesto ocupado antes por el doctor.

Sofía se sentó casi temblando y miró tímidamente á las dos señoras. Era evidente que ella misma no se daba cuenta de cómo tenía la audacia de sentarse al lado de aquellas personas. Este pensamiento le causó tal emoción, que se levantó bruscamente y toda temblorosa se dirigió á Raskolnikoff.

—Es cuestión de un minuto. Perdóneme usted haberle molestado—dijo con voz temblorosa. Me envía Catalina Ivanovna. No tenía otra persona á quien mandar... Catalina Ivanovna suplica á usted encarecidamente que asista mañana... á los funerales... en San Mitrofano, y á que venga después á nuestra casa... digo, á casa de ella...

Catalina Ivanovna, espera que le concederá usted ese honor.

—Ciertamente, trataré... haré lo posible—balbuceó Raskolnikoff, que se había incorporado á medias. Tenga usted la bondad de sentarse, añadió bruscamente, se lo suplico... ¿Tiene usted mucha prisa?... Desaría hablar unos momentos con usted; tenga la bondad de concederme dos minutos.

Al mismo tiempo la invitaba con un gesto á sentarse. Sofía obedeció, y después de dirigir una mirada tímida á las dos señoras, bajó apresuradamente los ojos.

Las facciones de Raskolnikoff se contrajeron, coloreóse su pálido rostro y lanzaron llamas sus ojos.

—Mamá—dijo el joven con voz vibrante.— Es Sofía Marmeladoff, la hija de esa desgraciado señor Marmeladoff, que fué atropellado ayer delante de mí por un coche y del cual ya os he hablado.

Pulkeria Alexandrovna miró á Sofía y guiñó ligeramente los ojos, y á pesar del temor que experimentaba delante de su hijo, no pudo negarse esta satisfacción. Advotia se volvió hacia la pobre joven y se puso á examinarla con gravedad. Al oirse nombrar por Raskolnikoff, Sofía, cada vez más cortada, levantó de nuevo los ojos.

—Quería preguntar á usted—se apresuró á decir el joven—qué ha pasado hoy en su casa... Si las han molestado, si las ha causado alguna incomodidad la policía.

No; nada ha ocurrido de particular... La causa de la muerte era tan evidente... que nos han dejado tranquilas. Sólo los inquilinos se han incomodado...

—¿Por qué?

Dicen que el cuerpo está demasiado tiempo en la casa... Como ahora hace calor, el olor... de modo que hoy se le conducirá á la capilla del cementerio, donde perma-

necerá hasta mañana. Al pronto se negaba Catalina Ivanovna, mas acabó por comprender que no podía hacerse otra cosa.

—¿De modo que la conducción del cadáver es hoy?

—Catalina Ivanovna espera que nos hará usted el obsequio de asistir á las exequias, y que irá usted después á la comida de fúnebre.

—¿Da una comida?

—Sí, una colación: me ha encargado que le dé á usted mil gracias por los recursos que usted nos dió ayer... Sin usted no hubiéramos podido hacer los gastos del funeral.

Un temblor repentino agitó los labios y la barba de la joven; pero logró dominar su emoción y fijó de nuevo los ojos en tierra.

Durante este diálogo, Raskolnikoff la estuvo contemplando atentamente. Sofía tenía el rostro delgado y pálido. La nariz y la barba eran algo angulosas y puntiagudas y el conjunto bastante irregular; no se podía decir que era linda. En cambio, sus ojos azules eran tan límpidos, y cuando se animaban comunicaban á su fisonomía tal exprexión de bondad, que involuntariamente se sentía uno atraído hacia ella. Además, se advertía otra particularidad característica en su rostro como en toda su persona: representaba mucha menos edad de la que tenía, y á pesar de sus dieciocho años se la hubiera tomado por una chiquilla. Esta circunstancia hacía reir al ver alguno de sus movimientos.

—¿Pero es posible que Catalina Ivanovna pueda atender á esos gastos con tan pobres recursos? ¿Y todavía se propone dar una comida?—preguntó Raskolnikoff.

—El féretro será muy sencillo... Todo se hará con mucha modestia; de suerte que costará muy poco... Cata-

lina y yo hemos calculado el gasto; después de pagado todo, quedará algo para dar la comida... Catalina Ivanovna tiene mucho interés en darla. No es posible decirle nada en contrario. Además, eso le sirve de consuelo.

—Comprendo, comprendo... ¿Á usted le ha llamado la atención mi cuarto?... Mi madre dice también que parece un sepulcro.

—Ayer se despojó usted de todo por nosotras—respondió Sofía con voz sorda y rápida, bajando de nuevo los ojos. Sus labios y su barba comenzaban á temblar. Desde su entrada le había impresionado la pobreza que reinaba en la habitación de Raskolnikoff, y las palabras que acababa de pronunciar se le habían escapado espontáneamente. Hubo una pausa. Los ojos de Advotia se esclarecieron, y la misma Pulkeria Alexandrovna miró á Sonia con expresión afable.

—Hijo mío—dijo levantándose.— Por supuesto, que comeremos juntos. Advotia, vamos... Tú deberías salir, dar un paseíto, y después de descansar un poco, venir á casa lo más pronto posible... Temo haberte fatigado.

—Sí, sí; iré—se apresuró á responder, levantándose también...— Tengo algo que hacer antes

—¡Cuidado con no comer juntos!—gritó Razumikhin, mirando con asombro á Raskolnikoff—; tú no puedes hacer tal cosa.

—No, no, iré; os aseguro que iré... Pero tú quédate un minuto. No tendréis necesidad de él en seguida, ¿verdad, mamá? No os privo de él.

—No, no. Usted también. Demetrio Razumikhin vendrá á comer con nosotras.

—Yo también se lo suplico, venga usted—añadió Advotia.

Razumikhin se inclinó radiante. Durante algunos momentos todos experimentaron un malestar extraño.

—Adiós, hijo, es decir, hasta ahora; no me gusta decir adiós. Adiós, Anastasia... Vamos, otra vez he vuelto á decirlo. Pulkeria Alexandrovna tenía intención de saludar á Sofía; pero á pesar de toda su buena voluntad, no pudo resolverse á ello, y salió precipitadamente de la habitación.

No hizo lo mismo Advotia Romanovna, que parecía haber esperado este momento con impaciencia. Cuando después de su madre pasó al lado de Sofía, hizo á esta joven un saludo en toda regla. La pobre muchacha se turbó, se inclinó con tímido apresuramiento, y en su rostro se manifestó una impresión dolorosa, como si la cortesía de Advotia Romanovna la hubiese afectado penosamente.

—Advotia, adiós—dijo Raskolnikoff en el vestíbulo—, dame la mano.

—Ya te la he dado. ¿No te acuerdas ya?—respondió Sofía, volviéndose hacia él con aire afable, aunque se sentía contrariada.

—Bueno, dámela otra vez—y estrechó de nuevo la mano de su hermana. Advotia se sonrió ruburizándose, y en seguida se apresuró á apartar la mano, y siguió á su madre. También ella se sentía contenta, sin que podamos decir por qué.

—¡Ea! Está bien—dijo el joven volviendo al lado de Sofía, que se había quedado en la sala.—Al mismo tiempo la miraba con aire tranquilo. ¡Que Dios conceda paz á los muertos, pero que deje vivir á los vivos! ¿No es verdad?

Sofía advirtió que el semblante de Raskolnikoff se había de repente esclarecido; durante algunos instantes el

joven la miró en silencio. Venía ahora á su memoria cuanto Marmeladoff le había contado acerca de su hija.

—Oye el asunto de que quería hablarte—dijo Raskolnikoff, llevando á Razumikhin hacia la ventana.

—¿De modo que puedo decir á Catalina Ivanovna que irá usted?

Al pronunciar estas palabras, Sofía se disponía á marchar.

Soy con usted en seguida, Sofía Marmeladoff; nosotros no tenemos secretos. Usted no nos molesta... Tengo que decirle á usted dos palabras.

E interrumpiéndose de repente, se dirigió á Razumikhin:

—¿Tú conoces á ese?... ¿Cómo se llama?... Porfirio Petrovitch?

—Sí, le conozco. Es pariente mío; ¿por qué me preguntas eso?—preguntó á su vez Razumikhin con cierta extrañeza.

—¿No me dijiste ayer que instruía... esa causa... del asesinato...

—Sí, ¿y qué?—preguntó Razumikhin abriendo desmesuradamente los ojos.

—Me dijiste también que interrogaba á las personas que han empeñado alhajas en casa de la vieja: yo también he empeñado allí alguna cosa, que no merece la pena de que se hable de ella. Una sortija que me dió mi hermana cuando vine á San Petersburgo, y un reloj de plata que ha pertenecido á mi padre. Todo ello vale cinco ó seis rublos, pero tiene para mí el valor del recuerdo ¿Qué tengo yo que hacer ahora? No quiero que esos objetos se pierdan, sobre todo el reloj. Temblando estaba hace un momento, temeroso de que mi madre quisiera verlo cuando se hablaba de el de Advotia. Es la única

cosa que hemos conservado de mi padre. Si se hubiese perdido, mi madre tendría un verdadero disgusto, ¡las mujeres! Dime, pues, lo que debo hacer. Yo sé que sería necesario prestar una declaración ante la policía. Pero, ¿no será mejor que me dirija á Porfirio? ¿Qué te parece? Me corre prisa arreglar este asunto. Ya verás como antes de comer me ha preguntado mi madre por el reloj.

—No es á la policía á quien hay que acudir, sino á casa de Porfirio—enclamó Razumikhin extraordinariamente agitado.— ¡Oh, qué contento estoy! Podemos ir en seguida; vive á dos pasos de aquí; seguro estoy de que le encontraremos.

—Sea; vamos.

—Se alegrará mucho de conocerte. Le he hablado muchas veces de ti. Ayer, sin ir más lejos. Vamos. ¿De modo que tú conocías á la vieja? ¡Ah, todo se explica admirablemente! ¡Ah! sí... Sofía Ivanovna...

—Sofía Marmeladoff—rectificó Raskolnikoff, y dirigiéndose á la joven añadió. Mi amigo Razumikhin, excelente persona.

—Si usted tiene que salir...—comenzó á decir Sofía á quien esta presentación había dejado aún más confusa y que no se atrevía á levantar los ojos para mirar á Razumikhin.

—¡Ea, vamos!—dijo Raskolnikoff: yo pasaré por su casa, Sofía Marmeladoff. Dígame usted cuáles son sus señas.

Pronunció estas palabras no con cortedad, sino con cierta precipitación y evitando las miradas de la joven. Esta dió sus señas no sin ruborizarse. Los tres salieron juntos.

—¿No cierras la puerta?—preguntó Razumikhin mientras bajaban la escalera.

—Nunca... Dos años hace que estoy pensando comprar una cerradura. ¡Felices aquellos que no tienen nada que guardar bajo llave! —añadió alegremente dirigiéndose á Sofía.

Se detuvieron en el umbral de la puerta de la calle.

—¿Usted va por la derecha, Sofía Marmeladoff? ¡Ah! ¿Dígame usted? ¿Cómo ha podido dar con mi habitación?

Veíase bien claro que lo que decía no era lo que quería decir. En tanto que hablaba no cesaba de contemplar los dulces y claros ojos de la joven.

—Pero si dió usted ayer sus señas á Polenka.

—¿Qué Polenka? ¡Ah! Sí. ¿La niña? ¿es hermanita de usted? ¿De modo que le di mis señas?

—¿No se acuerda usted ya?

—Sí; me acuerdo.

—Ya había yo oído hablar de usted al difunto... pero no sabía el nombre de usted, ni tampoco él lo sabía... Ahora he venido, y como ya conocía su nombre he preguntado: ¿es aquí dónde vive el señor Raskolnikoff?... Adiós... Ya le diré á Catalina Ivanovna...

Muy contenta de poder irse Sonia, se alejó con paso rápido sin levantar la vista. Le faltaba tiempo para llegar á la primera esquina de la calle á la derecha, para escapar cuanto antes á la vista de los dos jóvenes y reflexionar sin testigos, sobre todos los incidentes de esta visita. Jamás había experimentado nada semejante; todo un mundo ignorado surgía confusamente en su alma. Recordó de pronto que Raskolnikoff le había demostrado espontáneamente la intención de ir á verla aquel mismo día: quizá venga esta misma mañana; quizá ahora mismo.

—¡Oh, si no viniera hoy! —murmuró angustiada.— ¡Dios mío! ¡En mi casa! ¡En aquella habitación!... y verá... ¡Dios mío, Dios mío!

Estaba demasiado preocupada para notar que desde su salida de la casa había sido seguida por un desconocido. En el momento en que Raskolnikoff, Razumikhin y Sofía se habían detenido en la acera para hablar breves instantes, la casualidad hizo que aquel señor pasase al lado de ellos. Las palabras de Sofía. «He preguntado si vive aquí el señor Raskolnikoff», llegaron furtivamente á los oídos del desconocido y le hicieron casi temblar. Miró disimuladamente á los tres interlocutores y en particular á Raskolnikoff, á quien la joven se había dirigido, y le examinó después la cara para poderle reconocer en caso de necesidad. Todo esto fué hecho en un abrir y cerrar de ojos y de un modo nada ostensible; después de lo cual el señor se alejó acortando el paso como si hubiera seguido á alguien. Era á Sofía á quien esperaba; bien pronto la vió despedirse de los dos jóvenes y encaminarse á su casa.

«¿Dónde vive? Yo he visto esta cara en alguna parte. Es menester que lo averigüe.»

Cuando hubo llegado á la esquina de la calle, pasó á la otra acera, se volvió y advirtió que la joven marchaba en la misma dirección que él: Sofía no se hacía cargo de nada. Cuando hubo llegado á la esquina de la calle, la joven la dobló. El desconocido se puso á seguirla, andando por la acera opuesta y sin dejar de mirarla. Al cabo de cincuenta pasos atravesó la calle, alcanzó á la joven y marchó detrás de ella á una distancia de cinco pasos.

Era un hombre de cincuenta años; pero muy bien conservado y que representaba mucha menos edad; era alto, fuerte y algo cargado de espaldas. Vestido de una manera tan cómoda como elegante y con guantes nuevos, llevaba en la mano un buen bastón que hacía sonar á cada

paso sobre la acera. Todo en su persona delataba un hombre de clase superior. Su ancho rostro era bastante agradable; al mismo tiempo el brillo de su tez y sus rojos labios no permitían tomarle por un petersburgués. Los cabellos aún muy espesos eran excesivamente rubios y apenas empezaban á encanecer; la barba larga, ancha y bien cuidada, tenía todavía color más claro que sus cabellos. La mirada de sus ojos azules era fría, seria y fija. El desconocido tuvo bastante tiempo para observar que la joven iba distraída y soñadora. Al llegar delante de su casa franqueó el portal. El señor que la seguía continuó detrás de ella un poco asombrado. Después de entrar en el zaguán, Sofía tomó por la escalera de la derecha que conducía á su habitación. «¡Bah!»—dijo para sí el señor, y subió también. Entonces fué cuando Sofía advirtió la presencia del desconocido. Llegó al tercer piso, se entró por un corredor y llamó en el número nueve, debajo del cual se leía en la puerta estas dos palabras escritas con tiza: *Kapernumoff Sastre.* ¡Bah!—repitió el hombre sorprendido por aquella coincidencia, y llamó al lado, en el número ocho. Las dos puertas estaban á seis pasos la una de la otra.

—¿Usted vive en casa de Kapernumoff?—dijo riéndose á Sofía.— Me arregló ayer un chaleco. Yo vivo aquí cerca de usted, en el departamento de la señora Resslich Gertrudis Carlovna. ¡Qué casualidad!

Sofía le miró con atención.

—Somos vecinos—continuó diciendo con tono alegre. Vamos, hasta que tenga el gusto de volver á verla.

Sofía no respondió. Se abrió la puerta, y la joven entró en su cuarto intimidada y vergonzosa.

Razumikhin iba muy animado camino de la casa de Porfirio en compañía de su amigo.

—Perfectamente, querido—repetía muchas veces.—Estoy encantado, lo que se dice encantado. No sabía que tuvieses ninguna cosa empeñada en casa de la vieja y... y... ¿hace mucho tiempo de eso? quiero decir, ¿hace mucho tiempo que has estado en su casa?

—¿Qué cuándo estuve?—murmuró Raskolnikoff, como procurando recordar. Me parece que fué la antevíspera de su muerte. Por lo demás, no se trata de desempeñar ahora esos objetos—se apresuró á decir como si esta cuestión le hubiese vivamente preocupado. No tengo más que un rublo, gracias á las locuras que hice ayer bajo la influencia de ese maldito delirio.

Y marcó de una manera particular la palabra «delirio».

—Vamos, sí, sí—contestó Razumikhin respondiendo á un pensamiento que se le había ocurrido en aquel instante.—¿De modo que por eso tú?... la cosa me había chocado. Mientras que delirabas no cesabas de hablar de sortijas, de cadenas y de reloj. Es claro, ahora todo me lo explico.

«¡Oh, la idea esa se había deslizado en su espíritu; tengo la prueba: este hombre, que se haría crucificar por mí se considera ahora feliz, al explicarse por qué yo hablaba de sortijas durante mi delirio. Mi lenguaje ha debido de confirmar á todos en sus sospechas.»

—¿Y qué, le encontraremos?—preguntó en alta voz.

—Ya lo creo que le encontraremos—respondió sin vacilar Razumikhin. Es un buen muchacho, amigo mío. Un poco desmadejado. No porque carezca de trato, no; es por otro concepto por lo que yo lo encuentro desmadejado. Lejos de ser tonto, es muy inteligente; pero tiene un carácter particular... Es incrédulo, escéptico cínico; le gusta burlarse de la gente. A pesar de esto, fiel al *viejo*

juego. Es decir, no admitiendo más que pruebas materiales... pero sabe su oficio. El año último desembrolló todo un proceso de asesinato en el cual faltaban casi todos los indicios. ¡Tiene tantos deseos de conocerte!

—¿Y por qué tiene tantos deseos de conocerme?

—¡Oh, no es porque... verás! En estos últimos días, cuando tú estabas malo, hemos tenido ocasión á menudo de hablar de ti... Asistía á nuestras conversaciones, y cuando supo que tú eras estudiante de Derecho y que te habías visto obligado á dejar la Universidad, dijo: «¡Qué lástima!» Yo he deducido de aquí... es decir, yo no me fundo solamente en esto, sino en otras cosas. Ayer, Zametoff. Oyeme, Raskolnikoff; cuando ayer te acompañaba estaba borracho y hablaba sin ton ni son: temo que hayas tomado mis palabras demasiado en serio...

—¿Qué es lo que me dijiste? ¿Que me tienen por loco? Acaso tengan razón—respondió Raskolnikoff con sonrisa forzada.

Se callaron. Razumikhin estaba en el limbo y Raskolnikoff lo advertía con cólera. Lo que su amigo acababa de decirle acerca del juez de instrucción no dejaba de inquietarle.

—En esta casa gris—dijo Razumikhin.

«Lo esencial es saber—pensó Raskolnikoff—si Porfirio tiene conocimiento de mi visita de ayer al cuarto de la bruja y de la pregunta que hice á propósito de la sangre. Es preciso, ante todo, que yo compruebe esto. Es preciso, desde el primer momento, desde mi entrada en la habitación, que lo lea sobre su rostro; de otro modo, aunque me pierda, seré sincero.»

—¿Sabes una cosa?—dijo bruscamente dirigiéndose á Razumikhin con sutil sonrisa.—Me parece que desde esta mañana estás tú muy agitado. ¿No es verdad?

—No, de ninguna manera—respondió Razumikhin contrariado.

—No me engaño, amigo mío. Hace poco estabas sentado al borde de la silla, lo que nunca te ocurre. Parecía que te hallabas sobre pinchos; te sobresaltabas á cada instante. Tu humor variaba sin cesar. Tan pronto te ponías colérico, tan pronto dulce como la miel. Hasta te ruborizabas. Sobre todo, cuando te invitaron á comer, te pusiste rojo como un pimiento.

—¡Qué atrocidad! ¿Por qué dices eso?

—¿Sabes que tienes timideces de colegial? ¡Demonio! ¿Te pones otra vez colorado?

—Eres insoportable.

—¿Pero por qué esa confusión, Romeo? Deja hacer; yo lo contaré todo hoy en alguna parte, ja, ja, ja; cómo se va á reir mi madre y... otra persona.

—Oye, oye, déjate de esas bromas y ¡diablo!—murmuró Razumikhin helado de terror.— ¿Qué le vas á contar? ¿di?... ¡Qué indecente eres!

—Estás hecho una verdadera rosa de primavera. Y si supieses qué bien te sienta eso. Un Romeo de dos metros de altura; pero, vamos, veo que te has lavado hoy. ¡Anda, anda, y te has arreglado las uñas! ¿Cuándo te has estado arreglando? ¡Calle! ¡Si hasta creo que te has dado pomada! ¡Baja, baja la cabeza, que te huela!

—¡¡Indecente!!!

Raskolnikoff soltó la carcajada, y esta hilaridad que el joven, en apariencia no podía dominar, duraba aún cuando llegaban á casa de Porfirio Petrovitch. Desde el cuarto podían oirse las risas del visitante en la antesala. Raskolnikoff contaba con ello.

—¡Si dices una palabra, te revientol—murmuró Razumikhin furioso, agarrando por un brazo á su amigo.

V

Raskolnikoff entró en el despacho del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que hubiese hecho todo lo posible por estar serio; pero sin poder conseguirlo, sino con gran trabajo. Detrás de él entró disgustado Razumikhin y más rojo que una guindilla, con el semblante alterado por la cólera y por la vergüenza. La figura desgarbada y la cara mohina de este mozallón eran bastante chuscas para justificar la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, en pie en medio de la habitación, interrogaba con la mirada á los dos visitantes. Raskolnikoff se inclinó ante el dueño de la casa, cambió con él un fuerte apretón de manos y fingió hacer un violento esfuerzo para ahogar su deseo de reir, mientras que decía su nombre y clase; pero apenas acababa de recobrar su sangre fría y de balbucear algunas palabras cuando, en medio de la presentación, sus ojos se encontraron como por casualidad con Razumikhin, y entonces no pudo contenerse y su seriedad se trocó en una risa, tanto más ruidosa cuanto más comprimida. Razumikhin sirvió á maravilla los propósitos de su amigo, porque aquel desatinado reir le hizo montar en cólera, lo que acabó de dar á toda esta escena apariencias de franca y natural alegría.

—¡Este mamarracho!—vociferó con tan violento ade-

mán, que derribó un veladorcito, sobre el cual estaba un vaso que había contenido te.

—Señores, ¿por qué me echan ustedes á perder el mobiliario? Es un perjuicio que causan ustedes al Estado.

Raskolnikoff se reía con tantas ganas, que durante algunos momentos se olvidó de retirar la mano de la del juez de instrucción; pero hubiera sido poco natural dejarla más tiempo; así es que la separó en el momento oportuno para dar á su papel la mayor verosimilitud posible.

Razumikhin, por su parte, se hallaba más confuso que al principio, á causa de haber tirado el velador y roto el vaso. Después de haber mirado con aire sombrío las consecuencias de su arrebato, se dirigió á la ventana, y allí, dando la espalda al público, se puso á mirar por ella; pero sin ver nada.

Porfirio Petrovitch se reía por cortesía; pero evidentemente aguardaba explicaciones.

En un rincón, sentado en una silla, estaba Zametoff. A la aparición de los visitantes se había levantado á medias, tratando de sonreir; sin embargo, no parecía engañado por esta escena, y observaba á Raskolnikoff con curiosidad particular.

Este último no había esperado encontrar allí al polizonte, y su presencia le sorprendió desagradablemente.

«He aquí una cosa que hay que tener en cuenta»—pensó.

—Perdóneme usted; se lo suplico—dijo alto, con una cortedad fingida, Raskolnikoff.

—¡Qué más da! Me proporcionan ustedes un placer. Han entrado de un modo tan agradable... Ese no quiere dar los buenos días—añadió Porfirio Petrovitch, indicando con un movimiento de cabeza á Razumikhin.

—No sé, en verdad, por qué se ha enfadado conmigo. Le he dicho solamente, conforme veníamos, que se parecía á Romeo... se lo he demostrado... y no ha pasado más.

—¡Indecente!—gritó Razumikhin, sin volver la cabeza.

—Ha debido de haber motivos más graves para tomar tan á mal una burla insignificante—dijo riendo Porfirio Petrovitch.

—Ya pareció el juez de instrucción... Siempre investigador. ¡Todos, todos al diablo!—replicó Razumikhin, y, echándose á reír y recobrando súbitamente su buen humor, se acercó á Porfirio Petrovitch.— Basta de tonterías, y á nuestro asunto. Te presento á mi amigo Raskolnikoff, que ha oído hablar mucho de ti y desea conocerte; tiene, además, que hablarte de una cosa. ¡Eh, Zametoff! ¿Por qué diantre estás aquí? ¿De modo que os conocíais? ¿Y desde cuándo?

«¿Qué quiere decir esto?»—se preguntó con inquietud Raskolnikoff.

La pregunta de Razumikhin pareció molestar algo á Zametoff; sin embargo, se repuso prontamente.

—Fué ayer, en tu casa, cuando nos conocimos—dijo con aire negligente.

—¡Vamos! Entonces ha sido la mano de la Providencia la que ha arreglado todo esto. Figúrate tú, Porfirio, que la semana pasada me había manifestado vivos deseos de que te lo presentase; pero, según se ve, no habéis tenido necesidad de mí. ¿Tienes tabaco?

Porfirio Petrovitch estaba en traje de mañana. Batín de casa, pantuflas en chancleta y camisa muy limpia. Era hombre de treinta y cinco años, más bien bajo que alto, grueso y ligeramente panzudo. No llevaba barba ni bigote, y tenía los cabellos cortados al rape. Su cabeza, gruesa y redonda, presentaba una redondez particular en la re-

gión de la nuca. Su rostro gordinflón, también redondo y un poco aplastado, no carecía ni de vivacidad ni de alegría, aunque la tez, de un color amarillento obscuro, estaba muy lejos de indicar salud. Se hubiera podido encontrar en él hasta cierta candidez, si no hubiera sido por los ojos que, velados por pestañas casi blancas, parecían estar siempre guiñados, como si hicieran signos de inteligencia á alguien. La mirada de estos ojos daba un extraño mentís al resto de la fisonomía. A primera vista, el físico del juez de instrucción ofrecía cierta semejanza con el de un campesino; pero esta máscara no engañaba por mucho tiempo al observador inteligente.

En cuanto oyó que Raskolnikoff tenía que tratar con él de un negocio, Porfirio Petrovitch le invitó á que se sentase en el diván, tomando él asiento en el otro extremo, y poniéndose con gran celo á su disposición. De ordinario nos sentimos un poco molestos cuando un hombre, á quien apenas conocemos, manifiesta una gran curiosidad por oirnos, y nuestra cortedad aumenta cuando el objeto de que vamos á hablarle es á nuestros propios ojos poco digno de la atención que se nos manifiesta.

Sin embargo, Raskolnikoff pudo, en cortas y precisas palabras, exponer su negocio, y asimismo observar muy bien mientras hablaba á Porfirio Petrovitch. Este, por su parte, no le quitaba los ojos. Razumikhin, sentado enfrente de él, escuchaba con impaciencia, y sus miradas iban sin cesar de su amigo al juez de instrucción y viceversa, lo que era un poco extraño.

«¡Ese imbécil!»—decía interiormente Raskolnikoff.

—Es preciso hacer una declaración á la policía—respondió con indiferencia Porfirio Petrovitch.— Expondrá usted que, informado de tal acontecimiento, es decir, de ese asesinato, desea manifestar al juez de instrucción

encargado del proceso, que tales ó cuáles objetos le pertenecen á usted, y que quiere desempeñarlos... ¡Oh; pero... por lo demás, ya se le escribirá a usted!...

—Desgraciadamente—replicó Raskolnikoff con fingida cortedad—no estoy en fondos... y mis medios no me permiten desempeñar esas naderías... ¿Ve usted?... Quisiera limitarme á declarar que esos objetos son míos, y que, en cuanto tenga dinero...

—Eso no significa nada—replicó Porfirio Petrovitch, que acogió friamente esta explicación financiera; por lo demás, puede usted si quiere, escribirme directamente, declarando que habiendo sabido tal cosa desea usted decirme que tales objetos le pertenecen y que...

—¿Y puedo escribir esa carta en cualquier papel?—interrumpió Raskolnikoff afectando siempre no preocuparse de otra cosa que del aspecto pecuniario de la cuestión.

—¡Oh!, en cualquier papel.

Porfirio Petrovitch pronunció estas palabaas con aire francamente burlón, haciendo un guiño á Raskolnikoff. Por lo menos, el joven hubiera jurado que aquel movimiento de ojos se dirigía á él y que encubría mal una segunda intención.

Quizás después de todo se engañaba, porque aquello duró apenas el espacio de un segundo.

«Este lo sabe»—se dijo instantáneamente.

—Perdóneme usted haberle molestado por tan poca cosa—añadió bastante desconcertado.—Esos objetos valen en junto cinco rublos, pero tienen para mí especial valor, y confieso que tuve mucha inquietud cuando supe...

—Por esto sin duda te pusiste tan alterado ayer al oirme decir á Zosimoff, que Porfirio interrogaba á los propietarios de los objetos empeñados—recalcó con intención evidente Razumikhin.

Era demasiado. Raskolnikoff no pudo contenerse y lanzó sobre aquel inadvertido hablador una mirada relampagueante de cólera. Comprendiendo en seguida que acababa de cometer una imprudencia, trató de repararla.

—Parece que te burlas de mí, amigo mío—dijo á Razumikhin, afectando gran contrariedad.— Reconozco que me preocupo, quizá demasiado, de cosas muy insignificantes, á tus ojos; pero esto no es una razón para mirarme como un hombre egoísta y avaro: estas miserias pueden tener valor para mí. Como te decía hace un momento, ese reloj de plata que tan poco vale, es lo único que me queda de mi padre. Búrlate cuanto quieras; pero mi madre ha venido á verme—y al decir esto se volvió hacia Porfirio—y si supiese—continuó dirigiéndose de nuevo á Razumikhin, poniendo la voz todo lo temblorosa que pudo—si supiese que no tengo el reloj, te aseguro que la pobre tendría un verdadero disgusto. ¡Oh, las mujeres!

—Pero, ¿qué dices? No me has entendido. Te engañas respecto á mi pensamiento—protestaba Razumikhin todo acongojado.

«¿Habré hecho bien? ¿Es esto natural? ¿Habré forzado demasiado la nota?»—se preguntaba ansiosamente Raskolnikoff. «¿Por qué habré dicho yo «las mujeres?»

—¡Ah! ¿Ha venido su madre de usted?—preguntó Porfirio Petrovitch.

—Sí.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer noche.

El juez de instrucción se quedó callado un momento como si reflexionase.

—Los intereses de usted no podían en ningún caso perjudicarse—repuso con tono tranquilo y frío.— Desde hace tiempo, esperaba yo la visita de usted.

Al acabar de decir estas palabras aproximó vivamente el cenicero á Razumikhin que sacudía implacablemente sobre el tapete su cigarro. Raskolnikoff tembló; pero el juez de instrucción no pareció advertirlo, ocupado como estaba en preservar el tapete.

—¿Cómo? ¿Esperabas su visita? ¿De modo que sabías que había empeñado algunas cosas?

Sin responderle Porfirio Petrovitch se dirigió á Raskolnikoff.

—Las alhajas de usted, una sortija y un reloj, se encontraban en casa de ella envueltas en un pedazo de papel en el cual estaba perfectamente legible, escrito con lápiz, el nombre de usted con la indicación del día en que se habían empeñado esos objetos.

—¡Qué memoria tiene usted para todas esas cosas!—dijo Raskolnikoff con sonrisa forzada, procurando sobre todo mirar con serenidad al juez de instrucción; no pudo, sin embargo, contenerse, y añadió bruscamente:

—Digo esto, porque deben de ser muchos, sin duda, los dueños de objetos empeñados y debe de costarle á usted, me parece á mí, mucho trabajo recordarlos á todos... pero veo, por el contrario, que no olvida usted ni á uno y... y...

«¡Débil idiota, qué necesidad tenías de añadir esto!»

—Es que casi todos se han dado ya á conocer y usted aún no se ha presentado—respondió Porfirio con un dejo casi imperceptible de burla.

—No me encontraba muy bien.

—Lo he oído decir. Se me ha contado que estaba usted muy enfermo. Todavía está usted pálido.

—No, no estoy pálido... al contrario, me siento muy bien—respondió Raskolnikoff con tono brutal y violento. Sentía hervir en él una cólera que no podía dominar.

«El arrebato va á hacerme cometer alguna tontería»—pensó.—«Pero, ¿por qué me exasperan?»

—«Que no se sentía muy bien», ¡vaya un eufemismo! —exclamó Razumikhin.—La verdad es que hasta ayer ha estado casi sin conocimiento; no puedes figurarte, Porfirio. Ayer, pudiendo apenas sostenerse sobre las piernas, aprovechó un momento en que Zosimoff y yo acabamos de dejarle, para vestirse, esquivar el cuerpo é irse de paseo, Dios sabe dónde... y estando en completo delirio; ¿puedes imaginarte una cosa semejante? Es un caso de los más notables.

—¡Bah! Verdaderamente. *¿En estado completo de delirio?*—dijo Petrovich con el movimiento de cabeza propio de los campesinos rusos.

—Es absurdo, ¿verdad? Por lo demas, yo no tengo necesidad de decirle á usted esto. La convicción de usted esta formada—dejó escapar Raskolnikoff cediendo á un arrebato de cólera; pero Porfirio Petrovitch no pareció fijarse en estas extrañas palabras.

—¿Cómo habías de haber salido tu, si no hubieses estado delirando?—dijo exaltándose Razumikhin.—¿Para qué semejante salida? ¿Con qué objeto? Y sobre todo, ¿por qué escapar así ocultándote? Has de convenir conmigo en que no estabas en tu sano juicio. Te lo digo así, redondamente, ahora que el peligro ha pasado.

—Me habían fastidiado tanto ayer...—dijo Raskolnikoff dirigiéndose al juez de instrucción con una sonrisa que parecía un desafío—, y queriendo librarme de ellos salí para alquilar un cuarto en que no pudiesen descubrirme; había cogido para este efecto cierta cantidad. El señor Zametoff vió el dinero en mis manos; digame usted, señor Zametoff, si deliraba yo ayer ó si estaba en mi sano juicio. Sea usted juez de nuestra disputa.

En aquel momento de buena gana hubiera estrangulado al polizonte que le irritaba por su mutismo y la expresión equívoca de su mirada.

—Me pareció que hablaba usted muy sensatamente y con mucha sutileza; pero le encontré á usted demasiado irascible—declaró secamente Zametoff.

—Hoy—añadió Porfirio Petrovich—me ha dicho Nikodem Fomitch que le había usted encontrado ayer, á hora ya muy avanzada de la noche, en casa de un funcionario que acababa de ser atropellado por un carruaje...

—Eso mismo viene en apoyo de lo que yo decía—dijo Razumikhin—; ¿no te has conducido como un loco en casa de ese funcionario? ¿No te despojaste de todo tu dinero para pagar el entierro? Comprendo que quisieses socorrer á la viuda; pero podías haberle dado quince rublos, veinte si quieres, pero siempre reservándote algo para ti. Por el contrario, lo has dado todo, te has desprendido de tus veinticinco rublos.

—Pero, ¿qué sabes tú; he encontrado un tesoro? Ayer estaba yo de humor de ser generoso... El señor Zametoff, aquí presente, sabe que he encontrado un tesoro... Pido á ustedes perdón por haberles molestado, durante media hora con mi insubstancial palabrería—prosiguió con los labios temblorosos dirigiéndose á Porfirio. ¿He importunado á ustedes? ¿no es eso?

—¿Qué dice usted? Todo al contrario; si usted supiese cuánto me interesa y lo curioso que me parece oirle... Confieso á usted que estoy encantado de haber recibido su visita.

—¡Vamos!, danos te. Tenemos el gaznate seco—exclamó Razumikhin.

—¡Excelente idea!, pero antes del te querrás tomar algo más sólido, ¿eh?

—Ya estas buscándolo.

Porfirio Petrovitch salió para encargar el te.

En el cerebro de Raskolnikoff, hervían multitud de pensamientos. Estaba por extremo excitado.

«Ni siquiera se toman el trabajo de fingir; no se andan por las ramas: este es el punto principal. Puesto que Porfirio no me conocía, ¿por qué ha hablado de mí con Nikodem Fomitch? Desdeñan ocultar que husmean mis huellas como trailla de perros. ¡Me escupen á la cara!—decía temblando de rabia. Id derechamente contra mí, pero no jugéis conmigo como el gato juega con el ratón. Eso es una descortesía, Porfirio Petrovitch, y yo no lo tolero... Me levantaré y os arrojaré la verdad á la cara y veréis entonces cuánto os desprecio.»

Respiró con ansia. «¿Pero si todo esto no existiese más que en mi imaginación, si fuese un espejismo, si hubiese interpretado mal las cosas?... Tratemos de sostener nuestro feo papel y no vayamos á perdernos como un imbécil por un arrebato de cólera. ¿Les atribuiré intenciones que no tienen? Sus palabras, carecen en rigor de sentido extraordinario; nada de particular tienen; pero deben de encerrar una segunda intención. ¿Por qué Porfirio, al hablar de la vieja, ha dicho sencillamente, «en casa de ella?» ¿Por qué Zametoff ha observado que yo le hablé *con mucha sutileza?* ¿Por qué me han hablado con ese tono? Sí; me han hablado con un tono particular... ¿Cómo todo esto no le ha chocado á Razumikhin? Ese badulaque, no se entera jamás de nada.

»Creo que tengo otra vez fiebre. ¿Me hizo Porfirio hace poco un guiño con los ojos, ó acaso yo me he engañado? No pienso más que absurdos; ¿por qué había de guiñarme los ojos? ¿Se proponen fatigar mis nervios para empujarme hasta el fin? O todo esto es pura fantasmagoría ó saben...

»Zametoff ha estado insolente; tiempo ha tenido desde ayer para reflexionar. Ya presumía yo que cambiaría de opinión. Está como en su casa, y eso que ha venido á ésta por primera vez. Porfirio no le mira como á un extraño y hasta se sienta volviéndole la espalda. Estos dos hombres se han hecho amigos y sin duda por mi causa han comenzado sus relaciones. Seguro estoy de que hablaban de mí cuando hemos llegado... ¿Tienen noticia de mi visita al cuarto de la vieja? Desearía saberlo... Cuando he dicho que había salido para alquilar un cuarto, Porfirio no se ha dado por enterado... pero he hecho bien en decirlo: más tarde me podrá servir; en cuanto al delirio, el juez de instrucción no parece darle crédito. Sabe perfectamente lo que hice yo aquella noche... Ignoraba la llegada de mi madre... y aquella bruja que había apuntado con lápiz la fecha del empeño... no, no, la seguridad que afectáis no me engaña; hasta ahora no tenéis hechos; os fundáis solamente en vagas conjeturas. Citadme un hecho, si podéis alegar uno solo en contra mía. La visita que hice á la vieja nada prueba; se puede explicar por un delirio. Me acuerdo de lo que dije á los obreros y al dvornik... ¿Saben que estuve allí? No me iré hasta que me cerciore de que lo saben ó no. ¿Por qué he venido? Pero he aquí que ahora me incomodo y esto sí que es de temer. ¡Ah, que irritable soy! Después de todo, más vale quizá que sea así: sigo representando mi papel de enfermo. Este papel me va á hacer vacilar y perder la cabeza. ¿Por qué he venido?»

Todas estas ideas atravesaron su espíritu con la rapidez del relámpago.

Al cabo de un instante volvió Porfirio Petrovitch. Parecía de muy buen humor.

—Ayer al salir de tu casa, amigo mío, no estaba yo

muy bien de la cabeza—comenzó á decir dirigiéndose á Razumikhin con una alegría que no había demostrado hasta entonces; pero ahora estoy como si tal cosa. Y, ¿qué tal? ¿la *soirée* fué muy interesante? Os dejé en el momento más animado. ¿Por quién quedó la victoria?

—Como es natural, por nadie: todos argumentaron á más y mejor en pro de sus viejas tesis.

—Figurate, Raskolnikoff, que la discusión versaba ayer sobre lo siguiente: ¿hay crímenes ó no los hay? ¡Qué de tonterías se dijeron con este motivo!

—¿Qué hay en eso de extraordinario. Es una cuestión social que ni siquiera tiene el mérito de la novedad—respondió distraídamente Raskolnikoff.

—La cuestión no se ha planteado en esos términos—dijo Porfirio.

—Es verdad, no fué precisamente en esos términos—dijo Razumikhin con su insistencia de costumbre.—Escucha, Raskolnikoff, y dinos tu opinión; quiero que nos la digas. Ayer me sacaron de mis casillas; te esperaba, les había prometido tu visita... Los socialistas comenzaron por exponer su teoría. Sabido es en qué consiste: el crimen es una protesta contra un orden social mal organizado; nada más. Con eso creen haberlo dicho todo; no admiten otra causa para los actos criminales; según ellos, el hombre es lanzado al crimen por la influencia irresistible del medio, y sólo por ella. Es su frase favorita.

—A propósito de crimen y de medio—dijo Porfirio Petrovitch, dirigiéndose á Raskolnikoff—, recuerdo un trabajo de usted que me interesó vivamente; hablo del artículo de usted: sobre el *Crimen*... no me acuerdo bien del título. Tuve el gusto de leerlo hace dos meses en la *Palabra Periódica*.

—¡Un artículo mío en la *Palabra Periódica*!—preguntó

con asombro Raskolnikoff.— En efecto, hace seis meses, cuando salí de la Universidad, escribí un artículo á propósito de un libro; pero lo llevé á la *Palabra Semanal* y no á la *Palabra Periódica*.

—Pues se insertó en esta última.

—Como la *Palabra Semanal* dejó de publicarse, mi artículo no salió tampoco.

—Es verdad; pero cuando cesó la publicación de la *Palabra Semanal* ésta se refundió en la *Palabra Periódica*, y por esta razón sin duda, hace dos meses que este periódico ha publicado el artículo. ¿No lo sabía usted?

Raskolnikoff lo ignoraba.

—Puede usted ir á cobrar cuando quiera su importe. ¡Qué carácter tiene usted! Vive tan retirado, que las mismas cosas que le interesan directamente no llegan á su conocimiento.

—¡Bravo, Raskolnikoff! Tampoco yo lo sabía—exclamó Razùmikhin.— Hoy mismo voy á pedir el número en el gabinete de lectura. ¿Hace dos meses que se publicó el artículo? ¿En qué fecha? No importa, yo lo buscaré. ¡Y no decía nada!

—¿Cómo ha sabido usted que el artículo era mío? Lo había firmado sólo con una inicial.

—Lo he sabido recientemente por una casualidad. El redactor en jefe es amigo mío. Es él quien me ha descubierto el secreto del anónimo de usted. Ese artículo me interesó mucho.

—Examinaba yo en él, me acuerdo de eso, el estado psicológico del culpable durante la comisión de su crimen.

—Sí, y procuraba usted demostrar que el criminal en el momento en que comete el crimen es un enfermo. Me parece un punto de vista muy original; pero no fué esa la parte de su trabajo que más me interesó; me fijé

principalmente en un pensamiento que se encontraba al fin del artículo y que por desgracia explicaba usted con excesiva concisión. En una palabra, si usted recuerda lo que dice el artículo, parece que en él da usted á entender que existen en la tierra hombres que pueden, ó por mejor decir, que tienen el derecho absoluto á cometer todo género de acciones culpables y criminales; hombres, en fin, para quienes en cierto modo no se han hecho las leyes.

Al oir esta pérfida interpretación de su pensamiento Raskolnikoff se sonrió.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿El derecho al crimen? No; lo que he querido decir sin duda es que el criminal se ve impulsado al crimen por la influencia irresistible del medio. ¿No es eso?—preguntó Razumikhin con inquietud.

—No, no, no se trata de eso—respondió Porfirio.— En el artículo en cuestión se clasifica á los hombres en ordinarios y extraordinarios. Los primeros deben vivir en la obediencia y no tienen derecho á violar la ley en atención á que son hombres ordinarios; los segundos poseen el derecho de cometer todos los crímenes y de saltar por encima de todas las leyes, en su calidad de hombres extraordinarios: si no me engaño esto es lo que usted dice.

—¡Eh! ¿Cómo? Es imposible que sea eso—balbuceó Razumikhin estupefacto.

Raskolnikoff se sonrió de nuevo. Había comprendido en seguida que se trataba de arrancarle una declaración de principios, y acordándose de su artículo no vaciló en explicarlo.

—No es precisamente eso—comenzó á decir con tono sencillo y modesto.— Confieso, sin embargo, que ha reproducido usted con bastante exactitud mi pensamiento y hasta si usted quiere, diré que muy exactamente (pronunció estas últimas palabras con cierto placer); lo que

yo no he dicho, como usted me lo hace decir, es que las personas extraordinarias tengan absoluto derecho para cometer en todo caso cualesquiera acciones criminales. Cierto estoy de que la censura no habría dejado pasar un artículo concebido en tales términos. He aquí lo que yo me he permitido decir: el hombre extraordinario tiene el derecho, no oficialmente, sino por sí mismo, de autorizar su conciencia á franquear ciertos obstáculos; pero solamente en el caso en que se lo exija la realización de su idea (la cual puede ser á veces útil á todo el género humano). Usted pretende que mi artículo no es claro, y voy á tratar de explicarlo: quizá no me engañe al suponer que tal es el deseo de usted.

Según mi opinión, si los inventos de Kepler y de Newton, efecto de ciertas circunstancias no hubieran podido darse á conocer más que mediante el sacrificio de uno, de diez, de ciento, ó de un número mayor de vidas que hubiesen sido obstáculos á esos descubrimientos, Newton habría tenido el derecho, más todavía, habría tenido obligación de *suprimir* á esos diez, á esos cien hombres, á fin de que sus descubrimientos fuesen conocidos por el mundo entero. Esto no quiere decir, como usted comprenderá, que Newton tuviese el derecho de asesinar á quien se le antojase, ni de robar á quien le viniese en gana.

En mi artículo insisto, me acuerdo de ello, sobre esta idea, á saber: que todos los legisladores y guías de la humanidad, comenzando por los más antiguos y continuando por Licurgo, Solón, Mahoma, Napoleón, etc., todos, sin excepción, han sido criminales, porque en el hecho de dar nuevas leyes han violado las antiguas, observadas fielmente por la sociedad y transmitidas por los antepasados: ciertamente no retrocedían ellos ante la efusión de sangre en cuanto podía serles útil.

Es también de notar que todos estos bienhechores y guías de la especie humana han sido terriblemente sanguinarios. Por consiguiente, no sólo los grandes hombres, sino todos aquellos que se elevan tanto así por encima del nivel común y que son capaces de decir alguna cosa nueva, deben, en virtud de su naturaleza propia, ser necesariamente criminales, por supuesto, más ó menos, según los casos. De otro modo, sería imposible salir de la rutina; y quedarse en ella, es cosa en que no pueden ciertamente consentir, y, en mi opinión, su propio deber se lo prohibe.

En una palabra. Usted ve que hasta aquí no hay nada de particular nuevo en mi artículo. Esto ha sido dicho é impreso mil veces. En cuanto á mi división de personas en ordinarias y extraordinarias, reconozco que es un poco caprichosa. Pero yo dejo á un lado la cuestión de cifras, á la que doy poca importancia. Creo únicamente que en el fondo mi pensamiento es justo. Este pensamiento se resume diciendo que la naturaleza divide á los hombres en dos categorías: la una inferior, la de los hombres ordinarios, cuya sola misión es la de reproducirse; la otra superior, que comprende los hombres que poseen el don ó el talento de hacer oir una palabra nueva. Claro es que las subdivisiones son innumerables; pero las dos categorías presentan rasgos distintivos bastante determinados. Pertenecen á la primera de una manera general los conservadores, los hombres de orden que viven en la obediencia y que la aman. En mi opinión están obligados á obedecer, porque tal es su destino, y por que esto no tiene nada para ellos de humillante. El segundo grupo se compone exclusivamente de hombres que violan la ley ó tienden según sus medios á violarla: sus crímenes son naturalmente relativos y de una gravedad variable. La mayar parte reclama la destrucción de lo que

es, en nombre de lo que debe ser. Mas si por su idea deben verter sangre y pasar por encima de cadáveres, pueden en conciencia hacer lo uno y lo otro en interés de su idea, por supuesto. En este sentido, mi artículo reconocía el derecho al crimen (recuerda usted que nuestro punto de partida ha sido una cuestión jurídica). Por otra parte, no hay que inquietarse mucho: casi siempre la masa les niega ese derecho, los decapita ó los cuelga (más ó menos veces) y obrando de esta suerte, cumple con mucha justicia su misión conservadora hasta el día, si bien es verdad también que esta misma masa erige estatuas á los suplicados y los venera (más ó menos veces). El primer grupo es siempre dueño del presente, el segundo lo es del porvenir. El uno conserva el mundo y multiplica los habitantes; el otro mueve el mundo y le conduce á su objeto. Estos y aquéllos tienen absolutamente el mismo derecho á la existencia y, ¡viva la guerra eterna! hasta la nueva Jerusalén, por supuesto...

—De modo que usted cree en la Jerusalén nueva.

—Sí que creo—respondió enérgicamente Raskolnikoff que durante todo su largo discurso había tenido los ojos bajos mirando obstinadamente un punto del tapete.

—¿Y cree usted en Dios? Perdóneme usted esta curiosidad.

—Sí creo—repitió el joven mirando á Porfirio.

—¿Y en la resurrección de Lázaro?

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—¿Y cree usted literalmente?

—Literalmente.

—Dispense usted que le haga estas preguntas. Esto me interesaba; pero permítame; vuelvo al asunto de que hablábamos antes; no se ejecuta siempre á esos hombres extraordinarios; hay algunos, por el contrario, que...

—¿Que triunfan viviendo? ¡Oh, sí! Esto ocurre, y entonces....

—Son ellos los que llevan el suplicio á los otros.

—Cuando es preciso. Y á decir verdad ese es el caso más frecuente. En general la observación de usted es muy exacta.

—Muchas gracias. Pero dígame usted. ¿Cómo pueden distinguirse los hombres ordinarios de los extraordinarios? ¿Traen al nacer alguna señal? Soy de opinión que convendría un poco más de exactitud, una limitación en cierto modo más clara: dispense usted esta inquietud natural en un hombre práctico y bien intencionado. Pero, ¿no podrían llevar un traje particular, un emblema cualquiera?... Porque figúrese usted... si se produce una confusión, si un individuo de una categoría se figura que es de otra y se pone, según la expresión feliz de usted, «á suprimir todos los obstáculos», entonces...

—Esto ocurre muy á menudo; esa observación es más fina aún que la primera.

—Muchas gracias.

—No hay de qué darlas. Pero considere usted que el error es posible solamente en la primera categoría, es decir, en aquellos que he llamado quizá con impropiedad «hombres ordinarios». No obstante su tendencia innata á la obediencia, muchos de ellos, por efecto de un juego de la naturaleza, se consideran hombres de la vanguardia, «destructores», y se creen llamados á hacer oir la «palabra nueva», y esta ilusión es en ellos muy sincera. Al mismo tiempo no conocen de ordinario á los verdaderos innovadores y los desprecian como á gentes atrasadas y sin elevación de espíritu. Pero yo creo que no hay en ello un verdadero peligro y que no tiene usted por qué inquietarse, porque esos no van muy lejos. Sin duda se podría

azotarlos como castigo á su extravío y volverlos de nuevo á su puesto; pero de todos modos no hay necesidad de molestar al ejecutor: ellos mismos se aplican la disciplina, porque son personas muy morales y unas veces se prestan los unos á los otros estos servicios y otras veces se azotan ellos con sus propias manos... Ocasiones hay en que ellos mismos se imponen diversas penitencias públicas, lo que no deja de ser edificante; no tiene usted necesidad de preocuparse de ellos.

—¡Vamos! Por esta parte al menos, me ha tranquilizado usted; pero hay una cosa que todavía me preocupa: dígame usted, si en ello no tiene inconveniente, ¿hay muchas personas, «extraordinarias que tienen el derecho de degollar á las otras?» Pronto estoy á inclinarme ante ellas; pero si son muchas, confiese usted que la cosa no tendrá nada de agradable.

—No se inquiete usted—prosiguió en el mismo tono Raskolnikoff.— En general, nace un número muy escaso de hombres con una idea nueva, ni aun capaces de darse cuenta de lo que es nuevo. Es evidente que el reparto de los nacimientos en las diversas categorías y subdivisiones de la especie humana, debe de estar extrictamente determinado por alguna ley de la naturaleza. Claro es que esta ley nos es hoy desconocida; pero yo creo que existe y que llegará á descubrirse alguna vez. Una enorme masa de gente sólo ha venido á la tierra para dar al mundo, después de largos y misteriosos crecimientos de razas, un hombre, que entre mil, poseerá alguna independencia; conforme va aumentando el grado de independencia, no se encuentra más que un hombre por cada diez mil, ó por cada cien mil (son cifras aproximadas). Se cuenta un genio entre muchos millones de individuos, y quizá pasan millares de millones de hombres sobre la tierra, antes de

que surja una de esas altas inteligencias que renuevan la faz del mundo. En una palabra, yo no he ido á mirar en la retorta en que todo eso se opera; pero hay, debe de haber, una ley fija. En esto no puede existir el azar.

—Pero, ¿qué es eso, os estáis burlando los dos?—gritó Razumikhin—: esas son mixtificaciones. ¡Se están divirtiendo el uno á costa del otro! ¿Hablas con formalidad, Raskolnikoff?

Sin responderle, Raskolnikoff levantó hacia él su rostro pálido en que se pintaba cierta expresión de sufrimiento. Al observar la fisonomía tranquila y triste de su amigo, Razumikhin encontró extraño el tono caústico, provocador y descortés que había tomado Porfirio.

—Sí, amigo mío, en efecto, esto es serio... Sin duda tienes razón al decir que no es nuevo y que se parece á todo lo que hemos oído y leído mil veces; pero lo que hay en ello de verdaderamente original y que te pertenece realmente es, siento decirlo, eso del derecho moral de verter sangre que concedes ó prohibes, perdóname, con tanto fanatismo... He ahí, por consiguiente, el pensamiento principal de tu artículo. Esa autorización moral de matar es, en mi opinión, más espantosa que lo sería la autorización legal oficial...

—Exacto, más espantosa, en efecto—afirmó Porfirio.

—No. La expresión ha traspasado tu pensamiento; no es eso lo que has querido decir; yo leeré tu artículo. Sucede, que hablando suele ir uno más allá de donde se proponía. Tú no puedes pensar tal cosa; yo lo leeré...

—No hay nada de eso en mi artículo; apenas he tocado esa cuestión—dijo Raskolnikoff.

—Sí, sí—repuso Porfirio—; ahora comprendo sobre poco más ó menos la manera que tiene usted de considerar el crimen; pero... perdone usted mi insistencia. Si un

joven se imagina ser un Licurgo ó un Mahoma... futuro, no hay qué decir que comenzará por suprimir cuantos obstáculos le impidan cumplir su misión. Este tal me diría: «Yo emprendo una larga campaña, y para una campaña hace falta dinero»... Esto supuesto se procuraría recursos... ya adivina usted de qué manera...

Al oir estas palabras Zametoff refunfuñó, no sabemos qué, en su rincón. Raskolnikoff no le miró siquiera.

—Obligado estoy á reconocer—respondió con calma—que, en efecto, existirán algunos de estos casos. Eso es un lazo que el amor propio tiende á los vanidosos y á los tontos. Los jóvenes principalmente se dejan coger en él.

—¿Lo está usted viendo?

—¿Y qué? eso no es falta mía: sucede y sucederá siempre. Hace un momento, éste me reprendía por autorizar el asesinato —añadió señalando á Razumikhin—; ¿qué importa? ¿acaso no está la sociedad suficientemente protegida por las deportaciones, los calabozos, los jueces de instrucción y los presidios? ¿Por qué inquietarse? ¡Buscad al ladrón!...

—¿Y si le encontramos?

—Peor para él.

—Por lo menos usted es lógico; ¿pero qué le dirá su conciencia?

—¿Y á usted qué le importa de eso?

—Es una cuestión que interesa al sentimiento humano.

—El que tiene conciencia sufre, reconociendo su error; ese es su castigo, independientemente del presidio.

—¿De modo—preguntó, frunciendo el entrecejo Razumikhin—que los hombres de genio, aquellos á quienes les es concedido el derecho de matar, no deben sentir ningún sufrimiento al verter sangre?

—¿Qué quiere decir eso de «no deben?» El sufrimiento

no se permite ni se prohibe. Que sufran si tienen piedad de su víctima... El sufrimiento acompaña siempre á una conciencia amplia y á un corazón profundo. Los hombres verdaderamente grandes, deben, me parece á mí, experimentar honda tristeza en la tierra—añadió Raskolnikoff, acometido de súbita melancolía, que formaba contraste con la conversación precedente.

Levantó los ojos, miró á todos los que estaban en la sala con aire soñador, sonrió y cogió su gorra. Estaba muy tranquilo, en comparación con la actitud que tenía cuando entró, y se daba cuenta de ello. Todos se levantaron.

Porfirio Petrovitch volvió á la carga.

—Usted me injuriará ó no; usted se incomodará ó no conmigo; pero mi deseo es más fuerte que yo y es menester que le dirija aún una pregunta. Verdaderamente me avergüenza abusar de usted de este modo... En tanto que pienso en esto, y para no olvidarla, quisiera comunicar á usted una idea que se me ha ocurrido...

—¡Bueno!... diga usted su idea—respondió Raskolnikoff en pie, pálido y serio, frente al juez de instrucción.

—Verá usted... verdaderamente no sé cómo expresarme... es una idea muy extraña, psicológica... Al componer su artículo, es muy probable... que se considerase usted como uno de esos hombres «extraordinarios» de quienes hablaba hace poco... ¿No es así?

—Es muy posible—respondió desdeñosamente Raskolnikoff.— Razumikhin hizo un movimiento.

—Si eso fuese así, ¿no estaría usted decidido, ya para triunfar de dificultades materiales, ya para facilitar el progreso de la humanidad, no se decidiría usted, repito, á franquear el obstáculo, por ejemplo... á matar y á robar?

Al mismo tiempo guiñaba el ojo izquierdo y se reía silenciosamente como antes.

—Si fuese así no se lo diría á usted—replicó Raskolnikoff con acento de altanero desafío.

—Mi pregunta no tenía más objeto que el de una curiosidad literaria; la he hecho únicamente con el fin de penetrar el sentido del artículo de usted.

¡Oh, qué lazo tan grosero! ¡Qué malicia, cosida con hilo blanco!—pensó Raskolnikoff con algo de desprecio.

—Permítame usted que le diga—respondió secamente—, que yo no me creo ni un Mahoma, ni un Napoleón, ni ningún otro personaje de este género: por consiguiente, no puedo explicarle á usted lo que yo haría si estuviese en su lugar.

—¿Quién hay ahora en Rusia que no se crea un Napoleón—dijo con brusca familiaridad Porfirio.— Esta vez también la entonación de su voz delataba un sentimiento oculto.

—¿Será acaso un futuro Napoleón el que ha matado á nuestra Alena Ivanovna esta semana última?—saltó de repente desde su rincón Zametoff.

Sin pronunciar una palabra Raskolnikoff, fijó en Porfirio una mirada firme y penetrante. Las facciones de Razumikhin se contrajeron. Un rato hacía ya que sentía no sabemos qué desconfianza. Paseó en torno suyo una mirada irritada. Durante un minuto reinó sombrío silencio. Raskolnikoff se dispuso á salir.

—¿Se marcha usted ya?—dijo cariñosamente Porfirio tendiendo la mano al joven con extrema amabilidad.— He tenido mucho gusto en conocerle. En cuanto á su solicitud, esté usted tranquilo. Escriba usted en el sentido que le he dicho. O más vale que venga usted á verme uno de estos días... mañana, por ejemplo. Estaré aquí sin

falta á las once. Lo arreglaremos todo y hablaremos un poco... Como usted es uno de los últimos que han estado *allí* podrá quizá decirnos algo—añadió en tono campechano el juez de intrucción.

—¿Trata usted de interrogarme en toda regla?—preguntó secamente Raskolnikoff.

—De ninguna manera. No se trata de tal cosa en este momento. No me ha comprendido usted. Yo aprovecho todas las ocasiones y... he hablado ya con todos los que tenían objetos empeñados en casa de la víctima... Muchos me han suministrado datos interesantes... y como usted es el último que estuvo... A propósito—exclamó con súbita alegría—, es una suerte que haya pensado... ya se me olvidaba... (al decir esto se volvió hacia Razumikhin) el otro día me mareabas á propósito de ese Natchka... pues mira, estoy cierto, convencido de su inocencia—prosiguió dirigiéndose á Raskolnikoff.—Pero, ¿qué hacer? Ha sido preciso también molestar á Mika. He aquí lo que yo quería preguntar á usted: al subir la escalera de la casa, permítame usted que se lo pregunte, ¿era entre siete y ocho?

—Sí—respondió, y en seguida sintió haber dado esta respuesta, que no tenía necesidad de dar.

—Bueno. Al subir la escalera entre siete y ocho, ¿no vió usted en el segundo piso, en un cuarto cuya puerta estaba abierta, ¿no recuerda usted? á dos obreros, ó por lo menos á uno de ellos, que estaba pintando la habitación? ¿No reparó usted? Eso es muy importante para los dos obreros.

—¿Pintores? No, no los vi...—respondió lentamente Raskolnikoff, como si tratase de recordar; durante un segundo, puso en tensión violenta todos los resortes de su espíritu para descubrir con claridad qué lazo ocultaba la

pregunta hecha por el juez de instrucción.— No, no los he visto ni he advertido tampoco si estaba abierto el cuarto—continuó muy contento de haber descubierto la trampa—; de lo que sí me acuerdo es de que en el cuarto piso el empleado que vivía enfrente de Alena Ivanovna estaba mudándose. Lo recuerdo muy bien. Encontré á dos soldados que llevaban un sofá y tuve necesidad de arrimarme á la pared... pero lo que es pintores, no recuerdo haberlos visto, ni tampoco de si alguna puerta estaba abierta. No, no lo he visto...

—¡Pero qué estás diciendo!—gritó de repente Razumikhin, que hasta entonces había estado como reflexionando: si fué el mismo día del asesinato cuando los pintores trabajaban en ese cuarto y éste estuvo dos días antes en la casa. ¿Por qué le haces esa pregunta?

—¡Calle! pues es verdad, he confundido las fechas—exclamó Porfirio dándose una palmada en la frente.—¡Qué diablos; este negocio me hace perder la cabeza—añadió á modo de excusa dirigiéndose á Raskolnikoff—; es tan importante saber si alguno los ha visto en el cuarto entre siete y ocho, que sin pararme á reflexionar he creído obtener de usted esta aclaración... He confundido los días.

—Pues convendría fijarse más—gruñó Razumikhin.

—Estas últimas palabras fueron dichas en la antesala. Porfirio acompañó amablemente á sus visitantes hasta la puerta. Estos estaban tristes y sombríos cuando salieron de la casa, y anduvieron muchos pasos sin cambiar una palabra. Raskolnikoff respiraba como hombre que acababa de atravesar una prueba penosa.

VI

—No lo creo. No puedo creerlo—repetía Razumikhin, que hacía toda clase de esfuerzos para rechazar las conclusiones de Raskolnikoff.— Estaban ya cerca de la casa Bakalaieff, en donde desde hacía largo tiempo los esperaban Pulkeria Alexandrovna y Advotia. En el calor de la discusión, Razumikhin se detenía á cada instante en medio de la calle; estaba muy agitado, porque era la primera vez que los dos jóvenes hablaban de *esto* sin valerse de palabras encubiertas.

—No lo creas si no quieres—respondió con fría é indiferente sonrisa Raskolnikoff.— Tú, según tu costumbre, nada has advertido; pero yo, yo he pesado cada palabra.

—Tú eres desconfiado; por eso descubres en todas partes segundas intenciones. ¡Hum!... Reconozco, en efecto, que el tono de Porfirio era bastante extraño y sobre todo el de ese pillo de Zametoff... Tienes razón, se echaba de ver en él no sé qué... ¿pero cómo puede ser esto?

—Habrá cambiado de opinión desde ayer.

—No, te engañas. Si tuviesen tan estúpida idea, habrían por el contrario puesto mucho cuidado en disimularla; habrían ocultado su juego á fin de inspirarte una engañosa confianza, esperando el momento oportuno, para descubrir sus baterías... En la hipótesis en que te

colocas, su manera de proceder hoy sería tan torpe como desvengonzada.

—Si tuviesen pruebas, hablo de pruebas serias ó de presunciones un tanto fundadas, cierto que sin duda se esforzarían en ocultar su juego con la esperanza de obtener nuevas ventajas sobre mí. (Además, habrían hecho ya un registro en mi domicilio.) Pero no tienen pruebas, ni una sola; todo se reduce á conjeturas gratuitas, á suposiciones que no se apoyan en nada real, y por eso proceden descaradamente. Quizá no haya en todo ello más que el despecho de Porfirio, que rabia por no tener pruebas. Puede también que tenga sus intenciones... Parece inteligente; acaso haya querido asustarme... Tiene su psicología propia, amigo mío. Por lo demás, es repugnante ocuparse de estas cosas. Dejémoslas.

—Es odioso, odioso. Te comprendo. Pero... puesto que tratamos francamente de este asunto (y creo que hemos hecho bien), no vacilo en confesarte que desde hace mucho tiempo había advertido en ellos esa idea. Cierto que apenas la formulaban, que ese pensamiento flotaba en su espíritu en el estado de duda vaga; pero demasiado es ya que hayan podido acogerla, aun bajo tal forma. ¿Y qué es lo que ha podido despertar en ellos tan abominables sospechas? Si supieras cuánto furor me han hecho sentir! ¿Cómo? ¿Un pobre estudiante, agobiado por la miseria y la hipocondría, en vísperas de una enfermedad grave que quizá existía ya en él; un joven desconfiado, lleno de amor propio, que tiene conciencia de su valer; encerrado desde hace seis meses en su habitación sin ver á nadie; que se presenta vestido de harapos, calzado con botas sin suela, ante miserables polizontes, cuya insolencia soporta; á quien se reclama á quema ropa el pago de una letra de cambio protestada, en una sala llena de gente y en

donde hace un calor de treinta grados Reamur y cuyo aire está impregnado del olor insoportable de la pintura reciente... porque el desgraciado se desmaya al oir hablar del asesinato de una persona en cuya casa ha estado la víspera y porque además tiene el estómago vacío, hay motivos para sospechar de él? En tales condiciones, ¿cómo no había de desmayarse? ¡Y pensar que todas las suposiciones descansan sobre este síncope! Tal es el punto de partida de la acusación. ¡Váyanse al diablo! Comprendo que todo esto te será mortificante; pero yo en tu lugar, Raskolnikoff, me reiría de ellos en sus barbas, ó mejor aún, les lanzaría al rostro mi desprecio en forma de salivazos; de ese modo acabaría yo con ellos. ¡Valor! ¡Escúpeles! ¡Es vergonzoso!

«Ha pronunciado su discurso con convicción—pensó Raskolnikoff.»—¡Escupirles al rostro!... Es fácil decirlo. ¡Pero mañana otro interrogatorio!—respondió tristemente—; será menester que yo me rebaje hasta dar explicaciones. Ya consentí ayer en hablar con Zametoff en el café.

—¡Qué se vayan al infierno! Iré á casa de Porfirio. Es mi pariente, y de esta circunstancia me aprovecharé para meterle los dedos en la boca; será preciso que me haga su confesión completa. En cuanto á Zametoff...

«En fin, el pez ha mordido el anzuelo»—pensó Raskolnikoff.

—¡Espera!—gritó Razumikhin, cogiendo de repente á su amigo por el brazo—, ¡espera! Divagabas hace poco. Después de reflexionar, estoy convencido de que divagabas.— ¿En dónde ves la astucia? Dices que la pregunta relativa á los obreros ocultaba un lazo. Razona un poco. Si tú hubieras hecho *ese*, ¿habrías sido bastante tonto para decir que habías visto á los pintores trabajando en

el cuarto del segundo piso? Por el contrario, aunque los hubieses visto, lo habrías negado. ¿Quién á sabiendas hace confesiones qne pueden comprometerle?

—Si yo hubiese hecho *tal cosa*, no hubiera dejado de decir que había visto á los obreros—repuso Raskolnikoff, que parecía sostener esta conversación con violento disgusto.

—¿Para qué decir cosas comprometedoras?

—Porque solamente los mujiks y las personas más limitadas lo niegan todo sistemáticamente. Un acusado, por poco inteligente que sea, confiesa en lo posible todos los hechos materiales cuya realidad trataría en vano de destruir; se contrae á explicarlos de otra manera, modifica su significación y los presenta bajo un nuevo aspecto. Según todas las probabilidades, Porfirio contaba con que yo respondería sí; creía sin duda que para dar mayor verosimilitud á mis confesiones, declararía haber visto á los obreros, aunque explicando en seguida el hecho en un sentido favorable á mi causa.

—Pero el hubiera respondido en seguida que la antevíspera del crimen los obreros no estaban allí, y que, por consiguiente, tú habías estado en la casa el día mismo del asesinato entre seis y siete, y te hubieran cogido.

—Contaba con que yo no tendría tiempo de reflexionar y con que obligado á responder de la manera más verosímil habría olvidado esa circunstancia: la imposibilidad de la presencia de los obreros en la casa la antevíspera del crimen.

—¿Pero cómo olvidarlo?

—Nada más fácil. Estos pormenores son el escollo de los tontos; respondiendo á ellos es como se atropellan en los interrogatorios. Cuanto más agudo es un hombre, menos sospecha de las preguntas insignificantes. Porfirio lo sabe. Es mucho menos torpe de lo que tú supones.

—Siendo eso así, es un pillo.

Raskolnikoff no pudo menos de reirse; pero en el mismo instante se asombró de haber dado la última explicación con verdadero placer, él que hasta entonces había seguido la conversación á contra pelo y porque no podía menos!

«¿Habré tomado yo gusto á estas cuestiones?»—pensaba.

Pero casi al mismo tiempo sintióse acometido de súbita inquietud, que bien pronto llegó á ser intolerable. Los dos jóvenes encontrábanse ya á la puerta de la casa Bakalaieff.

—Entra solo—dijo bruscamente Raskolnikoff—; vuelvo en seguida.

—¿A dónde vas? Hemos llegado ya.

—Tengo una cosa que hacer... Estaré aquí dentro de media hora... Tú les dirás...

—Bueno, yo te acompaño.

—¿Pero has jurado también tú perseguirme hasta la muerte?

Lanzó esta exclamación con tal acento de furor y con tono tan desesperado, que Razumikhin no se atrevió á insistir. Durante algún tiempo permaneció en el umbral siguiendo con mirada sombría á Raskolnikoff, que caminaba aceleradamente en dirección á su casa. Por último, después de haber rechinado los dientes apretó los puños y prometiéndose á sí mismo estrujar aquel mismo día á Porfirio como á un limón, subió á casa de las señoras para tranquilizar á Pulkeria Alexandrovna, inquieta ya por tan largo retraso.

Cuando Raskolnikoff llegó delante de su casa tenía las sienes húmedas de sudor, y respiraba penosamente. Subió los escalones de cuatro en cuatro, entró en su habi-

tación, que había quedado abierta, y la cerró con el pestillo. En seguida, todo aterrorizado, corrió al escondite, metió la mano bajo la tapicería y exploró el agujero en todos sentidos. No habiendo encontrado nada después de registrarlo cuidadosamente, se levantó y lanzó un suspiro de satisfacción. Poco antes, en el momento en que se aproximaba á la casa Bakalaieff, le asaltó de repente la idea de que alguno de los objetos robados habría podido deslizarse en las hendiduras de la pared: si llegaban á encontrar allí una cadena de reloj, un gemelo ó alguno de los papeles que envolvían las alhajas y que tenían escritos los rótulos, por mano de la vieja, ¡qué prueba de convicción entonces en contra suya!

—Y quedó sumido en un vago sueño, mientras aparecía en sus labios una sonrisa extraña y casi estúpida. Al cabo tomó su gorra y salió sin ruido de la sala. Bajó pensativo la escalera y llegó á la puerta de la calle.

—Ahí la tiene usted—gritó una voz.

El joven levantó la cabeza. El dvornik en pie en el umbral de su habitación, señalaba á Raskolnikof, mostrándoselo á un hombre de baja estatura y de aspecto burgués. Este individuo iba vestido con una especie de *khalat* y un chaleco; de lejos hubiera podido tomársele por un campesino. Llevaba una gorra muy grasienta y andaba muy encorvado. A juzgar por las arrugas de su marchito rostro, debía de tener más de cincuenta años. Los ojillos expresaban dureza y disgusto.

—¿Qué es eso?—preguntó Raskolnikoff acercándose al dvornik.

El burgués le miró de soslayo, lo examinó atentamente sin proferir una palabra, volvió la espalda y se alejó de la casa.

—¿Pero qué significa esto?—gritó Raskolnikoff.

—Es un hombre que ha venido á preguntar si vivía aquí un estudiante. Ha dicho el nombre de usted y ha preguntado en qué cuarto tenía usted su alojamiento. En esto ha bajado usted, yo le he dicho «ese es» y se ha ido.

El dvornik estaba un poco asombrado; pero no con exceso. Después de haber reflexionado un momento entró en su habitación.

Raskolnikoff se lanzó tras de las huellas del burgués. Apenas salió de la casa le vió al otro lado de la calle; el desconocido, andaba con paso lento y regular, los ojos bajos y aire pensativo. El joven hubiera podido alcanzarle fácilmente; pero durante algún tiempo se limitó á ir al mismo paso que él; al fin se colocó á su lado y le miró oblicuamente el rostro. El burgués lo advirtió en seguida, le dirigió una rápida ojeada y bajó los ojos; durante un minuto caminaron ambos de esta suerte sin decir una palabra.

—Usted ha preguntado por mí al dvornik...—comenzó á decir Raskolnikoff sin levantar la voz.

—El burgués no respondió, ni miró siquiera al que le hablaba. Hubo una nueva pausa.

—Usted ha venido... á preguntar por mí... y ahora se calla. ¿Qué quiere decir esto?—añadió Raskolnikoff con voz entrecortada: parecía que las palabras salían con trabajo de sus labios.

Esta vez el burgués levantó los ojos y miró al joven con expresión siniestra.

—¡Asesino!—dijo en voz baja, pero clara y distintamente.

Raskolnikoff marchaba á su lado. Sintió de repente que sus piernas se doblaban y que un frío estremecimiento le corría por la espalda. Durante un segundo su corazón desfalleció; después se puso á latir con extraordinaria violencia. Los dos hombres anduvieron cosa de un

centenar de pasos, sin proferir una sola palabra. El burgués no miraba á su compañero.

—¿Pero qué es lo que usted dice?... ¿quién es un asesino?—balbuceó Raskolnikoff con voz casi ininteligible.

—Tú, eres un asesino—pronunció el otro acentuando su réplica con más precisión y energía que antes, al mismo tiempo que en sus labios se dibujaba la sonrisa del odio triunfante y miraba fijamente el pálido rostro de Raskolnikoff, cuyos ojos se habían puesto vidriosos. Se aproximaban en aquel momento á una encrucijada. El burgués tomó por una calle á la derecha y continuó su camino sin volver la vista atrás. Raskolnikoff le dejó alejarse, pero le siguió largo tiempo con los ojos. Después de haber andado cincuenta pasos, el desconocido se volvió para observar al joven, que continuaba como clavado en el mismo sitio. La distancia no le permitía ver bien; sin embargo, Raskolnikoff creyó advertir que aquel individuo le miraba todavía sonriendo con expresión de odio, frío y triunfante.

Transido de espanto, con las piernas temblorosas, volvió como pudo á su casa y subió á su cuarto. Cuando hubo dejado la gorra sobre la mesa, permaneció de pie inmóvil durante diez minutos. Luego, agotadas sus fuerzas, se echó en el sofá y se extendió lánguidamente lanzando un débil suspiro. Al cabo de media hora sonaron pasos apresurados, y al mismo tiempo Raskolnikoff oyó la voz de Razumikhin; el joven cerró los ojos y se hizo el dormido. Razumikhin abrió la puerta y durante algunos minutos permaneció en el umbral como si no supiera qué resolver. En seguida entró suavemente en la sala y se aproximó con precaución al sofá.

—¡No le despiertes! ¡dejarle dormir tranquilo! Comerá más tarde—dijo en voz baja Anastasia.

—Tienes razón—respondió Razumikhin.

Salieron andando de puntillas y empujaron la puerta. Pasó otra media hora, al cabo de la cual Raskolnikoff abrió los ojos, se tendió con brusco movimiento boca arriba y colocó las manos debajo de la cabeza.

«¿Quién es, quién es ese hombre, salido de debajo de tierra? ¿Dónde estaba y qué ha visto? Lo ha visto todo, es indudable. ¿Dónde se encontraba entonces y desde qué sitio pudo ver aquella escena? ¿Cómo es que no ha dado más pronto señales de vida? ¿Cómo ha podido ver?... ¿Es esto posible?—continuó Raskolnikoff, presa de un frío glacial. Y el encontrar Nikolás el estuche debajo de la puerta, ¿era también cosa que podía suponerse?»

Comprendía que las fuerzas le abandonaban y experimentaba un violento disgusto de sí mismo.

«¡Yo debía suponer esto!»—pensó con amarga sonrisa. «¿Cómo me he atrevido, conociéndome, previendo lo que ocurriría, cómo me he atrevido á empuñar un hacha y á verter sangre? Estaba obligado á saber de antemano lo que iba á acontecerme... Sí, lo sabía»...—murmuró desesperado.

A veces se detenía ante este pensamiento.

«No, esas personas no están construidas de este modo: el verdadero amo á quien le es permitido todo, cañonea á Tolón, mata en París, *olvida* un ejército en Egipto, pierde medio millón de hombres en la campaña de Moscou y sale de una situación embarazosa en Vilna, merced á un *calembourg*; después de su muerte, se le erigen estatuas en prueba de que *todo* le es permitido. No, esas personas están hechas de bronce.»

Una idea que se le ocurrió de repente le hizo casi reir.

«¡Napoleón, las Pirámides, Waterloo y una vieja, criada de un registrador de colegio, una innoble usurera que

tiene un cofre forrado de piel encarnada bajo la cama! ¿cómo digeriría Porfirio Petrovitch semejanle relación?... La estética se opone á ello: ¿por ventura Napoleón se hubiera metido debajo de la cama de una vieja?—preguntaría sin duda. ¡Vaya una tontería!» De tiempo en tiempo sentía que casi deliraba; hallábase en un estado de exaltación febril.

«La vieja no significa nada»—se decía en un acceso—: «supongamos que su muerte sea un error; no se trata de ella. La vieja no ha sido más que un accidente... yo quería dar el paso lo más pronto posible... no es una criatura humana lo que yo he matado, es un principio. He matado el principio; pero no he sabido pasar por encima. Me he quedado del lado de acá; no he sabido más que matar. Y tampoco por lo visto me ha resultado bien esto... ¡un principio! ¿por qué hace poco ese imbécil de Razumikhin atacaba á los socialistas? Son laboriosos, hombres de negocios; «se ocupan de la felicidad»... No, yo no tengo más que una vida, yo no puedo esperar «la felicidad universal». Yo quiero vivir también; de otro modo, mejor es no existir. Yo no quiero pasar al lado de una madre hambrienta apretando mi rublo en el bolsillo á pretexto de que un día todo el mundo será feliz. «Yo llevo, se dice, mi piedra al edificio de la felicidad universal, y esto basta para poner mi corazón en paz.» ¡Ah, ah! ¿por qué os habéis olvidado de mí? Puesto que yo no tengo más que un período de tiempo para vivir, quiero en seguida mi parte de felicidad... Yo soy una miseria estática nada más, nada más»—añadió riendo de repente como un loco, y se agarró á esta idea, experimentando un agrio placer al pasearla en todos sentidos y al darle vueltas por todos lados.

—Sí, en efecto, yo soy una miseria, por el hecho solo

de que medito ahora sobre la cuestión de averiguar si lo soy. Además, porque durante un mes he estado fastidiando á la divina Providencia tomándola sin cesar por testigo de que yo me decidía á esta empresa, no para procurarme satisfacciones materiales sino en vista de un objeto grandioso. ¡Ah! ¡ah! En tercer lugar, porque en la ejecución he querido proceder con toda justicia: entre todos los gusanos he elegido el más dañino, y al matarle contaba con coger nada más que lo preciso para asegurar mis comienzos en la vida, ni más ni menos (el resto hubiera ido al monasterio al cual había legado la vieja su fortuna). ¡Ah!, ¡ah!... Soy definitivamente un miserable —añadió rechinando los dientes—, porque soy quizá más vil y más innoble que la miserable á quien he asesinado, y porque *presentía* que después de haberla matado, diría lo que estoy diciendo. ¿Hay algo comparable con semejante terror? ¡Oh, necedad, oh, necedad!... ¡Comprendo al profeta á caballo, con la cimitarra en la mano! «¡Alah lo quiere, obedece, temblorosa criatura! ¡Tiene razón, tiene razón el profeta cuando coloca una tropa al través de la calle, y hiere distintamente al justo y al culpable sin dignarse siquiera dar explicaciones! ¡Obedece, temblorosa criatura, y *guárdate de querer*, porque eso no es cosa tuya!... ¡Oh! ¡jamás! ¡jamás perdonaría yo á la vieja!»

Tenía los cabellos empapados en sudor, sus labios secos se agitaban y su mirada inmóvil no se apartaba del techo.

«¡Cuánto amaba yo á mi madre y á mi hermana! ¿De qué procede que ahora las deteste? ¡Sí, las detesto, las odio físicamente, no puedo soportarlas cerca de mí! Hace poco me he acercado á mi madre y la he besado, bien me acuerdo; ¡abrazarla pensando que si ella supiese!... ¡Oh, cuánto odio ahora á la vieja! ¡Creo que si volviera á la vida la mataría otra vez!... ¡Pobre Isabel!, ¿por qué la trajo

allí la casualidad? Es extraño, sin embargo, que apenas piense en ella, como si no la hubiese matado... Isabel, Sonia. ¡Pobres criaturas de ojos dulces!... ¡Queridas! ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen?... víctimas resignadas, todo lo aceptan en silencio... Sonia, Sonia, dulce Sonia».

Perdió la conciencia de sí mismo y con gran sorpresa suya advirtió que estaba en la calle. Era ya entrada la noche. Aumentaban las tinieblas, la luna llena brillaba con resplandor cada vez más vivo, pero la atmósfera era sofocante. Había mucha gente en las calles; los obreros y los hombres ocupados volvían apresuradamente á sus casas, los otros se paseaban. Flotaba en la atmósfera olor de cal, de polvo, de agua cenagosa. Raskolnikoff andaba disgustado y preocupado: se acordaba perfectamente de que había salido de su casa con un objeto, que tenía que hacer alguna cosa urgente; ¿pero cuál? La había olvidado. Bruscamente advirtió que desde la acera de enfrente un hombre le hacía señas con la mano; cruzó la calle para juntarse con él, pero de repente este hombre, giró sobre sus talones, y como si tal cosa continuó su marcha con la cabeza baja, sin volverse, sin parecer que llamaba á Raskolnikoff. «¿Me habré engañado?»—pensó este último, y se puso á seguirle. Antes de haber andado diez pasos, lo reconoció de repente y se aterró: era el burgués de antes, encorvado, con el mismo traje. Raskolnikoff, cuyo corazón latía con fuerza, marchaba á alguna distancia; entraron en un pereulok. El hombre no se volvía. «¿Sabe que voy detrás de él?—se preguntaba Raskolnikoff. El burgués franqueó el umbral de una gran casa. Raskolnikoff, avanzó vivamente hacia la puerta y se puso á mirar, pensando que quizá aquel misterioso personaje se volvería y le llamaría. Efectivamente, cuando el burgués

estuvo en el zaguán se volvió bruscamente y pareció llamar con una seña al joven. Este se apresuró á entrar en la casa; pero cuando estuvo en el patio no vió al burgués. Presumiendo que aquel hombre habría tomado por la primera escalera, Raskolnikoff se puso á subir detrás de él. En efecto, dos pisos más arriba se oían resonar los pasos lentos y regulares en los peldaños. Cosa extraña; le parecía reconocer aquella escalera. He aquí la ventana del primer piso. La luz de la luna misteriosa y triste, se filtraba al través del vidrio; he aquí el segundo piso. «¡Bah! Este es el cuarto en que trabajaban los pintores. ¿Cómo no había reconocido en seguida la casa? Los pasos del hombre que le precedía cesaron de oirse: «se ha detenido de seguro ú ocultado en alguna parte. He aquí el tercer piso: ¿subiré más arriba? ¡Qué silencio! ¡Este silencio es terrible!» Sin embargo, siguió subiendo la escalera. Le daba miedo de sus propios pasos. «¡Dios mío! ¡Qué obscuro está! El burgués se ha ocultado seguramente aquí en un rincón. ¡Ah!» El cuarto que daba al rellano estaba de par en par abierto; Raskolnikoff, reflexionó un instante; después entró. Halló la antesala completamente vacía y muy obscura. El joven pasó á la sala, marchando de puntillas. La luz de la luna daba de lleno sobre esta sala y la esclarecía por completo; el mobiliario no había cambiado. Raskolnikoff encontró en sus antiguos puestos las sillas, el espejo, el sofá amarillo y los cuadros. Por la ventana se veía la luna, cuya enorme faz redonda tenía un color cobrizo. Durante largo tiempo esperó en medio de un profundo silencio. De repente, oyó un ruido seco como el de una tabla que se rompe. Después volvió á quedar todo en silencio. Una mosca que se había despertado fué volando á chocar contra el vidrio y se puso á zumbar lastimeramente. En el mismo instante, en un rin-

ción, entre el armarito y la ventana creyó notar que había un manto de mujer colgado de la pared. «¿Por qué está este manto aquí—pensó—: antes no estaba»: se aproximó suavemente sospechando que detrás de aquel vestido debía de haber alguien oculto. Apartando con precaución el manto vió que había allí una silla, y en esta silla, en el rincón, estaba sentada la vieja. Estaba como doblada y de tal modo inclinada tenía la cabeza que el joven no pudo ver la cara; pero comprendió que era Alena Ivanovna. «¡Tiene miedo!»—se dijo Raskolnikoff. Sacó suavemente el hacha del nudo corredizo y le dió dos golpes en la coronilla, pero cosa extraña, la vieja no vaciló bajo los golpes: se hubiera dicho que era de madera. Asombrado el joven, se inclinó hacia ella para examinarla, pero la vieja bajó aún más la cabeza. Entonces él se inclinó hasta el suelo, la miró de abajo arriba y al ver su rostro quedó espantado: la vieja se reía, sí, se reía, con risa silenciosa, haciendo grandes esfuerzos para que no se la oyese. De repente le pareció á Raskolnikoff que la puerta de la alcoba estaba abierta y que allí también se reían y cuchicheaban. Se puso entonces rabioso y comenzó á descargar hachazos con toda su fuerza sobre la cabeza de la vieja; pero á cada hachazo las risas y los cuchicheos de la alcoba se oían más distintamente; en cuanto á la vieja se retorcía de risa. Quiso huir, mas toda la antesala se había llenado de gente; la puerta que daba sobre el descansillo, estaba abierta; en éste y en la escalera desde arriba hasta abajo había multitud de individuos. Todos miraban, pero todos callaban... Tenía encogido el corazón y le parecía que se le habían clavado los pies en el suelo; quiso gritar y se despertó. Respiró con esfuerzo; pero creyó que aún estaba soñando cuando vió en pie en el umbral de su puerta abierta del todo, un

Biblioteca Nacional de España

hombre á quien no conocía y que le miraba con atención.

Raskolnikoff no había acabado de abrir los ojos cuando los volvió á cerrar en seguida. Tendido como estaba boca arriba no se movió. «Esta es la continuación de mi sueño»—pensó mientras abría casi imperceptiblemente los párpados para fijar una tímida mirada en el desconocido. Este, siempre en el mismo puesto, no cesaba de observarle. De repente franqueó el umbral, cerró suavemente la puerta detrás de sí, se aproximó á la mesa, y después de haber esperado un minuto, se sentó sin ruido en una silla cerca del sofá. Durante todo este tiempo no había apartado los ojos de Raskolnikoff. En seguida puso el sombrero en el suelo á su lado y apoyó ambas manos en el puño del bastón y la barba en las manos como el que se prepara á esperar largo tiempo. Por lo que Raskolnikoff había podido juzgar de él en una mirada furtiva, aquel hombre no era joven; parecía robusto y tenía la barba espesa de un color rubio casi blanco.

Pasaron así diez minutos. Era aún de día, pero tarde; en la habitación reinaba el más profundo silencio; en la escalera no sonaba tampoco ruido alguno; no se oía más que el zumbido de un moscardón que al volar había chocado contra la ventana. Al fin esta situación se hizo insoportable; Raskolnikoff no pudo más y se sentó de pronto en el sofá.

—Vamos, hable usted; ¿qué es lo que usted quiere?

—Bien sabía que su sueño de usted no era más que una ficción—respondió el desconocido con sonrisa tranquila.—Permítame usted que me presente: Arcadio Ivanovitch Svidrigailoff...

FIN DEL TOMO PRIMERO

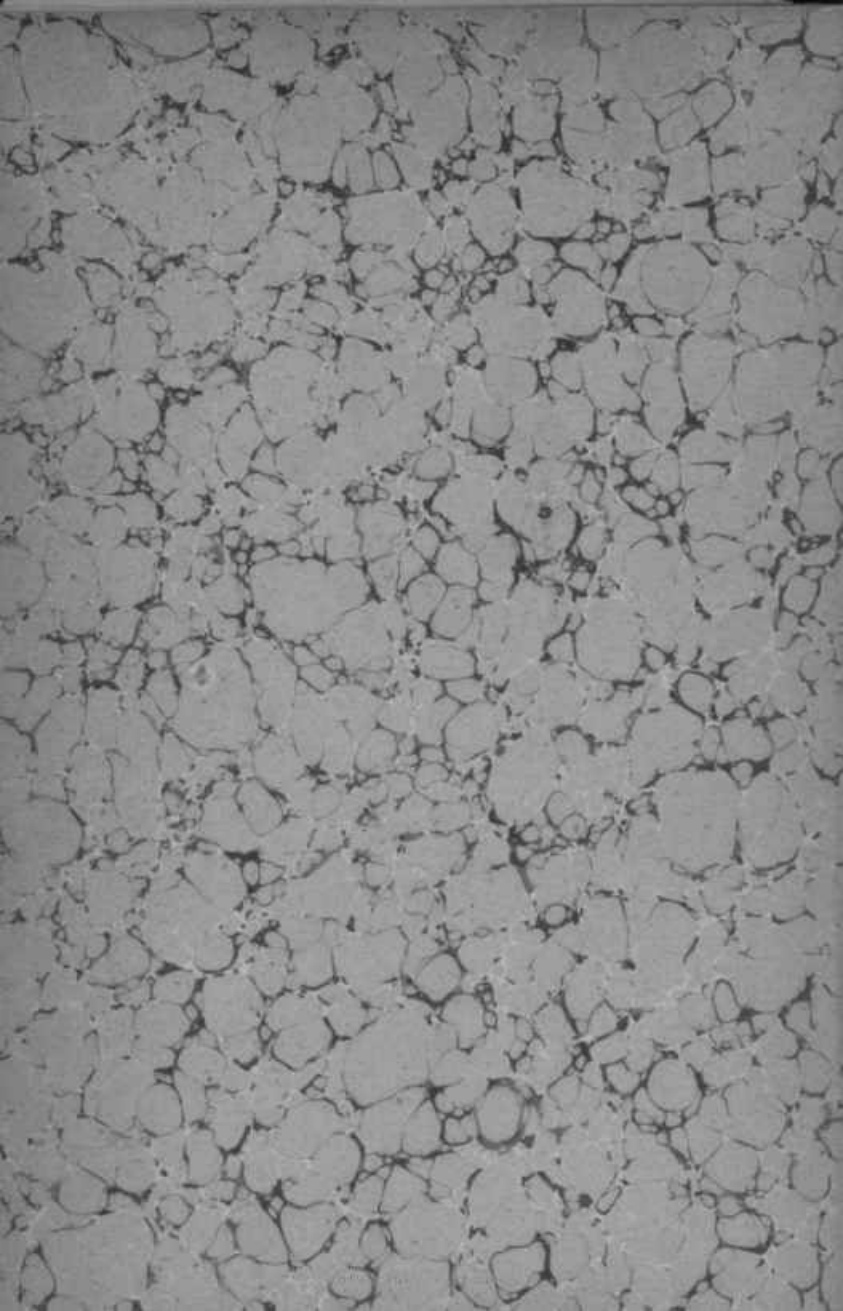


LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

OBRAS DE FONDO

	Ptas.
Alas (Leopoldo). La Regenta, novela (nueva edición); dos volúmenes en 8.º	8
Aramburo y Machado (Mariano). Personalidad literaria de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, conferencias pronunciadas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid el año de 1897; en 8.º.	3
Balart (Federico). Dolores, poesías; en 12.º	3
— Dolores, poesías; edición de lujo; en 4.º	7
— Impresiones, literatura y arte; en 8.º	4
— El prosaismo en el arte; idem	3
— Horizontes, poesías, en 12.º	3
Baroja (Pío). Vidas sombrías; en 8.º	2
— La casa de Aizgorri (novela en siete jornadas); idem	2
Bartrina (Joaquín M.). Algo, colección de poesías originales, ilustradas por José Luis Pellicer (quinta edición); en 8.º mayor con ilustraciones	3
Becquer (Gustavo Adolfo). Obras en prosa y verso, quinta edición aumentada y corregida; tres volúmenes en 8.º, con retrato del autor	10,50
Binsco (Eusebio). Corazonadas, poesías; en 8.º	2,50
— Recuerdos, notas íntimas de Francia y España; idem	3
— Cuentos	3,50
Coppée (Francisco). Enriqueta, versión castellana de C. Frontaura; en 8.º	3
Daudet (Alfonso). Safo, costumbres de París, traducción de Eduardo López Bago, prólogo de Eugenio de Olavarría y Huarte; en 8.º	3,50
— Rosa y Ninita, costumbres modernas, versión castellana de E. de C.; idem	3,50
— El académico (L'immortel), versión castellana por don Carlos Malagarriga; idem	3,50
Delicado (Francisco). Retrato de La Lozana andaluza en lengua española muy clarísima, con una nota bibliográfica y biografía de Luis de Lara; en 8.º	5
Dostoyuski (Fedor). El espíritu subterráneo, versión española de J. Villegas (Zeda); en 8.º	3
Fernández Grilo (Antonio). Poesías, segunda edición, corregida y aumentada; en 8.º	4
— Ideales, poesías escogidas; en 4.º mayor con retrato del autor	7
Feuillet (Octavio). La viuda, traducción de Ildefonso A. Bermejo; en 8.º	
González Serrano (Urbano). Preocupaciones sociales (segunda edición corregida y aumentada); en 8.º mayor	
— Psicología del amor (segunda edición corregida y aumentada); idem	
— Goethe. Ensayos críticos. Prólogo de D. Leopoldo Alas (*Clarín*), tercera edición corregida y aumentada; en 8.º	
Hugo (Víctor). Noventa y tres, novela histórica original, traducción del mismo, tercera edición; tres vols. en 8.º	
Malot (Héctor). Sin familia, versión española de Alfredo García López, ilustraciones de Emilio Bayard; dos volúmenes en 8.º	
Martínez Ruiz (J.). El alma castellana (1600-1800); idem	
Mendés (Catulle). La vida alegre, versión castellana de Joaquín E. Romero, con un prólogo de Antonio Sánchez Pérez; en 8.º	
Morales (Gustavo). Amor y amor, novela; en 8.º mayor, con ilustraciones de M. Ramírez	
Pardo Bazán (Emilia). Un viaje de novios, novela; en 8.º	3,50
— Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina, novela; idem	3,50

Biblioteca Nacional de España



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1103231240
8680538560 8